

La pluriactividad en el campo latinoamericano

FLACSO - biblioteca

Hubert C. de Grammont y
Luciano Martínez Valle, Coordinadores

La pluriactividad en el campo latinoamericano

FLACSO - Biblioteca



FLACSO
ECUADOR

BIBLIOTECA - FLACSO - ECUADOR

Fecha: 10. febrero 2009

Compra: _____

Proveedor: _____

Código: _____

Ejemplar: 307-1210-1000

REG. N.º 24180

CLT. 21207

BIBLIOTECA - FLACSO

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.org.ec

ISBN: 978-9978-67-195-5
Cuidado de la edición: María Eugenia Paz y Miño
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: RisperGraf C.A.
Quito, Ecuador, 2009
1ª. edición: enero de 2009

Índice

Presentación	7
Introducción	9
<i>Hubert C. de Grammont</i> <i>Luciano Martínez Valle</i>	
Actividades agropecuarias en el campo peruano: ¿reforzamiento duradero o punto de quiebre?	19
<i>Augusto Cavassa, Evelyne Mesclier</i>	
Pluriactividad: funciones y contextos. Preguntas teóricas y análisis de dos zonas frutícolas del Alto Valle rionegrino	51
<i>Mónica Bendini, Miguel Murmis, Pedro Tsakoumagkos</i>	
La pluriactividad entre los pequeños productores rurales: el caso ecuatoriano	81
<i>Luciano Martínez Valle</i>	
Empresas rurales no agrícolas en República Dominicana	103
<i>Pedro Juan del Rosario</i>	
Incursión ocupacional rural en escenarios no agrícolas y urbanos: tendencias y desafíos	127
<i>Marlon Javier Méndez Sastoque</i>	
População e espaço rural num grande centro urbano: o caso de Campinas	145
<i>Luzia A. Conejo G. Pinto</i>	

La pluriactividad rural a debate	171
<i>Patricia Arias</i>	
La pluriactividad en el medio rural brasileño: características y perspectivas para la investigación	207
<i>Sergio Scheneider</i>	
Pluriactividad e ingresos familiares en el área rural de Bolivia	243
<i>Wilson Jiménez y Susana Lizárraga</i>	
La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos	273
<i>Hubert C. de Grammont</i>	

Presentación

El mundo agrario latinoamericano ha cambiado mucho en las últimas décadas y su papel en las propuestas de desarrollo es cada vez más valorizado, lo que contrasta notablemente con la visión tradicional de corte sectorialista que predominaba en el último cuarto del siglo pasado.

Una de las características importantes de la población rural es, sin duda, la pluriactividad. En este libro es analizada como un eje central del quehacer de los productores rurales, a partir del cual se puede disponer de una mejor comprensión de la potencialidad económica, social y política del mundo rural latinoamericano.

Este libro recoge una parte importante de las ponencias presentadas en el VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural (ALASRU) realizado en la FLACSO-Sede Ecuador del 20 al 25 de noviembre de 2006. Se analizan –a través de una serie de estudios que abarcan la mayor parte de los países latinoamericanos– las particularidades de la pluriactividad en el medio rural. Una visión que sin duda enriquecerá los análisis sobre la sociedad rural latinoamericana y la necesidad de impulsar políticas públicas de nuevo cuño.

Adrián Bonilla
Director
FLACSO - Ecuador

Introducción

Hubert C. de Grammont*

Luciano Martínez Valle**

Que el mundo rural latinoamericano ha cambiado mucho en las últimas décadas del siglo pasado, nadie lo puede poner en duda. La orientación del cambio no va en el sentido del afianzamiento de las actividades agropecuarias y agroindustriales, sino de la diversificación ocupacional en actividades del sector secundario (manufactura y talleres) y terciario (servicios). De allí que, para explicar lo que pasa actualmente en el medio rural, sea importante analizar el tema de la pluriactividad como una estrategia central de las familias rurales en el inicio del siglo XXI. Sin embargo, los esfuerzos por demostrar los cambios que se habían operado en la sociedad rural, casi siempre se estrellaron con la muralla de una concepción agrarista, sostenida hasta hace poco por la academia, las políticas públicas y por supuesto los profesionales del ramo de las ciencias agropecuarias.

El predominio de la “función agrícola”, impedía mirar otras iniciativas y procesos que ya estaban bastante consolidados en la región. El campo seguía conceptualizado como un espacio productivo adscrito al sector primario de la economía, sus actores eran ante todo campesinos y en general se trataba de una sociedad atrasada frente al mundo urbano, embarcado en la modernidad y luego en la postmodernidad. La Agronomía en cierto sentido direccionalizaba a la Sociología, de allí el predominio de los

* Doctor en Sociología, investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México DF.

** Doctor en Sociología. Coordinador Programa Políticas Públicas, profesor e investigador, FLACSO-Ecuador.

estudios rurales agrarios. No existían estudios pluridisciplinarios que dieran cuenta de la complejidad del mundo rural, puesto que se pensaba desde lo agrario y no desde lo rural. El campo social estaba limitado a lo micro y el mercado era considerado como una variable no central en las estrategias productivas. Costaba entender el proceso de ampliación del campo social, de inserción de amplios grupos de productores y trabajadores en un mundo mercantil que rebasaba la dimensión local. Pero es evidente que los cambios se habían concretizado en una sociedad rural que no había quedado al margen de los procesos de capitalización, diversificación de actividades y vinculación con el mercado global.

Como lo han hecho notar diferentes investigadores (véase por ejemplo, Riella y Romero 2003), muchas de estas “nuevas” actividades ya estaban presentes en los territorios rurales, una vez que las débiles reformas agrarias no surtieron mayor efecto entre los pequeños productores rurales del continente y que tampoco el crecimiento del sector industrial fue lo suficientemente dinámico como para darle cabida a la población rural sobrante. Pero lo que sin duda es novedoso, es el peso de estas actividades en el monto total de los ingresos rurales y por lo tanto la modificación de las estrategias familiares, que dejaron de girar en torno a la actividad agropecuaria como se planteaba a partir de la visión agrarista, para centrarse en torno a las actividades no agrícolas (trabajo asalariado y negocios propios)

Retomando el paradigma chayanovista de la economía campesina, elaborado hacia 1925 para el caso ruso, se concibieron a las actividades familiares no agrícolas como “complementarias” a las actividades agropecuarias de la finca. Es necesario señalar que no se realizaron estudios a profundidad para comprobar la vigencia de este postulado. No es sino hasta fin del siglo XX y en el contexto de la globalización, que esta concepción empezó a modificarse, con la dramática profundización de la crisis de producción de las fincas campesinas y el drástico incremento de los ingresos rurales no agropecuarios. Esta profunda transformación de la estructura de los ingresos rurales modificó la percepción que se tenía de la relación entre los diferentes tipos de actividades. No fue sino hasta que tuviéramos las herramientas estadísticas necesarias y la posibilidad de medir estos fenómenos, que pudimos volver a plantear la dinámica de las unidades de producción campesina. En los últimos años ha aumentado el inte-

rés por este tema, sin embargo, por la diversidad de situaciones nacionales y regionales no contamos aún con una visión precisa de este proceso.

Recordamos el trabajo pionero de Klein que muestra que en América Latina el empleo rural no agrícola crece a mayor ritmo que el empleo agrícola durante la década de 1980, en ciertos países incluso a mayor ritmo que el empleo urbano; luego el trabajo de Reardon, Berdegué y Escobar que demuestra que, para la última década del siglo pasado, el 40% de los ingresos de la población rural latinoamericana provenía de actividades no agrícolas, con una variación de 35% a 50% según los países; mientras los aportes de Köbrich y Dirven indican que, a principio de siglo XXI, 40% de la población rural latinoamericana ocupada se ubicaba en actividades no agrícolas, con notables diferencias entre los países, ya que la población rural no agrícola en Bolivia es de sólo 14,3%, pero alcanza 65% en Costa Rica (Klein 1992; Köbrich y Dirven 2007). También los trabajos realizados en Brasil por el proyecto “rurbano” (Caracterización de la Nueva Ruralidad Brasileña), coordinado por José Graciano Da Silva en la UNICAMP, fueron de gran utilidad para aportar nuevas visiones sobre el mundo rural. Lo que aún no sabemos, y no lo resuelve tampoco este libro, es a qué se debe la existencia de diferencias tan grandes de un país a otro. Hasta ahora, todos los estudios corroboran el planteamiento de Klein: no hay relación entre la proporción de la población rural y la importancia relativa del empleo rural no agrícola. Probablemente la razón es más compleja y tiene que ver con el tipo de desarrollo propio de cada país, o sea el tipo de relación campo-ciudad que se estableció por lo menos a partir de mediados del siglo pasado.

Es además notorio, que las ciencias sociales y la academia no hayan logrado visualizar la pluriactividad sino bajo el paradigma de la nueva ruralidad, en tanto estrategia central de las familias rurales como respuesta a la limitación de las políticas públicas, a la ausencia de profundas reformas agrarias y al poco impacto de las políticas de desarrollo rural implementadas en el continente desde los años setenta.

Salta a la vista que las ciencias sociales se habían quedado atrás de la realidad y fueron incapaces de responder a los nuevos procesos que ya se habían instalado en la región, en gran parte debido al apego a los paradigmas del norte y a la falta de investigación “independiente” sobre el mun-

do rural. Aun ahora seguimos todavía ciertas modas académicas, ciertos patrones de investigación y lenguaje que nos vienen de ámbitos no académicos, en particular desde las instituciones, internacionales o nacionales, que financian proyectos que se ajusten a lo que se quiere que sea el mundo rural en una perspectiva de mercado. Pero la realidad es más terca y sigue su curso, respondiendo a las iniciativas y estrategias de los productores rurales que deben convivir con un mercado ampliado al horizonte de la globalización, con procesos agudos de “desterritorialización”, con sociedades que se han tornado porosas y en algunos casos hasta desérticas, desde el punto de vista social, por efecto de la migración interna e internacional.

El tema de la pluriactividad rural se torna entonces estratégico al menos en dos perspectivas: por un lado, la necesidad de buscar nuevos derroteros teóricos con una visión pluridisciplinaria de la sociedad rural, y por otro, la urgencia de aportar elementos concretos para el diseño de políticas públicas que no estén centradas exclusivamente en proyectos agropecuarios productivistas, sino que se ajusten a las actuales dinámicas territoriales. Es por demás necesario que las políticas de desarrollo rural pasen de ser meras políticas asistencialistas, puntuales, parciales y de corto plazo, a políticas de Estado con una visión territorial y multifuncional de largo plazo, capaz de fomentar sinergias entre las diferentes actividades económicas de la nueva ruralidad. Solamente si abandonamos la vieja práctica de inventar múltiples proyectos de corte sectorial y productivista, lo que llamamos el “proyectismo productivista”, que benefician a pequeños grupos de campesinos viables mientras la pobreza se agudiza en la mayoría de los espacios rurales, podremos volver a transformar el campo en un espacio diversificado capaz de producir riqueza para su población. El programa LEADER de la Comunidad Económica Europea es un buen ejemplo de lo que puede ser una política para que el campo deje de ser un espacio exclusivo del sector primario y se transforme en un espacio pluriactivo capaz de dar empleo a su población, e incluso de atraer y dar trabajo a la población urbana.

Es importante deslindar bien el campo de análisis de este libro. Se aborda el tema de la pluriactividad, o sea del empleo (o ingreso) rural no agrícola, y su posible combinación con las actividades agropecuarias.

Como lo veremos en algunos de los estudios presentados, no siempre se combinan las actividades no agrícolas con las agrícolas ya que hay una fracción, a veces muy importante, de los hogares rurales que no son hogares de productores agropecuarios. No se estudia, entonces, la multifuncionalidad agrícola, o sea las distintas funciones que puede desempeñar el sector primario además de la alimentación, sino la incorporación de actividades no agrícolas en el portafolio de las actividades que desarrolla la unidad productiva rural.

Aunque ya tenemos cierta cantidad de estudios sobre este tema, la pluriactividad sigue siendo un problema insuficientemente estudiado. No tenemos aún una visión de la gran diversidad de situaciones según los países e incluso las regiones. Los trabajos aquí presentados aportan valiosos elementos sobre la complejidad del fenómeno de la pluriactividad, que nos obligan a reflexionar con cuidado, evitar generalizaciones excesivas y profundizar nuestros análisis, tanto a nivel de estudios de caso como valiéndonos de las fuentes estadísticas disponibles. Frente a esta situación, nos parece necesario señalar algunas dimensiones abordadas en los trabajos que aquí presentamos¹. Destacar los problemas levantados, hacer patente algunos ejes de análisis, nos parece más útil que buscar las semejanzas para sacar conclusiones generales.

Ya hemos señalado que el diversificado portafolio de actividades existente en la unidad productiva familiar fue durante mucho tiempo el objeto de análisis de los estudiosos latinoamericanos, pero desde un campo social restringido a lo agropecuario, y teniendo como actor predominante al campesino. En oposición a este planteamiento, el estudio de C. de Grammont sobre el caso mexicano demuestra la existencia de dos tipos de hogares rurales diferentes: por un lado encuentra las clásicas unidades campesinas pluriactivas donde la producción agropecuaria es el eje del trabajo familiar, por el otro, descubre que hoy la mayoría de los hogares rurales en México no son de productores agropecuarios y por lo tanto es el trabajo asalariado el que define la organización laboral de estas familias. Estas dos unidades se basan en el trabajo familiar, pero en el primer caso

¹ La mayoría de los trabajos de este libro fueron presentados originalmente en el VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, realizado en Quito entre el 20 al 25 de noviembre del 2006.

hay una finca, mientras en el segundo no la hay. Esto plantea una nueva situación, no todas las actividades rurales no agrícolas pertenecen al ámbito de la pluriactividad campesina, y un nuevo problema: ¿por qué estas familias que no son de productores agropecuarios se quedan en el campo en vez de migrar a la ciudad? En los trabajos de Schneider y Conejo G. Pinto, para el caso de Brasil, así como en los de Jiménez y Lizárraga para Bolivia, se reconoce la existencia de esta nueva dicotomía en el campo.

Hasta ahora la interpretación más común sobre la expansión de la pluriactividad es que se trata de un proceso para luchar en contra del empobrecimiento de las familias campesinas, por la caída de los ingresos agropecuarios. Efectivamente, los cambios en los roles ocupacionales de los productores rurales, bajo el avance de las relaciones sociales capitalistas en el medio rural, marcan a menudo el tránsito del campesino hacia formas variadas de proletarianización rural que no corresponden a la vieja proletarianización industrial, vía la migración definitiva del campo a la ciudad, propia del desarrollo del capitalismo en el Primer Mundo, desde la segunda mitad del siglo XIX y a lo largo del siglo XX. Sin embargo, la diversificación de las fuentes de ingreso de las unidades familiares puede ser también la manifestación de un nuevo eje de reproducción económica que permite la ampliación del capital familiar frente a las limitaciones de acumulación en la actividad agropecuaria. Así, la diversificación de las actividades familiares no es sólo una estrategia de resistencia en contra de la pobreza, sino que puede ser una estrategia de apropiación de capital por parte de productores medianos y altos. Este proceso es analizado por Bendini, Murmis y Tsakoumagkos en la región frutícola de Río Negro, Argentina, y por Jiménez y Lizárraga en el caso boliviano. La pluriactividad no refleja una tendencia única, la estrategia de supervivencia, sino que puede ser parte también de estrategias de acumulación diversificada propias del subdesarrollo rural bajo el impulso de la globalización.

La tradicional diversificación de la producción agropecuaria se ha dado por el encadenamiento productivo hacia atrás (venta de insumos y maquinaria) o hacia adelante (procesamiento de los productos de la granja para obtener un valor agregado). Este proceso de integración ha generado estudios sobre la conformación de clusters productivos de diverso grado, así como el análisis económico de los encadenamientos producti-

vos hacia atrás y hacia adelante. Esta diversificación por la vía de la agroindustrialización supone la existencia de un sector agropecuario con bonanza, y por lo tanto de un mercado en expansión. Así se capitalizaron muchas de las unidades campesinas en los países ricos, aunque este proceso de expansión hacia atrás y hacia delante ha sido dominado por las grandes explotaciones. En América Latina el encadenamiento productivo por parte de los productores ha sido endeble. Son las agroindustrias transnacionales las que dominaron los procesos de integración. Por eso, el análisis presentado por Cavassa y Mesclier para el Perú, es sumamente original, tal vez insólito, ya que muchas de las actividades no agrícolas de los pequeños productores corresponden al procesamiento de la producción agropecuaria para obtener un valor agregado. Si bien no son empleos del sector agropecuario, son empleos del sector agroindustrial o, como lo han caracterizado algunos autores de la "agricultura ampliada". Los autores proponen dos hipótesis que pueden explicar esta situación: primero, la realización de una importante reforma agraria en las décadas pasadas, lo cual le da una especificidad muy peculiar a la situación del campo peruano; segundo, la incorporación de parte de las pequeñas unidades de producción a los cultivos de exportación. Tal vez Perú sea el contra ejemplo del impresionante desarrollo de las actividades no agropecuarias en el campo latinoamericano. Sin embargo, prudentes en sus planteamientos, los autores se preguntan si no se trata de una situación transitoria que no hace más que posponer la llegada del empleo no agrícola en el campo.

El caso contrario se encuentra en los trabajos de Martínez Valle en Pelileo, Ecuador y de Del Rosario para República Dominicana. En los dos países se estudia el surgimiento de empresas familiares rurales no agrícolas del sector secundario o terciario. Estamos frente a la diversificación de las actividades propias de la familia sin que haya una sinergia directa entre ellas, como en el caso del encadenamiento productivo estudiado en el Perú. Se busca un mejor aprovechamiento del trabajo familiar disponible, aun si ocasionalmente se puede contratar mano de obra asalariada, pero la complementariedad se da indirectamente por la posibilidad de incrementar los flujos de dinero que se pueden invertir indistintamente en cualquiera de los negocios de la familia. Como lo señalan los autores, este modelo de diversificación no asegura forzosamente el mejoramiento del

bienestar, debido a las condiciones de flexibilidad del mercado de trabajo y alta competitividad entre negocios que obligan a aumentar la intensidad y precariedad del trabajo familiar. Schneider y Bendini et al. advierten esta misma situación. Así las cosas, es a menudo difícil saber si estamos frente a procesos de pluriactividad que corresponden a la supervivencia o a la acumulación. La línea divisoria entre ambas situaciones es tan frágil, que las familias suelen pasar de un lado al otro con mucha facilidad.

Un caso muy interesante de la pluriactividad es el del desarrollo de nuevas relaciones sociales vinculadas a procesos de conurbación del espacio rural, por el avance de la ciudad sobre el campo. Temática analizada por Conejo G. Pinto para el caso de Campinas en Brasil, por Méndez Sastoque para Caldas en Colombia y por Arias para Guadalajara en México, que muestra la complejidad de la relación campo-ciudad en regiones periurbanas. Como lo revelan los autores, la cercanía con la ciudad no sólo ofrece nuevos mercados de trabajo para los pobladores rurales sino nuevas formas de sociabilidad. Para poder competir en los mercados urbanos surgen nuevas exigencias, y la primera es la escolaridad. Por no tener la escolaridad adecuada, la que socialmente se exige en la ciudad en donde hay mayor nivel educativo y competencia entre los trabajadores, la población rural periurbana que incursiona en la ciudad se ve confinada a los trabajos más descalificados y peor pagados. Si franquean el problema de la escolaridad formal, suelen toparse con problemas culturales que alejan a la población rural de la urbana y forman una barrera tan eficaz como la educación para insertarse en el mercado laboral. Aún así, la proximidad de la ciudad ofrece mayores posibilidades de trabajo a las mujeres o, en el mejor de los casos, ofrece la posibilidad de emprender pequeños negocios para la población urbana aledaña. Sin embargo, Brasil aparece como un caso *sui generis*, porque en muchos estados la mayoría de la población ocupada en el campo vive en las ciudades (las famosas boyas frías) rompiendo, en gran medida, la tradicional separación entre campo y ciudad. Como lo plantea Conejo G. Pinto, el dilema es saber si esta mayor cercanía geográfica y social dará lugar a una novedosa estructuración de la vida rural o si ésta será ineludiblemente arrasada por la expansión urbana.

Finalmente, desde una perspectiva antropológica, Arias analiza, a partir de un estudio de caso en Guanajuato, México, la situación más dramá-

tica que podemos encontrar en el campo latinoamericano cuando las posibilidades de la agricultura se han agotado, no existen opciones de otros empleos o negocios y no queda más alternativa que la migración, preferentemente internacional, para vivir. Ahí ni la pluriactividad para subsistir es posible. Estamos frente a regiones que lo perdieron todo, sin futuro viable, despobladas, con una juventud “desencantada y distante”, que subsiste sobre la base de una “economía de subsidios”, compuesta por las remesas y las ayudas públicas, donde la única perspectiva es migrar lejos, con ninguna probabilidad de encontrar un trabajo decente. Casos extremos, pero que encontramos a lo largo y ancho de América Latina y plantean el peor escenario ofrecido por la globalización neoliberal.

La pluriactividad, al parecer, no es el resultado ni solo de la culminación de un proceso lineal de desarrollo del capitalismo en el medio rural, ni solo de la nueva vinculación con el mercado global. Existen en los territorios las dos alternativas y posiblemente otras. Lo importante es identificarlas en relación con la dinámica territorial y analizar las condiciones del surgimiento y “enraizamiento” entre los productores rurales. Por lo mismo, la propuesta de Sergio Schneider, de elaborar una tipología de la pluriactividad, nos parece lo más razonable.

Existen, por ejemplo territorios que dadas sus características estructurales de conformación de estructuras agrarias dinámicas (no concentradas) y de mercados dinámicos locales, han creado las mejores condiciones para el surgimiento de la pluriactividad, que en este caso sí puede ser considerada como estrategia “endógena”, que además permite el surgimiento de emprendimientos empresariales.

Pero también podemos constatar la presencia de la pluriactividad como un proceso más vinculado con una dinámica externa, ya sea por la presencia de empresas foráneas o de inversionistas externos que estimulan el desarrollo de nuevas actividades, pero que corren el riesgo de ser meramente coyunturales o de responder a nuevas demandas que provienen de patrones de consumo foráneos y que en cierto sentido imponen nuevos criterios de actividades a impulsarse en el territorio. El desarrollo de estas nuevas actividades (como el turismo, por ejemplo) deben considerarse también como el resultado de la ampliación del espacio social y de la presencia de nuevas relaciones entre lo local y lo global.

No obstante, para una correcta interpretación de este fenómeno, habría que investigar si la pluriactividad está vinculada con procesos de enraizamiento en el territorio, en el sentido de que se trata de formas genuinas de utilización eficiente de los recursos locales y de generación de empleo, lo que significaría que se trata, de una forma de inserción en el mercado por la “vía alta” o, por el contrario, por el predominio de la “vía baja” (Pérez Sáinz 2002), si la dinámica proviene solo de fuera, es decir de una utilización “espuria” del territorio basada en una lógica expoliadora de “enclave moderno”, que finalmente solo genera agudos procesos de desterritorialización demográfica, social y cultural.

La pluriactividad es el reflejo de una sociedad rural altamente compleja y cambiante, que permite mirar los cambios socioeconómicos y culturales que se han dado en el campo, y desechar de una vez por todas, la visión del estancado sector rural que ha predominado hasta ahora.

Bibliografía

- Klein, E. (1992) “El empleo rural no agrícola en América Latina”. *Documentos de Trabajo*, No. 364, agosto. Santiago, Chile, PREALC, Programa Mundial del Empleo, OIT.
- Köbrich, C. y M. Dirven (2007) *Características del empleo rural no agrícola en América Latina con énfasis en los servicios*. Santiago de Chile, CEPAL.
- Pérez Sáinz, J. Pablo (2002) “Globalización y comunidad: notas para una sociología económica de lo local”. *Ecuador Debate*, No. 55, abril. Quito, CAAP.
- Reardon, Thomas; Julio Berdegú; Germán Escobar (2001) “Rural Nonfarm Employment and Incomes in Latin American: Overview and Policy Implications”. *World Development*, 29 (3), Great Britain, p. 395-409.
- Riella, Alberto y Juan Romero (2003) “Nueva ruralidad y empleo no agrícola en Uruguay”; en Mónica Bendini y Norma Steimbregger (coord.): *Territorios y organización social de la agricultura*. Buenos Aires, GESA-Editorial La Colmena.

Actividades agropecuarias en el campo peruano: ¿reforzamiento duradero o punto de quiebre?¹

Augusto Cavassa*

Evelyne Mesclier**

Después de Bolivia, Perú es el país de América Latina donde el empleo rural no agrícola ocupa la menor proporción en el empleo rural total: 22% (Köbrich y Dirven 2007:15)². En comparación, en México o en Colombia, la cifra es mayor al 40%. Otra particularidad del Perú es que el empleo agrícola en zonas rurales ha crecido más, en términos absolutos, que el empleo no agrícola, tanto en las décadas de 1970 y 1980 como en la década 2000. Por el contrario, en un gran número de países latinoamericanos, el empleo no agrícola creció, en valor absoluto, más rápidamente o tan rápidamente como el empleo agrícola (Köbrich y Dirven 2007:29)³. Las cifras conciernen al empleo principal de los habitantes, sean estos comerciantes, trabajadores de la industria, maestros, empleados del sector salud y demás profesionales presentes en las zonas rurales.

1 Los autores agradecen a Isabel Hurtado Galván por sus aportes en la fase inicial de reflexión sobre el tema aquí tratado.

* Economista. Consultor Innovación para el Desarrollo, Perú.

** Geógrafa. Investigadora del IRD, asociada a PRODIG, Francia.

2 La muestra incluye a 15 países: Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú y República Dominicana. Los datos utilizados provienen de la *Base de Datos de Encuestas de Hogares* de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), en lo que concierne a la evaluación de la importancia del empleo no agrícola; estos datos tienen sus límites, como lo subrayan los autores (Köbrich y Dirven 2007:12, 13). Uno de estos límites es por supuesto considerar que cada persona tiene un solo empleo, lo cual difiere sustancialmente de la realidad. Sin embargo, las diferencias entre los países aparecen lo suficientemente importantes como para que no se deban solamente a los sesgos introducidos por la metodología.

3 Los datos de los años 2000 han sido comparados con los que fueron elaborados por otro autor, Klein, E. sobre la base de censos de población. Se debe considerar estos resultados como una aproximación.

¿Cómo explicar la singularidad del caso peruano? La respuesta podría venir del carácter reciente e importante de la reforma agraria y de las evoluciones posteriores. La distribución de las tierras habría generado la formación de una clase numerosa de campesinos que logran sobrevivir en la actividad agrícola. La segunda hipótesis, sobre todo válida para las evoluciones posteriores a los años noventa, es el desarrollo de la agro-exportación, la cual integra a parte de las pequeñas unidades agropecuarias y crea empleos en la agricultura, sean estos permanentes o temporales. Se añadiría el crecimiento acelerado de las ciudades, que absorben parte de la producción nacional, no solamente bajo la forma de productos agropecuarios sino también derivados (tejidos de lana, quesos, etc.) e insumos para la creciente cadena gastronómica. Finalmente, el frente de colonización de la vertiente amazónica no solo permite la creación de nuevas unidades agropecuarias, sino que ofrece trabajos temporales bien remunerados a los agricultores de muchas regiones del país, gracias al cultivo de la coca.

El carácter duradero de la situación peruana es por supuesto objeto de duda. En países como Honduras o Paraguay, la tendencia se ha invertido entre los años 1970-1980 y los años 2000. En Chile, la primera época ha sido de una relativa igualdad entre el crecimiento del empleo agrícola y no agrícola, pero después el empleo no agrícola se volvió más importante (Köbrich y Dirven 2007:29). ¿Habría desde ya señales de que pudiera ocurrir lo mismo en el Perú, con un ligero desfase temporal? En varios de los aspectos mencionados, el punto de quiebre podría estar cerca: la presión sobre las tierras ha aumentado y cambiado de forma con la nueva legislación; los mercados urbanos no permiten conseguir sino ingresos muy bajos; los pequeños productores se mantienen difícilmente en la producción para el abastecimiento a los mercados.

La relación entre las estructuras globales y la realidad de las explotaciones campesinas ha sido captada a través de estudios de caso realizados en el área de influencia de la ciudad de Chiclayo, entre los años 2001 a 2005⁴ y a través de una encuesta llevada a cabo en la Sierra Sur en el año

4 Los investigadores que participaron en la investigación realizada sobre espacios rurales y globalización fueron Susana Aldana (PUCP), Jean-Louis Chaléard (Universidad de París I), Evelyne Mesclier (IRD), Carmen Salazar-Soler (CNRS) y Gerald Taylor (CNRS). El estudio específico sobre producción agropecuaria fue realizado por Chaléard y Mesclier (véase la bibliografía).

2005⁵. En una primera parte mostraremos que el campo peruano se ha vuelto cada vez más poblado en el curso de las últimas décadas, con un gran número de agricultores o ganaderos, cuyas explotaciones son por lo general familiares y de pequeño tamaño. Sin embargo, las reformas de los años noventa dan la posibilidad de un cambio. En una segunda parte, veremos que los campesinos han participado no solamente en el abastecimiento de las ciudades, cada vez más grandes, sino también en la globalización de los intercambios agroalimentarios, en la cual el Perú se ha insertado en una forma particularmente importante desde los años noventa. Sin embargo, los ingresos obtenidos no siempre son altos o son muy variables entre años, y la evolución tecnológica es difícil de seguir para los más débiles. Finalmente, mostraremos que desde la unidad agropecuaria, las familias rurales peruanas manejan una serie de opciones mayormente vinculadas con el campo, en las cuales utilizan los conocimientos, las técnicas y la resistencia física adquiridos en la unidad agropecuaria. La diversificación de sus actividades no necesariamente desemboca en un abandono de la unidad agropecuaria.

Una población rural y campesina en aumento hasta los años noventa

Tres particularidades del campo peruano son el objeto de esta primera parte: la población rural siguió aumentando, aunque la información disponible a fines de octubre de 2007 no permite afirmarlo para los siguientes años; la población ocupada en la actividad agropecuaria sigue siendo predominante en muchas zonas rurales del país; las pequeñas explotaciones son mayoritarias no solamente en número sino también por la proporción de superficies agrícolas que ocupan. Estas características, relacio-

5 Encuesta familiar realizada con el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI), como parte del Estudio de Línea de Base del Proyecto de Desarrollo Sierra Sur, que estuvo a cargo de Augusto Cavassa. Dicho proyecto recibe financiamiento del FIDA (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola). La encuesta tomada tiene representación estadística para un ámbito caracterizado por estar ubicado por sobre los 2500 m, dentro de 120 distritos, de 16 provincias que forman parte de las regiones de Arequipa, Cusco, Puno, Moquegua y Tacna. Dentro de este ámbito se tiene 552 115 personas, 211 146 viviendas y 178 178 familias (universo de la encuesta familiar).

nadas unas con otras, distinguen a Perú de muchos de los otros países latinoamericanos y son un elemento indispensable para entender por qué no decreció el empleo rural agrícola.

Crecimiento de la población rural

La población rural del Perú no dejó de crecer en el curso del siglo XX: 4 millones en 1940, 5,2 millones en 1961, cerca de 6 millones en 1981, 6,8 millones en 1993 (Webb y Fernández Baca 1990 y 2002). Es una primera originalidad, si se compara con los otros países latinoamericanos. La población rural total de América Latina ha empezado a decrecer ligeramente desde mediados de los años ochenta. En Brasil ya estaba disminuyendo a inicios de los años setenta; en Argentina desde mediados de los años setenta (según el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía CELADE, graficado por Dureau y Mesclier 2006).

Cabe señalar sin embargo, que la evolución posterior de la población rural en el Perú, no se conocerá con exactitud mientras no se termine de procesar los datos del censo de octubre de 2007. El censo de 2005, que arroja una cifra de aproximadamente 6,7 millones de habitantes rurales, parece haber subestimado a la población en general, tanto en las ciudades como en el campo, debido a problemas metodológicos. En el caso en que la cifra del censo 2005 sea confirmada, el Perú estaría siguiendo con poco desfase a México, cuya población rural decrece desde los años 1995-2000, y estaría teniendo una evolución parecida a la de Colombia, donde lo hace recién desde inicios de del 2000 (según CELADE, graficado por Dureau y Mesclier 2006). La cifra publicada por Webb y Fernández Baca (Málaga-Webb 2005), con base en proyecciones realizadas por el INEI (Instituto Nacional de Estadística e Informática), estima la población rural alrededor de 7,3 a 7,4 millones de pobladores rurales, lo que, por el contrario, mostraría una evolución peculiar, compartida con la vecina Bolivia: un crecimiento persistente, aunque mucho más lento que el crecimiento de la población urbana.

El crecimiento de la población rural no se da en todo el país. En parte de la cordillera, en los departamentos de Ayacucho, Apurímac, Huanca-

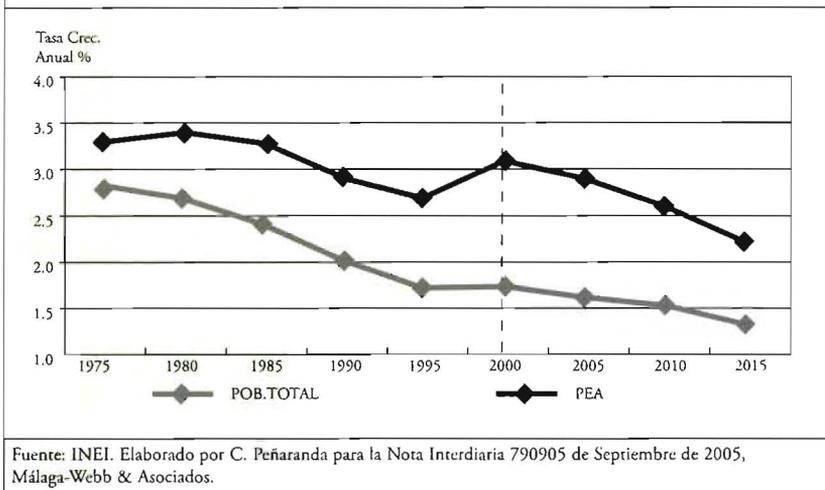
velica, y en la sierra de Lima, la población disminuyó (salvo en las ciudades), desde hace por lo menos la década del sesenta, tendencia que se acrecentó con la violencia política de los años 1980-1990 (véase Deler et al. 1997; Huerta y Mesclier 1997). En cambio, en la vertiente amazónica el crecimiento rural es más rápido que en el resto del país. En la mayor parte del territorio nacional, sin embargo, asistimos a un crecimiento lento de la población en los espacios rurales, por lo menos hasta el año 1993. Tal crecimiento se debe a la combinación de tasas de crecimiento natural aún fuertes, con saldos migratorios negativos, pues mucha gente se va del campo –los jóvenes sobre todo–, y pocos llegan, sin embargo, hasta los años noventa, la emigración no es, o no era suficiente para impedir el aumento de la población.

La creciente participación del componente agrícola en el empleo rural corresponde por lo tanto, en la mayor parte del territorio nacional, a una situación en la cual el empleo total tiene que aumentar para absorber el crecimiento de la población activa.

Crecimiento del empleo rural y predominancia de las actividades agropecuarias

Aun cuando la tasa de crecimiento poblacional se ha estabilizado, la PEA (Población Económicamente Activa) del país refleja un desfase en la explosión demográfica de las décadas anteriores (gráfico 1), explicado por la nueva estructura de edades. Muestra una tasa de crecimiento todavía alta a inicios de los años 2000: 2,9% (cuadro 1). Si bien en el curso de los treinta últimos años la PEA urbana se ha vuelto mucho más numerosa que la PEA rural, esta última también creció, y aunque el ritmo se redujo en los años de la violencia, después se recuperó. En 2005, según las cifras del INEI, resumidas en Málaga-Webb y Asociados, la PEA rural contaba con aproximadamente 3 millones de personas, frente a un poco más de 1,7 millones en 1970.

Gráfico 1
Tasa de Crecimiento Anual y Proyección Total y PEA: 1975 - 2015



Cuadro 1
PEA Urbana y Rural: 1970-2015(*)

Año	PEA Total	PEA Urbana		PEA Rural	
		Estructura %	Tasa de Crecimiento Promedio Anual	Estructura %	Tasa de Crecimiento Promedio Anual
1970	4 139 552	57,6		42,4	
1975	4 869 702	61,0	4,5	39,0	1,6
1980	5 745 088	64,3	4,5	35,7	1,6
1985	6 756 471	66,7	4,1	33,3	1,8
1990	7 786 010	69,3	3,6	30,7	1,3
1995	8 906 009	71,9	3,5	28,1	0,9
2000	10 387 225	73,5	3,6	26,5	1,9
2005	12 000 139	74,8	3,3	25,2	1,9
2010	13 638 888	75,7	2,9	24,3	1,8
2015	15 223 637	76,3	2,4	23,7	1,7

Fuente: INEI. Elaborado por C. Peñaranda para la Nota Interdiaria 790905 de Septiembre de 2005, Málaga-Webb & Asociados.

La población ocupada en el sector agricultura, que constituye, como vimos en la introducción, una gran proporción de la población rural, alcanzaría en el año 2006, los 2,8 millones de personas según cifras estimadas (Ministerio de Agricultura 2007). Otras estimaciones son aún más elevadas: Lévano (2005) estima que en el 2002 cerca de 3,8 millones de personas están ocupadas en agricultura, dentro de micro y pequeñas empresas. En 1993, cuando se realizó el último censo⁶ completo, la población económicamente activa de más de 15 años en el sector “agricultura, ganadería, caza y silvicultura”, contaba solamente con un poco más de 1,8 millón de personas. Sin embargo, estas cifras deben ser consideradas con prudencia, debido, entre otros factores, a la subestimación del empleo de las mujeres, cuya participación en las actividades de las explotaciones agrícolas a menudo no fue debidamente reconocida en el censo (Huerta y Mesclier 1997:104).

La predominancia de las actividades primarias (las cuales son principalmente agropecuarias), en el Perú aparece ampliamente si se cartografían los datos del censo. No hay muchas excepciones regionales. Fuera de las ciudades —las cuales agrupaban en el censo de 1993 un 70% de la población total—, la población económicamente activa ocupada está principalmente en actividades primarias en la mayor parte del territorio nacional⁷. Una excepción notoria la constituyen, ya a inicios de los años noventa, las regiones cercanas a la capital Lima, tanto en la costa como en la cordillera⁸. Ahí el sector terciario, más que el secundario, llega a ser dominante. En comparación, existen vastas áreas de Colombia donde el sector terciario era ya tan o más importante que el sector primario en los mismos años, y son muy pocos los municipios donde representaba menos de la cuarta parte de la fuerza laboral (Mesclier et al. 1999:92).

6 El censo realizado en 2005, dentro de la metodología de “censo continuo”, no registra ese dato y ha sido tan impugnado que se ha vuelto a censar a toda la población en el 2007.

7 Lo muestra un mapa establecido con base en el censo de 1993, el último en dar una información a nivel distrital y provincial sobre esa variable (Huerta y Mesclier 1997:97).

8 Tealdo (2002) calculó que si se excluyera a la Lima metropolitana, la PEA agraria en las áreas urbanas en 1993 sobrepasaría el 19% en vez del 10%. Para entonces, esto reflejaba la estructura urbana del país (pocas ciudades grandes). Hoy en día, la participación de los pobladores de las ciudades en la PEA agraria también podría poner de manifiesto el hecho de que muchos de los trabajadores de las grandes unidades agro-exportadoras no radican en las explotaciones sino en las ciudades vecinas. No trataremos el tema de la PEA agrícola urbana en el presente artículo.

Un país de pequeños productores

A diferencia de lo que ocurre en otros países latinoamericanos, la mayor parte de las tierras utilizadas en el Perú pertenecen a pequeñas unidades agropecuarias familiares, las cuales son en general calificadas de “campesinas”. La reforma agraria peruana empezó en 1969 y fue una de las más radicales de América Latina en términos del porcentaje de hogares beneficiados⁹. En un primer momento, las tierras de los grandes *fundos* no fueron distribuidas mayormente a familias, o cedidas a las comunidades indígenas, sino atribuidas colectivamente a los ex trabajadores de las haciendas, bajo la forma de cooperativas de producción de diversos tipos. Sin embargo, al cabo de pocos años, estas cooperativas en su mayoría empezaron a disolverse y las tierras fueron parceladas. El modelo dominante es hoy en día la explotación agropecuaria de tipo familiar, propietaria de las tierras que cultiva, o bien usufructuaria de sus tierras dentro del territorio de una comunidad campesina o nativa. De las 1 764 666 unidades de explotación que fueron censadas en el año 1994, 1 706 935 eran administradas por personas naturales (cuadro 2). Las superficies administradas directamente por las comunidades campesinas y nativas representaban más de la mitad, pero corresponden por lo general a tierras de menor calidad (pastos naturales, tierras sin riego en la costa) (véase Valera 1998:19).

Cuadro 2 - Número de productores agropecuarios, por condición jurídica y las superficies que explotaban en 1994

	No.	Superficie (ha)
Persona natural	1 706 935	14 201 860
Sociedad (de hecho, de responsabilidad limitada, anónima)	45 343	921 086
Cooperativa	531	796 492
Comunidad (campesina, nativa)	6872	19 423 841
Otra	4985	294 529
Total	1 764 666	35 637 808

Fuente: INEI, Censo agropecuario 1994, cuadro 1
Elaboración propia.

9 Como lo permite apreciar un cuadro publicado por Deere (1986:188).

Dado que las tierras de comunidades campesinas y nativas son utilizadas por numerosas familias, no pueden ser consideradas como propiedades privadas. Lo mismo se puede decir de las cooperativas. Considerando solamente las unidades agropecuarias privadas, se constata que la gran mayoría, no solamente de los productores individuales sino también de las sociedades (de hecho, de responsabilidad limitada o anónimas), tenían superficies bastante limitadas, como lo muestra el cuadro 3. La estructura de la tenencia de la tierra es mucho más igualitaria que en otros países; así, en Colombia, en 1996 el 1,33% de los propietarios poseían cerca del 50% de la superficie predial (excluidos los resguardos) (Machado 1998:64). En el Perú, el 1% de los productores considerados jurídicamente como personas naturales, ocuparía solamente alrededor de un tercio de las tierras utilizadas por productores del mismo tipo. La proporción de las superficies explotadas con más de 100 ha dentro del total de las superficies explotadas por personas naturales y sociedades no pasa del 35%.

Cuadro 3 - Repartición de los productores individuales y de las sociedades según la superficie que explotaban en 1994 (no incluye las tierras de uso colectivo)

Fincas según tamaño en hectáreas	Productores "Persona natural"				Sociedades			
	Número	%	Superficie	%	Número	%	Superficie	%
0 a 3,9	1 090 905	65%	1 576 023	11%	27 361	61%	38 920	4%
4 a 9,9	342 714	20%	2 026 782	15%	9040	20%	53 369	6%
10 a 19,9	131 624	8%	1 724 505	12%	3710	8%	49 532	5%
20 a 99,9	105 335	6%	3 948 482	28%	3649	8%	145 671	16%
100 y más	17 833	1%	4 670 914	34%	1222	3%	632 786	69%
Total	1 688 411	100%	13 946 706	100%	44 982	100%	920 278	100%

Fuente: INEI, Censo agropecuario 1994.

No están incluidas las unidades agropecuarias (UA) sin tierras ni las UA abandonadas, muy poco numerosas (aunque ocupan más de 250000 ha en total).

Con el crecimiento demográfico, el tamaño de las explotaciones tendió a disminuir. El sistema de transmisión de la herencia considera por lo general a todos los hijos, entre los cuales se reparten las tierras. En las comunidades campesinas, mientras hay tierras colectivas, estas pueden ser uti-

lizadas por los nuevos hogares para instalarse por su cuenta. El sistema de la explotación familiar, dentro o fuera de las comunidades campesinas, favorece por lo tanto la creación de nuevas unidades de explotación. Tanto en la región Lambayeque, como en la Sierra Sur, los productores entrevistados administran en su mayoría pequeñas explotaciones.

Los cambios en la legislación de los años 1990 podrían modificar estas estructuras, y precipitar un fenómeno de expulsión de mano de obra del campo. En efecto, toda una serie de reformas han facilitado, por lo menos en teoría, las transacciones sobre las parcelas de las familias campesinas: fin de los límites a la extensión y a la administración indirecta de los predios, fin de la inalienabilidad de las tierras de comunidades, nuevas leyes sobre la utilización de las eriazas. La literatura existente muestra sin embargo que no hay un abandono de la comunidad campesina como institución (Monge y Urrutia 1999; Castillo et al. 2007), ni venta masiva de las explotaciones, por lo menos al poco tiempo de iniciadas las reformas (Alvarado 1996:35). Los agricultores se resisten también a vender sus explotaciones a las compañías mineras. Sin embargo, tanto Velázquez (2001) como Aldana et al. (2006) han observado situaciones donde la presión de la oferta ha llegado a una transferencia de tierras comunales hacia compradores exteriores en la costa, donde la legislación lo facilitaba y donde, como veremos, el desarrollo de la agro-exportación es mayor.

La ampliación de los mercados de productos agropecuarios y de productos derivados

En las últimas décadas, dos elementos han permitido la generalización de la participación de los campesinos en los mercados de productos agropecuarios: la ampliación de la agro-exportación a nuevos productos y nuevas regiones del país, por una parte, y el auge de los mercados urbanos, por otra. Las condiciones de participación en estos mercados son diversas; no resuelven siempre el problema de la irregularidad o de la insuficiencia de los ingresos.

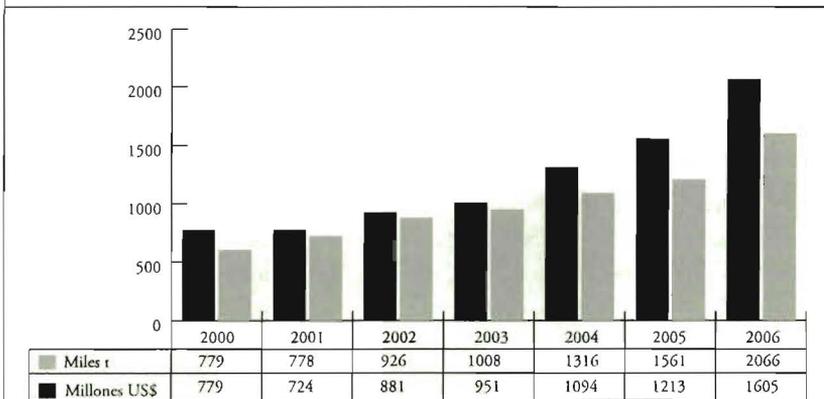
La participación campesina en la agro-exportación

El sector agrario tenía hasta hace algunos años pocas posibilidades de generar nuevos puestos de trabajo. Durante la década del ochenta las tasas de crecimiento promedio del sector apenas superaron el 1%; aunque en la década del noventa creció en términos nominales a una tasa promedio anual de 5,7% –pese a los efectos adversos del fenómeno El Niño, la crisis financiera internacional y la crisis política interna–, la rentabilidad agropecuaria se mantenía en niveles bastante bajos o aún negativos. Los bajos y decrecientes precios obtenidos en las subastas públicas de tierras privatizadas de los grandes proyectos de riego en la costa, de mayor potencial productivo en la agricultura nacional, mostraban que la agricultura comercial aún no contaba con un marco de políticas adecuado para el desarrollo sectorial (MINAG, 2007).

Recién desde el año 2000 el sector ha venido creciendo de manera constante. Este mayor dinamismo está explicado en buena parte por el dinamismo de las exportaciones. Lo que no se había conseguido en décadas pasadas se viene gestando en la presente década, surgiendo un sector agro-exportador moderno y competitivo en los mercados. En términos de porcentajes en el valor de las exportaciones, el sector agropecuario no representa más que un 7,6% en 2006. La minería es por supuesto mucho más importante y representa más de 60% del valor de las exportaciones del país. Sin embargo, en lo que concierne a las exportaciones no tradicionales, el sector agropecuario es el segundo más importante después del sector textil (MINCETUR 2006). Su tendencia es al aumento tanto de los volúmenes como del valor total de los productos exportados. A fines de los años ochenta, el valor FOB de las exportaciones agropecuarias era de menos de 300 millones de dólares (295 millones en 1989); fue subiendo hasta alcanzar alrededor de 600 a 700 millones de dólares en la segunda mitad de los años noventa (Webb y Fernández Baca 1990; 2002). En el 2002, fue de 926 millones y en el 2006, entre tradicionales y no tradicionales, llega a 1605 millones de dólares (gráfico 2).

Gráfico 2

Evolución de las Exportaciones Agrarias (2000-2006) Millones US\$



Fuente: SUNAT. Tomado de la web http://www.minag.gob.pe/comercio_exterior/com_exp_evolution.shtml (noviembre 2007)

Todas las regiones del Perú no participan de igual manera en estas dinámicas. La región costera es considerada como el espacio más favorable para los cultivos de exportación, debido a su clima que permite el cultivo de productos tropicales y de países templados, en las épocas del año en que estos no los pueden producir (véase Eguren 2003:1; Dollfus y Bourliaud 1997:87-88). En los espacios donde se desarrollaron uno o varios cultivos de exportación, los pequeños productores participaron en esa dinámica, pero no siempre de la misma forma. En ciertos casos alquilan sus tierras a los exportadores y trabajan eventualmente en ellas como asalariados¹⁰; en otros, tienen contratos con los exportadores o los intermediarios¹¹; y en otros, producen en forma autónoma pero no exportan directamente su producción, la venden a intermediarios o a las empresas agro-exportadoras. Pese a los intentos de las ONG, muy pocos pequeños productores logran exportar directamente a través de sus aso-

10 Véase por ejemplo el caso del tomate en Ica (Figueroa 1996).

11 Valcárcel indica que "de alrededor de 2200 esparragueros existentes en la costa del Perú, 1500 son pequeños productores: una parte trabaja bajo el sistema de la agricultura de contrato" (Valcárcel 2002:36-37).

ciaciones¹². Esto explica el poco porcentaje de participación de la micro y pequeña empresa (MYPE) en la exportación; el año 2005 el número de MYPE exportadoras fue de 3990 (67% del total de exportadores peruanos), pero en valor exportado representaban únicamente el 1,84% del valor total (315,32 millones de dólares) Proyecto GECEX-PROMPYME (2006).

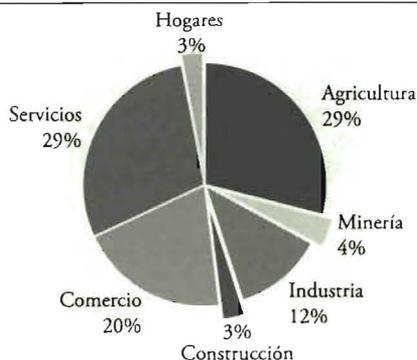
Las formas de articulación de los pequeños productores a los mercados, explican parte de los riesgos que enfrentan y la falta de regularidad en los ingresos obtenidos. Así, los pequeños productores de mango tienen menos poder de negociación con los intermediarios que los grandes, como suele pasar con muchos productos, pero además no siempre obtienen que sus frutas sean cosechadas a tiempo y con todo el cuidado que requieren (Mesclier y Chaléard 2006). Estas dificultades, añadidas a los problemas tecnológicos, explican que sea más riesgoso cultivar mangos que, por ejemplo, producir quesos para los mercados nacionales (Chaléard y Mesclier 2004). Además, si bien es cierto que los ingresos de los agricultores mejoran considerablemente con la agricultura de exportación¹³, los precios son muy variables en los mercados internacionales, como se ha visto en el caso del café, o del espárrago, analizado por Valcárcel (2002).

Fuera de los pequeños productores, cierta cantidad de trabajadores han podido aprovechar el desarrollo de los cultivos de agro-exportación. Buena parte del trabajo es temporal, la cosecha, por ejemplo. La región Ica es uno de los ejemplos exitosos donde se puede constatar que el sector de agro-exportación viene absorbiendo 29% de la PEA (Gráfico 3), lo que se basa en la expansión de productos como espárragos, alcachofa, algodón y uva. Gran parte de la industria esparraguera se encuentra en Ica, lo que ha demandado más empleo y la creación de más de cien empresas exportadoras (Málaga-Webb 2006).

12 En el caso del mango, cuyo acondicionamiento no representa grandes dificultades técnicas, es sin embargo necesario poder hacer un seguimiento del producto hasta su destino final en el extranjero, para evitar las impugnaciones sobre su calidad (Mesclier y Chaléard 2006).

13 Con dos hectáreas de mango, un pequeño productor podrá obtener un ingreso bruto equivalente a 5000 euros en el momento de la cosecha, una suma importante en el contexto peruano (Chaléard y Mesclier 2004:287).

Gráfico 3
Ica. Distribución de la PEA por sectores 2003



Fuente: INEI. Elaborado por Málaga-Webb & Asociados. Nota Interdiaria 1050106, 12 enero del 2006.

El crecimiento de los mercados urbanos

América Latina conoció en la segunda mitad del siglo XX un proceso que los demógrafos denominan “transición urbana”. Esa transición fue muy rápida; en 1925 solo la cuarta parte de los latinoamericanos vivían en ciudades, en los años 2000, las tres cuartas partes (Dureau, Gouëset y Mesclier 2006). La transición urbana sería generada, según este modelo, por la misma transición demográfica, la cual favorece la emigración del campo hacia las ciudades. Perú está, como Brasil, Colombia o México, en el grupo de los países donde la transición ya avanzó bastante, con una tasa de urbanización de alrededor de 72% a inicios de los años 2000 (Webb y Fernández Baca 2002). Esto significa que los mercados urbanos pasaron de un 2,5 millones de consumidores potenciales en 1940, a 8 millones en 1972, y a más de 19 millones a inicios de los años 2000.

En el Perú, estos nuevos mercados han sido abastecidos solamente en parte por las importaciones agropecuarias, las cuales no se han incrementado al mismo ritmo que la población urbana, para todos los productos. En los años setenta, se importaba principalmente trigo, maíz, soya, lácteos y carnes: los volúmenes oscilaban entre 500 a 900 miles de t métricas para el trigo, 0 a 400 miles de t métricas para el maíz, los dos principales.

En los años noventa, el volumen de trigo importado oscila entre 700 y 1 millón de t métricas; el volumen de maíz y/o sorgo importado se elevaba a entre 500 a 1 millón de t métricas, es decir un aumento mucho más importante. En otros productos, como los lácteos, los volúmenes no habían subido tanto como la población urbana: alrededor de 50 mil t métricas a mediados de los años 1990, frente a entre 20 y 40 mil t métricas en los años 1970 2000 (Webb y Fernández Baca 2002).

El escaso poder adquisitivo por parte de la nueva población urbana, así como las preferencias alimenticias que puedan tener, explican que parte del aumento del consumo urbano haya podido ser cubierto por los productores nacionales. El modelo de la transición urbana da cuenta del hecho de que, sobre todo al inicio, los nuevos pobladores de las ciudades son personas que provienen del campo; después, el crecimiento natural aumenta, debido a que las personas que llegaron están por lo general en su periodo fértil. En el Perú se calcula que la migración campo-ciudad explica todavía alrededor de un tercio del crecimiento urbano entre 1990 y 2000, cifra parecida a las de México o Brasil pero superior a las de Chile o Venezuela (Dureau, Gouëset y Mesclier 2006:69). Esto significa que el patrón de consumo de las familias urbanas está todavía, en parte, cercano al de las familias del campo, lo cual contribuye a explicar el éxito de productos como los quesos andinos (Chaléard y Mesclier 2004:284). Por otra parte, Perú pertenece a los países con las mayores proporciones de población pobre o extremadamente pobre, incluso en las ciudades, lo cual podría explicar su preferencia por los productos poco preparados que llegan hasta los mercados populares.

Los ingresos que consiguen los productores por la venta de sus productos agropecuarios siguen siendo sin embargo bajos en las regiones donde la agro-exportación no está desarrollada. En la muestra estudiada en la Sierra Sur, las familias rurales (menos de 400 viviendas) y urbanas (entre 400 y 4000 viviendas) no se llegan a diferenciar del todo. Presentan diferencias en la composición de sus ingresos y de los activos físicos, pero ambos realizan actividades agropecuarias y sus principales activos están en la propiedad de tierra de cultivos, los bienes inmuebles y el trabajo pecuario. Muchas de las familias rurales poseen viviendas en los centros poblados, y las familias urbanas cuentan con viviendas en poblados rurales. De manera que lo rural y

lo urbano se desarrolla en un contínuum que no llega a estar delimitado.

En la Sierra Sur, el ingreso familiar promedio de la familia rural está conformado en primer lugar por actividades no agropecuarias, de producción, comercio y/o servicios (33%); mientras que las actividades agropecuarias están en el segundo lugar (30%), el empleo dependiente contribuye con el 21% del ingreso total. Se debe notar sin embargo que en el empleo dependiente, el componente agropecuario es probablemente importante, si no cambiaron mucho su estructura en los nueve años que separan a la encuesta del Censo agropecuario del INEI, como lo veremos luego. Fuera de los anteriores, hay un rubro muy variado de otros ingresos (transferencias, pensiones de jubilación, etc.) que representan el 16% restante. Si bien el ingreso de la familia urbana tiene el mayor peso en el empleo dependiente (37%) y en la producción no agropecuaria, comercio (22%), la actividad agropecuaria contribuye aún al 18% del total de sus ingresos anuales.

Cuadro 4 Los ingresos y activos físicos de las familias de la Sierra Sur en 2005		
	Sierra Sur Rural	Sierra Sur Urbano
	Menos de 400 viviendas	Entre 400 y 4000 viviendas
Familias Totales (expandidas)	63 467	114 712
Porcentaje	36%	64%
Ingreso familiar anual (nuevos soles) ¹⁴	S/. 6722	8050
Ingreso producción no agropecuaria, comercio, servicios	33%	22%
Ingreso por actividad agropecuaria	30%	18%
Ingreso por empleo dependiente	21%	37%
Otros ingresos	16%	23%
Valor total de activos (promedio) S/.	S/ 17 825	S/ 19 308
Valor de las parcelas de cultivo	47%	26%
Valor de las propiedades inmuebles	24%	43%
Valor animales en crianza	21%	7%
Equipos del hogar	4%	10%
Equipos utilizados en el negocio o establecimiento	2%	12%
Herramientas, vehículos / maquinaria	2%	1%

Fuente: Encuesta Proyecto Sierra Sur-INEI 2005. Elaboración propia.

14 Tipo de cambio promedio al momento de la encuesta: 3,3 soles por 1 dólar.

Los pocos ingresos que las familias obtienen en la explotación agropecuaria explican que recurran a diversas otras actividades para cubrir sus necesidades. Es importante analizar la naturaleza de estas actividades, aparentemente más rentables, para entender por qué no dejan finalmente la explotación agropecuaria, para invertir la totalidad de su tiempo en ellas.

La unidad agropecuaria como base de la pluriactividad

Frente a los bajos ingresos de la agricultura y ganadería, pero también porque los calendarios agrícolas lo permiten eventualmente, los productores y sus familias no solamente transforman los productos de la chacra antes de venderlos, sino que también realizan otras actividades, parte de las cuales no parecen poder sustituirse al empleo agrícola, en la medida en que son temporales o se apoyan justamente sobre la explotación agropecuaria.

Empleos derivados más que secundarios

Los límites que ofrece el censo agropecuario de 1994 para entender la pluriactividad campesina son evidentes. Entre otros, no considera más que las actividades del jefe de familia, cuando las explotaciones peruanas son en su mayoría familiares, donde las actividades de todos son interdependientes. Evita sin embargo varios de los defectos subrayados por Phelinas (2004) en el caso de las encuestas oficiales, pues toma en cuenta todas las actividades realizadas en el año y separa bien la ganadería, efectuada en la unidad de explotación, de las actividades "otras". No permite evaluar los ingresos recibidos por concepto de cada actividad, a diferencia de la encuesta efectuada en la Sierra Sur en 2005. Sin embargo, utilizaremos el censo en relación con los estudios de caso, para tratar de entender mejor en qué consiste exactamente la pluriactividad de los productores, más que para pretender cuantificarlo.

Las actividades que realizan los productores en la unidad de explotación a nivel nacional son diversas. Dentro de las actividades bien identificadas a nivel nacional (cuadro 5), por la frecuencia de su presencia, está la fábrica de artesanías, sin duda relacionada muy a menudo con la explo-

tación agropecuaria. Si tomamos el ejemplo de Incahuasi, en la parte alta y quechua-hablante de la Región Lambayeque, la fábrica, que ocupa a un porcentaje muy importante de productores (cuadro 6), consiste principalmente en la confección de tejidos a base de lana local (Aldana et al. 2006:269). La Región Lambayeque muestra sin embargo situaciones locales bastante diferenciadas. En Niepos, cuya capital está ubicada a 2400 m s. n. m., la ganadería está en pleno desarrollo y la fabricación de quesillos y quesos ocupa a una parte de los pobladores (Mesclier y Chaléard 2007). En La Florida, más abajo, a unos 1000 m s. n. m, los pobladores son en su mayoría productores de café, dispersos en caseríos pero que disponen o disponían de cierto ingreso; las pequeñas bodegas deben su existencia a esa configuración particular del espacio local. En estos tres ejemplos, la actividad "secundaria" realizada en la está estrechamente relacionada con la actividad agropecuaria y/o con las características del territorio en el cual se la realiza. Dicho de otra manera, es difícil que los productores decidan abandonar la actividad agropecuaria para dedicarse a su segunda actividad, pues ya no tendrían de las materias primas necesarias. En el caso del comercio, sin embargo, las familias instaladas en la capital de distrito de La Florida pueden haber vendido sus tierras para dedicarse al comercio (restauración, pensión), entre otras cosas, gracias a la bonanza económica que generó un tiempo el café y a la venida por épocas de sus compradores. Encontramos casos de familias que no conservaron tierras, o no conservaron más que una o dos parcelas para cultivos de consumo doméstico.

Las actividades realizadas fuera de la explotación agropecuaria no siempre podrían permitir a las familias independizarse de dicha explotación. Trabajar en una unidad agropecuaria lejana, como lo hacen muchos a nivel nacional, es casi siempre un empleo muy temporal. En la región Lambayeque, lo hacen en forma muy importante los pobladores de Incahuasi, que por falta de tierras se emplean en las tareas del cultivo de arroz en la parte baja del valle. Lo hacen también los pobladores de la parte alta del distrito de Motupe, que se desplazan hacia los frutales de la parte baja. Lo hacen finalmente los pobladores de La Florida, que tienen la particularidad de estar acostumbrados a un clima tropical húmedo y de conocer el trabajo del café; una parte de ellos dispone de tierras en la vertiente ama-

zónica cercana, donde se produce café pero también coca (Chaléard y Mesclier 2004:288 y trabajo de campo). Algunos harían parte de los 60 000 productores de coca del país o de los 200 000 jornaleros que emplean las plantaciones (Cabieses 2005; Castro de la Mata 2005). En Motupe como en La Florida, el comercio implica desplazamientos. Los productores-comerciantes a quienes entrevistamos¹⁵ comercializan los productos de la zona; mango en el primer caso, café en el segundo. Su negocio se apoya en el conocimiento que tienen de los productos que venden, pero también producen ellos mismos en colaboración con los demás productores, lo que explica, para uno de los acopiadores de café de La Florida, el que pueda competir con el circuito de comercialización organizado por una ONG. De ahí que estas actividades no sean independientes de un contexto particular, creado en parte por la unidad agropecuaria.

Cuadro 5 La pluriactividad de los jefes de unidades agropecuarias en 1994 a nivel nacional		
	Número	Porcentaje
Total productores con información (cuadro 16 Censo)	1 756 141	100%
Productores que "realizan otra actividad en su unidad agropecuaria (UA) que le producen otros ingresos"	283 345	16%
Actividades más representativas:		
Otra(no precisada)	90 487	
Fábrica de artesanías	86 962	
Total productores con información (cuadro 19 Censo)	1 742 128	100%
Productores que "durante el año dejan de trabajar en la UA para conseguir otros ingresos"	451 761	26%
Actividades más representativas:		
Trabajar en otra UA lejana	166 981	
Comercio	68 235	
Fuente: INEI, cuadros 16, 17, 19 y 21 del Censo agropecuario de 1994		

15 Entrevistas por ejemplo con M. A. Morupe, el 6 de junio 2003 o con R. C, en La Florida, el 9 de junio de 2002.

Los productores que tienen otra actividad en la unidad agropecuaria (UA) pueden tener también otra fuera de esta. Están indicadas las actividades más representativas que en su conjunto son más de la mitad de las citadas por los productores (las cuales pueden ser más numerosas que el número de productores que las realizan).

Cuadro 6 - La pluriactividad de los jefes de unidades agropecuarias en 1994 en distritos de la región Lambayeque				
Distrito	Motupe	La Florida	Niepos	Inca-huasi
Total productores con información Cuadro 16	1634	701	1041	2517
Productores que realizan otra actividad en la UA que le producen otros ingresos	75	98	223	1498
Porcentaje	4,6%	14%	21%	60%
Actividades más representativas:				
Fábrica de artesanías				1237
Elaboración de productos derivados	22	22	110	
Comercio		31		
Otra (no precisada)	31		59	
Total productores con información Cuadro 19	1621	701	1037	2475
Productores que dejan de trabajar en la UA para conseguir otros ingresos	594	300	126	1502
Porcentaje	36%	43%	12%	61%
Actividades más representativas				
Trabajar en otra UA lejana	353	133	46	1382
Comercio	109	102	37	
Fuente: INEI, cuadros 16, 17, 19 y 21 del censo agropecuario de 1994.				

Para cada distrito están indicadas las actividades más representativas que en conjunto son más de la mitad de las actividades citadas por los productores (las cuales pueden ser más numerosas que el número de productores que las realizan).

Actividades agropecuarias en el campo peruano

Cuadro 7 - La pluriactividad de los jefes de unidades agropecuarias en 1994 en distritos de la Sierra Sur			
Distrito/Región	Chivay/ Arequipa	Chuquibamba/ Arequipa	Ilave/ Puno
Total productores con información Cuadro 16	596	467	10 172
Productores que realizan otra actividad en la UA y que le producen otros ingresos	75	92	1254
Porcentaje	13%	20%	12%
Actividades más representativas			
Fábrica de artesanías	29	12	339
Elaboración de productos derivados			
Comercio		14	162
Otra (no precisada)	38	45	
Total productores con información Cuadro 19			10 073
Productores que dejan de trabajar en la UA para conseguir otros ingresos	343	33	2278
Porcentaje	58%	7%	23%
Actividades más representativas			
Trabajar en otra UA lejana	105	6	946
Comercio	114	14	298
Construcción			393
Fuente: INEI, cuadros 16, 17, 19 y 21 del censo agropecuario de 1994.			

Para cada distrito están indicadas las actividades más representativas que en conjunto son más de la mitad de las actividades citadas por los productores (las cuales pueden ser más numerosas que el número de productores que las realizan).

Examinado las características de la pluriactividad de la Sierra Sur, llegamos a conclusiones parecidas. Si tomamos como ejemplos tres distritos, en Arequipa y en Puno, los talleres de artesanías por un lado, la migración hacia otras UA por otro lado, representan, como en Incahuasi, las principales actividades de los productores, aparte de la explotación agropecuaria que administran. Aunque la encuesta realizada en 2005 no lo precisa, podemos suponer que el trabajo agrícola en otras UA se realiza principalmente en dos tipos de contextos: en explotaciones vinculadas a los mercados urbanos, ubicadas mayormente en la parte más costera del departamento o en los departamentos vecinos (ajo, cebolla, orégano, olivos en la región Arequipa) y en la vertiente amazónica (café en Sandi-San Juan del Oro, valle del Tambopata, y coca en el valle de Massiapo, en la región de Puno que

colinda con Bolivia). La mejora significativa en la infraestructura vial facilita los desplazamientos temporales en búsqueda de trabajo. La participación en actividades de construcción, en las ciudades, aparece también como una de las posibilidades de trabajo fuera de la unidad agropecuaria.

La actividad comercial en la explotación agropecuaria tiene sin embargo cierta importancia. La encuesta realizada en 2005 lo confirma: 28% de las familias tiene un negocio o establecimiento en el mismo hogar, para desarrollar una actividad productiva no agropecuaria y/o comercial.

Cuadro 8 - Sierra Sur. PEA mayor de 15 años y familias que cuentan con negocios en el Hogar	
	Sierra Sur
PEA mayor de 15 años	361 599
Hombres	181 538
Mujeres	180 061
Personas que perciben Ingresos (fuera del hogar) por Trabajos dependientes y/o independientes	183 689
Hombres	127 502
Mujeres	56 187
Porcentaje de personas mayores de 15 años que perciben ingresos fuera del hogar	51%
Hombres	70%
Mujeres	31%
Familias que cuentan con Negocios:	
Porcentaje de familias con negocio	28%
Tiempo promedio de antigüedad (meses)	9,7
Promedio de personas que trabajan	1,8
Fuente: Encuesta Familiares Proyecto Sierra Sur-INEI. Línea de Base Proyecto Sierra Sur, febrero 2006.	

Razones para no abandonar la unidad de explotación

Durante mucho tiempo, se ha debatido acerca del carácter racional o no de los campesinos que siguen viviendo en su explotación, pese a los pocos ingresos. Se ha reintroducido la importancia del autoconsumo, por un

lado y del patrimonio, por otro.

Si los ingresos que genera la actividad agropecuaria son bajos, los activos familiares (cuadro 9) están compuestos en gran parte por sus parcelas de cultivo y por los animales de crianza –incluso cuando se incluye a la población de las zonas urbanas de los distritos estudiados en el cálculo. La “mejor herencia” que reciben los hijos es ciertamente la educación (Bey 1994), pero también su parte en ese patrimonio.

La doble residencia de las personas con mayores recursos les permite además conjugar las ventajas de la actividad agropecuaria con los servicios más numerosos y de mejor calidad que se encuentran en las ciudades. Las autoridades de los distritos suelen residir en la gran ciudad cercana, pero las familias más modestas también intentan incluir a la ciudad en su estrategia, a menudo gracias a la presencia de hijos o hermanos. La ubicación de los hijos con parientes u con otras familias, a menudo como domésticos, es una estrategia para lograr que se eduquen¹⁶.

Cuadro 9 Clasificación de las familias en función de sus activos tangibles				
Composición de los activos familiares (promedio en S/.)	Sierra Sur	Grupo 1	Grupo 2	Grupo 3
		Familias con activos cercanos al promedio	Familias con activos agropecuarios	Familias con activos diversificados
Familias expandido (%)	100%	97,8%	0,2%	2,0%
Activos de la familia (Valor total S/.)	18 537	16 142	464 613	90 489
Equipos del hogar (S/.)	1056	595	1126	23 738
Valor de las Viviendas y terrenos (S/.)	5553	5212	12 878	21 598
Valor de las parcelas de cultivo (S/.)	7695	6842	366 492	12 738
Herramientas y equipos agropecuarios (S/.)	326	197	8575	5811
Valor de animales en crianza (S/.)	3031	2865	74 872	3788
Equipos utilizados en el comercio (S/.)	876	431	669	22 816

Fuente: INEI. Encuestas Familiares Estudio Línea de Base Proyecto Sierra Sur, febrero 2006.

16 Trabajo de campo en la clasificación se hizo tomando sólo las variables con significación del 95% de probabilidad estadística.

Otro punto que contribuye a explicar por qué los productores no abandonarían su explotación agropecuaria es que les permite cubrir parte de sus necesidades de consumo. Esta constatación no es nueva, pero se tiene que volver a señalar cuando se trata de productores que a la vez están trabajando para los mercados mundiales. Así, los productores de Motupe conservan parcelas de yuca, de maíz, de fréjoles, para su consumo y el de los animales, a veces asociados con los mangos en la misma parcela, en particular mientras los árboles todavía no son productivos. Utilizan también el bosque seco para diversos usos (alimentación del ganado, producción de miel, etc.). La unidad agropecuaria también permite adaptarse a las evoluciones de los mercados, tal como lo hacen los productores de café de La Florida, que se volcaron hacia la producción de caña guayaquil (*Guada angustifolia*) para compensar la caída de los precios de su producción principal (Chaléard y Mesclier 2004:288). La unidad agropecuaria, de por sí diversa y a menudo capaz de cambios rápidos, se adecua bastante bien a la versatilidad y complejidad del mundo globalizado.

La encuesta sobre la Sierra Sur muestra que globalmente, las familias están relativamente satisfechas con sus condiciones de vida. La encuesta contenía respuestas de opinión por parte de las familias, sobre su percepción de la situación económica¹⁷ (cuadro 10). Utilizando el análisis factorial de correspondencias múltiples se agruparon tres grupos de opinión, identificados sobre la base de variables cualitativas que tienen significación estadística, la que se encuentra detallada en el gráfico 4, en un plano cartesiano que permite ver la variación, desde las que consideraban su situación económica “empeorada” o “estática” hasta aquellas que sentían que sus condiciones económicas se encontraban mejorando.

Llama la atención que el principal grupo esté conformado por el 45% de las familias encuestadas, pues son las que transmitían una situación estática y sin cambios en sus hogares y su localidad. Sin embargo, expresaban también que sus ingresos eran más o menos estables y con estos podían vivir en buenas condiciones. Todas estas familias tenían una base importante en el auto-suministro y auto-abastecimiento, donde parte relevante de sus necesidades alimenticias se encontraban cubiertas por su producción agropecuaria o la que provenía del intercambio en circuitos no mercantiles.

El 37% de las familias encuestadas nos transmiten su percepción positiva sobre algunas variables relacionadas con sus ingresos y las condiciones de vida de su hogar y localidad. Sienten que sus necesidades básicas de consumo de alimentos (como menestras, frutas, cereales, carnes, pescados, etc.), están cubiertas con su producción agropecuaria y por los demás ingresos familiares logrados por sus miembros. Transmiten la idea de bienestar económico, ya que con los ingresos familiares sienten que viven en buenas condiciones. Ratifican la idea de la estabilidad de sus ingresos en un rango que va desde S/.750 a S/.5000, llegando algunas familias a generar ahorros.

Solamente el 18% de las familias encuestadas tiene una percepción negativa sobre sus condiciones de vida, su economía familiar y la de su localidad. Consideran que los ingresos que generan en el seno de sus hogares son muy inestables y en muchos casos se ven obligados a endeudarse para poder cubrir necesidades básicas.

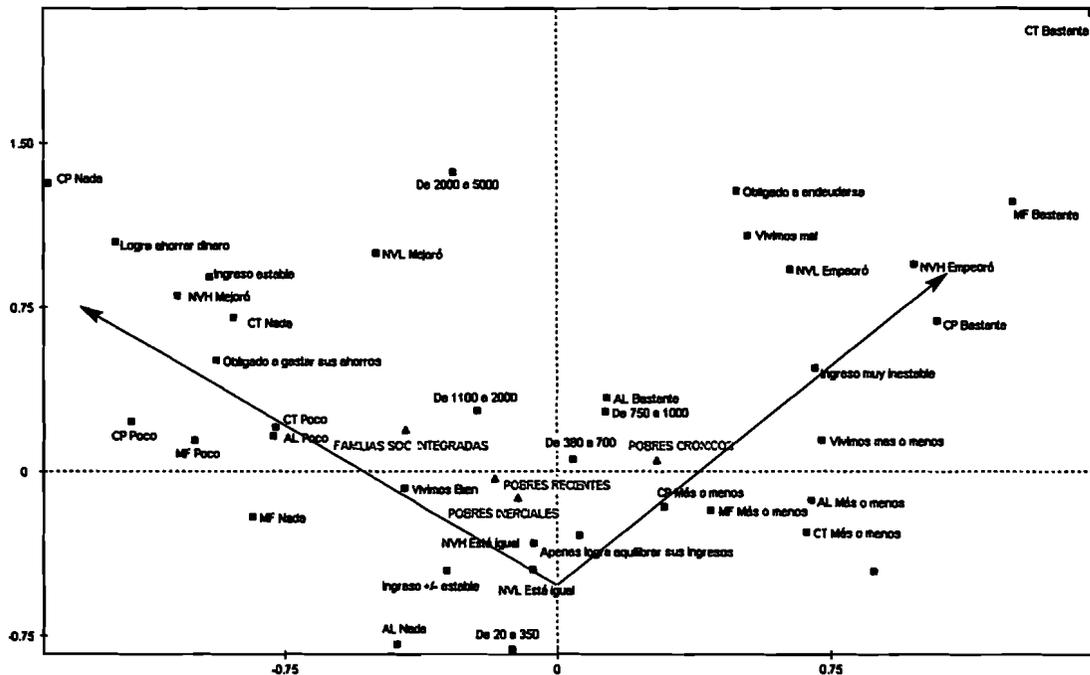
Estas cifras llaman por supuesto la atención en un país donde el 55% de la población total y un 78% de la población rural estaban caracterizados como pobres a inicios de los años 2000 (véase Herrera 2002), lo cual se explica en parte porque incluso donde la agricultura no conoció una dinámica fuerte en la última década, las personas empleadas en el sector agropecuario permanecen en aquella actividad.

17 La clasificación se hizo tomando sólo las variables con significación del 95% de probabilidad estadística.

Cuadro 10 Caracterización de grupos de familias en base a su percepción económica					
	Caracterización	Sierra Sur	Grupo 1	Grupo 2	Grupo 3
Total de familias	Número de familias	100%	37%	45%	18%
Clasificación basada en criterios de pobreza	Familias socialmente integradas	21%	33%	15%	12%
	Pobres crónicos	37%	25%	43%	48%
	Pobres inerciales	26%	28%	27%	21%
	Pobres recientes	16%	15%	15%	19%
En la actual situación económica de su hogar	Logra ahorrar dinero	5%	11%	0%	1%
	Apenas logra equilibrar sus ingresos y gastos	83%	79%	92%	71%
	Se ve obligado a gastar sus ahorros	5%	4%	5%	6%
	Se ve obligado a endeudarse	7%	6%	3%	22%
¿El nivel de vida de los hogares de su localidad?	Mejóro	17%	31%	7%	11%
	Está igual	69%	58%	89%	41%
	Empeoro	14%	11%	4%	47%
¿El nivel de vida de su hogar...?	Mejóro	12%	28%	4%	3%
	Está igual	74%	66%	94%	39%
	Empeoro	14%	5%	2%	59%
Necesidades mínimas de alimentación	Bastante	0%	0%	0%	1%
	Más o menos	44%	10%	59%	77%
	Poco	54%	88%	40%	21%
	Nada	1%	2%	0%	0%
Necesidades mínimas cereales, tubérculos	Bastante	1%	1%	1%	3%
	Más o menos	48%	9%	72%	67%
	Poco	48%	85%	26%	28%
	Nada	3%	5%	1%	2%
Necesidades mínimas de hortalizas, frutas	Bastante	7%	1%	2%	32%
	Más o menos	64%	32%	93%	58%
	Poco	27%	64%	5%	9%
	Nada	2%	3%	1%	1%
Necesidades mínimas de carne, pescado	Bastante	4%	1%	2%	14%
	Más o menos	66%	32%	88%	82%
	Poco	30%	66%	10%	4%
	Nada	1%	1%	0%	0%
Rango de ingresos mínimos	De 20 a 350	27%	14%	37%	29%
	De 380 a 700	41%	41%	41%	41%
	De 750 a 1000	21%	25%	17%	22%
	De 1100 a 2000	7%	10%	4%	7%
	De 2000 a 5000	4%	9%	1%	3%
Los ingresos de su hogar son	Muy inestable	32%	12%	31%	75%
	Más o menos estable	59%	69%	66%	23%
	Estables	9%	19%	3%	3%
Con los ingresos de su hogar ¿Estima usted que viven bien?	Muy bien	1%	2%	1%	
	Bien	69%	86%	75%	21%
	Más o menos	28%	12%	23%	75%
	Mal	2%	1%	1%	5%

Fuente: INEI. Encuestas Familiares Estudio Línea de Base Proyecto Sierra Sur, febrero 2006.

Gráfico 4 - Percepción de las familias en relación a su situación económica¹⁸



Fuente: SUNAT. Tomado de la web http://www.minag.gob.pe/comercio_exterior/com_exp_evolucion.shtml (noviembre 2007)

18 Este gráfico se obtuvo de la Base de Datos de la Encuesta Sierra Sur-INEI 2005.

Conclusiones

La particularidad del Perú puede ser explicada por diversos fenómenos: la estructura de la tenencia de la tierra, el desarrollo reciente de la agricultura de exportación en la costa que volvió a movilizar a una población todavía muy cercana al campo, los hábitos de consumo de la población urbana, el desarrollo de la coca. Estos factores compensan en parte la emigración de los pobladores rurales hacia las ciudades. Llevan a una parte de ellos a apostar a la vez en varios espacios, en el campo y en la ciudad, y también a varias actividades, para las cuales aprovechan las ventajas que les da el conocimiento de las tecnologías agrícolas, como las de la sociedad local. En muchos casos, sería probablemente difícil que realicen la misma actividad sin poseer una explotación agropecuaria.

La aplicación del Tratado de Libre Comercio (TLC) en curso de ratificación con Estados Unidos podría por supuesto modificar considerablemente la situación. Marañón y Fritscher afirman que, en el marco del TLC firmado en 1992 entre las naciones de América del norte, las exportaciones de Estados Unidos de cultivos subsidiados, como el maíz¹⁹, han reducido los precios de los productos agrícolas en México (Marañón y Fritscher 2004; 2006). Mantienen que se ha expulsado mano de obra del sector agrícola, pues el empleo se habría reducido de 8,1 millones en 1993 a 6,8 millones en el 2001; el número de productores habría disminuido en un 21% (2004.:204-205). Retoman la afirmación de otros estudiosos para decir que “el dinamismo de los productos de exportación exitosos, principalmente las frutas y las hortalizas, no ha sido suficiente para proporcionar el empleo en los volúmenes necesarios para reducir la migración”.

En el caso peruano, la importancia del empleo generado hasta ahora principalmente por las explotaciones agropecuarias familiares, las cuales articulan una serie de otras actividades y sistemas de doble residencia, podría llevar a una evolución distinta. “

19 Se trata del maíz destinado a la agroindustria.

Bibliografía

- Aldana, S. et al. (2006) "Le bouleversement des hiérarchies territoriales au Pérou"; en J. E. Lombard, Mesclier, S. Velut (eds.): *La mondialisation côté Sud. Acteurs et territoires*. IRD/ENS, p. 249-271.
- Alvarado, J. (1996) *Los contratos de tierras y crédito en la pequeña agricultura: un análisis institucional*. Lima, CEPES.
- Bey, M. (1994) *Le meilleur héritage. Stratégies paysannes dans une vallée andine du Pérou*. Paris, ORSTOM.
- Cabieses, H. (2005) "Sobre coca, coccaleros y drogas: Fallos satánicos y debates de fondo". *Debate Agrario*, No. 39. CEPES, p. 27-80.
- Castillo, P. et al. (2007) *¿Qué sabemos de las comunidades campesinas?* Lima, CEPES -Grupo Allpa.
- Castro de la Mata, R. (2005) "Consumo de drogas en el Perú". *Debate Agrario*, No. 39. CEPES, p. 127-154.
- Cavassa, A. (2006) *Informe de línea de base: Fortalecimiento de los mercados, diversificación de los ingresos y mejoramiento de las condiciones de vida en la Sierra Sur*. FIDA-FONCODES. <http://www.sierrasur.gob.pe/portal/Estudios>.
- Chaléard, J.-L. y E. Mesclier (2004) "Dans le nord du Pérou, l'agriculture commerciale augmente-t-elle les risques pour les petits producteurs?"; en G. David (ed.): *Espaces tropicaux et risques. Du local au global*. Orléans, Presses Universitaires d'Orléans-IRD, p. 279-291.
- Deere, C. (1986) "La mujer rural y la política estatal: la experiencia latinoamericana y caribeña de reforma agraria"; en M. León y C. Deere (eds.): *La mujer y la política agraria en América Latina*. Bogotá, Siglo XXI Editores, p. 187-208.
- Deler, J. P. (ed.) et al. (1997) *Atlas de la región del Cusco. Dinámicas del espacio en el Sur peruano*. Cusco, IFEA-CBC-ORSTOM.
- Dollfus, O. y J. Bourliaud (1997) "L'agriculture de la côte péruvienne au vent du néolibéralisme"; en *Problèmes d'Amérique Latine*, No. 25, abril-junio. París, p. 87-104.
- Dureau, F.; V. Gouëset y E. Mesclier (2006) *Géographies de l'Amérique latine*. Rennes, PUR.

- Eguren, F. (2003) "La agricultura de la costa peruana". *Debate Agrario*, No. 35, enero. Lima, p. 1-37.
- Figuroa, A. (1996) *Pequeña agricultura y agroindustria en el Perú*. Naciones Unidas-CEPAL...
- Herrera, J. (2002) *La pobreza en el Perú en 2001. Una visión departamental*. Lima, INEI-IRD.
- Huerta L.; D. Mateo y E. Mesclier (1997). *Perú en mapas. Atlas en base al censo de población y vivienda*. Lima, INEI-Orstom.
- INEI (Instituto Nacional de Estadística e Informática) (Perú) (1994) *III Censo Nacional Agropecuario*.
- Köbrich, C. y M. Dirven (2007) *Características del empleo rural no agrícola en América Latina con énfasis en los servicios*. Santiago de Chile, CEPAL.
- Lévano, C. (2005). *Elaboración de estadísticas de la micro y pequeña empresa*. Lima, Dirección nacional de la micro y pequeña empresa del Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo.
- Machado, A. (1998). *La cuestión agraria en Colombia a fines del milenio*. Bogotá, Ancora.
- Málaga-Webb & Asociados (2005) *Nota Interdiaria 790905*, septiembre.
- Málaga-Webb & Asociados (2006) *Nota Interdiaria 1050106*, 12 de enero.
- Marañón, B. y M. Fritscher (2007) "Las dificultades de las negociaciones agrícolas en la OMC: De Doha a Hong Kong"; en *Debate Agrario* No. 40-41. CEPES, p. 197-224.
- Marañón, B. y M. Fritscher (2004) "La agricultura mexicana y el TLC: el desencanto liberal"; en *Debate Agrario*, No. 37. CEPES, p. 183-210.
- Mesclier, E. (coord.) et al. (1999) *Dinámicas socioeconómicas en el espacio colombiano*. Bogotá, CRECE-DANE_IRD.
- Mesclier, E. y J.-L. Chaléard (2006) "Le paradoxe social d'un territoire gagnant: l'exemple de Motupe au Pérou"; en J. Lombard, E. Mesclier y S. Velut (eds.): *La mondialisation côté Sud. Acteurs et territoires*. IRD/ENS, p. 249-271.
- Mesclier, E. y J.-L. Chaléard (2007) "Especialización productiva y ordenamiento territorial en la sierra del Perú: el caso de Niepos"; en *Anuario Americanista Europeo...*

- MINCETUR (Ministerio de Comercio y Turismo) (2006) Exportaciones (www.mincetur.gob.pe) (noviembre 2007)
- MINAG (Ministerio de Agricultura) (Perú) (2007) Política Agraria (www.minag.gob.pe/politica_1.shtml) (Noviembre 2007).
- MINAG (Ministerio de Agricultura) (Perú) (2007) Portal agrario. Noviembre.
- Monge, C.; J. Urrutia (1999) *El debate sobre la titulación en comunidades del sur andino*. VII. SEPIA, p. 393-408.
- Phélinas, P. (2004) "L'emploi complémentaire en milieu rural péruvien: la richesse des pauvres?"; en *Economie rurale*, 282, juillet-août, p. 40-58.
- Proyecto GECEX-PROMPYME (2006) "La MYPE y las exportaciones". *Participación de las micro y pequeñas empresas en las exportaciones nacionales. Año 2005*. Boletín No. 1 PROMPYME.
- Tealdo, Armando (2002) "Mercado de Trabajo y Empleo en el Sector Agrario"; en *Debate Agrario*, No. 34. Lima, CEPES, p. 1-27.
- Valcárcel M. (2002) "Agroexportación no tradicional, sistema esparragueero, agricultura de contrata y ONG"; en *Debate Agrario*, No. 34. Lima, CEPES, p. 29-44.
- Valera, Guillermo (1998) "Las comunidades campesinas vistas desde el III CENAGRO: algunas reflexiones"; en Alejandro Laos y G. Valera: *Comunidades Campesinas y desarrollo sostenible*. Lima, Grupo Allpa, p. 17-32.
- Velásquez, O. (2001) *La comunidad campesina en el Perú y los retos por la supervivencia*. Trujillo, Universidad Nacional de Trujillo.
- Webb, Richard y G. Fernández Baca (1990) *Perú en números*. Lima, Cuánto.
- Webb, Richard y G. Fernández Baca (2002) *Perú en números*. Lima, Cuánto.

Pluriactividad: funciones y contextos. Preguntas teóricas y análisis de dos zonas frutícolas del Alto Valle rionegrino¹

Mónica Bendini*

Miguel Murmis**

Pedro Tsakoumagkos***

El centro de nuestro análisis de la pluriactividad en este trabajo es la consideración de su papel en las estrategias económicas de productores de distinto nivel. Prestaremos especial atención a la función de oportunidad para la acumulación, o para la persistencia en la condición de productores. Atenderemos, también, al contexto definido por el carácter rural-urbano, el momento (crisis o bonanza), y la significación de las prácticas pluriactivas. Partimos de la hipótesis de que hay varios tipos de origen, contextos, o funciones de la pluriactividad. Los contextos son, fundamentalmente, de defensa de la supervivencia de productores en problemas, o de acumulación y diversificación en prosperidad.

Asimismo, entendemos que esos procesos no constituyen respuestas que sólo surgen ante diversas situaciones (entre ellas las de crisis), sino que son parte históricamente consolidada de la actividad de los productores. Realizamos nuestra exploración de tales procesos entre productores de distinto nivel en las zonas frutícolas del Alto Valle del río Negro. Se hicieron entrevistas en Allen y Cipolletti. El problema teórico y los materiales del relevamiento empírico, están enmarcados por una consideración de alguna bibliografía argentina sobre pluriactividad y también por los datos contextuales que nos permiten situar el estudio en el tiempo y el espacio.

1 Este artículo reúne materiales del proyecto GESA – PIP CONICET, número 6528.

* GESA FADECS Universidad Nacional del Comahue. mibendini@yahoo.com.ar

** CONICET en FLACSO Buenos Aires y Universidad Nacional de General Sarmiento. miguel-murmis@yahoo.com.ar

*** Universidades Nacional de Luján, Nacional del Comahue y de Buenos Aires. pedrots@sinctis.com.ar

Introducción

Los estudios agrarios referidos a las estrategias que permiten diferenciar a los productores exclusivamente dedicados a sus actividades específicas, de aquellos otros que desarrollan una pluralidad de actividades agropecuarias y no agropecuarias, han alcanzado un volumen ya significativo. Testimonian esta significación, un buen número de ponencias, artículos y compilaciones. También son conocidas las preocupaciones semejantes, que, desde diversos enfoques, cuentan con una cierta tradición tanto en países desarrollados como en nuestro ámbito latinoamericano. Ahora bien, en el estadio en que se encuentran aquellos estudios en nuestro país, consideramos prioritarias las contribuciones empíricas que intentan responder algunas preguntas fundamentales acerca de las estrategias pluriactivas.

Centramos la temática de nuestra investigación en dos interrogantes. Por un lado, nos preguntamos sobre el papel de la oportunidad para la acumulación, o la persistencia en la condición de productores que les corresponde a las diversas estrategias pluriactivas implementadas. Nuestro segundo interrogante se refiere al momento en el cual dichas estrategias son adoptadas; nos preguntamos si se trata de pautas tradicionales o nuevas de conductas. En esta oportunidad abordamos fundamentalmente la primera, y algunos temas conexos tales como contextos ocupacionales y de crisis o bonanza en la unidad productiva.

Nos proponemos, asimismo, ubicar nuestro aporte en el marco de esa temática, centrándolo en dos casos de una importante región frutícola de exportación como es el Alto Valle en la Patagonia argentina. Se trata de Cipolletti y Allen, ambas en el departamento General Roca, en el valle superior del río Negro, en la provincia homónima. Son dos localidades históricas de las zonas de colonización inicial en la producción frutícola de la cuenca del río Negro. Esas zonas tradicionales muestran la actualidad de una historia de transformaciones, a partir de una matriz en la que los productores frutícolas familiares –denominados regionalmente “chacareros”– jugaron un papel de conformación.

Una periodización ilustrativa de dicha historia distingue, en primer lugar, una etapa de inicio y consolidación de la fruticultura (fines de los años treinta a los sesenta del siglo pasado), con predominio del capital

monopólico inglés; en segundo lugar, otra de conformación agroindustrial (en los años sesenta y principios de los setenta), caracterizada por el predominio del capital nacional oligopsónico; luego, una tercera de diferenciación agroindustrial (que llega a los años ochenta); y, por último, el actual momento, de concentración y transnacionalización (Bendini y Tsakoumagkos 2003; Jong et al. 1994).

Para comenzar, haremos una revisión bibliográfica, centrada en algunos autores que hayan realizado aportes sobre nuestras preguntas en materia de pluriactividad, focalizándonos en los estudios agrarios en la Argentina. Luego, presentaremos brevemente las localidades que constituyen nuestros casos de estudio, algunos datos básicos de la región en que se encuentran, y el contexto de la actividad que se lleva a cabo. Posteriormente, expondremos una descripción general de los productores frutícolas, presentando su caracterización a efectos de este estudio y, para concluir, haremos un análisis de sus actividades extra prediales que nos permitan explorar respuestas a nuestras hipótesis.

La temática de la pluriactividad

La existencia de la pluriactividad significa que el modelo de la sociedad capitalista compuesta por un conjunto de ocupaciones bien delimitadas, que a su vez representan un campo de movilidad a través de las carreras ocupacionales, no puede aplicarse al conjunto de la sociedad. Esa imagen del mundo ocupacional es el marco para la visión durkheimiana de la sociedad regulada a través de corporaciones profesionales, basadas en las distintas ocupaciones (Durkheim 1973).

La consideración de la pluriactividad en enfoques sociológicos más recientes, en particular en la sociología rural, ha agregado a la imagen centrada en los trabajadores semiproletarios, la identificación y estudio de situaciones menos limitadas y, además, de trabajadores menos pobres y menos constreñidos por la necesidad.

Una de las ampliaciones de la imagen de la pluriactividad frecuentemente considerada, hace referencia a situaciones en que la ocupación múltiple es una respuesta a situaciones en las cuales está en juego la exis-

tencia de una pequeña empresa, sobre todo, de una empresa familiar. No se trata en este caso de una respuesta exigida por la imposibilidad de satisfacer necesidades básicas, especialmente de consumo. En el caso de la crisis de la pequeña producción, el salvataje es, en parte, el de componentes del capital. Esta presentación en la que separamos radicalmente ambas situaciones requiere discusión, en tanto la salvación de la empresa familiar se impone, a veces, como forma de no caer en la pobreza extrema. Por ahora, antes de entrar en esa discusión, introduzcamos el caso de la pequeña empresa como diferente y no subsumible en la situación de defensa frente a la indigencia.

Queremos ir más allá de una imagen de pluriactividad que se ve limitada al caso de quienes necesitan un ingreso extra para sobrevivir. Así, se la percibe como localizada sólo en un sector de la jerarquía ocupacional, entre los trabajadores de nivel más bajo. Nos interesa explorar tanto la localización en otros niveles de esa escala, como también captar hasta dónde se trata de un recurso que cumple funciones que van bastante más allá de la supervivencia, y esclarecer cuáles son esas funciones. Por eso preguntamos acerca de la función de la pluriactividad para quienes la practican.

Una vez captada esa diferencia, resulta significativo entender si la pluriactividad es una respuesta históricamente establecida y, en particular, consolidada en distintos niveles de acumulación y frente a diversas situaciones que van más allá de la crisis. Esta pregunta se refiere al origen y también a la periodicidad que puede darse, por ejemplo, frente a problemas económicos recurrentes.

Una revisión del tema en los estudios rurales en la Argentina, nos muestra diversos hallazgos en la región pampeana, a propósito de esto. No pretendemos rever todas las propuestas de la conceptualización de la pluriactividad, sino que retomamos esa bibliografía para localizar elementos ligados a nuestros interrogantes. Eventualmente, también puede interesarnos entender el por qué de la limitada presencia de los temas en que nosotros nos centramos.

Cucullu y Murmis (2003) encuentran casos en el partido de Lobos, en que la actividad extra agraria hace posible u ofrece respaldo a la actividad agraria; otros, en que proporciona capital que se utiliza en el campo e, incluso, situaciones en que se integra desde su propio planteamiento. Pero

sus entrevistados no son titulares agrarios que salieron en busca de otras ocupaciones complementarias a sus explotaciones. La exclusividad está presente en los pequeños descapitalizados que resisten y en los medianos capitalizados que son empresarios especializados. En este trabajo se examinan diversos niveles de titulares de explotación, incluyendo casos de nivel socioeconómico medio o alto, que ejemplifican el tema que nos preocupa.

Neiman, Bardomás y Jiménez (2001), al estudiar casos de la provincia de Buenos Aires, centran su atención en los cambios internos en la explotación y la familia producidos por una estrategia pluriactiva. Señalan la posibilidad del papel de ésta en procesos de persistencia de dichas explotaciones –tanto por razones económicas como culturales–, y la infrecuencia con la que es asociada la pluriactividad de unidades capitalizadas, con los mercados de fuerza de trabajo en los que se insertan. La continuidad de la complementación de actividades y fuentes de ingresos familiares es visualizada en función de objetivos derivados del deterioro de dichos ingresos. Una o varias generaciones con momentos de ruptura aceleran la asunción de estrategias pluriactivas: mantenimiento de la propiedad familiar como reaseguro, logro de una combinación y estabilidad de ingresos que garanticen ciertas condiciones de vida familiar. En consecuencia, según los autores, el resultado es el de unidades pluriactivas con diferentes estrategias y posibilidades socioeconómicas –expansivas, de mantenimiento/estabilización, y de empobrecimiento. El origen de la pluriactividad es vinculado a un proceso de deterioro.

Gras (2003), quien analiza el caso del sur santafecino, identifica varios factores que inciden en el desarrollo de la pluriactividad en distintos niveles de titulares de explotaciones agropecuarias (EAP): aumento de los umbrales mínimos de rentabilidad en el agro pampeano, cambios en la organización laboral de las explotaciones agropecuarias (resultante de la adopción de nuevos paquetes tecnológicos), acceso a niveles educativos más altos en el orden intrafamiliar, cercanía de mercados de fuerza de trabajo en pueblos y ciudades y, hasta cierto punto, la propia residencia urbana. Dichos factores dan lugar, según la autora, a un complejo de procesos en los que la pluriactividad y la pluri-inserción pueden: a) viabilizar el uso óptimo de una sobre mecanización, mediante la tradicional venta

de servicios de laboreo agrícola; b) contribuir a sostener una EAP que ha dejado de ser rentable; c) posibilitar nuevos requerimientos financieros de una EAP en expansión, d) permitir y/o recomponer el empleo extra predial del trabajo familiar de una manera más estable, e) desplazar del grueso del trabajo agropecuario a familias que contratan todas las labores, f) constituirse en oportunidades de inversión para familias de origen extra agrario y g) vehicular proyectos familiares y personales vinculados a una movilidad social ascendente, etc. Encuentra que tal pluralidad de significados es corroborada por la mayoritaria presencia de “familias pluriactivas” en todos los tamaños de EAP y con procesos de persistencia y de expansión. Es importante agregar, según lo indicado por Gras, que aunque la intensificación agrícola ha generado nuevas condiciones para algunas de estas estrategias pluriactivas, la pluriactividad tiene una larga tradición en el agro pampeano y argentino.

En estudios de caso en profundidad sobre productores familiares de cinco partidos de la provincia de Buenos Aires, González, Román y Tsakoumagkos (2005), analizaron la pluriactividad encontrándola asociada a estrategias diversas, tanto de preservación de la propiedad de la tierra y de adaptación a las condiciones cambiantes de la unidad productiva, como de vía de acceso a la actividad agropecuaria. González et al. (1999) examinaron productores empresariales con pluralidad de ingresos del partido de Azul y mostraron las características económicas de las estrategias productivas de esos empresarios.

Craviotti (2005) –autora que ha realizado diversos estudios de caso en la Provincia de Buenos Aires sobre este mismo tema– orienta su interés en la consideración de la pluriactividad como mecanismo de ingreso a la actividad agraria por parte de sujetos con trayectorias ocupacionales no agropecuaria. La sitúa dentro de la “nueva ruralidad”, entendida como un espacio rural penetrado por el mundo urbano, con nuevos y viejos personajes. Su idea fundamental es que estos nuevos agentes-productores que encaran actividades no tradicionales de alto valor en áreas rururbanas –excluyendo las situaciones de ingreso por parte de formas de capital concentrado–, presentan una importante heterogeneidad interna, por lo que construye una tipología que apunta a ilustrarla. En primer lugar, destaca a los “refugiados”, aquellos que ingresan a la actividad agropecuaria pro-

ducto de la expulsión que experimentaron en actividades anteriores; en segundo, a los “inversionistas”, quienes ingresan al sector canalizando excedentes provenientes de otra actividad; en tercera instancia, a los “emprendedores”, cuyo grado de acceso al capital y situación previa al ingreso es similar al tipo anterior, pero detentan un “gusto por el oficio” que no se percibe tan claramente entre los inversionistas; por último, incluye a los “neorrurales”, que valoran ciertas características diferenciales del medio rural como lugar de recreación o residencia, tienen un grado acotado de inversión productiva o esta es realizada para licuar gastos de mantenimiento de sus propiedades. Craviotti delimita, entonces, una forma de establecer la pluriactividad que no sólo amplía la gama de niveles de los pluriactivos sino que acota un modo especial de ingresar en ese tipo de combinación ocupacional.

Respecto a nuestras preguntas, nótese que la tipificación está construida alrededor de cuestiones tales como acumulación/persistencia y la delimitación misma orienta la observación hacia situaciones nuevas. Un rasgo que conlleva esta perspectiva es el de poner en cuestión la persistencia de los productores “tradicionales”.

Por último, Murmis y Feldman (2005), en el ámbito de los pueblos rurales, hacen dos planteamientos de interés para nuestra preocupación por la relación entre pluriactividad y nivel económico-social. Por un lado, ponen de manifiesto que la combinación no es sólo de actividades sino también de tipos de relaciones sociales. Además, muestran que la dinámica de la pluriactividad incluye casos en los cuales la inserción ocupacional empieza siendo pluriactiva, para culminar con el establecimiento de una monoactividad que sólo se establece cuando se alcanza una escala satisfactoria de acumulación en alguna de las actividades.

En esta enumeración de aportes nos concentramos en la pregunta sobre la función de la pluriactividad. Señalemos también que no encontramos materiales sobre nuestra inquietud acerca del origen. En lo que se refiere al origen histórico, tal ausencia se debería a una escasa captación del fenómeno como forma histórica de organización del trabajo. En cuanto al origen en la trayectoria individual o familiar tampoco encontramos materiales. No obstante, Susana Bandieri (2005) ofrece elementos para rastrear la pluriactividad en momentos iniciales de la colonización. En

Hilda Sábato (1989) aparecen elementos que harían pensar en pluriactividad, sin que el tema se desarrolle explícitamente en el análisis.

En la revisión que realizamos, dejamos de lado elementos importantes que también desempeñarán un papel en nuestra investigación, pero que no son su centro problemático. Ante todo, se puede contar con materiales acerca de diversas formas de conceptualizar el fenómeno y con el análisis de los tipos de combinaciones de trabajos que se dan, empezando por la combinación entre trabajos rurales con otros rurales u otros no rurales, unido al planteo acerca de la medida en que lo no rural implica lejanía social con respecto a lo rural. Hay materiales acerca de la relación entre pluriactividad y tamaño de la unidad y, también, respecto a sus efectos sobre la organización interna de la unidad. A medida que avancemos en nuestro planteo iremos especificando qué papel desempeñan en ella estas cuestiones.

El contexto económico social de la fruticultura y las zonas de estudio

Al considerar el contexto económico social de la fruticultura, comenzamos a encontrarnos con elementos que condicionan en gran medida la función de la pluriactividad. Abordamos, entonces, dicho contexto con el propósito de visualizarlo como condicionante de conductas pluriactivas, ya que puede requerir, facilitar o impedir el surgimiento de esas estrategias.

Por un lado, tenemos una dinámica casi lineal de crecimiento en los requisitos de inversión de capital. Por el otro, esa dinámica se da a través de movimientos cíclicos que modifican tanto requerimientos como oportunidades, y podrían implicar relaciones entre dichos ciclos y las estrategias pluriactivas.

La fruticultura de manzanas y peras en la región ha sido durante las últimas décadas una de las actividades productivas más dinámicas del país. Se trata de un sector económico, que no sólo experimentó una expansión cuantitativa de la producción, sino también una profundización del proceso de acumulación a través de la integración vertical y de las alianzas entre industrias claves.

La matriz económica en la que opera la modernización tecnológica está condicionada por las características de las innovaciones introducidas, que profundizan su selectividad en las últimas dos décadas y modifican de modo desigual la capacidad de apropiación y de acumulación de los chacareros (Bendini y Tsakoumagkos 2003).

Así, con el paso del tiempo, la fruticultura requiere mayores inversiones de capital asociadas no sólo a tecnología de alta complejidad, sino también al incremento de la escala mínima de las unidades productivas. Ahora bien, no se trata de un proceso lineal, sino que, aun dentro de los grandes períodos mencionados anteriormente, se dan ciclos de crisis y bonanza con diferentes efectos en los agentes y relaciones con la pluriactividad.

La estructura social agraria en la cuenca del río Negro comprende grandes empresas agroindustriales, importantes sectores agrarios medios, y pequeñas explotaciones en manos de chacareros –con pluralidad de inserciones en la reproducción social– (Alvaro 2006). Hay, en el conjunto de la agroindustria, trabajadores asalariados permanentes y transitorios agrícolas y agroindustriales, incluyendo importantes volúmenes de migrantes estacionales.

Desde el punto de vista de la organización social del trabajo, la matriz original se basaba en la presencia de trabajadores familiares con el empleo de mano de obra asalariada, mayoritariamente estacional, proveniente de Chile. Posteriormente, al consolidarse el complejo agroindustrial y fortalecerse las tendencias expansivas de la actividad, se produce un incremento de la demanda de mano de obra asalariada permanente y se diversifica y amplía la movilidad espacial de la mano de obra estacional –flujos regionales y nacionales del norte (Bendini y Tsakoumagkos 2005).

En la etapa organizativa, con predominio del capital monopólico inglés, los chacareros pasan de estrategias productivas diversificadas a consolidarse como productores frutícolas. El período de predominio del capital nacional oligopsónico, presenta un general crecimiento de la actividad frutícola de carácter incluyente, cuyos principales protagonistas fueron los agentes locales, que disponían de plantaciones y galpones que les posibilitaron su integración hacia adelante.

Las dos últimas etapas de profundización y transnacionalización de la integración muestran una modernización excluyente, con intensificación

de la movilidad del capital y del trabajo. En estas existen impactos selectivos sobre los productores primarios, inicialmente a través de los nuevos sistemas de conducción y las tecnologías mecánicas y, posteriormente, a través de los cambios varietales y las tecnologías informáticas y biológicas; lo que en conjunto se traduce en un aumento de la escala mínima con grados crecientes de subordinación, diversificación y/o expulsión de los productores más pequeños, con mayor participación relativa de trabajo familiar. En relación con las estrategias pluriactivas, sin embargo, nuestro análisis de los momentos y los significados para adoptarlas indican circunstancias y motivaciones muy variadas.

Alto Valle es la denominación tradicional del área de colonización inicial ubicada sobre la margen izquierda del río Negro, desde las inmediaciones de la confluencia de los ríos Neuquén y Limay hasta la finalización este del canal principal de riego. Esta zona abarca un conjunto de localidades con una fuerte impronta de la fruticultura en su historia y en su actualidad. Entre ellas, nuestro estudio se focaliza en dos: Cipolletti, ubicada al este de la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, y Allen, que se encuentra a unos 20 km hacia el este. Obviamente, en ambas zonas se cultivan manzanos y perales, pero en Allen la orientación hacia esta última especie es predominante. Cipolletti registraba más de 66 000 habitantes en el último censo poblacional 2001 y Allen, por su parte, unos 19 000 habitantes en ese mismo año.

El Alto Valle representa poco más del 60% de los productores y sus familiares respecto del conjunto de zonas agrícolas de la provincia de Río Negro. Cipolletti y Allen se ubican entonces en un ámbito tradicional en el que, al mismo tiempo, es predominante la figura del chacarero frutícola.

Respecto a la estructura productiva de las localidades en estudio —organizada en estratos de superficie total de las EAP (tabla 1), que constituyen el criterio de selección de nuestra muestra intencional de productores—, podemos hacer una presentación descriptiva sobre la base de una comparación de los tamaños medios de las EAP en una y otra localidad, así como de las diferencias porcentuales de la cantidad de EAP en los estratos extremos. Los tamaños medios son semejantes (17 ha en Cipolletti y 19 ha en Allen). Pero, la diferencia entre los porcentajes de cantidad de EAP de una y otra localidad en los estratos extremos (0-4,9 y 50

y más ha) es mayor al 10% (17% y 6% en el estrato 0-4,9 y 4% y 15% en el estrato 50 y más ha).

Así pues, comparando dos localidades típicas de la tradicional zona del Alto Valle, en donde la figura del productor familiar o chacarero es característica, en Cipolletti predominarían EAP pequeñas y medianas y, en Allen, medianas y grandes.

Nuestra lectura de esta información secundaria permite extraer dos conclusiones. En primer término, subraya, una vez más, la importancia absoluta y relativa de las familias chacareras del Alto Valle en el trabajo permanente familiar agrícola y, por lo tanto, su carácter de fenómeno digno de atención por su importancia provincial y en la actividad. En segundo término, identifica dos localidades típicas de esa zona, que presentan diferencias en cuanto a la distribución por tamaño de las EAP (predominancia de pequeñas-medianas en Cipolletti y de medianas-grandes en Allen).

Tabla 1 Cipolletti y Allen: Cantidad y superficie de las EAP por escala de extensión. 2002				
Escala de Extensión (ha)	CIPOLLETTI		ALLEN	
	EAP%	ha %	EAP %	ha %
0-4,9	17	4	6	1
5-14,9	53	26	44	13
15-24,9	14	17	16	9
25-49,9	12	23	19	20
50 y más	4	30	15	57
Totales	100/ 269	100/ 4581,6	100/ 231	100/ 7396,0
Fuente: Reprocesamiento CNA 2002.				

Los chacareros frutícolas de las áreas en estudio y sus actividades extraprediales

Un análisis desde fuentes secundarias

“Chacarero” es un término que en esta región alude a un productor que combina la propiedad de un pequeño o mediano monte frutal, el trabajo familiar y el uso de trabajadores transitorios. Según sea el tamaño de la unidad productiva, puede haber también utilización de trabajo asalariado permanente. Es decir, corresponde a la categoría *farmer*, de presencia significativa histórica en otras regiones argentinas.

Más allá del grado de diferenciación preexistente, al cristalizarse y expandirse el modelo productivo, se desarrollan nuevos procesos de diferenciación social, en el sentido de desaparición y descomposición de sujetos sociales y surgimiento de nuevos. En la estructura agraria regional, el sujeto social histórico es el chacarero –productor familiar– que inicialmente facilitó el desarrollo de la fruticultura, pero a medida que el proceso de modernización avanza, se encuentra limitado en sus opciones de expansión.

La modernización productiva y la profundización de la integración provocan la subordinación diferencial de los productores familiares no integrados (el 87% en el Alto Valle y el 97% en el Valle Medio, según datos del CNA (Censo Nacional Agropecuario) (2002) a la etapa industrial. Si bien en el período de expansión general de la actividad, los pequeños productores se capitalizaron y modernizaron, el ritmo de acumulación no fue suficiente como para permitir un salto cualitativo de chacareros a fruticultores, por lo que vieron disminuidas las posibilidades de incorporarse competitivamente al proceso de expansión capitalista y, en crisis permanente, fueron sorteando los obstáculos coyunturalmente, a través de distintas estrategias tales como arriendo, venta de fruta de descarte a industria, diversificación con agricultura de contrato, toma de créditos y venta directa en ferias. (Bendini y Tsakoumagkos 2005). Cabe agregar a estas, las estrategias pluriactivas o pluri-insertas, dejando asentado, sin embargo, que no le asignamos un carácter unívoco de resistencia, sino que, tal como lo indican nuestras preguntas iniciales, podrían funcionar tanto para la

persistencia, como para diversas modalidades de acumulación, o bien constituir respuestas nuevas o establecidas desde hace tiempo.

Estas profundas transformaciones ocurridas en las últimas décadas, con sus impactos selectivos al interior de los chacareros, han empezado a expresarse a nivel del discurso de los actores individuales y colectivos, mediante la distinción entre chacarero y productor. El primero ha venido siendo restringido al productor primario que no ha logrado modernizarse/reconvertirse y, predominantemente, alude al pequeño productor. El segundo, en cambio, es aquel productor que ha logrado una inserción competitiva, por un conjunto de cambios que se engloban en el término “eficiente”, que comprenden la reconversión, las buenas prácticas, el acceso a la educación y a la información técnico-comercial, a la participación en las negociaciones intersectoriales, en el uso de recursos legales a su favor y otras prácticas similares. De todos modos, esta diferenciación expresada en el orden simbólico, revela la importancia de los distintos senderos de acumulación a largo plazo que se verifican a nivel de este agente.

Si bien las fuentes de los datos secundarios utilizadas son el CNP (Censo Nacional de Población) 2001 y el SPI (Sistema Provincial Informático) de Río Negro, a nivel de datos poblacionales, y el CNA 2002, no se dispone de información desagregada por localidad para el CNA 1988 en lo que respecta a explotaciones. Por lo tanto, para abordar la ocupación agrícola y la pluriactividad nos remitimos a la información censal más confiable –censos de la provincia de Río Negro, Censar 93 y CAR (Censo de Áreas bajo Riesgo) 2005. Esto comporta una dificultad, puesto que no es posible realizar análisis comparativos de los datos agregados por el alcance de las diferentes definiciones -EAP, UOP (Unidad de Organización de la Producción), Unidad Económica– y por problemas de confiabilidad de los datos en algunos relevamientos. La definición de UOP coincide con la de EAP-CNA, pero no se dispone de registro de la definición de Unidad Económica.

En relación con las actividades remuneradas extra prediales de los productores del Alto Valle y de las dos localidades en estudio en particular, el Censo de Áreas Bajo Riego llevado a cabo en la provincia de Río Negro presenta algunos datos de interés y constituye la fuente más confiable en esta materia a la que hemos podido acceder.

Inicialmente, contamos con el porcentaje de dichos productores que tienen alguna actividad de ese tipo además de las actividades en su unidad económica. Tal guarismo es del 39% como promedio para todo el Alto Valle, el cual es, en principio, superior al dato homólogo proporcionado por el Censo Nacional Agropecuario. Además, observando nuestras localidades en estudio, constatamos que Cipolletti está por encima de ese promedio (53%) y Allen por debajo (24%).

Podemos agregar una mirada sobre la tendencia general de la pluriactividad según los tamaños de las unidades económicas, teniendo en cuenta la eventualidad de sus vinculaciones con nuestra primera pregunta acerca de su función. Al respecto, observamos que en Cipolletti parece verificarse una relación inversa, puesto que la proporción de productores con actividad extra predial disminuye a medida que aumenta dicho tamaño. Sin embargo, esa tendencia se modifica abruptamente a llegar a las unidades con más de 50 ha. En Allen, por su parte, la proporción de esos productores presenta una variación porcentual, positiva o negativa respecto del promedio, del 13%², pero sin que pueda identificarse un patrón definido. En consecuencia, no puede afirmarse que exista una asociación lineal entre tamaño y pluriactividad en el caso de las unidades frutícolas de Allen y Cipolletti que estamos analizando.

Asimismo, la fuente mencionada brinda información sobre una cuestión importante: la del papel principal o secundario que los mismos productores asignan a su actividad extra predial. Presentamos más abajo el porcentaje de productores que declaran principal a su actividad extra predial. En el Alto Valle, algo más de la mitad de los productores que tienen actividad extra predial remunerada, la consideran asimismo su actividad principal (55%). En ese contexto, Cipolletti presenta una proporción semejante (57%), mientras que en Allen superan el 60%. Cabe señalar que en ambas localidades se verifican situaciones en las que la caracterización de principal es decididamente predominante (0-15 ha en Allen y 15-25 ha en Cipolletti).

2 24% es el porcentaje de productores pluriactivos que, como promedio, existen en Allen. Los porcentajes "extremos" son los de 21% y 27%, o sea tres puntos porcentuales por encima y por debajo del promedio, que representan $\pm 13\%$ respecto de ese 24%.

Analicemos este porcentaje según tamaños de las unidades económicas, puesto que un comportamiento sistemático del carácter principal de la pluriactividad podría sugerir vinculaciones con nuestra pregunta sobre su función. En Allen, la relación tamaño/"principalidad" es inversa; es decir, cuanto más pequeña es la unidad económica, mayor es la proporción de productores para quienes su actividad extra predial es la principal. Sin embargo, no sucede lo mismo en Cipolletti, caso en el que tal carácter no sigue un patrón definido y es superior al promedio únicamente en los estratos de 5-25 ha.

Tenemos entonces, por un lado, situaciones en las que estos productores pluriactivos pequeños y medianos parecen estar "centrados", fuera del predio frente a otros más pequeños o más grandes que lo están en menor medida o no lo están. Por el otro, nos encontramos con una localidad en la que el carácter principal de la actividad extra predial no obedece a un patrón definido frente a otra en la que tal patrón puede ser reconocido. En este último caso es posible, de todos modos, contraponer los estratos inferiores a las 15 ha y los superiores a las 25 ha, en términos de los grados extremos de su centramiento o descentramiento en la actividad extra predial.

Tabla 2 - Alto Valle, Cipolletti y Allen: Cantidad de productores según superficie bruta de la Unidad Económica. 2005

Escala ha	Alto Valle Productores	Cipolletti Productores	Allen Productores
0-5	574	184	47
5-15	1333	217	149
15-25	404	32	50
25-50	278	23	34
>50	143	9	22
Totales	2732	465	302

Fuente: Censo de Áreas bajo Riego. Río Negro. 2005.

Tabla 3 - Alto Valle, Cipolletti y Allen: Productores con actividad remunerada extra predial por superficie bruta de la unidad económica (en % del total de productores). 2005

Escala Ha	Alto Valle %	Cipolletti %	Allen %
0-5	53	58	23
5-15	39	53	24
15-25	33	50	22
25-50	24	26	21
>50	31	44	27
Totales	39	53	24

Fuente: Elaboración propia. Censo de Áreas bajo Riego Río Negro 2005.

Tabla 4 - Alto Valle, Cipolletti y Allen: Productores cuya actividad remunerada extra predial es principal por superficie bruta de la unidad económica (en % del total de productores con actividad extra predial) 2005

Escala Ha	Alto Valle %	Cipolletti %	Allen %
0-5	53	58	23
0-5	46	47	82
5-15	59	62	72
15-25	57	88	55
25-50	55	50	29
>50	73	50	17
Totales	55	57	62

Fuente: Elaboración propia. Censo de Áreas bajo Riego Río Negro 2005.

Análisis de datos primarios

Después de realizar entrevistas con bajo nivel de estructuración a informantes clave, tales como técnicos, dirigentes, productores con amplia trayectoria familiar en la región y/o en la organización gremial y maestros rurales, entre otros, precisamos las dimensiones de análisis de nuestro estudio. Esta delimitación nos permitió diseñar la técnica de entrevista

estructurada –con preguntas abiertas y cerradas– a productores pluriactivos del Alto Valle.

Asimismo, luego de analizar la información secundaria, procedimos a la elaboración del diseño de las muestras para la recolección de los datos primarios/vivenciales. Siguiendo la clasificación de Galtung (1978) optamos por un muestreo de escalón múltiple.

El primer escalón fue por conglomerado dirigido (localidades de Cipolletti y Allen), por ser dos zonas históricamente tradicionales para la fruticultura valletana, como ya se describió en este artículo. En segundo lugar, teniendo en cuenta la distribución censal por tamaño de las explotaciones, el segundo escalón de muestreo fue no probabilístico por cuotas y proporcional de acuerdo a la distribución relevada en CAR 2005. El último nivel fue intencional a productores, quedando la muestra conformada por 21 productores pluriactivos en Allen y 19 productores pluriactivos³ en Cipolletti, distribuidos por tamaño de explotación⁴.

Se construyeron tres índices (o variables) para sintetizar los aspectos económicos de las explotaciones, su capital agrario (E); las características sociales de los encuestados (S); y el tipo de trabajo utilizado en las unidades (L). Esas variables las hemos utilizado para caracterizar al conjunto de los casos y a los casos individuales.

El indicador E de capital agrario de la EAP de cada entrevistado, resulta de la fórmula $[(T \cdot K) 100/70]$. Su magnitud = 100 indica una EAP de 25 ha totales cuya capitalización está en un nivel promedio respecto de las cinco dimensiones que se detallan en la nota. T es la superficie total de cada EAP. K es un índice económico que puede asumir una magnitud

3 En adelante denominamos p.p. a los productores pluriactivos.

4 Para Allen la muestra quedó teóricamente constituida por 6 p.p. de 0 a 4,9 ha; 6 p.p. de 5 a 14,9 ha; 5 p.p. de 15 a 24,9 ha y 4 p.p. de 25 a 49,9 ha. Para Cipolletti la muestra quedó constituida por 6 p.p. de 0 a 4,9 ha; 7 p.p. de 5 a 14,9 ha; 4 p.p. de 15 a 24,9 ha y 2 p.p. de 25 a 49,9 ha.

Asimismo, decidimos incluir relevamientos de carácter testigo o control, 2 casos para cada una de las siguientes categorías: productores agrarios exclusivos de hasta 49,9 ha; productores agrarios exclusivos de 50 ha y más; productores extra-agrarios no integrados o integrados horizontalmente de 0 a 49,9 ha y productores extra-agrarios no integrados o integrados horizontalmente de 50 ha y más; siendo el carácter de este muestreo intencional y no proporcional –ya que dado los pocos casos dimos el mismo peso en la muestra para cada localidad. Se realizaron hasta el momento 21 entrevistas de un total de 48 teóricamente previstas.

teórica total entre 0 y 5, resultado, a su vez, de la sumatoria de cinco dimensiones cada una de las cuales puede asumir una magnitud también teórica entre 0 y 1⁵.

El indicador S de nivel socioeconómico de cada entrevistado, puede asumir una magnitud teórica entre 0 y 5, resultado de la sumatoria de tres dimensiones: educación, residencia y correo electrónico, asignando mayor ponderación a las dos primeras: (a) Nivel educativo: bajo = 0, medio = 1 y alto = 2. (b) Residencia: residencia en la chacra = 1, residencia en el pueblo = 2. (c) Disponibilidad de correo electrónico: No dispone = 0, dispone = 1. Ha sido dicotomizado según que su magnitud sea superior o inferior al promedio (3,48).

El indicador L de composición laboral, resume la proporción entre trabajo F familiar y NF, no familiar, incluyendo tanto al trabajo permanente como al transitorio debidamente equiparado. La fórmula aplicada a cada entrevista es (F/NF). En consecuencia, cuando su magnitud es mayor que 1, predomina el trabajo familiar y, cuando su magnitud es menor que 1, predomina el trabajo asalariado.

La lectura de esos indicadores brinda una primera descripción de nuestro relevamiento:

El índice E varía entre 7 y 371, y los casos se distribuyen dos tercios por debajo de 100 (EAP inferiores a 25 ha con índices medios de capitalización agraria), y un tercio por encima. El índice L, por su parte, varía entre 5 y poco más de cero (0,04), repartiéndose más de un quinto de casos mayores que 1 (predominio del trabajo familiar) y cuatro quintos inferiores a 1. Por último, el índice S adopta magnitudes entre 1 y 5, y queda aproximadamente por mitades por encima y por debajo del promedio (3,48). Esta simple mirada inicial, basada en tres divisiones, sugiere

5 Dichas dimensiones son: (a) Superficie frutícola (manzanas + peras)/superficie total. (b) Superficie peras/superficie frutícola. (c) Superficie manzanas en espaldera/superficie manzanas. (d) existencia = 1 ó inexistencia = 0 de variedades nuevas de manzanas multiplicado por superficie manzanas en espaldera/superficie manzanas. (e) existencia = 1 ó inexistencia = 0 de buenas prácticas multiplicado por superficie frutícola/superficie total. El número de la fórmula, resulta de $25 \cdot 2,8 = 70$; donde 25 ha es la magnitud considerada la "unidad económica" por los economistas agrarios del medio frutícola regional y 2,8 es la magnitud media del índice K para nuestros relevamientos; en consecuencia, 70 representa una EAP de 25 ha con dotaciones de capital agrario promedio.

que estas dimensiones estructurales seleccionadas como variables independientes, tendrían capacidades discriminatorias diferenciales.

Ahora bien, cuando se analizan conjuntamente los índices E y L -indicadores habitualmente utilizados para diferenciar grados y formas de capitalización-, se encuentra que las situaciones polares no constituyen casos mayoritarios, dentro de las limitaciones de este muestreo intencional. Una relación entre ambas series muestra que, salvo un par de excepciones, el predominio del trabajo familiar se da hasta magnitudes del índice E relativamente bajas (23) y, a partir de ellas, con oscilaciones en cuanto a su peso, predomina el trabajo asalariado.

Un dato relevante en términos de nuestro interés en unidades pequeñas y medianas, es que más del 40% son unidades con capital agrario inferior al nivel de corte, pero con predominio del trabajo asalariado, permanente y transitorio. Al relacionar las dotaciones de capital agrario de las EAP y los niveles socioeconómicos de los productores, nos encontramos con un dato análogo a éste. En efecto, los niveles socioeconómicos superiores al promedio se verifican con dotaciones bajas y altas de capital agrario y es posible pensar que dichos niveles puedan constituirse en factores diferenciadores a la hora de considerar la pluriactividad.

Asimismo, esa imagen se refuerza al considerar conjuntamente los tres índices, puesto que, además de las situaciones “polares” (por debajo y por encima de los respectivos niveles de corte en los tres indicadores), tenemos unidades con trabajo predominantemente asalariado pero con dotación de capital agrario inferior al nivel de corte, tanto con niveles socioeconómicos bajos como altos.

En resumen, nuestras variables independientes seleccionadas, resultan útiles tanto para diferenciar casos “extremos”, como para identificar situaciones típicas del Alto Valle, en cuanto al grado de capitalización y a la composición laboral en sus unidades, de suerte que se configuran determinaciones estructurales relevantes.

Tabla 5 - Cipolletti y Allen. Capital agrario (E) y composición laboral (L) de productores frutícolas 2007

Índice	L>1	L<1	s/d	Totales
E<100	4	8	-	12
E>100	0	7	-	7
s/d	-	-	2	2
Totales	4	15	2	21

Fuente: Elaboración propia con datos entrevistas 2007.

Tabla 6 - Cipolletti y Allen. Capital agrario (E) y nivel socioeconómico (S) de los productores frutícolas entrevistados. 2007

Índice	S<3,48	S>3,48	Totales
E<100	9	5	14
E>100	1	6	7
Totales	10	11	21

Fuente: Elaboración propia con datos entrevistas 2007.

Tabla 7 - Cipolletti y Allen. Capital agrario (E), composición laboral (L) y nivel socioeconómico (S) de los productores frutícolas entrevistados. 2007

Índice	S<3,48	S>3,48	s/d	Totales
E<100 L>1	4	0	-	4
E<100 L<1	4	4	-	8
E>100 L>1	0	0	-	0
E>100 L<1	1	6	-	7
s/d	-	-	2	2
Totales	9	10	2	21

Fuente: Elaboración propia con datos entrevistas 2007.

Ocupaciones y fuentes de ingreso extraprediales, y su principalidad

Comencemos por explorar qué ocupaciones están presentes como “otras ocupaciones” junto a la actividad predial frutícola⁶ Hablemos del “trabajo concreto”. Es claro que predominan las actividades de comercio. Una exploración más detallada permitiría evaluar si se trata de un comercio fundamentalmente urbano o si tiene conexión con las actividades agrarias. Las características del Alto Valle hacen que ningún comercio de consumo sea sólo urbano y sin duda no es sólo rural. Es interesante aquí, ver cómo es “gente de campo” la que se hace cargo de ese comercio de consumo. Si bien se trata de otro tipo de conexión también los extra-agrarios están ligados al comercio y servicios propios del consumo de la población.

En cierta medida las dos categorías de ocupaciones que siguen en número tienen que ver con el mismo fenómeno de “fusión urbano-rural”. Tenemos aproximadamente un 20 por ciento de profesionales⁷ y mucho más si tomamos en cuenta a los hijos. Varios de ellos se formaron antes de la existencia de la Universidad local. Incluso si se formaron en universidades locales eso indica que participan de un circuito urbano-rural, no corriente en otros lugares.

La categoría siguiente es la de jubilados y pensionados, lo cual hace pensar también en un contexto de presencia estatal que va más allá de lo rural. En la categoría menos numerosa (14%) encontramos las actividades más ligadas directamente a lo rural, son los casos de servicios rurales.

Vemos que el comportamiento ocupacional y las inserciones pluriactivas de los chacareros asumen características particulares en el contexto de este estudio que se ha desarrollado en las localidades de Cipolletti y Allen, y del Alto Valle en general. Vapñarsky y Pantelides (1987) caracterizaron esta región como ciudad lineal y esa proximidad en la interfase rural urbano es un hecho que incide en el tipo de ocupaciones predominantes, en las condiciones para la pluriactividad; y, tiene que ver con el peculiar carácter cuasi-urbano de esa agricultura. En el caso de la localidad de Cipolletti, este rasgo es mucho más acentuado por su vecindad de la ciudad

6 Ver nota 7 acerca de la muestra teórica y casos empíricos en esta etapa de la investigación.

7 Entre los 12 casos de pluriactivos del Sur de Santa Fe que presenta Carla Gras no parece haber ningún universitario. Gras (2005:171).

de Neuquén y explica el comportamiento más pluriactivo de los productores que en Allen. Como señalamos en el análisis de los datos secundarios a propósito de las actividades remuneradas extra prediales, Cipolletti más que duplica el porcentaje de pluriactivos respecto de Allen y supera en un 14% al Alto Valle en su conjunto.

En este contexto de lo que podemos llamar agricultura urbanizada del Alto Valle resultaba esperable encontrar una alta proporción de comerciantes. A la vez, quizá, menos esperable pero también ligado a ese contexto, está el hecho de que casi no estén presentes segundas ocupaciones agrarias y que estén totalmente ausentes segundas ocupaciones agrarias asalariadas.

Podemos decir que, de acuerdo a nuestras hipótesis, hay pluriactividad en una diversidad de niveles y situaciones. Incorporaremos ahora otra variable: el nivel económico de las chacras.

Si tomamos las ocupaciones por ramas de actividad y las fuentes de ingreso encontramos las siguientes combinaciones en orden de frecuencias: 1. Comercio y servicios generales (trabajador cuenta propia o patrón), en su mayoría corresponde a chacareros de valores bajos en el índice económico (E-); 2. Trabajo profesional universitario: son de alto nivel económico (E+) 3. Servicios agrarios: distribuidos homogéneamente entre altos y bajos; 4. Jubilaciones o pensiones: predominando los altos.

Estos datos nos permiten enriquecer en forma diferenciada nuestra imagen de la pluriactividad. Vamos viendo también que, si bien E mide el capital agrario, existen niveles sociales que no corresponden solo al capital agrario.

La diversidad que hemos observado está relacionada con el nivel económico pero también con otros factores tales como la organización social del trabajo y el nivel social que muestran la existencia de distintos comportamientos pluriactivos.

Si los sujetos que estudiamos tienen en común la combinación de la actividad chacarera con otras ocupaciones, una importante dimensión de variación es la "principalidad" dentro de la combinación. Vemos a continuación tanto las frecuencias de uno y otro componente de la combinación, así como también intentamos ver la relación entre tipo de "principalidad" y características de las unidades.

Un primer resumen de las ocupaciones que acompañan a la chacra podemos hacerlo caracterizando la otra ocupación como principal,

secundaria o como estando en un pie de igualdad con la actividad chacarera. Casi un 50% declara que la ocupación extra predial o la otra fuente de ingresos es la principal: casos de comercio, pensión (E); profesionales, empresarios (E+); un 30% la declara secundaria: casos de venta de verduras, tareas mecánicas, empleados (E-); maquinista, clasificador de fruta, profesionales o familiar profesional –contador, psicólogo, licenciado en medio ambiente, jubilación del cónyuge (E+). El resto, algo más del 20% considera al mismo nivel en sus contribuciones a ambas ocupaciones o fuentes de ingreso: casos de dueño de pequeños comercios –panadería, negocio de ropa, almacén de ramos generales (E-); dueño de laboratorio, de instituto de idioma, jubilaciones especiales (E+).

En esta tarea de evaluar la importancia de la “otra” ocupación es pertinente mencionar que, en el caso de productores agrarios exclusivos (que como señalamos, en el diseño de las muestras actuaron como uno de los grupos de control), el relevamiento primario nos permitió explorar situaciones en que la ausencia de pluriactividad actual va unida a situaciones de pluriactividad en la trayectoria ocupacional como también en el caso de extra-agrarios pluriactivos nos encontramos con historia familiar agraria con combinaciones históricas “desde adentro” y “desde afuera”. Un dato muy simple, como es el porcentaje de gente de afuera que es menor del 15 por ciento entre los pluriactivos (aunque frecuentemente con entradas desde lo agrario y viceversa en las distintas generaciones) permite también establecer que la pluriactividad tiene lugar con frecuencia entre “los de adentro”, o sea entre gente del Valle y de la fruticultura, y no sólo entre “los de afuera”, conectados originalmente a otras actividades y provenientes, muchas veces de otras zonas.

Momentos y significados

Las diferencias en las características de la pluriactividad según nivel pueden explorarse analizando el momento del ciclo económico y de la situación personal en que se asume la pluriactividad y el significado que los actores le otorgan a esa asunción.

Respecto a los momentos en la trayectoria productiva en los cuales los productores adoptan estrategias pluriactivas, resulta categoría modal el momento de crisis; le sigue, ampliación de demandas familiares, y luego bonanza. En cuanto al significado que los productores dan a la pluriactividad, la mayoría manifiesta que a) permite y brinda complementar ingresos y diversificar y b) es la mejor forma de sortear momentos de crisis o de “ganar” dinero en momento de bonanza.

En los estratos inferiores, como “momentos de asunción de otras actividades” predominan crisis y ampliación de las demandas familiares. Respecto de la situación de crisis, los entrevistados hacen referencia a contingencias climáticas (granizo y heladas) pero también a crisis económica de la propia actividad. Al referirse a la emergencia de necesidades en el seno de la familia resulta significativa la incidencia e importancia otorgada al acceso a la educación.

En los estratos superiores predomina la pluriactividad asociada a momentos de bonanza y a opciones cabales en la acumulación, en tanto inversión en educación y formación superior, o como modo de expansión en la propia actividad a través de inversión para reconversión productiva, como diversificación extra-agraria en comercio y servicios, o como base para ejercer profesiones, o para ponerse a cargo de emprendimientos, entre otras circunstancias

La existencia de una amplia tendencia a la práctica de la pluri-ocupación no sólo no implica fuentes y formas uniformes de esa práctica sino que, más aún, permite que la asunción de esa conducta esté ligada a circunstancias distintas. Un modo de captar esa diversidad es indagar acerca de las situaciones que llevan a los sujetos a iniciarse en esa práctica. Como hemos visto, hay muchos análisis que enfatizan que la adopción de la práctica está ligada a momentos de crisis individual y social. Es verdad que también en nuestra encuesta encontramos en efecto sujetos que declaran que iniciaron la práctica de “acudir a otros ingresos fuera de la explotación” en momentos de crisis. Pero también encontramos sujetos que eligen ampliar sus actividades en momentos favorables, en momentos de bonanza. Nuestros datos nos permiten captar una marcada diferencia entre las características de quienes se guiaron por una u otra motivación, la de la crisis o la de la bonanza. Ambas opciones están claramente

diferenciadas en cuanto a nuestros índices, el índice económico, el social y el de estructura de la fuerza de trabajo.

Entre quienes muestran valores superiores al nivel de corte en el índice económico, un 56 por ciento entraron a la pluriactividad en un momento de bonanza, mientras que entre los que tienen valores inferiores, el porcentaje es de un 16%. Algo similar ocurre con el índice social: los valores son 46 y 18. Marcadísima es la diferencia entre los que tienen valores contrapuestos en el índice de estructura de la fuerza de trabajo: entre los que se basan en el trabajo asalariado, un 50% asumió tareas extra-agrarias y entre los más familiares, nunca se dio esa motivación.

El significado que tienen las “otras actividades” para el conjunto de los productores entrevistados y sus familias se distribuyen en orden de frecuencia de la siguiente forma: 1) permiten complementar los ingresos de la chacra; 2) son una mejor forma de ganar dinero que la chacra y 3) brindan la posibilidad de que los hijos estudien.

En los chacareros con explotaciones pequeñas (E-) predomina en un 60% la primera opción: complementar ingresos, combinado en varios de los casos a la posibilidad de que sus hijos puedan estudiar. Para los que la pluriactividad es una mejor forma de ganar dinero (menor frecuencia) su significado está asociado a “previsibilidad”, “continuidad”, “poder proyectar” En los más grandes (E+), también el significado es complementar ingresos pero relacionado con “otras alternativas de ganar dinero” (diversificar, poder invertir).

Algunas reflexiones finales

En el contexto de una investigación en curso, hemos presentado discusiones conceptuales sobre pluriactividad, informaciones secundarias sobre chacras, chacareros y sus actividades en Cipolletti y Allen en el Alto Valle de Río Negro y material de una encuesta sobre ocupaciones, principalidad de la ocupación extra predial, momentos en que los productores asumen la pluriactividad y su significación.

Comentamos que en el trabajo de Neiman y otros se establecía el deterioro de las condiciones económicas como factor que lleva a la pluriacti-

vidad. Se identifica así un factor o, más bien, el factor que genera la pluriactividad. En el mismo trabajo se hace referencia luego a la existencia de pluriactividad en situaciones en que existe tal deterioro como determinante. Se da así una visión explicativa de la pluriactividad que la ligaría a las situaciones de crisis. En el estudio de Craviotti nos encontramos con la situación inversa en tanto se presenta a la pluriactividad ligada a movimientos ocupacionales basados en el control de capital extra-agrario. En Cucullu y Murmis se examinan casos que en su mayoría corresponden a niveles socioeconómicos medios o altos. Gras encuentra una pluralidad de significados de la pluriactividad y una mayoritaria presencia de “familias pluriactivas” en todos los tamaños de las explotaciones agropecuarias tanto con procesos de persistencia como de expansión de éstas. González y otros asocian la pluriactividad a estrategias de persistencia adaptativas como de entrada a la actividad agropecuaria. Murmis y Feldman, al analizarla como combinación de actividades y de tipos de relaciones sociales, incluyen casos de dinámicas inicialmente pluriactivas hasta culminar en una mono-actividad cuando es satisfactoria la escala de acumulación alcanzada en una actividad.

La información secundaria ratifica la existencia y la importancia de la pluriactividad. Los avances del trabajo de campo refuerzan y amplían estos datos. La pluriactividad parece tener una presencia más generalizada que lo sugerido por la imagen existente sobre los chacareros, y que no ha sido registrada en estadísticas previas, presumiblemente por invisibilidad, ocultamiento u opacidad del fenómeno.

Un objetivo de nuestro trabajo fue examinar y contextualizar la presencia de la pluriactividad en diferentes niveles socioeconómicos. A través del manejo del material empírico estamos ante un conjunto heterogéneo de estrategias, que nos llevarían a explicar la pluriactividad combinando las visiones de deterioro de las condiciones económicas y de acumulación con orientaciones diversas, siguiendo así la dirección de nuestra hipótesis respecto de los pequeños pensando en subsistir y los medianos y altos en diversificar.

Podemos hacer algunos señalamientos preliminares en el avance de esta investigación referidos a los interrogantes iniciales. Respecto del primero de ellos, los hallazgos indican la coexistencia de funciones acumula-

tivas y reproductivas de la pluriactividad en las unidades agropecuarias. En cuanto a nuestro segundo interrogante, el estado actual de nuestra investigación, aún no arroja resultados significativos respecto del carácter reciente o antiguo de los comportamientos pluriactivos, pero existirían comportamientos pluriactivos en la historia familiar de los chacareros con combinaciones diversas “desde adentro” y “desde afuera” en las distintas generaciones. Otro aspecto histórico significativo que empezamos a examinar es el de la existencia de una sucesión de etapas en el proceso de asentamiento y colonización. Aparece un momento inicial de entrada a la actividad chacarera de colonos que conservan sus ocupaciones previas, (Bandieri 2005; Bandieri y Blanco 1991) tal como ha ocurrido en distintos procesos de asentamiento.

Bibliografía

- Alvaro, M. B. (2006) “Agricultura familiar: dinámicas internas y desafíos presentes. El caso de una zona tradicional del Alto Valle frente a un contexto de cambio”. Ponencia 8° Congreso Argentino de Antropología Social. Salta, Universidad Nacional de Salta.
- Bandieri, S. (2005) *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Bandieri, S. y G. Blanco (1991) “La fruticultura en el alto Valle del Río Negro. Auge y crisis de una actividad capitalista intensiva”. *Revista de Historia*. Neuquén, Uncoma.
- Bendini, M. y P. Tsakoumagkos (2003) “El agro regional y los estudios sociales”; en M. Bendini, S. Cavalcanti, M. Murmis y P. Tsakoumagkos (comp.): *El campo en la sociología actual: una perspectiva latinoamericana. Actores, lazos sociales y reestructuraciones*. Buenos Aires, Editorial La Colmena, cap. 1.
- Bendini, M. y P. Tsakoumagkos (2005) “Consideraciones generales acerca de los chacareros”; en M. Bendini y C. Alemany (coord.): *Crianceros y chacareros en la Patagonia*, Cuaderno GESA 5, UNCo-INTA-NCRCRD. Buenos Aires, Editorial La Colmena.
- Craviotti, C. (2005) “Nuevos agentes en la producción agropecuaria: ¿Nuevos sujetos del desarrollo rural?”; en G. Neiman y C. Craviotti

- (comp.): *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el Agro*. Buenos Aires, Ed. Ciccus.
- Cucullu, G. y M. Murmis (2003) "Pluriactividad y pluriinserción: un estudio exploratorio en el partido de Lobos, provincia de Buenos Aires"; en M. Bendini, S. Cavalcanti, M. Murmis y P. Tsakoumagkos (comp.): *El campo en la sociología actual: una perspectiva latinoamericana. Actores, lazos sociales y reestructuraciones*. Buenos Aires, Editorial La Colmena, cap. 10.
- Durkheim, É. (1973) *De la division du travail social*. Préface de la seconde édition. Paris, PUF.
- Galtung, J. (1978) *Teoría y Método de la Investigación Social*. Tomo I. Buenos Aires, EUDEBA. a
- González, M, M. Romás y P. Tsakoumagkos (2005). "Estrategias de ingresos en productores de la provincia de Buenos Aires"; en G. Neiman y C. Craviotti (comp.): *Entre el Campo y la Ciudad: desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro*. Buenos Aires. Ed. Ciccus.
- González, M. C. et al. (1999) "Una modalidad especial de empresarios agrarios pampeanos. El caso del partido de Azul"; en *Realidad Económica*, No. 160-161. Buenos Aires, p. 186-193.
- Gras, C. (2003) "Pluriactividad en el campo argentino: El caso de los productores del sur santafecino". Encuentro de la Asociación Latinoamericana de Estudios Sociales (LASA), Dallas. USA.
- Gras, C. (2005) "Actividades, ingresos y relaciones sociales implicadas en la pluriactividad" en G. Neiman y C. Craviotti (comp.): *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro*. Buenos Aires, Ed. Ciccus.
- Jong, G de et al. (1994) *El minifundio en el Alto Valle del río Negro*. Neuquén, Ed. Universidad Nacional del Comahue.
- Murmis, M. y S. Feldman (2005) "Pluriactividad y pueblos rurales: examen de un pueblo pampeano"; en G. Neiman y C. Craviotti (comp.): *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro*. Buenos Aires, Ed. Ciccus.
- Neiman, G., S. Bardomás y D. Jiménez (2001) Estrategias pluriactivas y laborales en explotaciones familiares pluriactivas de la Provincia de

- Buenos Aires. G. Neiman (comp) *Trabajo de Campo: producción, tecnología y empleo en el medio rural*. Buenos Aires. Ed. Ciccus.
- Preiss, O. y M. B. Alvaro (2006) "Las morfologías del trabajo en la actualidad: Producción familiar en la fruticultura del Alto Valle". Ponencia Pre Congreso ALAS (*Asociación Latinoamericana de Sociología*). Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. Argentina.
- Sábato, H. (1989) *Capitalismo y Ganadería en Buenos Aires: La fiebre del lanar 1850-1890*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Vapnarsky, C.; E. Pantelides (1987) "La formación de un área metropolitana en la patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle". *Informes de investigación del CEUR*. Buenos Aires, CEUR.

La pluriactividad entre los pequeños productores rurales: el caso ecuatoriano

Luciano Martínez Valle

Introducción

La situación de los pequeños productores rurales, a pesar de los esfuerzos implementados desde la década del setenta a través de los Proyectos de Desarrollo Rural (DRI), continúa deteriorándose. No solo no disponen del recurso tierra en cantidad suficiente, sino que el acceso a otros tipos de capitales (capital cultural, social, financiero) es mínimo, por lo que son permanentemente calificados como candidatos a la pobreza que continúa incrementándose en el medio rural. En el caso ecuatoriano se observa una contradicción central en las políticas públicas desde hace tres décadas: se busca disminuir la pobreza rural, pero no se aborda las condiciones en las que realmente se desenvuelven los productores rurales más pobres. Todavía se piensa que estos son agricultores a tiempo completo y por lo mismo, las políticas se tornan erráticas cuando se centran únicamente en las actividades agropecuarias. Ya disponemos de una muy pobre experiencia de tres generaciones de proyectos de Desarrollo Rural Integral (DRI) que no han solucionado ninguno de los objetivos centrales (pobreza, migración e ingresos), pero lo que es más grave, se insiste en esta perspectiva que es alimentada por la oferta de fondos de financiamiento desde el exterior (Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, Centro de Estudios Estratégicos, etc.).

En tanto el modelo de consolidación de un capitalismo agrario se caracteriza por ser concentrador y excluyente, lo que se manifiesta sobre todo en el alto grado de concentración de la tierra, no genera espacios productivos para el desarrollo de los pequeños productores. Estos se ven obligados a diversificar las fuentes de ingreso normalmente fuera de la parcela e incluso fuera del territorio. Esto supone a largo plazo un larvado proceso de expulsión de la mano de obra, que no puede insertarse en las nuevas y rentables actividades productivas orientadas al mercado externo y en menor medida al interno. El proceso podría caracterizarse como la generalización de la pobreza entre estos productores y luego el abandono paulatino del medio rural. Estaríamos en presencia de un acelerado proceso de “desertificación social” del agro, que comienza en los sectores más avanzados del capitalismo agrario, pero que avanza también hacia los *hinterlands* más atrasados (los bolsones de población indígena), en donde todavía tienen fuerza otros valores, más simbólicos y culturales que económicos.

Para el caso ecuatoriano, como lo señalan varios trabajos, los factores importantes para la cristalización de este proceso son de índole económico: la crisis financiera de 1999 y el posterior proceso de dolarización a partir del 2000 (Martínez 2004). Al no existir políticas de apoyo por parte del estado y al clausurarse las políticas de reforma agraria con la expedición de la Ley de Reforma Agraria (LDA) en 1994, los productores quedaron expuestos brutalmente a las leyes del mercado, especialmente aquellos que producían bienes para el mercado interno. Sus economías se han ido progresivamente deteriorando y salvo excepciones, las alternativas para salir del círculo de la pobreza se encuentran fuera de la sociedad rural. De esta manera, la migración internacional está presente también en dónde se pensaba no iba a manifestarse, esto es, en las mismas comunidades indígenas.

En este trabajo, se analiza la pluriactividad como estrategia privilegiada de los pequeños productores rurales en los territorios locales. Una estrategia que, por supuesto, no ha sido visibilizada como política de Estado, ni siquiera como política de los gobiernos locales y que depende en alto grado de las iniciativas de los productores locales insertos en el mercado. Se parte de un análisis de los cambios estructurales de la socie-

dad rural ecuatoriana que se han consolidado en las tres últimas décadas; luego, se analiza en forma pormenorizada la multiocupación de los pequeños productores rurales, tomando como eje de análisis el caso de los productores de *jean* de la Provincia de Tungurahua, un caso que puede considerarse como paradigmático de las potencialidades de este tipo de pequeños productores y, finalmente se plantean algunas tendencias centrales que se relacionan con la dinámica socio-territorial.

Las transformaciones de la sociedad rural

La sociedad rural se ha complejizado económica y socialmente en los últimos treinta años; por lo mismo, el paradigma interpretativo tradicional basado en el predominio de la agricultura ya no es muy útil para entender la lógica y dirección de los cambios. Como lo he mencionado ya en otro trabajo, se ha generado un proceso importante de “ampliación del campo social” (Martínez 2004), proceso que está vinculado con una acelerada mercantilización de la misma sociedad rural, ahora ya no solo vinculada con el mercado interno, sino también con el mercado mundial. Este proceso, si bien lento en los años setenta, se ha acelerado a partir de los años ochenta, pues ha estado acompañado de crisis económicas, reestructuración del rol del Estado y apertura de mercados. El mercado, de ser una realidad ocasional para los productores indígenas, por ejemplo, ha pasado a ser una realidad permanente y cotidiana. Se ha producido, aunque con un gran retardo histórico, la “gran transformación” de la que hablaba Polanyi (2004), con la secuela de reestructuraciones sociales, cuya lógica proviene ya no de un Estado nacional sino del mercado mundial liderado por las multinacionales.

La relación entre lo local y lo global se torna un nuevo campo de fuerzas, en donde la reestructuración de los espacios locales tiende a tomar la forma de un modelo subordinado respecto a la dinámica del mercado mundial. La agricultura en este sentido se ha transformado en un apéndice de procesos de transformación liderados por empresas multinacionales o por lo que se podría denominar la “fabrica mundial” de producción agroalimentaria. Únicamente una pequeña fracción de empresarios son los

productores que se han vinculado con toda esta dinámica que implica pautas de transformación tecnológica, inversión importante de capital y transformación radical de los territorios, pero la gran mayoría de productores pequeños y medianos se encuentran al margen de este proceso. La globalización se ha convertido, por el contrario, en una amenaza real a sus condiciones de subsistencia y no en vano han ejercido una fuerte oposición a los tratados de libre comercio tipo TLC. No obstante, esta vinculación también presenta en forma limitada algunas oportunidades para pequeños productores mercantiles, tal como lo analizaremos más adelante.

La primera relación estructural que encontramos al analizar la información estadística disponible, es la correlación estrecha encontrada entre minifundismo y diversificación ocupacional. Mientras menos tierra disponen los productores rurales, existe un mayor nivel de diversificación ocupacional, una estrategia esperada, que de ser marginal en los años setenta, se ha convertido en central a partir de los años noventa, una vez que, como lo hemos señalado, ya no existen alternativas para acceder a la tierra.

Cuadro 1 Acceso a la tierra y origen de los ingresos			
Tamaños UPA	Agropecuarios	No agropecuarios	Total
Menos de 1	42,1	57,9	100
De 1 a 5	70,2	29,8	100
De 5 a 20	83,5	16,5	100
De 20 a 100	83,7	16,3	100
Más de 100	82,5	17,5	100
Total	66,8	33,2	100
Fuente: III Censo Nacional Agropecuario, 2001.			

Si bien esta información no refleja el nivel real de diversificación ocupacional, al menos muestra que más de un 33% de la población rural percibe ingresos provenientes de actividades no agropecuarias, porcentaje que se incrementa a medida que los productores tienen menos tierra.

Estos ingresos no agropecuarios, para el caso de los productores menores de 1 hectárea, corresponden a actividades como los servicios (36,7%), el comercio (17,9%) y la industria (3,8%), lo que muestra que la diversificación tiene estrecha relación con el incremento de las actividades del sector terciario en el medio rural, y que no responde a procesos de encadenamientos productivos o de industrialización rural como ha sido el caso en otros países fuera de la región (caso europeo, japonés o de los tigres asiáticos)¹. Lamentablemente tampoco estos datos captan los ingresos provenientes de actividades que se encuentran fuera del medio rural, como la construcción, actividades de servicios en el área urbana y sobre todo las remesas de la migración. Esta debilidad de las estadísticas obedece a una concepción limitada de las estrategias económicas que implementan las familias del medio rural y que rebasan largamente el limitado espacio estrictamente rural. Por lo mismo, el porcentaje de los ingresos provenientes de actividades no agropecuarias sería mucho más importante que el registrado en los datos censales.

Los estudios realizados en el país, basados en las Encuestas de Condiciones de Vida (ECV), señalan la importancia del empleo no agrícola en Ecuador, que llegaría a una cifra de 900.000 personas hacia 1995. El porcentaje de población ocupada en actividades no agrícolas es más importante en la Costa (43,74%) que en la Sierra (37,4%), mientras que en el Oriente solo llega al 28,2%. Elbers y Lanjouw (2004) plantean que existirían dos sectores en las actividades rurales no agrícolas: aquellas de alta productividad y las de baja productividad. Las primeras, estarían asociadas a variables como una mayor nivel de educación, mejores ingresos y edad más joven, mientras las segundas a menores niveles de educación, ingresos más bajos y edades más avanzadas. La presencia de actividades agrícolas estaría en cambio asociada a las actividades no agrícolas de baja productividad. Uno de los hallazgos interesantes es el peso que tienen las empresas familiares en el empleo no agrícola, en efecto, más del 40% de las empresas se dedican a actividades de comercio en pequeña escala. Pero esta tendencia también está presente en otras actividades como artesa-

1 Para el caso europeo, ver: Bagnasco 2006; Strauffer 2003; Saraceno 2001. Para el caso de los tigres asiáticos, ver: Kay 2002; North 1997.

nías, elaboración de vestuario, de muebles, e incluso pesca en el caso de la Costa. Lamentablemente este importante sector económico del medio rural está invisibilizado en las estadísticas porque se desconoce sus formas de comportamiento económico y social.

Cuadro 2 PEA en actividades no agrícolas por región			
Actividades no agrícolas	%Costa	% Sierra	% Oriente
Pesca	11,6	0,1	0,7
Minas y canteras	1,4	1,0	12,7
Industrias Manufactureras	10,8	23,6	8,7
Electricidad, gas y agua	0,3	0,3	0,2
Construcción	7,4	15,0	10,8
Comercio al por mayor y al por menor	18,1	17,5	8,2
Hoteles y restaurantes	2,4	1,9	2,2
Transporte	5,5	6,8	4,9
Intermediación financiera	0,2	0,5	0,1
Actividades inmobiliarias,	2,5	2,2	3,6
Administración pública y defensa	3,3	3,9	12,9
Enseñanza	5,3	4,5	9,7
Actividades de servicios sociales y de salud	1,7	1,8	1,8
Otras actividades comunitarias	6,2	5,0	5,2
Hogares privados con servicio doméstico	8,7	7,6	8,4
Organizaciones u órganos extraterritoriales	14,6	8,3	9,9
Total actividades no agrícolas	100,0	100,0	100,0

Fuente: Censo de Población y Vivienda, 2001.

La distribución de la población no agrícola rural por regiones es altamente heterogénea: mientras la manufactura, la construcción y el comercio son importantes en la Sierra, en la Costa son el comercio y la pesca las que adquieren más significación, mientras en el Oriente resalta minas y canteras. No obstante, el mayor volumen de población vinculada a estas actividades se concentra en la Sierra; le sigue en orden de importancia la Costa y finalmente el Oriente. Esta tendencia es congruente con lo plan-

teado más arriba, de que allí donde hay menos posibilidades de acceso a la tierra, se desarrollan más las actividades no agropecuarias.

La hipótesis subyacente en toda esta argumentación es que, para que exista un importante proceso de diversificación ocupacional vinculado con las actividades agropecuarias, es necesario que la mayoría de productores tengan acceso a la tierra, lo cual no sucede en el caso ecuatoriano, en donde, por el contrario, se asiste a un acentuado proceso de concentración de la tierra (índice de Gini de 0,80 en el 2001). Los efectos de los tibios procesos de reforma agraria de los años sesenta y setenta no tuvieron sino efectos marginales, consolidándose un modelo de capitalismo agrario que no permite crear las mínimas condiciones de democratización de la sociedad rural. Para un 63,5% de productores agropecuarios que poseen el 1,26% del total de la superficie, con un tamaño promedio de 0,8 ha, según los datos del Censo Agropecuario del 2001, no existe viabilidad alguna con solo las actividades agropecuarias centradas en la parcela familiar. Por lo mismo, los procesos de diversificación ocupacional en este caso están relacionados con las estrategias de las familias pobres, las cuales utilizan para ello lo poco que les ofrece el espacio propiamente rural y sobre todo el espacio urbano y más recientemente el internacional.

Estos procesos tienen dos características básicas: por un lado, provienen de la búsqueda de alternativas ocupacionales por parte de las familias y de sus miembros (lo que nos da una idea de la complejidad de estas estrategias si consideramos la edad, el sexo y la posición de los miembros en el ciclo vital), y por otro, que normalmente esta búsqueda se ejerce en espacios no rurales (pueblos, ciudades intermedias, ciudades grandes y el mismo mercado internacional). Esto no quiere decir que a nivel local no existan otras oportunidades de empleo, lo que depende mucho de la dinámica del desarrollo de las empresas capitalistas, del tipo de productos y de la modalidad de tecnología utilizada. Así por ejemplo, en zonas donde se ha desarrollado la agricultura no tradicional de exportación (caso de las empresas florícolas), la población campesino-indígena circundante se ha transformado en asalariada, en la medida en que estas empresas demandan mano de obra baja flexible y de bajo costo, en estos nuevos mercados de trabajo desregulados que se forman como efecto del mercado mundial (Korovkin 2004).

No obstante, la figura más adecuada a la realidad agraria del país, es la formación de islotes de modernidad capitalista en un mar de pobreza campesina. Estos islotes están más vinculados con la dinámica del mercado mundial que con el mercado interno y, por lo mismo, se caracterizan por ser pequeños enclaves desvinculados del territorio y que no generan procesos virtuosos de desarrollo local. Como ejemplo de estos islotes podemos señalar en la Sierra las haciendas lecheras y las plantaciones de flores, y en la Costa las plantaciones de banano y de nuevos cultivos de exportación. Todas aprovechan la mano de obra barata de comunidades o de campesinos pobres, pero sus excedentes no son reinvertidos en esos territorios, sino que fluyen hacia afuera, hacia las ciudades más grandes o simplemente al exterior. En este modelo de capitalismo agrario, difícilmente se va a generar procesos de desarrollo que incluyan a los productores rurales más pequeños, pues la producción es altamente dependiente (tanto en tecnología como en mercado) del exterior.

Diversificación ocupacional y territorio

En los espacios rurales todavía podemos observar dinámicas importantes que desarrollan los productores, a pesar de todos los factores adversos presentes a nivel económico (apertura de mercados, dolarización, elevado costo de mano de obra, desinterés del Estado y de los gobiernos locales, etc.). Estas dinámicas se desarrollan en un territorio entendido “como una entidad socio-económica construida” (Pecqueur 2000:14) y están asociadas a lo que algunos autores llaman la “cultura del territorio”, esto es, “la historia, las habilidades, las formas de hacer las cosas con un sello original, la influencia del mismo entorno natural, que influyen en las modalidades de organización económica y social, pero que no han sido tomados en cuenta en el diseño de políticas de desarrollo” (Silva Lira 2005:86).

Por otro lado, están presentes nuevas tendencias en los espacios rurales, que indican nuevos procesos de valoración del mismo por parte de los habitantes urbanos y por supuesto por parte del capital nacional e internacional. Dentro del marco de la globalización, entonces, el entorno rural

adquiere otra dimensión que con frecuencia escapa a los análisis tradicionales basados en el rol agropecuario del campo. Todo esto conduce a que las áreas rurales se diversifiquen desde el punto de vista económico, lo que pone en cuestión el rol agropecuario tradicionalmente asignado a la agricultura (Canto Fresno 2000).

Si bien en el caso ecuatoriano se experimenta un proceso de decrecimiento de la población rural respecto a la urbana², el proceso de diversificación ocupacional, salvo excepciones, no responde a una nueva ocupación del espacio rural por los habitantes urbanos, como sucede en el caso europeo, sino a sofisticadas estrategias de los mismos habitantes rurales para continuar en el campo a pesar de un entorno de políticas agrarias no favorables y de equivocadas estrategias de desarrollo rural, implementadas sin considerar los cambios en el perfil ocupacional de los productores rurales. Por lo mismo, la diversificación ocupacional no es un proceso vinculado a éxitos en la producción agropecuaria ni a procesos de transformación agroindustriales o a la formación de clusters o de encadenamientos productivos, a pesar de la alta potencialidad para la formación de estos procesos, sino justamente a la ausencia de ellos. Se trata de un proceso de diversificación vinculado a la imposibilidad de ocuparse en la agricultura con muy poca tierra, es decir, una diversificación vinculada al minifundismo. ¿Es esto posible?

El caso ecuatoriano muestra la factibilidad de este proceso que recae en las estrategias familiares y las iniciativas que despliegan en entornos regionales favorables. Pero aún en entornos regionales no favorables, estos productores que actúan siempre en el umbral de la pobreza implementan estrategias vinculadas a la multiocupación: agricultores, albañiles, pequeños comerciantes, asalariados temporales, migrantes, etc. El problema es que las estadísticas no recogen sino la última ocupación realizada en la última semana y con ello se pierde esta valiosa información que muestra la realidad de un habitante rural sin tierra o con poca tierra. En este caso, se trata de estrategias de alta movilidad espacial, desplegadas por las familias pobres rurales para alcanzar un mínimo de subsistencia familiar, estrategias “defensivas” para poder subsistir en el umbral de la pobreza.

2 El VI Censo de Población del 2001, muestra que la población rural llega al 39% del total.

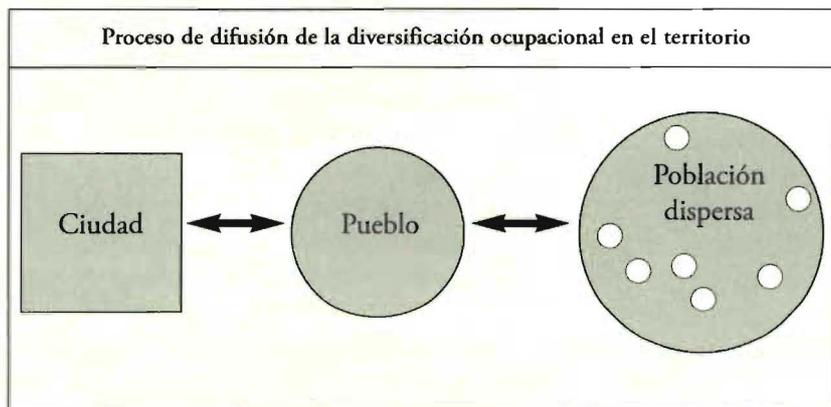
Para el análisis emprendido aquí, consideraré únicamente el caso de estrategias desplegadas por familias rurales que no se encuentran en el umbral de la pobreza, para mostrar que a pesar de las constricciones económicas actuales, los productores rurales exploran alternativas en el mismo mercado.

Sin duda, existen condiciones internas a las unidades familiares, pero también externas, esto es, variables vinculadas a la conformación del territorio y a dinámicas mercantiles que no están presentes en todos los espacios rurales del país. En un trabajo anterior (Martínez 1994), señalábamos que la conformación del entorno territorial es fundamental, sobre todo en lo que se refiere a la estructura agraria. Cuando es menos concentrada, se generan las condiciones de creación de economías rurales diversificadas, una dinámica territorial más articulada, lo que a su vez permite el surgimiento de sociedades más democráticas. Esta es una afirmación que tiene sustento histórico y que se cumple en países y regiones donde de una u otra forma la estructura latifundio-minifundio no fue la predominante. Se crean también las condiciones para el surgimiento de mercados dinámicos estructurados en torno a la pequeña producción diversificada rural. El mercado, más que una amenaza, en estas condiciones es una oportunidad muy bien aprovechada por las familias rurales. El segundo elemento que quiero destacar es interno y se refiere a la conformación de pequeñas empresas en torno a la familia. Esta se convierte en un elemento “motor” de la dinámica económica y social del territorio. La estrategia familiar implica estrategias demográficas, educativas, sociales, que en su conjunto conforman la base del surgimiento de dinámicas virtuosas, capaces incluso de ir más allá de la mera supervivencia.

Los efectos de esta dinámica en el territorio, se pueden visualizar especialmente por el nivel o grado de difusión entre la población rural dispersa que ha incorporado progresivamente otras ocupaciones además de la agropecuaria. El nexo se establece, en este caso, a través de la expansión de ocupaciones no agropecuarias presentes en pueblos y ciudades cercanas hacia la población rural más dispersa, y la incorporación de estas actividades en la estrategia familiar.

Allí donde el proceso está más avanzado, ha significado incluso que llegue hasta las comunidades indígenas, especialmente a través de la po-

blación joven, aprovechando el acceso a infraestructura básica, como caminos y electricidad. La difusión de las actividades no agrícolas hacia el espacio rural más tradicional, es un proceso que no es inmediato y que debe vencer las resistencias internas, sobre todo culturales que están presentes en el profundo mundo rural. En este proceso es central la vinculación de la población joven, más atraída por los cambios que implica una nueva ocupación y las posibilidades de una nueva vinculación con el mercado, lo que ocasiona, sin duda, tensiones en el ámbito familiar, sobre todo en áreas indígenas tradicionales, no así en las áreas más mestizas donde la pluriactividad es parte normal de la estrategia familiar³.



Un último elemento que facilita la difusión de las actividades no agrícolas es el tamaño del territorio y la cercanía de la ciudad respecto al campo, en un país pequeño como el Ecuador. De hecho, las relaciones campo-ciudad son muy fluidas y permiten la movilidad de la población y de las mercancías hacia el eje comercial situado en la ciudad, pero también la

3 No se ha estudiado a profundidad este proceso en el caso ecuatoriano, pero es indudable que los jóvenes indígenas con mayor acceso a la educación, difícilmente quieren continuar con el *metier* agrícola de sus progenitores. Esto contrasta con la continuidad encontrada en áreas donde surgen otras opciones de ocupación no agrícola, en donde sí se encuentra continuidad en las nuevas generaciones.

introducción de nuevos valores y comportamientos urbanos en el medio rural. Y si bien no hemos llegado a la situación de homogenización cultural y patrones de consumo que predomina en los países europeos (Link 2001), no es menos cierto que hay una pérdida acelerada de valores culturales sobre todo entre la juventud rural.

Los elementos claves de la pluriactividad en el territorio estudiado

En este trabajo analizaré únicamente el caso de productores minifundistas, ubicados en territorios con características favorables, para que “cuajen” las estrategias desplegadas tanto en la esfera productiva como en la de comercialización. Se trata de los productores rurales en la provincia de Tungurahua, en el centro de la sierra ecuatoriana, sobre los cuales ya se han escrito algunos trabajos (Martínez 2003; North 2003)⁴. Destacamos la relación virtuosa que existe entre pluriactividad y empresa familiar por un lado, y por otro, el significado de las estrategias productivas como un proceso que se da en estrecha relación con el mercado y las posibilidades de creación de capital social.

La relación entre pluriactividad y empresa familiar ya ha sido analizada en otros trabajos en América Latina (Schneider 2006; Carneiro 2006), que resaltan la importancia de la combinación entre actividades agrícolas y no agrícolas como estrategia central de las familias ubicadas en el medio rural. En nuestra investigación, este es un aspecto central y queremos destacar que, en primer lugar, no es un asunto nuevo y, en segundo lugar, que se trata de estrategias que han venido siendo implementadas a lo largo del siglo XX, sin ayuda externa, sino más bien como resultado de una práctica eficiente “de mercado”⁵. En este sentido, queremos recuperar la noción de “estrategia” de Bourdieu (1994), para señalar que a partir del desplie-

4 La investigación de treinta familias de productores, fue realizada en 2005-2006. En el trabajo de campo participó Alexandra Veloz, y en el procesamiento y análisis de la información, Liisa North y Luciano Martínez.

5 Rosemary Bromley, analizando el papel del mercado en la Sierra ecuatoriana, entre 1750 y 1920, ya señalaba la importancia de ciudades con mercado en la creación de una “estructura rural progresista” (1980:83).

riego ha permitido orientar la producción al mercado nacional, al punto de convertir a la ciudad más grande de la zona (Ambato) en el eje comercial de productos agrícolas a nivel nacional. La construcción de un gran mercado regional se convierte así en un requisito para que puedan surgir y cristalizarse iniciativas pluriactivas del equipo familiar. En este sentido, el mercado no se convirtió en el elemento disruptivo del mundo rural, al contrario –y esta es una hipótesis controversial–, el mercado ha creado las condiciones para que las familias puedan efectivamente concretizar sus estrategias pluriactivas. Habría que investigar más si esta modalidad de mercado, disfrazado de ferias campesinas, constituye un espacio que no es completamente económico, sino también social y cultural y en el que se sienten a gusto los campesinos y productores rurales. Desde el punto de vista capitalista, es un mercado con grandes fallas: de información, de costos de transacción, presencia de muchos intermediarios; desde el punto de vista de los productores rurales, se trata de un espacio económico importante, pero también de oportunidades para la realización de sus estrategias pluriactivas, sociales y culturales.

Las familias de productores rurales han convivido “amigablemente” con el mercado y lo seguirán haciendo. Tienen una larga práctica con las relaciones mercantiles, saben “negociar” en el mercado, conocen perfectamente las prácticas del “regateo”, cuándo aplicar los códigos de confianza y cuándo no. Pero además, se mueven en un espacio no solo micro sino al menos mezo, es decir, en un campo social más amplio que rebasa el estricto ámbito de la comunidad o de la parroquia. El mercado como lugar físico de intercambio de mercancías, pero también como institución económica funcionando bajo las modalidades impuestas por los productores, es una ventaja para operacionalizar las estrategias del equipo familiar. En este sentido estamos ante la presencia de un mercado “enraizado” en el territorio (Granovetter 2000), donde el peso de productores rurales es central y por lo mismo es socialmente construido a través de relaciones sociales, redes tradicionales y nuevas que se conservan, desaparecen, se recrean, y en donde no solo se intercambian mercancías sino también bienes simbólicos, en un abigarrado espacio de difícil lectura para un economista formalista.

No obstante, esto no fuera posible si no existiera un verdadero equipo familiar con estrategias económicas, dispuesto a “invertir” o a “arriesgar” en los mercados de destino. Hablamos de estrategias colectivas de un equipo familiar, no de estrategias individuales, atomizadas, que buscan el beneficio particular. Estas estrategias colectivas, de acuerdo a Bourdieu, se implementan primero para convencer a los miembros familiares qué es lo mejor para el beneficio común, y segundo, que permite el despliegue de las iniciativas individuales a través de una división interna del trabajo entre sus miembros. De esta manera, se consigue, como dice este autor, que predominen las fuerzas de fusión, antes que las de fisión (Bourdieu 1994).

Consideremos un ejemplo de una familia productora de *jean*, en un barrio rural (Huambalito) de Pelileo, en la provincia de Tungurahua⁶. Se trata de una familia compuesta de cuatro miembros: madre, padre y dos hijos varones. De partida estamos en presencia de una familia rural moderna, con pocos hijos. La madre, es indudablemente la cabeza económica de este hogar. Es un hogar pluriactivo: confección de ropa, agricultura de minifundio intensiva, crianza de cuyes, comercio. La agricultura es sin duda una pequeña caja de ahorro, que permite paliar los altibajos de la confección de ropa. En el minifundio se cultiva alfalfa para alimentar a los cuyes, árboles frutales y maíz (para autoconsumo). La actividad económica más importante es el taller de confección de ropa, ubicado en el primero y segundo pisos de la casa. Allí se elabora ropa casual para niños, con modelos muy cambiantes, de acuerdo a la demanda. Se utiliza poca mano de obra en el taller (seis operarios, de los cuales tres trabajan directamente en la confección y tres en los terminados de la ropa). No obstante, fuera de la unidad productiva, contrata a diecisiete obreros a través de la modalidad de trabajo a domicilio, que en esta zona lo denominan “maquila”. Esto nos da una idea del volumen de prendas que elabora esta unidad productiva: 1500 por semana. En el taller se evidencia una renovación de la tecnología, pues compraron recientemente tres máquinas nuevas que reemplazaron a otras viejas. La razón de estos cambios: “hay que competir con calidad”, de allí el cuidado en la confección con

6 Este ejemplo es tomado de una visita de campo realizada conjuntamente con Liisa North, el 3 de marzo del 2007 a Pelileo, en la provincia de Tungurahua.

máquinas nuevas y en el acabado del producto. La ropa la venden únicamente al por mayor, tanto en el mercado mayorista de Quito (donde tienen un puesto fijo) como en el de Ambato. No tienen boutique para comercializar la ropa.

Esta dinámica pluriactiva no podría ser viable si no existiese una cierta división del trabajo en el equipo familiar: el esposo se encarga de controlar todo el proceso productivo relacionado con la confección de ropa y apoya a la agricultura, la esposa trabaja en la confección, pero especialmente se encarga de la comercialización de la misma, apoyada por un hijo. Los dos hijos ya tienen educación superior. Uno de ellos es ingeniero y el otro todavía estudia Auditoría en la Universidad Católica de Ambato. La inversión realizada en capital humano no está desvinculada de la unidad productiva, pues los dos finalmente terminarán trabajando en esta próspera unidad, seguramente en la confección de ropa. Finalmente, mencionemos que también tienen una importante cultura del ahorro, puesto que no se endeudaron para la compra de las máquinas, si-no que utilizaron los ahorros familiares para ello.

El equipo familiar, en este caso, funciona eficientemente; predominan, como diría Bourdieu (1994), “las fuerzas de fusión”, las estrategias colectivas, que son el resultado de un *habitus* de estos productores en sus relaciones virtuosas con el mercado. Es interesante recalcar que es la combinación de actividades lo que ha permitido a esta familia lograr invertir en capital humano y de esta manera dar sostenibilidad a las actividades productivas. Sorprende, por decir lo menos, la clara percepción de los límites y posibilidades que otorga el mercado en las actuales circunstancias de dolarización de la economía. Actualmente ya no están produciendo para un nicho de estratos populares, como podría haber sido el caso en la década de los noventa, sino para un nicho de clase media hacia arriba, que es donde justamente existe demanda de un producto más acabado. De allí el énfasis en la calidad, la presentación, los terminados de la ropa. Han aprendido a competir en el mercado y han asumido las luces que envía el mercado en las actuales condiciones macro-económicas.

Un aspecto a resaltar es que este equipo familiar no pertenece a ninguna organización local, ni de productores ni de comerciantes. Lo que cuestiona también la visión de ineludible del capital social. Por el mo-

mento, este equipo familiar ha decidido invertir en capital humano y capital económico. La combinación de estos dos tipos de capitales parece que ha dado sus frutos y ha mejorado considerablemente la situación social de esta familia. En el campo social en el que se mueve, efectivamente ha experimentado un cambio de posición hacia arriba. Seguramente, el capital social todavía no es importante para esta unidad productiva, pero puede serlo en el futuro, por ejemplo, para enfrentar amenazas del mercado mundial o de la globalización. Esto es una incógnita. Lo cierto es que, para implementar la pluriactividad, no ha sido necesario acudir a este capital que es muy escaso en este territorio.

No obstante, si bien el capital social no está presente en la esfera productiva, entre los productores de *jean* de Pelileo sí lo está a nivel de la comercialización. De hecho han logrado formar varias organizaciones para comercializar el *jean* en espacios productivos extraterritoriales, donde se hace necesario unirse para poder competir. Así, hay cuatro organizaciones que aglutinan a unos doscientos productores, con el objetivo de comercializar el *jean* especialmente en la ciudad de Guayaquil, a donde viajan semanalmente en siete buses contratados. Se han creado las condiciones para que el capital social surja bajo la modalidad de la “fortaleza de los lazos débiles” establecidos hacia afuera de la comunidad y del mismo territorio (Granovetter 2000).

Finalmente, quiero mencionar que todo este proceso de aprendizaje lo han hecho solos, sin ayuda de ONG ni del Estado. Y este es un elemento importante a recuperar en el análisis, puesto que se insiste sobre la idea equivocada de que el desarrollo casi siempre proviene de fuera, es inducido, dada la pobreza de los actores sociales. La experiencia demuestra que dadas ciertas condiciones estructurales (el problema entonces, es crear esas condiciones), las iniciativas de los productores (concretadas en mercados amigables) bajo la modalidad de equipo familiares flexibles donde predominan estrategias colectivas y no individuales, pueden cristalizarse en procesos endógenos notables, que deberían ser apoyados masivamente por un Estado o gobiernos locales que busquen otras alternativas al modelo del Post Consenso de Washington, que hasta ahora ha demostrado poca efectividad en la solución de los problemas de los sectores populares.

Conclusiones

Este análisis muestra, en primer lugar, la configuración de una estructura ocupacional diversificada en el medio rural ecuatoriano, que no puede ser considerada como un fenómeno pasajero sino permanente, dadas las tendencias estructurales que se han consolidado en el medio rural. Estas nuevas ocupaciones tienen relación con el tipo de modernización agraria que, en el caso ecuatoriano, es concentradora y excluyente. La diversificación, por lo tanto, no está inmersa en un proceso virtuoso de capitalismo agrario que implique la formación de cadenas agropecuarias en donde la población rural pueda insertarse “en *amont* y en *aval*”, con procesos de transformación agropecuaria. Pero, en cambio, este modelo ha generado el incremento de la proletarianización rural, que no necesariamente quiere decir mejoramiento de los ingresos, dadas las condiciones de flexibilidad del mercado de trabajo y de precariedad del mismo trabajo asalariado rural.

Una de las formas menos estudiadas, bajo las cuales se manifiesta el empleo no agropecuario, constituye las actividades familiares no vinculadas a la actividad agropecuaria. La iniciativa en este caso proviene de las familias rurales que aprovechan las condiciones internas y externas favorables, para una inserción económica exitosa en el medio rural. Dentro de las primeras está sin lugar a dudas la educación, pero también el tamaño de la familia y la edad de los jefes de hogar. Dentro de las segundas hay que considerar las condiciones favorables del entorno territorial, y que dependen en gran parte de tendencias estructurales que se han configurado a partir de la presencia de una estructura agraria no concentrada.

En el caso estudiado, lo interesante es que no hay una completa ruptura entre las actividades agropecuarias y las no agropecuarias, pero no hay interacción o complementariedad entre ellas. Las actividades no agropecuarias están vinculadas con estrategias familiares que suponen destrezas, aprendizajes y conocimientos del competitivo mundo mercantil. En esta dimensión se inscribe el caso analizado de los productores de *jean* de Pelileo, que muestran las estrategias de pequeños y medianos productores, en un campo social altamente competitivo.

Finalmente, se destaca también que no siempre es una condición *sine qua non* el disponer de capital social a nivel de la esfera productiva, pues puede per-

fectamente surgir en la esfera de la comercialización, que es justamente el espacio más competitivo y de mayor complejidad para este tipo de productores y empresas familiares, como las descritas en este trabajo

Bibliografía

- Bagnasco, Arnaldo (2006) "Le capital social dans un capitalisme en mutation"; en Antoine Beuvort y M. Lellemnt (dir.): *Le capital social. Performance, équité et réciprocité*. París, La Découverte/MAUSS.
- Bourdieu, Pierre (1994) "Stratégies de Reproduction et Modes de Domination". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, No. 105, Seuil, Décembre.
- Bromley, Rosemary (1980) "El papel del comercio en el crecimiento de las ciudades de la sierra central del Ecuador: 1750-1920". *Revista Latinoamericana de Planificación*, Vol XIV, No. 55-56, septiembre-diciembre. México.
- Canto Fresno, Consuelo (2000) "Nuevos conceptos y nuevos indicadores de competitividad territorial para las áreas rurales". *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, No. 20. Madrid.
- Carneiro, María José (2006) "Pluriatividade da agricultura no Brasil: uma reflexao crítica"; en Sergio Schneider (org.): *A Diversidade da Agricultura Familiar*. Porto Alegre, UFRGS Editora.
- Couralt, Bruno (2000) "Districts italiens et PME-systèmes français". *La Lettre* 61, février.
- Dirven, Martin (2004) "El empleo rural no agrícola y la diversidad rural". *Revista de la CEPAL*, No. 83, agosto.
- Elbers, Chris y Peter Lanjouw (2004) "Transferencia intersectorial, crecimiento y desigualdad en Ecuador rural". *Empleo e ingresos rurales no agrícolas en América Latina*, CEPAL, Seminarios y conferencias, abril.
- Francks, Penélope (2005) "Multiple choices: rural household diversification and Japan's path to industrialization". *Journal of Agrarian Change*, Vol. 5, No. 4, October.
- Granovetter, Mark (2000) *Le marché autrement*. París, Desclée de Brouwer.

- Kay, Cristóbal (2002) "Reforma agraria, industrialización y desarrollo: ¿Por qué Asia Oriental superó a América Latina?" *Debate Agrario*, No. 34, julio. Lima, CEPES.
- Korovkin, Tanya (2004) "Globalización y pobreza: los efectos sociales del desarrollo de la agricultura de exportación"; en Tanya Korovkin (comp.): *Efectos sociales de la globalización*. Quito, CEDIME-Abya Yala.
- Laurent, Catherine y M. F. Mouriaux (1999) «La multifonctionnalité agricole dans le champ de la pluriactivité». *Centre d'études de l'emploi*, 59, octubre.
- Linck, Thierry (2001) "El campo en la ciudad: reflexiones en torno a las ruralidades emergentes". *Relaciones*, Vol. 22, No. 85. México, El Colegio de Michoacán, México.
- Martínez, Luciano (1994) *Los campesinos artesanos en la sierra central: el caso Tungurahua*. Quito, CAAP.
- Martínez, Luciano (2003) *Economías rurales: actividades rurales no agrícolas en Ecuador*. Quito, CAAP.
- Martínez, Luciano (2004) "El campesinado andino y la globalización a fines de siglo (una mirada sobre el caso ecuatoriano)". *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, No. 77, october.
- North, Liisa (2003) "Endogenous Rural Diversification. Family Textile Enterprises in Pelileo, Tungurahua"; en Liisa L. North y J. Cameron (eds.): *Rural Progress, Rural Decay*. Kumarian press.
- North, Liisa (1997) "¿Qué pasó en Taiwan? Un relato de la reforma agraria y de la industrialización rural"; en Luciano Martínez (ed.): *El desarrollo sostenible en el medio rural*, Biblioteca de Ciencias Sociales, No. 2. Quito, FLACSO.
- Pecquer, Bernard (2000) *Le développement local*. París, Éditions La Découverte & Syros.
- Polanyi, Karl (2004) *La Gran Transformación*. México, Casa Juan Pablos.
- Saraceno, Elena (2001) "Vínculos urbano-rurales, diversificación interna e integración externa: La experiencia europea". *Debate Agrario*, No. 32, marzo. Lima, CEPES.
- Schneider, Sergio et al. (2006) "A pluriatividade e as condições de vida dos agricultores familiares do Rio Grande do Sul"; en Sergio Schnei-

- der (org.): *A Diversidade da Agricultura Familiar*. Porto Alegre, UFRGS Editora.
- Schultz, Theodore W. (1992) *Restablecimiento del equilibrio económico. Los recursos humanos en una economía en proceso de modernización*. Barcelona, Editorial Gedisa.
- Silva Lira, Iván (2005) "Desarrollo Económico Local y Competitividad territorial". *Revista de la CEPAL*, No. 85, abril.
- Stauffer, Bernard (2003) "D'une société paysanne à un district industriel". *Socio-Anthropologie*, No. 7, janvier.
- Vázquez Barquero, Antonio (1984) "Industrialización espontánea en las áreas rurales". *Revista del Instituto de Estudios Económicos*, No. 1. Madrid.
- Vázquez Barquero, Antonio (2006) "Surgimiento y transformación de clusters y milieus en los procesos de desarrollo". *Eure*, Vol. XXXII, No. 095, mayo. Santiago.

Empresas rurales no agrícolas en República Dominicana

Pedro Juan del Rosario*

Introducción

Sin desconocer la importancia de las actividades agrícolas en la economía rural de República Dominicana, en este texto se ha puesto un mayor énfasis en el tratamiento de las actividades empresariales no agrícolas, debido en primer lugar a la importancia que este tipo de actividad ha adquirido; y en segundo lugar como forma de desmontar el sesgo agropecuario que ha distorsionado en gran medida el análisis y las intervenciones en el espacio rural dominicano.

Se entiende por empresas rurales no agrícolas aquellas actividades productivas realizadas por los hogares rurales diferentes a la producción agropecuaria. Abarca actividades manufactureras (incluyendo la agroindustria), servicios diversos y el comercio.

El empleo no agrícola en el medio rural de América Latina y el Caribe ha sido tratado en diferentes documentos (Dirven 1997; BID, FAO, CEPAL 1999; Escobar 1999; FAO 2000; Berdegué, Reardon, Escobar 2000; Janvry y Sadoulet 2000; Köbrich y Dirven 2007), destacando el importante rol que este tipo de empleo juega en la economía rural, al representar entre el 40% y el 47% de los ingresos totales de los hogares rurales. Los distintos estudios confirman que el empleo no agrícola rural es importante porque:

* Director Centro Norte del Instituto de Investigaciones Agropecuarias y Forestales (IDIAF).

- constituye, para algunas familias rurales, una manera para superar la pobreza que la pura actividad agrícola no ofrece;
- permite estabilizar los ingresos, compensando la estacionalidad de la producción y del empleo agrícola;
- permite diversificar las fuentes de ingresos, reduciendo los riesgos propios de la actividad agropecuaria;
- estimula y a la vez es una consecuencia de la modernización de la agricultura, al generar vínculos con la industria, el comercio y otros servicios.

Dentro del conjunto del empleo no agrícola, las actividades empresariales (micro y pequeñas empresas rurales) ocupan una posición notable por cuanto se han constituido en fuente importante de ingresos de muchas familias rurales. Para el caso de República Dominicana, los estudios publicados por FONDOMICRO (Fondo para el Financiamiento de la Microempresa), confirman la importancia señalada de las microempresas.

La necesidad de enfrentar la pobreza rural en la América Latina y el Caribe, particularmente en República Dominicana, exige la consideración imperiosa de asumir un enfoque en el que se revalorice el espacio rural, como espacio no sólo de agricultura sino también de múltiples actividades productivas no agrícolas en el contexto del desarrollo territorial rural. La literatura sobre el tema reafirma que las posibilidades del desarrollo rural, sobre todo en zonas deprimidas, están en gran medida condicionadas por la motorización de actividades no agrícolas, en el contexto de una producción agropecuaria y un manejo de los recursos naturales dinamizados.

El análisis que se presenta en este texto está basado en diversas fuentes. Dentro de estas, hay que destacar los estudios publicados por FONDOMICRO, los cuales han constituido una fuente invaluable de informaciones acerca de las microempresas rurales no agrícolas, a partir de los datos generados por encuestas nacionales realizadas en cada uno de los

años desde 1992 hasta 1999¹. Algunos aspectos del trabajo fueron publicados anteriormente (Rosario y López 2007). El estudio de caso que se presenta tiene como intención auscultar la situación del empleo en una zona rural pobre típicamente campesina. Las informaciones provienen de trabajos realizados por el autor en años recientes.

Características generales de las empresas rurales no agrícolas

Número y empleo

Las características de las micro y pequeñas empresas rurales no agrícolas (MPERNA) las señalan como un importante sector desde el punto de vista social y económico, que no puede ser tratado solamente como un instrumento para combatir la pobreza sino también como un mecanismo de desarrollo en el contexto de un enfoque integral. Aunque tradicionalmente ausente en el diseño de las políticas nacionales estas empresas rurales han sido siempre un componente sustancial dentro de las estrategias de subsistencia y acumulación de la población rural dominicana (Rosario et al. 1996).

Hay que señalar el peso que tienen las micro y pequeñas empresas (MPE) en la economía del país, y dentro de ellas la importancia relativa de las MPERNA. Como se puede notar en la Tabla 1, para el año 1999, el empleo de las MPE a nivel nacional alcanzaba 1 010 739. Como sector productivo es el que más empleo genera en la economía dominicana. Tomado como sector, el empleo total en las MPE es 1,9 veces mayor que en el sector de la industria, 6 veces mayor que en la construcción, 5,6 veces mayor que en las zonas francas industriales, 7,5 veces mayor que en el sector de hoteles y restaurantes, y 1,9 veces mayor que en la agricultura (Banco Central 1999c). Además se estima un aporte al PIB cercano al 23% (Ortiz y Poyo 1999).

Si analizamos el peso relativo de las MPERNA, se puede también mostrar la importancia de este sector dentro de la economía rural. Para el año 1999, las MPERNA sumaban 136 967 unidades, con un nivel de

1 Lamentablemente, se ha perdido la continuidad de dichos estudios, como para tener una visión más actualizada del fenómeno de las microempresas rurales.

empleo que alcanzaba 331 769 personas. Es decir que, del total de las personas empleadas en la zona rural, las personas empleadas en las MPERNA representaban el 33%.

Por otro lado, el número de personas empleadas en el sector agropecuario (agricultura, ganadería, pesca y silvicultura), de acuerdo con la encuesta del Banco Central citada, alcanza la cifra de 445 208 dentro de la zona rural. Si lo comparamos con el empleo en el sector de las MPERNA, hay que señalar que este representa el 75% del empleo agropecuario. Es decir, por cada cinco puestos de trabajo que genera el sector agropecuario en la zona rural dominicana, las MPERNA generan casi cuatro.

Estos resultados obligan necesariamente a reiterar dos planteamientos importantes desde el punto de vista de las políticas orientadas al desarrollo rural: a) el espacio rural no es solamente espacio de agricultura², y b) las estrategias de empleo de las familias rurales tienen un carácter diversificado, dentro de las cuales las MPERNA juegan un rol significativamente importante.

Tabla 1.

Número y Empleo de las MPE 1992-1999

Año	Número por Zona			Empleo por Zona			Trabajadores/ Empresa Rural
	País	Rural	%	País	Rural	%	
1992	329 876	127 870	38,8	761 351	277 950	36,5	2,2
1993	316 884	121 566	38,4	843 391	312 561	37,1	2,6
1994	319 639	133 640	41,8	830 997	310 133	37,3	2,3
1995	294 305	113 640	38,6	767 860	248 101	32,3	2,2
1996	292 818	111 628	38,1	748 283	251 644	33,6	2,3
1997	327 137	128 350	39,2	859 225	292 793	34,1	2,3
1998	333 515	128 350	38,5	955 683	311 518	32,6	2,4
1999	353 325	136 967	38,8	1 010 739	331 769	32,8	2,4

Fuente: FONDOMICRO, estudios de la microempresa, 1992-1999.

2 El agropecuario sigue siendo el sector más importante en relación al empleo rural, pero sólo alcanza el 44% del total de dicho empleo (Banco Central 1999c).

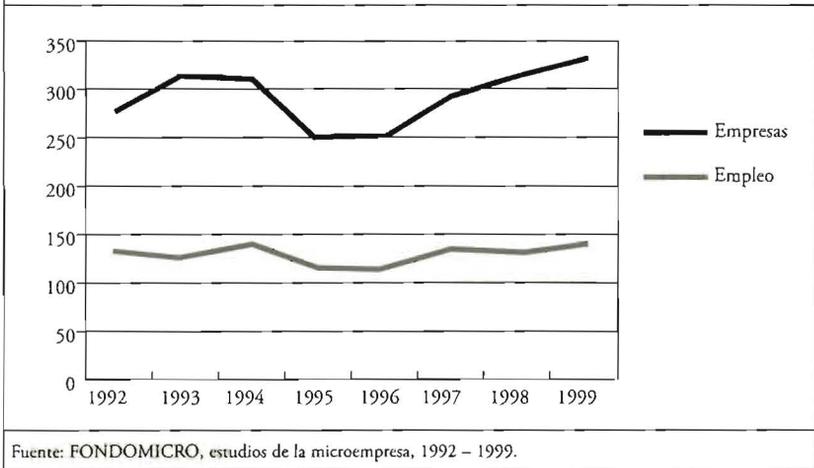
La importancia del empleo no agrícola se puede mostrar en la Tabla 1: Algunas consideraciones se desprenden de la tabla anterior. El número de las MPERNA representa casi el 40% de las MPE del país, y emplean alrededor del 33% del total de la mano de obra generada en el sector. Para el año 1999, el número de microempresas urbanas es 1,6 veces mayor que las rurales. Mientras que en la zona rural existen 42 microempresas por cada 1000 habitantes, en la zona urbana hay 44. Es decir, que existe una densidad de microempresas rurales casi similar a lo que ocurre en las ciudades, aunque en la zona rural hay un peso relativamente mayor de las de las MPE de subsistencia³ atribuible probablemente a las peores condiciones económicas en esa zona (PNUD 2000).

Relacionado con lo anterior, otro aspecto importante de las MPE a destacar es el carácter que tienen estos negocios de mayor equilibrio territorial. Si comparamos cómo se distribuye el empleo entre las zonas rural y urbana del país, con la distribución del empleo en otros sectores económicos dinámicos de la economía dominicana, vemos que, mientras el empleo de las MPE en el año 1999 se distribuye entre un 33% y un 67% en las zonas rural y urbana respectivamente, el sector de la industria y manufactura concentra el 75% en la zona urbana; la construcción el 76% en la misma zona; transporte y comunicaciones el 72%, y el sector de hoteles y restaurantes el 76% (Banco Central 1999c).

Por otro lado, aunque con momentos de baja en algunos años, que refleja la extraordinaria dinámica de apertura y cierre de estos negocios, tanto en el número como en el empleo de las MPE (Figura 1), el comportamiento de ambas variables en la zona rural muestra una tendencia al alza, lo cual plantea también la necesidad de considerar ese sector como un componente importante dentro de las políticas, programas y proyectos orientados al desarrollo rural.

3 Se puede establecer dos tipos de microempresas cuya lógica operacional es diferente: empresas de subsistencia y empresas de acumulación (ver Dávalos 1998; Ortiz y Poyo 1999).

Figura 1.
Crecimiento de las MPERNA (1992 – 1999)



Ingreso del hogar

Las MPERNA tienen un rol muy importante en el ingreso de los hogares rurales. En 1999 un poco más del 60% de los propietarios de negocios estaba constituido por jefes de hogar y el 56% de los propietarios eran mujeres. De igual manera, para el mismo año, la principal fuente de ingresos del hogar del propietario eran estos negocios, alcanzando un 56% de los hogares. Tomando estos datos, y asumiendo que el tamaño promedio del hogar rural es de 4,3 miembros (Banco Central 1999a), se puede establecer algunos resultados notables:

- a) Hay cerca de 82 000 empresas cuyos propietarios son jefes de hogar.
- b) Hay cerca de 46 000 hogares rurales que tienen una MPERNA como principal fuente de ingresos. Es decir, 7% de los hogares rurales (621 681) o, lo que es lo mismo, alrededor de 200 000 personas dependen principalmente de este tipo de negocio.

- c) Hay cerca de 26 000 hogares que dependen principalmente de una MPERNA cuyo propietario es mujer.

A esto podemos agregar el aporte del negocio a los hogares de los trabajadores. Para el año 1999 se estimó un nivel de empleo de 331 769. Si se excluye el empleo de los propietarios, entonces tendríamos alrededor de 195 000 trabajadores empleados en las MPERNA, de los cuales el 25% dicen que el salario recibido en el negocio donde laboran es su principal fuente de ingreso. Por tanto, aunque no disponemos de la información acerca de cuántos de estos trabajadores son jefes de hogar, es obvio que una parte de los mismos debe serlo. En consecuencia, el número de hogares que dependen principalmente de los ingresos en las MPERNA debe ser mucho mayor que el estimado anteriormente.

Sumado a lo anterior, y dado el número y el empleo de las MPERNA, es incuestionable que para muchos hogares rurales los ingresos generados en el negocio, sea como propietarios o como trabajadores, aunque no se trate de la fuente principal de los ingresos familiares, deben ser un componente importante. De hecho muchos trabajadores tienen lazos de parentesco con el propietario, e incluso, según ellos mismos, la razón más importante para trabajar en la empresa es que se trata de un negocio de la familia (53%), lo que refuerza el argumento de la importancia de las MPERNA en los ingresos de los hogares rurales.

La dinámica de estas microempresas transcurre en torno al eje de la economía familiar y comunitaria. En muchos casos es difícil establecer la diferencia entre la economía del hogar y la del negocio, "pues existe una estrecha relación entre las microempresas y la economía doméstica, ya sea a través del flujo de dinero de una a otra sin establecer controles previos" (Ortiz y Poyo 1999). Como afirman los autores citados, la enfermedad de un familiar puede hacer quebrar el negocio, mientras el envío de remesas de familiares en el exterior puede significar el restablecimiento de los inventarios o la compra de materia prima para operar. Por esta razón existe la necesidad de valorar las MPERNA, a partir de un enfoque sistémico que parte de la unidad familiar como unidad de análisis. Estos negocios constituyen elementos fundamentales dentro del conjunto de flujos de ingresos de la familia rural, asociados a la dotación particular de activos

que cada hogar dispone. Precisamente, como establecen Janvry y Sadoulet (2000), el control sobre los activos es el factor clave para explicar el ingreso de los hogares.

Contrario a lo que pudiera parecer, la remuneración del empleo no agrícola es mayor que la remuneración de los empleos agrícolas; los hogares con acceso a mayor cantidad de tierra son menos dependientes de los ingresos no agrícolas, pero generan niveles de ingresos superiores a los de aquellos hogares con menor acceso a la tierra (Rosario y López 1999). Asimismo, los hogares con mejores niveles educacionales tienen acceso a las mejores oportunidades remunerativas del empleo no agrícola, incluyendo las microempresas. Este fenómeno lo confirman diversos estudios para América Latina y el Caribe (Escobar 1999; Berdegué, Reardon, Escobar 2000; Janvry y Sadoulet 2000).

Organización y tamaño de la empresa

Las MPERNA son sociedades fundamentalmente individuales (92%) o familiares (7%), que se originaron principalmente por necesidad económica (36%) y en menor grado por motivación empresarial (32%), además de otras razones de menor importancia que dieron origen al negocio. Estos negocios operan mayormente en locales propios (73%), que en general coinciden con la vivienda familiar. La mayoría son de carácter informal puesto que apenas el 30% posee registro legal.

Hay que destacar los exiguos, o más bien precarios, niveles educativos de los propietarios. Casi el 70% no ha tenido educación formal o apenas ha alcanzado algunos niveles de la educación primaria sin haberla concluido; las tres cuartas partes están entre los 25 y 55 años de edad. Esto remite a las serias limitaciones para la gestión empresarial de la mayoría de los propietarios de las MPERNA.

Estas características sitúan a las MPERNA dentro del contexto socioeconómico de los hogares rurales dominicanos, en su mayoría en condiciones de pobreza, y muchos en pobreza extrema, como un medio importante de subsistencia pero también, aunque en menor grado, como opción orientada a la acumulación. En este sentido es importante destacar

el peso relativo de la motivación empresarial como razón de origen del negocio. De alguna manera este fenómeno es indicativo de la presencia de iniciativas económicas distintas a las que tradicionalmente se atribuyen al medio rural, referidas a la imposibilidad de creación de oportunidades económicas que trascienden la mera subsistencia. En efecto, se sabe de la existencia de un número importante de empresas de acumulación en el medio rural.

Las microempresas establecidas en hogares manejados por mujeres (jefas de hogar) tienen una mayor tasa de acumulación de capital y mayores posibilidades de expansión en el futuro (Aristy Escuder 1995; Dávalos 1998; Ortiz y Poyo 1999). Pero si bien las empresas manejadas por mujeres son más eficientes que las manejadas por hombres, también son, en promedio, más pequeñas y frágiles, debido probablemente a la fragilidad de la vida familiar misma (Dávalos 1998).

Actividad	% empresas
Manufactura:	
Producción de alimentos y bebidas	19,2
Confección de ropa	2,8
Elaboración de productos de madera	2,2
Elaboración de productos de metal	1,9
Otras manufacturas	1,3
Comercio:	
Venta y reparación de vehículos de motor	5,0
Comercio al por mayor	0,0
Comercio al por menor	49,4
Servicios:	
Hoteles y restaurantes	5,3
Actividades inmobiliarias y empresariales	0,6
Otros servicios	12,3
Total	100,0
Fuente: Ortiz y Poyo 1999.	

Actividades de las MPERNA

La mayor parte de las microempresas rurales no agrícolas está constituida por negocios comerciales destinados a la venta al por menor. En la Tabla 2 se presenta la composición de estos negocios según la rama de actividad.

La diversidad de estos negocios es alta. Sin embargo, algunos negocios tienen una importancia particularmente especial desde el punto de vista social y económico, como es el caso del colmado, pulpería o ventorrillo⁴. La importancia vital que tienen los colmados en la zona rural dominicana guarda relación con su rol en el abastecimiento y distribución de alimentos y de otros productos básicos de consumo en el hogar, su rol en el empleo, y en su incuestionable papel en el financiamiento de la producción y el consumo de las familias rurales (Rosario, Rodríguez y López 1998). De ahí que a estas empresas comerciales haya que tenerlas en especial atención al momento de pensar en programas de desarrollo rural, tanto por lo que se refiere a su importante rol en la seguridad alimenticia de las comunidades, como en la movilización de recursos financieros. El colmado es sin duda la microempresa de mayor importancia social y económica para las comunidades rurales⁵.

Hay que destacar también la importancia de la producción de alimentos y bebidas dentro de las actividades manufactureras y dentro del conjunto total de las MPERNA. Son los productos lácteos (quesos y dulces particularmente) los que muestran mayor dinamismo y potencialidades futuras. Las empresas de lácteos están diseminadas por todo el territorio dominicano pero tienen una mayor presencia en zonas ganaderas de Azua y Baní en la región sur, Puerto Plata en el norte, Nagua en el nordeste, Dajabón, Mao y Montecristi en la región noroeste, y El Seybo, Hato Mayor, Higüey y San Pedro de Macorís en la región este.

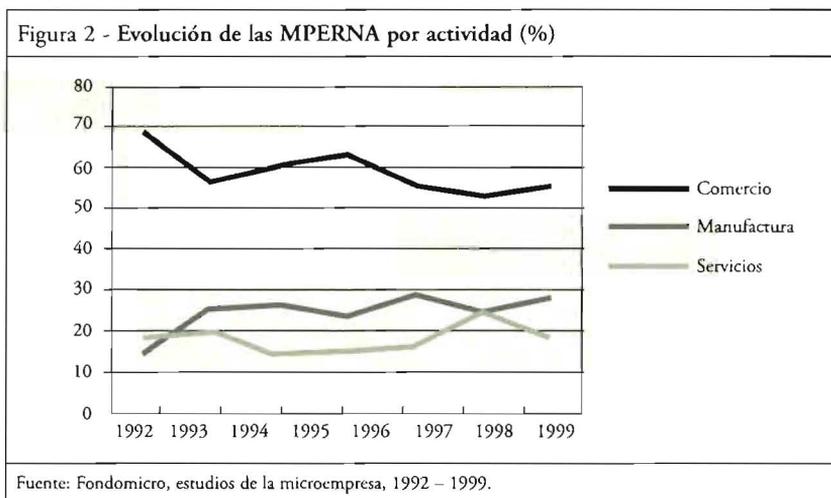
4 El colmado es un negocio detallista multifuncional que vende alimentos, bebidas, y mercancías destinadas fundamentalmente al uso en el hogar. Las pulperías son establecimientos similares pero con un volumen menor de capital y productos. Los ventorrillos son establecimientos pequeños, callejeros, frágiles con un volumen de productos de una escala muy reducida (ver Murray 1996).

5 Es vital la importancia del colmado en la economía microempresarial del país, estimándose que "a nivel nacional uno de cada dos microempresarios (45%) se dirige a alguna actividad relacionada con la producción, el abastecimiento o la preparación de los productos alimenticios. De éstos, un poco más de la mitad se dedica a la clase de actividad detallista que ejemplifica el colmado" (Murray 1996).

El casabe, producto del procesamiento de la yuca amarga⁶, ha adquirido gran importancia comercial en las últimas décadas. El casabe ha sido revalorizado en las comidas del dominicano, incluyendo los sectores de altos ingresos. Es difícil encontrar un negocio de expendio de alimentos (colmados, pulperías, supermercados, etc.) que no tenga el casabe en su oferta. El éxito relativo del casabe está asociado a su vinculación con la demanda urbana. Las empresas casaberas se encuentran principalmente en la región noroeste (Santiago Rodríguez y Dajabón).

Con menor importancia que los anteriores, los productos cárnicos (cortes de carne, longaniza, chicharrón, carne salada...) muestran también futuras condiciones favorables del mercado. Tanto los lácteos, como los cárnicos, así como el casabe, tienen una característica común importante: son actividades con fuertes eslabonamientos hacia atrás (con actividades productivas agropecuarias) y hacia delante (con actividades productivas o demandas de consumo urbanas).

El comportamiento de las actividades microempresariales rurales se puede observar en la Figura 2.



6 El casabe es una torta de yuca que tiene su origen en la población taína que habitó las islas del Caribe. Actualmente, la mayoría de las empresas productoras de casabe realizan esa actividad con los mismos procedimientos utilizados por los indígenas.

La figura anterior revela un comportamiento interesante de las MPERNA, según el tipo de actividad durante los años estudiados por FONDOMICRO. Si bien es evidente el fuerte peso relativo de las actividades comerciales frente a las dos actividades restantes, aquellas parecen mostrar un decrecimiento relativo en el tiempo a favor fundamentalmente de las actividades manufactureras. Todo parece indicar que los servicios mantendrán la menor importancia relativa, en tanto se asocian a las bajas densidades poblacionales típicas de la zona rural⁷. Dentro de los servicios, el transporte (motoconcho⁸, camionetas, guaguas) ocupa una importancia destacada, no sólo desde el punto de vista empresarial, sino también por las implicaciones en las articulaciones de las comunidades rurales con el exterior.

Por otro lado, la dinámica de estas empresas indica un notable proceso de creación-desaparición que hacen de la mayoría de estos negocios iniciativas relativamente jóvenes. Solamente el 14% de las MPERNA tienen más de 10 años de funcionamiento. El 42% de los negocios entre 3 y 10 años. Mientras el 44% tiene menos de 3 años. Es altísimo el número de empresas que desaparece cada año.

La dinámica de contracción y expansión del número de empresas y del empleo dentro del sector parece responder en gran medida al comportamiento general de la economía. Los datos de FONDOMICRO ratifican la hipótesis de que en los períodos de crecimiento económico lento hay contracción del empleo o simplemente éste no cambia en las empresas existentes, mientras que el surgimiento de empresas nuevas se acelera en dichos períodos como respuesta a las necesidades de trabajo de mano de obra disponible en el mercado. Lo contrario parece operar cuando hay expansión económica. De ahí que sea razonable aceptar que el crecimiento económico no impacta de la misma manera en todos los sectores productivos (Cabal 1993).

Sin embargo, la hipótesis anterior no puede ser de manera automática y simple transferida a la economía rural, fuertemente articulada a la dinámi-

7 Los estudios de FONDOMICRO muestran que los servicios adquieren mayor importancia relativa allí donde hay mayor densidad poblacional. De ahí que las zonas urbanas muestren a las microempresas de servicio con mayor dinamismo que en las zonas rurales.

8 Servicio de transporte en motocicletas.

ca de la agricultura. Las alzas y las bajas de la agricultura afectan directamente a las microempresas no agrícolas, sobre todo porque se trata de empresas de subsistencia en la mayoría de los casos. Los momentos de expansión de la agricultura están asociados directamente a la expansión de negocios y/o el empleo, mientras que los momentos de contracción de la actividad agropecuaria se asocia a la desaparición de negocios y/o contracción del empleo en el sector de las microempresas. Los ejemplos de zonas de tabaco, habichuela, café o guineo son aleccionadores en ese sentido⁹. La mayor parte de las MPERNA está conformada por empresas comerciales, sin eslabonamientos a sectores externos a la comunidad cuya dinámica depende en gran medida de los ingresos generados en la propia agricultura.

Hay que reconocer una relación compleja entre ingresos agrícolas y no agrícolas. Los ingresos agrícolas potencian el efecto multiplicador de las actividades no agrícolas y viceversa (Rosario et al. 1996, 1997; Rosario, Rodríguez, López 1998; Rosario y López 1999; Rosario y López 2007). La relación entre el comportamiento de la agricultura y las MPERNA podría ser diferente en zonas rurales donde este tipo de negocio está eslabonado a actividades no agrícolas, como pudiera ser, por ejemplo, la actividad turística. De igual manera, mientras más dinámico es el sector agropecuario, más importancia adquieren las actividades manufactureras y de servicios. No obstante, los datos muestran que las MPERNA dominicanas tienen un nivel reducido de eslabonamiento a otro tipo de actividad productiva, como se verá más adelante.

El fenómeno de la articulación de la agricultura con las microempresas rurales, mencionado también, se explica por el carácter mismo de este tipo de negocio. La venta mensual promedio apenas alcanzaba, en el año 1999, los RD\$ 5000 en el 52% de las MPERNA. Y el 84% obtuvo ganancias también menores a los RD\$ 5000 en ese mismo año. Esto significa que la mayoría de las microempresas rurales apenas logró ventas mensuales y ganancias por un monto algo superior al valor de la canasta bási-

9 Conversaciones con directivos de instituciones de financiamiento orientadas a las microempresas corroboran esta situación. Argumentan que cuando hay problemas en cultivos de gran alcance económico, como es el caso del tabaco en la región del Cibao, sus operaciones se ven negativamente afectadas, tanto en las áreas rurales como urbanas del entorno.

10 No incluye la zona rural del Distrito Nacional.

ca familiar en la misma zona rural¹⁰, la cual asciende a RD\$ 4065 (Banco Central 1999b); y de 2,2 salarios mínimos en el mejor de los casos. Sólo el 14% alcanzó ventas mensuales de más de RD\$ 20 000.

Si a esto agregamos que el 78% de las MPERNA vende a crédito (“fiaco”), hay que suponer que la dinámica de estos negocios está fuertemente condicionada por la situación económica del contexto inmediato en el que la actividad agropecuaria suele ser dominante. Este argumento adquiere mayor fuerza si observamos que la mayoría de los clientes de estos negocios está constituida por personas de la comunidad, vecinos; como se presenta en la tabla siguiente:

Tipo de cliente	% empresas
Individuos de la comunidad	80,8
Individuos de otra comunidad	13,4
Empresas	4,3
Individuo o empresas del extranjero	1,1
Otros	0,4
Total	100,0
Fuente: Ortiz y Poyo, 1999.	

Llama la atención, además, el bajo nivel de eslabonamiento hacia delante que manifiestan estos negocios. Apenas el 4,3 % de las MPERNA es suplidora de otra empresa; lo mismo se puede decir con respecto a los eslabonamientos hacia atrás, donde en la mayoría de los casos hay que hablar de suplidores de bienes terminados para la comercialización. Además, es prácticamente nula la relación de mercado con el extranjero¹¹, inclu-

11 Aquí se habla propiamente de exportación formal. Puesto que, en las comunidades fronterizas particularmente, hay un fuerte dinamismo comercial debido a las compras realizadas por haitianos en territorio dominicano. De igual manera, hay un flujo importante de productos no agrícolas rurales que salen al extranjero, como queso, dulce, etc. a través del movimiento de dominicanos, sea hacia Nueva York, Puerto Rico u otro destino.

yendo individuos. El mercado de estas empresas es relativamente homogéneo y está concentrado en el ámbito territorial de la comunidad y su entorno inmediato. Lo local-comunitario es el contexto de actuación de la mayoría de las MPERNA dominicanas. La competencia está en la propia comunidad.

Los datos anteriores, junto con las características de las MPERNA relacionadas con el empleo y la inversión, dan cuenta del carácter de subsistencia de la mayoría de estos negocios. Se trata de actividades empresariales con limitaciones para desarrollar un proceso de acumulación a través de una dinámica sostenida de ahorro e inversión, generar crecimiento y niveles de beneficios adecuados. Los ingresos generados por la mayoría de las MPERNA son expresiones salariales, y más bien de salarios de autoempleo que se destinan básicamente al consumo de la propia familia.

La pregunta de Dávalos (1998) es fundamental en este contexto:

¿Es esa dinámica interna de las micro y pequeñas empresas, esa efervescencia de éxitos y fracasos, el resultado de un proceso mediante el cual está saliendo la gente de la pobreza hacia niveles superiores de bienestar o, por el contrario, está recogiendo el sector a la gente que se “cae”, por así decirlo, del sector tradicional de la economía y se refugia en los negocios propios como mecanismo de supervivencia?

Las empresas de subsistencia o de “refugio” (Berdegué, Reardon, Escobar 2000) corresponden a actividades de baja productividad y baja calidad del empleo, y consecuentemente, trabajo mal remunerado. Es el correlato de la agricultura de subsistencia, y como tales tienen una función importante en el medio rural: complementar el ingreso familiar y amortiguar las fluctuaciones estacionales de los ingresos¹². Aunque esta última función dependerá “de la fortaleza y la naturaleza de los eslabonamientos y el tipo de actividades no agropecuarias que existan” (Escobar 1999), no pueden ser consideradas como un instrumento para superar la pobreza y para el

12 En estudios realizados en Zambrana, Cotuí, se muestra que en las comunidades rurales pobres, aquellos hogares que han logrado diversificar sus fuentes de ingreso, incluyendo las actividades empresariales, son los que muestran mejores condiciones para enfrentar la pobreza. “La complementariedad mediante el desarrollo de actividades no agropecuarias parece ser una opción importante para la potenciación de los sistemas agrarios” (Rosario et al. 1997)

desarrollo sustentable rural. Este tipo de empresa sostiene y a veces mejora el ingreso familiar pero no aumenta el empleo. La mayor proporción de apertura y cierre con este tipo de empresas es precisamente debido a la fragilidad de los negocios y a las limitaciones en la capacidad gerencial de los propietarios. El reto de las empresas de subsistencia es subsistir (Dávalos 1998).

En cambio las empresas de acumulación, que representan cerca del 40% de las MPERNA, tienen un mayor capital fijo, mayor número de trabajadores remunerados, y mayores volúmenes de venta que permiten generar excedentes y enrolarse en procesos de inversión. “Este tipo de empresa, en efecto, arroja excedentes que están siendo reinvertidos en la expansión de negocios” (Dávalos 1998). Como plantea el autor citado, el reto más importante de este tipo de negocio es mejorar su capacidad gerencial, que le permita elevar las ventas, mejorar la productividad y al mismo tiempo adquirir un mayor conocimiento sobre las oportunidades del mercado, las implicaciones de la competencia y la renovación tecnológica. Si se quiere promover el empleo entonces son las empresas de acumulación aquellas que ofrecen la mayor potencialidad para aumentarlo.

Más aún, dentro del sector de las microempresas no agrícolas hay otro aspecto importante que se destaca en la literatura y que guarda relación con la diferencia entre las empresas manufactureras y las comerciales respecto al empleo. Los estudios de FONDOMICRO demuestran que las empresas manufactureras generan mayor empleo asalariado que las comerciales, pero éstas generan un mayor nivel de empleo absoluto porque incorporan la mano de obra familiar no pagada y aprendices (Dávalos 1998).

En consecuencia, las opciones con respecto al empleo deben ser diferenciadas, dependiendo de la orientación de las políticas hacia el sector de las microempresas:

- Mejorar los ingresos familiares de los sectores más pobres, entonces se deberá enfatizar las MPERNA de subsistencia.
- Aumentar el empleo, entonces se deberá enfatizar las empresas de acumulación.

- Aumentar el empleo asalariado, entonces deberá haber mayor énfasis en las empresas de acumulación manufacturera.

No obstante, estas opciones, según el tipo de actividad, están condicionadas por las características del mercado en el que se desenvuelven las MPERNA, lo cual significa también el grado de articulación de estas empresas con mercados más amplios que la propia comunidad rural. En efecto, en mercados reducidos y relativamente homogéneos las posibilidades de éxito de las microempresas comerciales son mayores que en otro tipo de actividad. Los servicios adquieren mayor dinamismo cuando las densidades poblacionales son relativamente altas, mientras la manufactura se motoriza por mercados amplios, heterogéneos y probablemente de mayor nivel de ingresos. De ahí que el contexto regional dentro del cual se desenvuelven las MPERNA debe ser indefectiblemente analizado a la hora de diseñar políticas orientadas hacia las mismas, en el marco del desarrollo rural. El enfoque territorial debe prevalecer sobre los enfoques sectoriales del desarrollo rural.

Estudio de caso: el empleo y el ingreso no agrícola en una zona pobre de la región noroeste

Región noroeste

La región noroeste comprende cuatro provincias: Monte Cristi, Dajabón, Santiago Rodríguez y Valverde. La zona rural estudiada es la de mayor pobreza y marginación, y entre las más pobres de todo el país. La zona mencionada ocupa alrededor de 3900 km², lo cual representa cerca del 80% de toda la región¹³, con una población de unos 135 000 habitantes (31%), según el último Censo de 2002 (ONAPLAN 2005).

Hay 3,9 personas por hogar, similar a lo que ocurre en toda la zona rural del país (ONAPLAN 2005). Tal como se había establecido en estudios anteriores (ver ONAPLAN 1997 y 2005; Rosario y López 1999), esta

13 Excluye todas las áreas urbanas y zonas rurales bajo riego.

zona se caracteriza por la existencia de un gran número de hogares en condiciones de pobreza, con un alto porcentaje en situación de pobreza extrema. Desde el punto de vista de los ingresos, el 73,2% de los hogares es calificado como pobre, incluyendo un 46,4% en situación de indigencia.

En la zona, la agricultura es la fuente principal de empleo. Pero se trata de una agricultura tradicional y poco dinámica, con una reducida capacidad de absorción de la mano de obra disponible. Es fundamentalmente una agricultura de subsistencia de baja incorporación de complementos externos y excedentes limitados o inexistentes. Un bajo porcentaje de las personas en edad de trabajar asume que su actividad laboral es la agricultura. La Tabla 4 sintetiza las actividades laborales de la zona.

Actividad	% Total
Agricultura	46,5
Jornalero	14,8
Profesor	2,0
Domésticos	1,8
Comerciante	11,0
Motoconcho	0,3
Zona franca	1,3
Obrero	13,0
Administrativo	2,5
Otros	7,0
Total	100,0

Fuente: Rosario y López 1999.

Algunos comentarios sobre los datos anteriores

1. Según estos datos, el empleo no agrícola (manufactura, comercio y servicios), en su conjunto, representa más del 50% de los que se reportaron con trabajo al momento de la realización del estudio, lo cual denota un cambio fundamental en la estructura laboral de esa región.

En la categoría "otros" se incluyen actividades como la de rifero, prestamista, vendedor de chucherías, fabricación de casabe, escobas, dulces y queso, ebanistería y carpintería, y otras actividades de menor importancia. Cerca del 20% del empleo en la zona está asociado a las MPERNA. Es decir, que por cada 5 empleos remunerados generados en la agricultura hay 2,2 en el sector de las MPERNA.

- 2 Es cierto que la mayoría de estas empresas son de subsistencia. En muchos casos se trata de actividades de autoempleo, con escaso capital y niveles de venta muy reducidos. Sin embargo, dentro de estos negocios hay verdaderas empresas de acumulación, cuya estructura más desarrollada, junto con una mejor capacidad gerencial, les ha permitido un crecimiento notable. Casos de colmados y almacenes, fábricas de casabe, de dulces o de muebles, que muestran un dinamismo significativo, pueden ser observados en esta zona. La mayoría están vinculados con mercados más amplios que la propia comunidad.
- 3 Por supuesto, como los datos indican, el comercio es la actividad no agrícola de mayor importancia. Dentro de ese conjunto, los colmados y pulperías muestran una importancia particular. El estudio sobre los mercados financieros de la zona (Rosario Rodríguez, López 1998) indican que el crédito para el consumo es un mecanismo muy utilizado por las familias residentes, a través fundamentalmente por los colmados, de manera similar a lo que ocurre en otras áreas rurales. Dado que la actividad productiva de mayor significación en la zona estudiada es la agricultura, y como tal, genera un nivel relativamente alto de estacionalidad en la recepción de los ingresos, es normal que los requerimientos alimentarios y otras necesidades de consumo básicas sean satisfechas fundamentalmente mediante el "fiao"¹⁴, en el colmado relativamente cercano al lugar de residencia. El colmado es la fuente principal de crédito al consumo, seguido, con menor importancia, por las tiendas, almacenes, y los intermediarios.

14 Crédito al consumo.

- 4 Es bueno observar que siendo una zona netamente rural, no es ya una zona de agricultores desde el punto de vista del empleo. El peso del conjunto del empleo no agrícola supera al generado por la agricultura. Se considera que el porcentaje del empleo no agrícola crecerá en cuanto la agricultura tenga limitaciones para satisfacer los requerimientos de la familia. Mientras la agricultura de la zona permanezca deprimida, la dependencia de ingresos no agrícolas será el componente principal de la estrategia familiar. Por otro lado, se sabe que el intercambio con Haití ha generado un fuerte dinamismo comercial, sobre todo en los parajes más cercanos a la frontera. El desarrollo de este mercado, aunque no se ha cuantificado, debe tener efectos importantes en la zona, desde el punto de vista del incremento del empleo y el ingreso.

- 5 Por otro lado, la zona refleja exactamente lo que ocurre en toda la zona rural dominicana. La promoción de actividades no agrícolas en el campo (como manufacturas y servicios diversos) no ha sido parte de la agenda de las políticas nacionales, con lo cual las oportunidades diversas de empleo, frente a una agricultura con serias limitaciones, se reducen al mínimo, y consecuentemente aumentan las presiones de los factores de expulsión de la población residente, sobre todo de los jóvenes que tienen ventajas comparativas para insertarse en el mercado laboral urbano. Parece ser inminente un aceleramiento del proceso de diversificación laboral, que supone un traslado de parte de los miembros de las familias a lugares que ofrezcan oportunidades de trabajo, cuando no es la salida definitiva de toda la familia.

Comentarios finales

Todos los datos recopilados ratifican el fenómeno del crecimiento de la actividad no agropecuaria en el medio rural dominicano. En general, el sesgo agropecuario en el diseño de las políticas ha limitado las potencialidades existentes para el desarrollo de la zona rural. El espacio rural no es un espacio solamente de agricultura, aunque hay que reconocer que la

agricultura sigue siendo el sector empleador más importante del medio rural. Las actividades no agropecuarias, tomadas en conjunto, tienen un mayor peso relativo respecto al empleo rural, lo cual crea la necesidad de considerar esas actividades en toda política, programas y proyectos orientados al desarrollo rural. En efecto, es claro que las familias rurales han asumido una estrategia de diversificación de las fuentes de ingresos y del uso de la mano de obra familiar a partir de la dotación de activos (tierra, capital humano, capital financiero, capital social, etc.) que cada hogar posee. Mientras más pobres son los hogares, mayor es la dependencia de fuentes de ingresos no agropecuarios. Entonces, desde el punto de vista del desarrollo, es necesario valorar el espacio rural en esa doble dimensión agropecuaria-no agropecuaria, de componentes incluyentes, complementarios y mutuamente potenciadores de sus efectos multiplicadores sobre el empleo y el ingreso de los hogares rurales. Las estrategias para el desarrollo de las actividades no agropecuarias no pueden ser orientadas como estrategias de sustitución de las agropecuarias.

Es incuestionable la importancia de las MPERNA en la generación de empleo e ingresos en el medio rural. Por cada cinco empleos generados en la actividad agropecuaria, las MPERNA generan casi cuatro. Del monto total de ingresos de los hogares rurales, las MPERNA representan alrededor del 40%. Pero, si bien desde el punto de vista de la redistribución del empleo entre las zonas rural y urbana a nivel nacional, las microempresas muestran un mejor desenvolvimiento que cualquier otro sector productivo, hay que destacar que al interior del espacio rural las mejores opciones de acceso al empleo y los mayores niveles de ingreso se concentran en los individuos y hogares mejor dotados en su canasta de activos. Los niveles educativos, la disponibilidad de tierra, la existencia de infraestructuras, la cercanía a ciudades, entre otros, son factores que marcan la diferencia en la distribución del empleo y de los ingresos rurales. En otras palabras, los que poseen mejores activos en el medio rural también concentran las mejores opciones de empleo e ingresos. Por ende, las MPERNA no son necesariamente un factor de redistribución del empleo y los ingresos rurales.

La presencia de las MPERNA ha sido pocas veces valorada, sino soslayada, en el marco de las políticas nacionales para el desarrollo rural.

Dada la importancia de las mismas es obvio que se requiere de estrategias explícitas orientadas a la potenciación de ese tipo de actividad. Sin embargo, estas estrategias deben tener un carácter diferenciado en tanto la forma de organización, la capacidad gerencial y los resultados económicos son distintos según los tipos de empresa. En este sentido, hay que tomar en consideración que las empresas de subsistencia son distintas a las empresas de acumulación. Las primeras cumplen una importante función de garantía de la seguridad de la familia, complementando los ingresos provenientes de la fuente principal, así como reduciendo los riesgos de las fluctuaciones estacionales de los ingresos. Parafraseando a Cela (1984), son muy buenas para desenvolverse en la pobreza, pero no sirven para salir de ella. Constituyen probablemente la diferencia entre la indigencia y la pobreza de muchas familias rurales. En efecto, estas empresas se orientan a garantizar la subsistencia de la familia rural, pero de ningún modo son la mejor opción para promover el empleo, y sobre todo el empleo asalariado. En cambio, las empresas de acumulación, con capacidad para generar excedentes, se pueden enrolar en un proceso de crecimiento sostenido con efectos multiplicadores sobre el empleo y el nivel de los ingresos. De ahí que las estrategias de desarrollo de las microempresas de subsistencia haya que enmarcarlas dentro de un contexto de transición, lo que significa crear oportunidades para que evolucionen hacia empresas de acumulación o hacia oportunidades de empleo remunerado.

Bibliografía

- Aristy Escuder, J. (1995) *Ahorro y producción de las microempresas y pequeñas empresas en la República Dominicana: un análisis econométrico*. Santo Domingo, República Dominicana, FONDOMICRO.
- Banco Central de la República Dominicana (1999a) *Encuesta Nacional de Gastos e Ingresos de los Hogares Oct. 97 – Sept. 98*. Tomo III, Indicadores Sociales. Santo Domingo, República Dominicana.
- Banco Central de la República Dominicana (1999b) *Encuesta Nacional de Gastos e Ingresos de los Hogares Oct. 97 – Sept. 98*. Tomo IV, Gastos e Ingresos de los Hogares. Santo Domingo, República Dominicana.

- Banco Central de la República Dominicana (1999c). *Mercado de trabajo 1991 – 1996*. Santo Domingo, República Dominicana.
- Berdegú, J.; T. Reardon y G. Escobar (2000) “Empleo e ingreso no agrícola en América Latina y el Caribe”. *Conferencia sobre desarrollo de la Economía rural y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*. New Orleans, BID.
- BID (Banco Interamericano de Desarrollo); FAO (Organización para la agricultura y la alimentación); CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (1999) *Documento de conclusiones y recomendaciones del Seminario Internacional sobre Desarrollo del Empleo Rural no Agrícola en América Latina*. Santiago de Chile.
- Cabal, Miguel (1993) *Evolución de las microempresas y pequeñas empresas en la República Dominicana 1992-1993*. Santo Domingo, República Dominicana, FONDOMICRO.
- Cela, Jorge (1984) “Tengo un dolor en la cultura: análisis cultural”. *Estudios Sociales*, No. 56. Santo Domingo, República Dominicana.
- Dávalos, Mario (1998) *Las Microempresas: El coloso desconocido de las economías en desarrollo*. Santo Domingo, República Dominicana, FONDOMICRO.
- Dirven, Martine (1997) “El Empleo Agrícola en América Latina y el Caribe. Pasado Reciente y Pespectivas”. *Desarrollo Productivo*, No. 43. Santiago de Chile, CEPAL.
- Escobar, Germán (1999) “¿Empleo no agropecuario: una alternativa estratégica para el desarrollo?”. *Seminario Internacional sobre Desarrollo del Empleo Rural no Agrícola en América Latina*. Santiago de Chile, BID, FAO, CEPAL.
- FAO (Organización para la Agricultura y la Alimentación) (2000) “Tendencias y Desafíos en la Agricultura, los Montes y la Pesca en América Latina y el Caribe”. Oficina Regional de la FAO, Santiago, Chile.
- Janvry, A. de; E. Sadoulet (2000) *Making Investment in the Rural Poor into Good Business: New Perspectives for Rural Development in Latin America*. Conferencia sobre Desarrollo de la Economía Rural y Reducción de la Pobreza en América Latina y el Caribe. BID, New Orleans.

- Köbrich, Claus y M. Dirven (2007) *Características del empleo rural no agrícola en América Latina con énfasis en los servicios*. Santiago de Chile, CEPAL.
- Murray, Gerald (1996) *El Colmado. Una investigación antropológica*. Santo Domingo, República Dominicana, FONDOMICRO.
- ONAPLAN (Oficina Nacional de Planificación) (1997) *Focalización de la pobreza en la República Dominicana*. Santo Domingo, República Dominicana.
- ONAPLAN (Oficina Nacional de Planificación) (2005) *Focalización de la pobreza en la República Dominicana*. Santo Domingo, República Dominicana.
- Ortiz, Marina y J. Poyo (1999) *Microempresas, globalización y servicios financieros en la República Dominicana 1998-1999*. Santo Domingo, República Dominicana, FONDOMICRO.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) (2000) *Desarrollo humano en la República Dominicana*. Santo Domingo, República Dominicana.
- Rosario, P. del, et al. (1996) *Uso de la tierra y producción de alimentos en la República Dominicana*. Santiago de los Caballeros, República Dominicana, CEUR/PUCMM.
- Rosario, P. del, et al. (1997) *Evaluación de la sustentabilidad en sistemas agroforestales*. Santiago de los Caballeros, República Dominicana, CEUR/PUCMM.
- Rosario, P. del; R. Rodríguez; H. López (1998) *Estudio sobre movilización de ahorros rurales en la zona de acción de PROLINO*. Santiago de los Caballeros, República Dominicana, CEUR/PUCMM.
- Rosario P. del; H. López (1999) *Estudio sobre la pobreza rural en la zona de impacto de PROLINO*. Santiago de los Caballeros, República Dominicana, CEUR/PUCMM.
- Rosario, P. del; H. López (2007) *La ruralidad dominicana: un enfoque para reducir la pobreza rural*. Santo Domingo, República Dominicana, IDIAF.

Incursión ocupacional rural en escenarios no agrícolas y urbanos: tendencias y desafíos*

Marlon Javier Méndez Sastoque¹

Introducción

Sin desconocer el rol de la producción agropecuaria como actividad tradicionalmente sustentadora del ámbito rural, actualmente es necesario considerar que la agricultura ha cedido paso a otras actividades, en su mayoría asociadas a las demandas realizadas tanto por las propias comunidades rurales, como por aquellas conformadas por sus nuevos actores, incluyendo los de procedencia urbana. Como bien menciona Schneider (2003):

Tal vez el ejemplo emblemático de ese cambio estructural sea la emergencia y la expansión de las unidades familiares pluriactivas, pues no raramente una parte de los miembros de las familias residentes en el medio rural pasa a dedicarse a actividades no agrícolas, practicadas dentro o fuera de las propiedades. Esa forma de organización del trabajo familiar viene siendo denominada *pluriactividad* y se refiere a situaciones sociales en que los individuos que componen una familia con domicilio rural

* El presente artículo corresponde a la versión revisada de la ponencia expuesta en el Grupo de Trabajo "Nueva estructura de trabajo de la población rural", en el marco del *VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural*, realizado en Quito entre el 20 y el 24 de Noviembre de 2006.

¹ Coautores: Carlos Andrés Sánchez Baena y Juan Manuel Bedoya Cano. Médicos Veterinarios Zootecnistas, miembros del Semillero de Investigación en Ruralidades Emergentes, Departamento de Desarrollo Rural, Universidad de Caldas, Manizales, Colombia

pasan a dedicarse al ejercicio de un conjunto variado de actividades económicas y productivas, no necesariamente ligadas a la agricultura o al cultivo de la tierra, y cada vez menos ejecutadas dentro de una unidad de producción.

No obstante, es necesario agregar que muchas de dichas actividades, aunque no estén ligadas al cultivo de la tierra como tal, sí pueden continuar relacionadas con alguna de las fases del ciclo productivo. Parte de los miembros de las unidades familiares encuentran, en algunas labores complementarias a la producción directa, una fuente alternativa de generación de ingresos. Entre estas podemos señalar la venta de insumos, operación y alquiler de maquinaria, asistencia técnica, mecánica de motores, transporte, comercialización de productos, almacenamiento y manejo de cosecha.

Aunque las labores anteriormente descritas podrían ser catalogadas como agrícolas, es necesario hacer una distinción clave. Transitar desde el escenario de las actividades netamente productivas, es decir, fundamentadas en el conocimiento de las labores particulares de labranza y cultivo, a las directamente relacionadas con el comercio y los servicios complementarios, implica la previa adquisición de una serie de competencias y habilidades específicas, indispensables para el ejercicio de los nuevos oficios; muchas veces adquiridas en entornos urbanos, por lo que, en el desarrollo de modelos familiares pluriactivos, la influencia de las ciudades o poblados urbanos aledaños juega un papel fundamental (Méndez 2005).

En este mismo sentido, al plantear la tradicional oposición entre lo rural y lo urbano, usualmente se resalta que las carencias del campo son suplidas recurriendo a la ciudad. Sin embargo, la movilización del campo a la ciudad para solventar todo requerimiento no es el único camino a seguir. En la medida en que la actividad agrícola deja de ocupar a la totalidad de los miembros de la familia, algunos de ellos optan por ofrecer en el campo bienes y servicios antes sólo ofertados en el medio urbano. Atendiendo a esta lógica es posible ver cómo habitantes rurales se ocupan en actividades no agrícolas sin que esto implique su mudanza a la ciudad. Así, remitiéndonos a la práctica, hoy encontramos en el campo enfermeras, promotores de salud, docentes, electricistas, plomeros, constructores,

panaderos, costureras, tenderos, dueños y administradores de papelerías, bares, droguerías, billares, etc., ejerciendo su labor en el ámbito rural. Aunque esto no es reciente, lo inédito es que hoy reconocemos con mayor nitidez la presencia de nuevos actores en el campo. Si antes, acostumbrados a homologar lo agrícola a lo rural, sólo veíamos en éste campesinos y agricultores, hoy advertimos su heterogeneidad ocupacional.

Ante lo anterior podemos argumentar que la ocupación rural no sólo se centra en lo agrícola, sino que se extiende sobre todo a aquello que es indispensable para la vida en el campo. Pues, ¿acaso las necesidades de los habitantes rurales no son casi las mismas que las de los habitantes urbanos?

En la misma vía señalada, es preciso reconocer que la creciente demanda de servicios viene abriendo nuevas posibilidades de incurción laboral para los habitantes del campo. Los servicios públicos, antes concebidos como exclusivos de, o por lo menos concentrados en, los poblados urbanos (luz eléctrica, acueducto, tratamiento sanitario, salud, educación, transporte, mensajería, telefonía fija y celular, entre otros), ahora llegan al campo; demandando, en los espacios rurales, la presencia de trabajadores y funcionarios a su cargo. De igual forma, en la medida en que los espacios rurales vienen siendo concebidos más que como simple sustrato para la instauración de actividades agropecuarias, como soporte físico para la instalación de empresas e industrias de diversa índole, miembros de familias rurales son convocados a vincularse a fábricas e industrias asentadas en su área geográfica de influencia, cubriendo vacantes apropiadas a su perfil. Situación similar ocurre cuando los espacios rurales son aprehendidos como sitios de amortiguamiento ambiental, recreo, descanso, agro y ecoturismo; dichas funciones demandan fuerza de trabajo local, a la vez que brindan oportunidades para el desarrollo de actividades y la prestación de servicios afines por parte de los pobladores rurales.

Con todo, también es necesario anotar que en la medida que la agricultura deja de ocupar la totalidad de la fuerza de trabajo familiar, cada vez más habitantes rurales ven la necesidad de acceder al mercado de trabajo urbano. No obstante, continúa siendo común que, al llegar a la ciudad, los emigrantes no encuentran en ésta una economía formal en condiciones de acogerlos. Esta circunstancia los obliga a definir estrategias de

supervivencia que les permita sobreponerse a la adversidad encontrada. Ante esta circunstancia, los nuevos habitantes ciudadanos llevan a cabo actividades complementarias y subsidiarias, generalmente vinculadas a los sectores informales de la economía, tales como acopio de materias primas (reciclaje), comercio informal, producción artesanal y prestación de servicios varios (vigilancia, servicio doméstico, jardinería, arreglos locativos, etc.), entre otros (Méndez 2005).

Como podemos concluir, en términos de pluriactividad rural, la “hibridación ocupacional” es lo que marca la pauta. Los constantes intercambios entre el campo y la ciudad, la movilidad cotidiana de los sujetos rurales, el cambio en el uso del espacio, la intención permanente de nivelación rural-urbana, en cuanto a dotación de servicios e infraestructura social básica, han favorecido dicho encuentro. Mas, si esto es así, desde el plano de las posibilidades individuales y familiares, ¿qué factores determinan la incursión de los sujetos rurales en escenarios ocupacionales no agrícolas y urbanos?

Atendiendo a dicha preocupación, el presente artículo tiene como fin abordar críticamente el fenómeno de la pluriactividad rural, a partir del reconocimiento de su asociación a tres variables principales: la escolaridad, la edad y el género de los miembros de familias pluriactivas y de agricultores, como factores de alta influencia sobre las posibilidades de acceso al empleo no agrícola. Lo expuesto se sustenta en el estudio de dos localidades del municipio de Manizales, capital del departamento de Caldas, Colombia. Se trata de las veredas El Aventino y Bajo Tablazo, zonas colindantes, localizadas al sur occidente de la ciudad, tradicionalmente dedicadas al cultivo de café en asocio con plátano y banano. El trabajo fue realizado entre julio de 2005 y junio de 2006, en el marco de la línea de investigación “Dinámicas y perspectivas de las sociedades rurales”, como parte de la labor del Grupo CERES (Centro de Estudios Rurales), Departamento de Desarrollo Rural, Universidad de Caldas; contando con la colaboración de estudiantes de pregrado del Programa Medicina Veterinaria y Zootecnia de la misma institución.

Descripción del proceso metodológico

La información requerida fue colectada mediante la aplicación, en cada localidad, de una encuesta de hogar, para cuyo fin fue diseñado un cuestionario estructurado destinado a levantar información sobre las “familias en general”, las “familias pluriactivas” y los “individuos que ejercen la pluriactividad”; haciendo una adaptación de parte de la metodología propuesta por Schneider (1999), usada en un estudio realizados en los estados de Río Grande del Sur y Santa Catarina, Brasil.

En la primera fase, la tarea fundamental consistió en determinar las características de una familia pluriactiva. Según la definición adoptada, familias pluriactivas son aquellas en la que alguno de los miembros que la componen ejerce un tipo de actividad considerada no agrícola. La distinción entre familias pluriactivas y familias de agricultores (por tanto no pluriactiva) se centra en el tipo de actividad que ejercen los individuos de las familias rurales. Así, se considera pluriactiva aquella familia en la que por lo menos uno de sus miembros está ocupado en una actividad distinta a la agricultura. En razón de la alta variedad de actividades existentes en el medio rural, la distinción entre lo que es agrícola y no agrícola muchas veces fue tenue o controvertida. No obstante, para efectos de este trabajo, se consideran actividades no agrícolas aquellas tareas que no implican involucramiento directo en procesos de producción vegetal y/o animal.

Para este estudio en particular, las actividades no agrícolas comprenden una serie variada de tareas y ocupaciones, predominando las desarrolladas fuera de la propiedad, relacionadas con el comercio formal e informal. No obstante, es preciso admitir que existe una exigua separación entre quien es o no un agricultor pluriactivo, cuando se trata de actividades no agrícolas realizadas dentro de la propiedad. A manera de ilustración, una familia que procesa su producción de leche, transformándola en queso o yogurt, para su posterior venta, es considerada pluriactiva.

En definitiva, lo que define a la familia pluriactiva es, en primer lugar, la combinación de más de una actividad, siendo una de ellas la agricultura; criterio que sirvió de guía para identificar la presencia de miembros de familia agricultores, pluriactivos o no agricultores. En esta vía son considerados miembros de la familia aquellos individuos que habitan en un

mismo establecimiento. En la mayoría de los casos, estos están ligados por lazos de consanguinidad y parentesco, aunque es posible encontrar familias donde los miembros que no poseen estas dos últimas características son considerados también miembros de la familia.

Finalizada esta primera fase de conocer el universo o la población a ser investigada, se obtuvieron, para cada localidad de estudio, los indicadores presentados en la Tabla 1.

Tabla 1 Número total de familias en las veredas El Aventino y Bajo Tablazo				
Población/Universo total	El Aventino		Bajo Tablazo	
	Total	%	Total	%
Número total de familias	43	100	156	100
Familias pluriactivas	12	27,9	34	21,8
Familias de agricultores	24	55,8	20	12,8
Familias que habitan en el medio rural pero no desarrollan ninguna actividad agrícola	7	16,3	102	65,4

A partir de la información obtenida, fue posible identificar las familias donde había miembros que trabajaban en actividades agrícolas y no agrícolas, así como aquellas cuyos miembros se dedican a actividades exclusivamente agrícolas. Para efectos de la composición de la muestra, no fueron consideradas aquellas familias que sólo asumen lo rural como sitio de habitación. Este tipo de familia es numéricamente representativa en la vereda Bajo Tablazo (65,4% del total) y compone una nueva categoría de actores rurales que ya no poseen asociación directa con la actividad agropecuaria, y cuyas actividades económicas son exclusivamente no agrícolas. A dicha categoría también fueron sumadas las propiedades pertenecientes a familias ausentes, las cuales han localizado en el espacio rural sus “casas de recreo o fin de semana”.

Derivado de la información anterior, se estableció el universo poblacional final, basado en tres indicadores clave: el número de familias pluriactivas y de agricultores presentes en cada localidad y el total individuos

trabajadores pertenecientes a familias agrícolas y pluriactivas, tal como se expone en la Tabla 2.

Tabla 2 - Número de familias pluriactivas y de agricultores y número de trabajadores miembros de familia en las veredas El Aventino y Bajo Tablazo				
Población	El Aventino		Bajo Tablazo	
	Total	%	Total	%
Número total de familias pluriactivas y de agricultores	36	100	54	100
Familias pluriactivas	12	33,3	34	63,0
Familias de agricultores	24	66,7	20	37,0
Total de individuos trabajadores	65	-	140	-

La muestra final, por tanto, estuvo constituida por 90 familias, entre pluriactivas y de agricultores, siendo 36 de la vereda El Aventino y 54 del Bajo Tablazo; para un total de 205 individuos trabajadores, distribuidos según lo descrito en la Tabla 3.

Tabla 3 - Número de individuos trabajadores miembros de familias pluriactivas y de agricultores en las veredas El Aventino y Bajo Tablazo				
Población	El Aventino		Bajo Tablazo	
	Total	%	Total	%
Total de individuos trabajadores	65	100	140	100
Individuos pluriactivos	2	3,1	13	9,3
Individuos agricultores	46	70,8	55	39,3
Individuos dedicados a actividades no agrícolas	17	26,1	72	51,4

La elección de los sitios de trabajo obedeció a los siguientes criterios:

- Articulación funcional entre el campo y la ciudad, tomando como principal indicador la cercanía física entre ambos escenarios; siendo este el caso del Bajo Tablazo, en donde la línea divisoria entre lo rural

y lo urbano, a simple vista tiende a desvanecerse, hecho favorecido por la existencia de una adecuada infraestructura vial-comunicativa.

- Presencia de condiciones físicas de aislamiento; siendo este el caso de la vereda El Aventino, cuyas particularidades biogeográficas montañosas limitan la movilidad entre el campo y la ciudad, a pesar de su cercanía espacial.
- De frente a las diferencias y semejanzas entre las áreas de presumible ocurrencia de pluriactividad, el método comparativo resultó ser una herramienta analítica adecuada al tipo de investigación emprendida.

Resultados y discusión

A continuación se presenta y discute los resultados referidos a las tres variables en las que se centró el estudio: edad, escolaridad y género, en relación con el tipo de actividad desarrollada por los individuos al interior de las familias (agrícolas, no agrícolas o una combinación de las dos anteriores).

Edad y tipo de actividad

De acuerdo con Berdegú et al. (2001), la edad aparece en forma reiterada como determinante de acceso al empleo rural no agrícola. Se asume que la población adulta joven (entre 19 y 30 años de edad), percibe en lo no agrícola ventajas comparativas que superan lo agrícola, vía cotejo de escenarios. Al respecto, existe una serie de contrastes relacionados con la convivencia intergeneracional, que vale la pena resaltar.

Se puede sostener que al interior de las familias rurales, la confrontación entre abuelos, padres e hijos, en lo concerniente a las formas de pensar y actuar cotidianas, llega a crear situaciones conflictivas que luego han de repercutir sobre la opción ocupacional de las nuevas generaciones. Mientras que para unos la actividad agrícola, la estructura de vida fami-

Incurción ocupacional rural en escenarios no agrícolas y urbanos: tendencias y desafíos

liar, el apego a la tierra y la aversión al cambio pueden dominar su esquema mental y de acción, para quienes se ubican en generaciones más recientes, la legitimidad de dichas pautas puede llegar a ponerse en duda, hecho que motiva la exploración de nuevos rumbos, entre los que se encuentran lo no agrícola y lo urbano.

Tabla 4 - Distribución de los individuos trabajadores de las veredas El Aventino y Bajo Tablazo por tipo de actividad

Población	El Aventino				Bajo Tablazo			
	Rango de edad (años)				Rango de edad (años)			
	<18	19-30	31-55	>56	<18	19-30	31-55	>56
Individuos pluriactivos	0	0	2	0	0	1	4	8
Individuos agricultores	0	12	22	12	0	8	29	18
Individuos dedicados a actividades no agrícolas	0	6	10	1	3	26	37	6
Total	0	18	34	13	3	35	70	32

Para los casos específicos de estudio, como se expresa en la Tabla 4, mientras en la vereda El Aventino, caracterizada por su condición de relativo aislamiento físico, los adultos jóvenes están principalmente ocupados en actividades agrícolas, en el Bajo Tablazo, vereda en donde la movilidad entre el campo y la ciudad es favorecida, lo están en actividades no agrícolas. De igual forma, mientras en El Aventino la mayor parte de la población adulta (entre 31 y 55 años de edad) se ocupa en labores exclusivamente agrícolas, en el Bajo Tablazo, esta misma franja se ocupa, en mayor proporción, en actividades no agrícolas o exclusivamente agrícolas, destacándose, numéricamente, la primera.

Lo anterior sugiere que, en localidades donde la articulación rural-urbana es funcionalmente restringida en cuanto a movilidad de personas, la agricultura sigue siendo la principal alternativa ocupacional, independientemente de la edad del individuo trabajador. Aunque no se excluye la existencia de conflictos generacionales, la inmersión en escenarios rurales tradicionales, de cierta forma menos permeados por factores externos (experiencias cotidianas urbanas, principalmente), facilita la transmisión intergeneracional del acervo cultural agrícola; hecho que repercute posi-

vamente en la conservación de la vocación agropecuaria local. En contraste, ante la existencia de altos niveles de articulación rural-urbana, la inmersión de los sujetos rurales miembros de familia en escenarios ocupacionales no agrícolas y urbanos se torna más factible, independientemente de la edad, adultos y adultos jóvenes optan en similares proporciones por ocupaciones distinguibles como no agrícolas, potenciando la aparición de modelos pluriactivos de reproducción económica y social. No obstante, para este último caso, es necesario destacar cómo la ocupación en actividades exclusivamente agrícolas se sigue concentrando en la población mayor, un tanto más conservadora de la tradición heredada.

Para nuestros casos, en coincidencia con lo expuesto por Dirven (2004), existen individuos jóvenes y de edad media que resuelven seguir viviendo en zonas rurales (por motivos relacionados con la vivienda, su gusto por la vida familiar, su preferencia por el estilo de vida, etc.), pero que no quieren dedicarse a la agricultura o no tienen acceso a tierras de cultivo. En consecuencia, postulan a trabajos no agrícolas, crean empleos de esta índole, o bien, si la distancia lo permite, se trasladan diariamente a trabajar a las zonas urbanas aledañas.

Escolaridad y tipo de actividad

Según Berdegú et al. (2001), el grado de “escolaridad” obtenido por los miembros del hogar es posiblemente el factor que más influencia tiene sobre las posibilidades de acceder al empleo rural no agrícola. Sistemáticamente, aquellos individuos con mayores niveles de escolaridad son los que acceden al empleo rural no agrícola. Los hogares cuyos miembros carecen de niveles mínimos de educación aparecen relegados, especialmente del trabajo agrícola asalariado y del empleo no agrícola de refugio, entendido este último como actividades mal remuneradas que requieren baja calificación laboral, cuyo potencial de desarrollo es muy limitado.

En referencia a las zonas de estudio, mientras, para ambos casos, la población de individuos dedicados exclusivamente a las labores agrícolas es la que presenta menor grado de escolaridad (primaria incompleta o primaria completa), para el Bajo Tablazo, en concordancia con lo expuesto

por el autor citado, la población con más años de estudio coincide con la ocupada en labores no agrícolas; destacándose el alto número de individuos con educación superior (ver Tabla 5). Esta última situación atiende a la especialización individual de algunos miembros de familia (hijos, principalmente), incorporados a modelos pluriactivos, en los cuales, mientras padres y abuelos con menor grado de escolaridad continúan ocupados en labores agrícolas, los hijos y nietos, con mayor grado de escolaridad, optan por ocupaciones no agrícolas o urbanas.

Tabla 5 - Distribución de los individuos trabajadores de las veredas El Aventino y Bajo Tablazo por grado de escolaridad

Población	El Aventino						Bajo Tablazo					
	Escolaridad						Escolaridad					
	Ninguna	Primaria incompl.	Primaria completa	Bachiller. incompl.	Bachiller. completo	Educación superior	Ninguna	Primaria incompl.	Primaria completa	Bachiller. incompl.	Bachiller. completo	Educación superior
Individuos pluriactivos	0	1	1	0	0	0	0	7	3	1	2	0
Individuos agricultores	2	20	13	7	4	0	1	21	15	8	7	3
Individuos dedicados a actividades no agrícolas	0	4	5	3	3	2	1	18	8	11	14	20
Total	2	25	19	10	7	2	2	46	26	20	23	22

Sin lugar a dudas, cada vez más miembros de familias históricamente agrícolas, incursionan en universos profesionales externos. Como apunta Barthez (1990),

la profesionalización individual de los miembros de las familias modifica considerablemente los términos del cambio familiar. En este contexto, para estudiar sus modalidades, el eje de análisis no puede seguir siendo la familia como unidad en sí (para nuestro caso específico, la familia agrícola), mas sí preferentemente los individuos que en ella cohabitan; intentándose comprender cómo, a partir de su dependencia personal, consi-guen integrarse en un proyecto común que los mantiene en una vida de grupo.

La anterior situación permite entrever cómo la mayor posibilidad de acceso de los jóvenes rurales al sistema de educación formal fomenta la aparición de familias pluriactivas. Como se puede observar en la Tabla 3, para ambos casos de estudio, el número de individuos trabajadores menores de 18 años es nulo o mínimo, en la medida en que la mayor parte de los niños y jóvenes en edad escolar cursan estudios de primaria o bachillerato, en las escuelas y colegios ubicados en las veredas o en las áreas urbanas más próximas. Bajo estas circunstancias, la pluriactividad resulta, más que fundada en reglas específicas de orden familiar, como desenlace de trayectorias individuales y variadas que, en un momento dado, convergen en torno a un interés común, reconfigurando las características del grupo familiar.

Género y tipo de actividad

Con bastante regularidad se concluye que las mujeres rurales económicamente activas acceden proporcionalmente más que los hombres a ocupaciones no agrícolas. Igualmente, varios estudios coinciden en señalar que las mujeres acceden principalmente al empleo no agrícola asalariado y, dentro de esta categoría, a empleos en el sector servicios; donde una parte importante de dichas actividades son desempeñadas por mujeres adultas que alternan sus labores familiares y agrícolas con el oficio de servidoras domésticas, meseras o vendedoras (Lara 1996; Berdegué 2001 y Dirven 2004).

En referencia a los casos de estudio, en la vereda El Aventino, donde la mayor parte de individuos agricultores son hombres, y donde la ruralidad agrícola tradicional es la que prima, la mujer aparece invisibilizada en su papel de trabajadora agrícola (Tabla 6). En este caso, a pesar de participar en las faenas cotidianas agropecuarias, su labor es desconocida o más bien enmascarada bajo la figura de trabajo doméstico, en cumplimiento de su rol de “ama de casa”. Como bien menciona Ospina (1998), el trabajo al interior del espacio doméstico, donde las mujeres desarrollan labores de reproducción, producción para el autoconsumo y producción para el mercado, es un trabajo vagamente valorado; haciéndose intangible el aporte femenino al desarrollo local y nacional. De esta manera, la mujer

apenas logra ser reconocida como trabajadora cuando opta por ocupaciones no agrícolas, en la mayoría de ocasiones realizadas fuera del hogar.

Población	El Aventino		Bajo Tablazo	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Individuos pluriactivos	2	0	11	2
Individuos agricultores	46	0	46	9
Individuos dedicados a actividades no agrícolas	10	7	39	33
Total	58	7	96	44

Para el Bajo Tablazo, la situación es un tanto distinta, aunque aún en baja proporción, la mujer sí comparte con el hombre el rol de trabajador agrícola. Se trata, en la mayoría de los casos, de mujeres jefas de hogar que asumen como principal actividad la agricultura, vinculándose como asalariadas a los cultivos de flores y follajes recientemente presentes en la zona, hecho que refuerza el desconocimiento de la mujer como participe en la producción de los cultivos tradicionales (café en asocio con banano). No obstante, para esta vereda es necesario destacar el alto número de mujeres dedicadas a actividades no agrícolas, valor casi equiparable al número de hombres con igual tipo de ocupación. En este caso, como ya se mencionó al aludir a las particularidades de la localidad, la fácil movilidad entre lo rural y lo urbano constituye una ventaja apreciable, en la medida en que favorece la incursión en escenarios ocupacionales distintos al tradicional. No obstante, aquí es conveniente volcar la atención sobre las características de las actividades no agrícolas desarrolladas, buscando valorar su pertinencia y calidad, como alternativa decorosa a la producción agrícola.

Tabla 7 - Distribución de los individuos dedicados a actividades no agrícolas de las veredas El Aventino y Bajo Tablazo por tipo de actividad						
Actividad sectorial	El Aventino			El Bajo Tablazo		
	No. de trabajadores	Hombres	Mujeres	No. de trabajadores	Hombres	Mujeres
Comercio	7	5	2	24	17	7
Industria	2	2	0	10	6	4
Construcción	1	1	0	2	2	0
Servicios auxiliares	2	0	2	11	4	7
Educación	0	0	0	8	5	3
Transformación artesanal	0	0	0	5	3	2
Transporte	1	1	0	5	5	0
Servicio doméstico	4	1	3	7	0	7
Total	17	10	7	72	42	30

Como se expone en la Tabla 7, en ambas localidades, las principales labores no agrícolas en las que la población se ocupa están relacionadas con la actividad comercial. Se trata, en la mayoría de los casos, de tiendas de barrio, bares, puestos de comidas rápidas, destacándose la venta ambulante de comestibles, objetos varios y de ocasión, realizada en el centro de Manizales y en otras ciudades vecinas, en donde continúa primando la ocupación masculina. Como se puede inferir, la informalidad y el subempleo es lo que marca la pauta en términos de opciones de trabajo no agrícola, situación que ubica este tipo de alternativas como estrategias de simple subsistencia. En esta misma vía es necesario enfatizar cómo, para la mujer rural, el servicio doméstico (realizado en casas de familia) y los servicios auxiliares (destacándose las labores de aseo, limpieza de oficinas, meseras y cocineras en restaurantes) están entre las principales ocupaciones; hecho que ha de asociarse obligatoriamente a los bajos niveles de escolaridad reportados para las zonas de estudio y extrapolables a buena parte del ámbito rural nacional.

Consideraciones finales

Aunque lo expuesto se refiere tan solo a dos casos específicos de estudio acerca de la expresión de la pluriactividad rural, los resultados permiten derivar las siguientes conclusiones generales, asumidas a manera de tendencias y desafíos compartidos:

Cuando la actividad agrícola deja de emplear la totalidad de la fuerza de trabajo disponible o de satisfacer las motivaciones y expectativas de los miembros del hogar, la mayor o menor “flexibilidad ocupacional” es la capacidad que le da o no condiciones a cada unidad productiva para garantizar su reproducción socioeconómica. En estos casos, incursionar en escenarios no agrícolas o urbanos es o sería la principal alternativa de diversificación del uso de la fuerza de trabajo disponible.

Una familia rural agrícola que tenga miembros en edad activa, y calificados para ciertos trabajos no agrícolas, no es suficientes para generar procesos pluriactivos. Para que estos se desaten es preciso que en los entornos más próximos exista un mercado de trabajo en capacidad de absorber la fuerza laboral disponible, siendo los centros urbanos aledaños posibles sitios para ello, situación que, en términos de desatar procesos de desarrollo local y regional, implica reconocer e incorporar lo urbano en cuanto elemento articulado a las dinámicas socioeconómicas rurales.

No obstante, asociado a lo anterior, es pertinente reconocer que la posesión de conocimientos y destrezas en campos distintos al tradicional, como por ejemplo, la transformación y el procesamiento de alimentos, costura, construcción, conducción de vehículos, mecánica, electricidad, vigilancia (haber prestado servicio militar), entre otros, facilita la incurción en escenarios ocupacionales no agrícolas y urbanos. En estos términos, la hiperespecialización agrícola, condición comúnmente esperada en los sujetos rurales, llega a tornarse desventajosa; viéndose favorecidos quienes ostentan un perfil más pluriactivo.

En términos de escolaridad, las exigencias de la demanda laboral en el sector no agrícola, superan las del agrícola. En circunstancias de baja escolaridad rural, situación que prima en nuestro contexto nacional, las posibilidades de incurción en espacios no agrícolas y urbanos se restringen a aquellas que requieren baja o mínima calificación. Al no actuar sobre dicha

situación, de ser expertos en producción agrícola, los individuos rurales que transitan hacia lo no agrícola, pasan o pasarían a ser considerados “ignorantes” o “descalificados funcionales”, poniéndose en evidencia su alta vulnerabilidad. Definitivamente, dicha circunstancia exige ampliar la cobertura educativa rural, pensando en la formación de sujetos capacitados para actuar en escenarios tanto agrícolas como no agrícolas; dando cabida a la exploración y opción vocacional más allá de lo tradicional.

Definitivamente, la confianza depositada en la educación como elemento detonante de nuevas posibilidades, es más que notable. En un contexto caracterizado por la baja escolaridad, la decisión de explorar nuevos caminos implica superar dicha condición; eso sí, sin que esto constituya garantía real de incursión onerosa en otros escenarios ocupacionales que brinden condiciones satisfactorias y superiores a las proporcionadas por las actividades agrícolas, en cuanto a ingreso, estabilidad y reconocimiento social. Como es bien sabido, actualmente incluso para el desempeño de oficios de mínima o baja calificación (limpieza, mensajería u otros servicios de índole similar), es casi indispensable acreditar por lo menos estudios secundarios.

Ante las circunstancias anteriormente señaladas, en términos de promover procesos de desarrollo rural, el principal reto estriba en generar condiciones y posibilidades decorosas de tránsito. Si se concibe la posibilidad de incursión en escenarios no agrícolas y urbanos como estrategia de transformación rural, quien dé dicho paso ha de estar preparado para ello. Alcanzar lo anterior demanda avanzar en la generación de capacidades y competencias en los sujetos, que los habiliten tanto para dar respuesta a las necesidades no agrícolas surgidas al interior de los mismos ámbitos rurales, como para aprovechar y potenciar las oportunidades brindadas por la creciente articulación rural-urbana, lo cual implica introducir lo no agrícola como componente integral de las propuestas de educación formal y no formal orientadas a cualificar a las poblaciones rurales, tomando siempre como referente el carácter multidimensional y multisectorial de lo rural.

Asociado a lo anterior, la opción de los jóvenes rurales por su desempeño en campos no agrícolas y urbanos, llama la atención sobre la necesidad de incentivar un efectivo “relevo generacional” que cubra y de continuidad a lo rural, en sus dimensiones agrícola y pecuaria. En este sentido, sin des-

meritar lo no agrícola como alternativa y necesidad rural, es urgente asegurar la permanencia de las nuevas generaciones en el campo, siendo un camino para ello su profesionalización, igualmente, vía educación formal y no formal, acompañada de la dotación de activos y recursos productivos; medida indispensable para garantizar el éxito de lo sugerido.

Definitivamente, en un contexto en el que desde el mismo escenario familiar se crea, vive y reproduce la idea de “crisis del campo”, y en donde ser campesino o pequeño agricultor continúa siendo, aunque no todas las veces, motivo de aminoramiento social, optar por labores no agrícolas, en lo posible realizadas en entornos urbanos, puede ser asociado a escalonamiento social, convirtiéndose dicha práctica en un factor de distinción.

Por otro lado, ejercer oficios extra-finca, es decir, que exijan la ausencia, así sea temporal, de la unidad productiva doméstica, llega a asumirse, sobre todo por los miembros más jóvenes (hijos), como una posibilidad tanto de independencia económica como de liberación de la permanente tutela familiar. En la medida en que la distribución de los beneficios derivados del trabajo agrícola familiar se hace en especie (alimentación, vestido, manutención, por ejemplo), el trabajo independiente representa para los jóvenes ganancias en autonomía personal, en términos de disposición y manejo de recursos propios; siendo este un motivo más de incurción juvenil en escenarios no agrícolas y urbanos.

En cuanto a la mujer rural, es imprescindible avanzar en su reconocimiento como sujeto económicamente activo, vinculada al mercado de trabajo tanto agrícola como no agrícola, venciendo el marcado sesgo de género. Potenciar las capacidades de la mujer rural en ambos campos, deshaciendo la idea que la asocia y limita a los oficios netamente domésticos o auxiliares, constituye el principal reto, en aras de superar la acentuada discriminación y subordinación social femenina.

Finalmente, al asumir la pluriactividad y el trabajo rural no agrícola como componentes de la actual ruralidad, es necesario adoptar una visión integral de lo rural, que reconozca e involucre su sentido territorial y multisectorial, enfatizando la importancia de la articulación entre el campo y la ciudad. Sin lugar a dudas, la incurción de los sujetos rurales en escenarios ocupacionales no agrícolas y urbanos es una realidad actual y en crecimiento, que ha sido incorporada a las estrategias cotidianas de produc-

ción y reproducción social. Definitivamente, al reconocer que lo rural va más allá de lo agrícola, al momento de trazar políticas y programas en pro del mejoramiento de las condiciones rurales de vida, lo no agrícola ha de ser asumido como posibilidad para el impulso de procesos de desarrollo rural, dándole cabida al mejoramiento y favorecimiento de las relaciones entre el campo y la ciudad, a las oportunidades surgidas por el cambio en el uso del espacio y a la exploración vocacional y ocupacional rural por encima de lo netamente agropecuario.

Bibliografía

- Barthez, Alice (1990) "Familia, actividad y pluriactividad en la agricultura"; en Alkleton Research (coord.): *Cambio Rural en Europa*. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Berdegú, Julio et al. (2001) *Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina y el Caribe*. Washington, Sustainable Development Department Technical papers series, RUR-105. BID.
- Dirven, Martine (2004) "El empleo rural no agrícola y la diversidad en América Latina". *Revista de la CEPAL* 83, p. 49-69.
- Lara, Sara (1996) "El papel de las mujeres en la nueva estructura de los mercados de trabajo rur-urbanos"; en Ana Ochoa y C. Cortez (coord.): *La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural*. Primera edición. México, UNAM-INAH-Plaza y Valdés Editores, p. 145-166.
- Méndez, Marlon (2005) "Contradicción, complementariedad e hibridación en las relaciones entre lo rural y lo urbano"; en Héctor Ávila (coord.): *Lo urbano-rural: ¿nuevas expresiones territoriales?* Primera edición. México, CRIM-UNAM, p. 87-122.
- Ospina, Rosa (1998) *Para empoderar a las mujeres rurales*. Bogotá, IICA-Tercer Mundo Editores.
- Schneider, Sergio (1999) *Agricultura familiar e pluriatividade*. Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Schneider, Sergio (2003) "Teoría social, agricultura familiar e pluriactividade". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18 (51). São Paulo, p. 99-121

População e espaço rural num grande centro urbano: o caso de Campinas

Luzia A. Conejo G. Pinto

Este trabalho aborda o meio rural do município de Campinas, estado de São Paulo, Brasil, procurando acompanhar as suas transformações mais recentes, tendo como foco a sua população residente e os usos e ocupações de seu território.

Busca-se conhecer a configuração socioespacial do meio rural contemporâneo campineiro, ao mesmo tempo em que se verifica as atividades e ocupações de sua população, assim como os arranjos domiciliares adotados para garantir a sua reprodução social. Em 2000 esse meio possuía 16 178 habitantes, o que correspondia a 1,7% da população do município.

As limitações da dicotomia rural/urbano para explicar as transformações mais recentes ocorridas no campo, associadas à degradação das condições de vida nos grandes centros urbanos, ao aumento da violência e às preocupações ambientais, reintroduziram o rural como tema atual e importante.

Atualmente não é tarefa fácil definir o que é o meio rural, na medida em que este dissociou-se da agropecuária. O meio rural já não pode mais ser identificado exclusivamente pela atividade agropecuária. A consequência mais relevante é a diversificação do uso e da ocupação do seu território, que passa a se vincular também aos demais setores da economia. Assim, outras dinâmicas interagem com a dinâmica agrícola. E o papel da agricultura das áreas rurais passou a ser redefinido como base econômica e social. Novos segmentos sociais surgiram para participar deste reordenamento do território rural (Marsden 1995).

Já não se pode mais caracterizar o meio rural brasileiro, então, como estritamente agrário. Nessa conjuntura, constata-se o aparecimento e crescimento de um certo número de atividades não agrícolas, demonstrando que o meio rural adquiriu novas funções e tipos de ocupações (Graziano Da Silva 1999).

As atividades não agrícolas incluem uma gama variada de atividades ligadas à moradia, ao lazer, à prestação de serviços e à indústria e que vem crescendo de forma surpreendente. Esse crescimento está diretamente ligado a dinâmicas urbanas e representa a denominada “urbanização do campo” (Graziano Da Silva 1999).

Parte destas atividades não agrícolas resultaram da redescoberta do rural por novos segmentos sociais urbanos na busca de uma segunda moradia, lazer, turismo, etc. Outros segmentos apresentam-se aí, relacionados às preocupações com a preservação da natureza, da paisagem e do meio ambiente.

Para a população rural, as atividades não agrícolas representam a oportunidade de obtenção de renda fora da agropecuária, onde o emprego tem tendência declinante. Dentre os reordenamentos do território rural e os novos arranjos da população envolvida nestes processos destaca-se a presença da família pluriativa (Graziano Da Silva 1999). Não há um consenso sobre o conceito de pluriatividade, mas adota-se aqui o apresentado na exaustiva revisão realizada por Kageyama (1998).

...Pluriatividade refere-se à combinação de atividades por indivíduos ou famílias – em diferentes setores, portanto diferentes mercados, da economia; para o que nos interessa, no entanto, restringiremos o ‘conceito’ para o caso em que um desses setores seja a agricultura (Kageyama 1998:524).

A pluriatividade foi uma das formas encontradas pelas famílias agrícolas para aumentar as suas rendas sem abandonar a propriedade rural e/ou a sua atividade original.

Para os segmentos sociais participantes deste reordenamento do rural surgiram condições facilitadoras. Com o desenvolvimento das comunicações e meios de transporte a relação rural/urbano intensificou-se e as distâncias e o tempo passaram a ter significados diferentes. As possibilidades

de deslocamento das pessoas se alteraram, verificando-se uma frequência muitas vezes diária, que resulta, às vezes, no conhecido “commuting”. Há uma intensificação da circulação das pessoas. Nesses processos de interação, as trocas entre rural e urbano vem se alterando. Embora este fenômeno pareça ocorrer em todo o país, ele é mais visível nos espaços próximos a uma economia mais dinâmica e a um mercado de trabalho com maiores opções.

As redefinições que vêm acontecendo no rural já permitem constatar duas novas características: ele é multisetorial e multifuncional. Multisetorial por estar incorporando em seu território, além da tradicional agropecuária, diversas atividades como os serviços, o turismo, a indústria. Multifuncional na medida em que vem adquirindo novas funções como local de residência e de preservação da natureza, além de manter a de produção, que o identificou originalmente. O rural se diversificou e ficou mais complexo.

Dadas às transformações pelas quais vem passando, o meio rural brasileiro foi denominado por Graziano Da Silva (1999) de “novo rural”.

Na realidade, o que se caracteriza efetivamente como ‘novo’ no meio rural brasileiro são as novas atividades agrícolas e as dinâmicas não agrícolas originadas de famílias urbanas que passaram a frequentar regularmente o campo para fins de lazer (chácaras de recreação) e/ou como segunda residência, e dos bens e serviços relacionados ao turismo e lazer no meio rural (Graziano Da Silva 2000:24).

Dado que o rural é um objeto conceitual, abstrato, embora construído sobre uma base material, necessita ser contextualizado no tempo e no espaço, com suas características.

O meio rural apresentou diferentes formas nos diversos momentos de seu processo de desenvolvimento histórico. Este não é um conceito e uma realidade a-históricos, eis porque precisa ser revisto e analisado em cada momento e realidade concreta. Na medida em que se está, evidentemente, passando por um período de grandes transformações de toda a sociedade, é complexa a tarefa de identificar o rural enquanto objeto de estudo.

Tanto é difícil definir rural e urbano, face às transformações que vem ocorrendo nas relações cidade/campo, quanto entender a diversificação dos grupos sociais que passaram a atuar no espaço rural, seja direta ou indiretamente. Novos atores surgiram, conflitos se estabeleceram e diferentes representações se construíram sobre determinada base físico-territorial, com outros usos e atividades. Neste trabalho, o rural será abordado enquanto espaço territorial que se diversificou quanto a suas atividades e cuja população interage mais diretamente com economias e mercado de trabalho urbano mais próximo... “parece clara a idéia de que o rural é uma categoria espacial que independe, para sua definição, da exclusividade ou predominância da atividade agrícola, embora quase sempre esta ainda represente a maior parte de seu produto e de seus empregos” (Kageyama 1998:529).

Entre os demógrafos, reconhece-se que a abordagem tradicional para classificar e estudar as tendências da urbanização a partir da dicotomia rural/urbano perdeu a sua relevância. As transformações dos assentamentos humanos produziram muitas diferenciações que vão muito além do recorte rural/urbano.

O espaço ganha dimensão especial. Segundo eles, é cada vez mais importante considerar o contexto espacial mais amplo no qual se insere a população estudada, o local em que vive e trabalha. Portanto, o entorno de sua realidade existencial tem cada vez maior significado. Sugere-se um esforço de buscar novas formas para captar e entender esses processos.

Alertam também para o fato de que o rural não pode ser tomado de forma indiferenciada. Considera-se que há variações entre áreas, mesmo quando pertencentes a uma mesma categoria. Reconhecem, no entanto, que o território rural ainda é considerado residual nos sistemas censitários.

It is on this basis that urban-rural distinctions have become a fundamental part of census systems across the world. At one time if not currently, virtually all countries have designed urban areas, treating the remainder of their territory as a rural residual. (Champion e Hugo 2004:9).

A proposta é de que as classificações dos assentamentos utilizados pelas agências estatísticas e as pesquisas demográficas sejam revistas.

Em artigo preparado em função da Conferência Mundial sobre Assentamentos Humanos (Habitat II), Abramovay e Sachs discutem a

contribuição que o mundo rural poderia ter para atenuar o agravamento dos problemas das cidades. Preocupados em não ser mal interpretados, procuram deixar claro que não propõem nem uma “volta ao campo” nem uma “fixação do homem ao campo”, alternativa que consideram conservadora. Mas ressaltam que a saída do campo não garante, automaticamente, o acesso às condições mínimas tidas como inerentes à vida urbana. Chamam a atenção

...para a existência de uma urbanização espúria que, cada vez menos, mostra-se capaz de assegurar àqueles que são atraídos por ela as condições mínimas do que representa a vida civilizada. É neste contexto que, sem ter a pretensão de resolver os imensos problemas urbanos, o meio rural pode contribuir de maneira importante para atenuar a tendência evidente a seu agravamento (Abramovay e Sachs 1995:13).

Ainda segundo eles, valorizar o campo não significa, necessariamente, rejeitar as possibilidades dinamizadoras das cidades. O que propõem são novas configurações das relações entre a cidade e o campo. E somente assim é que ... “o meio rural poderá representar mais que um reservatório onde ficam os que ainda não tiveram a oportunidade de realizar a aventura da vida urbana” (Abramovay e Sachs 1995:11).

A adoção da perspectiva de que uma das alternativas para um desenvolvimento mais equilibrado e equitativo passa pela revisão das relações entre a cidade e o campo representa um avanço na forma tradicional de pensar o rural e o urbano.

Por outro lado, as cidades têm de ser colocadas no espaço rural a que pertencem. Desta maneira, seria correto falar em espaço local que em espaço urbano. Empolgado com sua recente urbanização, o ser humano esquece a que ponto está vinculado ao campo que cerca as cidades e que um elemento essencial do desenvolvimento urbano será a reconstrução da relação cidade-campo, não mais a partir do campo, na visão clássica da reforma agrária, mas a partir da própria cidade. (Dowbor 1995:8).

A questão resultante é saber se esta abertura do campo à cidade e o estreitamento dos laços entre ambos se darão de forma construtiva e inte-

rativa ou se acarretarão na desagregação completa do universo rural. Em outras palavras: no futuro seremos todos cidadãos urbanos?

Neste trabalho o rural é abordado como categoria espacial, conforme definido anteriormente, considerando-se este uma parte integrante do todo maior que é o município. O campo e a cidade são os seus componentes interdependentes, em constante interação. No entanto, a análise é sempre realizada de uma perspectiva do meio rural.

Apesar deste trabalho pertencer a uma escala micro, na medida em que é um estudo de caso, procura-se integrar a análise às escalas mais amplas em que este município está inserido. É sempre contextualizado nos processos socioeconômicos, políticos e culturais desenvolvidos nos níveis estadual, regional, nacional e mundial.

O estudo parte, porém, de dados obtidos através dos critérios do IBGE. Isto é, toma-se como rural a área externa ao perímetro urbano, considera-se como população rural aquela que reside neste território.

O município de Campinas foi a área selecionada para este estudo. Localiza-se no leste do Estado de São Paulo, Brasil, numa das regiões mais desenvolvidas do país. É um pólo tecnológico avançado, educacional, entroncamento (rodoviário e aéreo) do sistema de transportes, e também integrante da terceira mais importante meso-região agropecuária do Estado de São Paulo, em termos do valor da produção e da ocupação de mão de obra (Graziano Da Silva 2000). Além disso, mantém perto de 50% de seu espaço físico como área rural. Desde julho de 2000, através da Lei Complementar Estadual No. 870/2000, é a sede da RMC (Região Metropolitana de Campinas). Parte-se do pressuposto de que as transformações do rural contemporâneo estão mais evidentes num município com as suas características.

Do ponto de vista espacial, o rural e o urbano são territórios contíguos cujos limites muitas vezes se evidenciam pela alteração da paisagem. Nem sempre os limites político-administrativos coincidem exatamente com os limites físico-territoriais, mas ficam por conta das exceções e pelo retardo do poder público em acompanhar as alterações do uso de seu solo. Além de contíguos, são espaços extremamente inter-relacionados e interdependentes, seja do ponto de vista econômico, social, cultural e/ou político. Embora essa ligação remonte às suas origens, ela se intensifica na medida

em que os avanços dos meios de comunicação e transporte se acentuam e são disponibilizados para camadas crescentes da população. E, particularmente no caso do rural, é cada vez mais importante dar atenção às situações de acessibilidade ou distanciamento dos centros urbanos. Essa acessibilidade refere-se não somente ao mercado de trabalho, mas aos demais serviços como saúde, educação, etc. Reconhece-se cada vez mais a importância do contexto espacial dos territórios e de seu entorno na vida e no comportamento da população (Champion e Hugo 2004).

A partir do momento em que a agricultura foi deixando de ser o elemento identificador do meio rural, o seu território foi incorporando outros usos e ocupações. O espaço rural foi adquirindo uma nova configuração espacial, que está ainda em definição, e é o que se procura desvendar neste trabalho. Apesar de ser um processo relativamente recente, já é possível visualizá-lo. No entanto, por estar em transformação, há muitas indefinições e os prognósticos seriam prematuros. O embate das forças sociais presentes e a forma de gestão dos interesses em jogo terão um papel crucial nos desdobramentos futuros e na definição das alternativas para os possíveis cenários desse rural e do próprio município.

O espaço rural contemporâneo

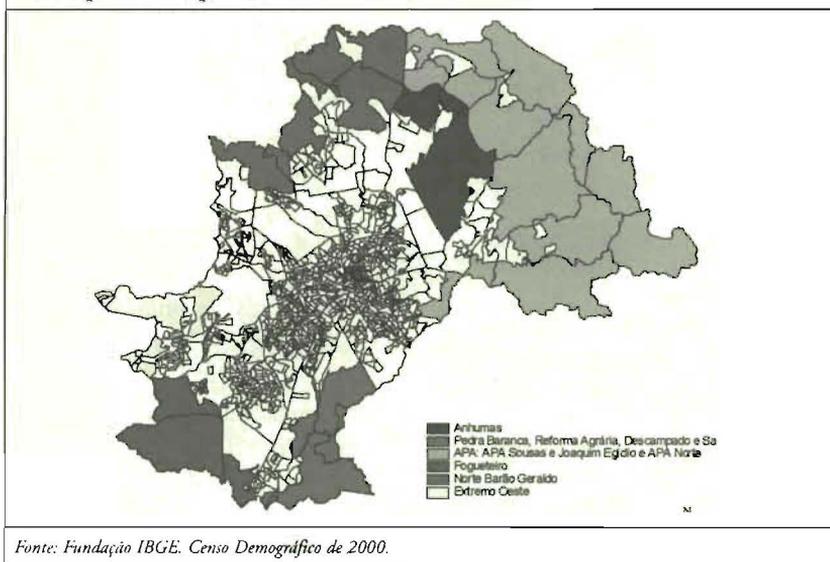
A atual configuração do espaço territorial rural de Campinas já expressa as transformações apontadas pelos estudiosos do tema. Resultado de um processo recente, em gestação, não é conclusivo, mas já apresenta não só as alterações mais consolidadas, como também as que ainda estão emergindo, revelando componentes que poderão permanecer ou desaparecer. Isto é, a evolução deste processo é que apontará o que é apenas transitório e o que será estrutural.

Foram identificados os elementos componentes do espaço rural de Campinas, não mais uma realidade homogênea. Ele diversificou-se quanto aos seus usos e ocupações. No entanto estes não se distribuem uniformemente pelo território. O rural de Campinas revelou-se heterogêneo e identificou-se diversos rurais.

O que são esses rurais? São regiões com certo grau de coerência interna, certa homogeneidade, que as tornam singulares. A identidade destas regiões é dada por dois elementos: uma configuração físico-geográfica e os usos e as ocupações praticados por sua população residente.

Foram identificados seis rurais: 1-Fogueteiro e Friburgo; 2-Pedra Branca, Saltinho, Descampado e Bairro Reforma Agrária; 3-Anhumas; 4-Norte de Barão Geraldo; 5-APA (Área de Proteção Ambiental); 6-Extremo Oeste Pôde-se assim verificar que este extenso rural de Campinas é ocupado de formas diversificadas tanto do ponto de vista de suas atividades como da organização das mesmas, configurando-se através de espaços distintos entre si (Mapa 1).

Mapa 1. Os rurais de Campinas
Município de Campinas, 2000



Têm-se assim as regiões 1 e 2 com função produtiva baseada na pequena produção agropecuária familiar, com significativa participação na economia municipal, além de sua importância social, ao garantir trabalho e residência para a sua população.

A região da APA tem a importante função de conservação do patrimônio hídrico do município, dos recursos naturais ainda existentes e de seu patrimônio arquitetônico do período do café.

Todas as demais, apresentam características próprias, mas a mescla das situações resulta numa identidade mais difusa. O caso limite encontra-se na região extremo-oeste, onde parece questão de tempo o fim do rural.

Constata-se assim a multifuncionalidade do rural, uma de suas novas características. A dimensão multisetorial também foi encontrada através da presença da agropecuária, da indústria, dos serviços. Essas situações expressam características já mais definidas, e estruturais.

De formas distintas, o processo de urbanização faz-se presente em todas as regiões e se manifesta pelo desenvolvimento das atividades não agrícolas, mas também através de sua forma mais perversa que é a especulação imobiliária.

Confirma-se para Campinas a presença do que vem sendo chamado de “novo rural”, assim como a sua heterogeneidade (Pinto 2006). As questões que se colocam são as seguintes:

- a nova configuração socioespacial do rural está caminhando para adquirir uma identidade própria, nova e peculiar? ou
- as mudanças recentes revelam simplesmente uma transição face a um inexorável avanço da urbanização, que incorporará as áreas rurais do município?

A população rural de Campinas

Face às transformações acima apontadas o que ocorreu com as ocupações e as atividades da população residente deste rural? É o que se apresenta a seguir assim como os arranjos domiciliares adotados para responder as mudanças em curso.

A distribuição da população com mais de 10 anos, entre 1980 e 2000, segundo o setor de atividade revela que a agropecuária ainda é o setor mais importante entre a população ocupada residente no espaço rural

(30% em 2000). Daí a necessidade de se ressaltar a sua relevância, seja do ponto de vista social, econômico, ambiental, etc. (Tabela 1).

Setor de Atividade	Rural			Urbano		
	1980	1991	2000	1980	1991	2000
Agropecuária	17,7	38,3	30,4	0,8	0,9	1,0
Extração Mineral	0,4	1,4	0,2	0,1	1,8	0,0
Indústria	39,8	22,5	20,7	38,2	31,2	24,3
Serviços	25,4	23,6	20,7	28,3	29,4	20,0
Comércio	8,4	6,4	9,6	13,1	15,0	18,5
Serviços Sociais	3,5	2,2	5,8	10,7	13,0	17,7
Administração Pública	2,9	1,3	1,4	4,2	4,1	3,8
Outros	1,8	4,3	11,1	4,5	4,5	14,7
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fonte: Fundação IBGE, Censo Demográfico de 1980, 1991 e 2000.

Quando se pensa na perspectiva de um maior equilíbrio socioeconômico e ambiental do município é importante considerar a atividade agropecuária. Esta atividade não produz apenas bens econômicos, mas também sociais como a geração de empregos, moradia e alimentos. Além disso, mantém uma população como guardiã da natureza e dos recursos naturais, que necessitam ser conservados para as gerações futuras.

A presença da agricultura traz consigo, ainda, a opção de moradia e a possibilidade do exercício de outras atividades, no rural ou no urbano, para aqueles que buscam por outras ocupações, mas mantém seus vínculos com a propriedade rural. É uma forma de buscar renda fora da agricultura, mas manter uma vida assentada no meio rural. A agropecuária possibilita a alternativa da pluriatividade.

Entretanto, conforme revelou o trabalho de Kageyama (2004) no estado de São Paulo a população ocupada na agricultura vive majoritariamente em áreas urbanas. E Campinas confirma os resultados encontrados por esta autora, e que serão apresentados no item final.

Os setores industrial e de serviços, em 2000, ocuparam a mesma posição, secundária em relação à agropecuária.

Em 2000, a população rural que trabalhava ou estudava em outro município era de 1134 habitantes (7%), revelando que a integração econômica da Região Metropolitana de Campinas inclui a sua população rural. Cerca de 50% deste fluxo intermunicipal ia entre Valinhos (32%) e Monte Mor (21,2%).

Em ordem decrescente, colocaram-se como destinos da pendularidade, Jaguariúna (8,3%), Morungaba (7,7%), Hortolândia e Paulínia (6%), municípios circunvizinhos. Uma parte desse movimento se direcionava para fora da Região Metropolitana de Campinas: São Paulo e Piracicaba. Esta migração pendular, reveladora da articulação entre a população rural com outros municípios é mais um indício das diversas dinâmicas do rural. Nas entrevistas, apresentadas no item seguinte, foi possível captar não só as diversas formas dessa articulação, assim como algumas motivações das mesmas.

Já as posições dos setores de atividades expressam as transformações apresentadas anteriormente, sobre o uso e ocupação do rural, assim como a intensificação da relação rural/urbano. Ao mesmo tempo em que atividades não agrícolas passaram a se desenvolver no rural, parte da população rural também tem passado a exercer atividades na cidade, seja em Campinas ou nos municípios mais próximos.

Na busca de elementos sugestivos de alguma convergência entre os setores de atividade da população ocupada rural e urbana, o que se verificou foi que na cidade há uma maior pulverização das ocupações quanto aos setores de atividades, com uma porcentagem razoavelmente equilibrada entre a indústria, os serviços, o comércio e os serviços sociais. No rural, a diversificação é bem mais restrita, onde ainda se destaca a agricultura. Isto é, o campo e a cidade de Campinas ainda guardam significativas diferenças quanto às ocupações de seus residentes quando consideradas em relação aos seus setores de atividades.

Os arranjos domiciliares

Na medida em que o espaço rural passou a se configurar como multise-torial e multifuncional, uma das conseqüências mais diretas foi à diferenciação de sua população residente quanto às suas ocupações e atividades. Estas transformações vêm resultando na adoção de variados arranjos domiciliares, com a finalidade de compatibilizar as alterações das atividades de seus membros.

Buscou-se então uma classificação dos tipos de domicílios, segundo a ocupação principal de seus membros economicamente ativos. Adotando este critério, os domicílios foram classificados em três tipos: agrícolas, não agrícolas e pluriativos.

Foram considerados agrícolas aqueles onde todos os membros economicamente ativos exerciam atividade agropecuária. Os não agrícolas foram os domicílios onde todos exerciam atividade não agrícola. E os pluriativos aqueles onde pelo menos um de seus membros ativos exercia atividade agrícola e pelo menos um membro exercia também atividade não-agrícola.

No período de 1980 a 2000 verificou-se que mais de 50% dos domicílios rurais eram não agrícolas e, em 2000, correspondiam a 61,6% dos mesmos. Por outro lado, os domicílios agrícolas foram 20% em 2000, o que representou um declínio em relação a 1991. A pequena participação dos mesmos, em 1980, reflete a contagem de população urbana, residente em áreas rurais, o que superestimou os domicílios não agrícolas. A porcentagem dos pluriativos cresceu e aproximou-se dos agrícolas, chegando a 18% em 2000 (Tabela 2).

Esses resultados são coerentes com as transformações que os estudos vêm apontando sobre o rural, referentes ao crescimento das atividades não agrícolas e a urbanização do campo. No caso de Campinas o que também se pode constatar mais uma vez, é que, apesar do declínio da agropecuária, ela vem mantendo uma participação importante (quase 40% dos domicílios).

Em termos percentuais, a presença dos domicílios urbanos relacionados à agropecuária é inexpressiva. Porém, ao se olhar para os números absolutos, e contrapô-los aos do rural, percebe-se que é fundamental con-

Tabela 2 - Tipos de domicílio, segundo ocupação principal de seus moradores rural e urbano

Município de Campinas, 1980 - 1991 - 2000						
Tipo Domicílio	1980		1991		2000	
	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano
Agrícola	14.1	0.4	28.4	0.5	20.2	0.5
Ñao Agrícola	79.3	98.7	56.9	98.5	61.6	98.5
Plurativos	6.6	1.0	13.7	1.0	18.2	1.0
Total	140 638	120 036	5 087	184 326	3 360	197 022

Fonte: Fundação IBGE, Censo Demográfico de 1980, 1991 e 2000.

siderá-los. O número deste tipo de domicílio, localizado na área urbana, não só cresceu, como é expressivamente superior ao número encontrado na área rural. Em 2000, tinha-se 3042 domicílios urbanos relacionados à agropecuária e somente 1291 no rural.

Quando se observa a participação da população economicamente ativa agrícola (PEA agrícola), o predomínio também ficou com os trabalhadores da cidade. Em 2000, encontrou-se 3286 trabalhadores ocupados com agricultura no urbano e 1833 no rural. Isto é, a maior parte da PEA ligada ao setor agropecuário, em 2000, estava residindo na cidade. A diferença foi que no rural, em 2000, tinha-se um número semelhante de domicílios agrícolas e pluriativos e, no urbano, o número dos domicílios pluriativos é significativamente superior aos agrícolas (Tabela 3). Esses dados são coerentes com o trabalho de Kageyama, 2003. No entanto, não se deve desconsiderar que, apesar do peso dos residentes urbanos na PEA agrícola ser grande, ele é insignificante para a população urbana.

Tabela 3 – PEA agrícola segundo o tipo de domicílio

Município de Campinas, rural e urbano, 1991						
Tipo Domicílio	No. Domicílios	%	PEA	%	PEA Agrícola	%
Rural Agrícola	1496	29.4	3 295	32.6	3 295	85.5
Rural Não Agrícola	2 893	56.9	5 053	50.0	0	0.0
Rural Plurativo	699	13.7	1 753	17.4	560	14.5
Total Rural	5 087	100.0	10 100	100.0	3 855	100.0
Urbano Agrícola	910	0.5	2 077	0.6	2 077	79.1
Urbano Não Agrícola	181 564	98.5	356 314	98.5	0	0.0
Urbano Plurativo	1 851	1.0	3 216	0.9	548	20.9
Total Urbano	184 326	100.0	361 606	100.0	2 625	100.0
Total de Ocupados na Agricultura					6 480	

Fonte: Fundação IBGE, Censo Demográfico de 1991.

Tabela 3.1 – PEA agrícola segundo o tipo de domicílio

Município de Campinas, rural e urbano, 2000						
Tipo Domicílio	No. Domicílios	%	PEA	%	PEA Agrícola	%
Rural Agrícola	678	20.2	1 625	25.9	1 625	88.7
Rural Não Agrícola	2 070	61.6	3 763	60.0	0	0.0
Rural Plurativo	613	18.2	886	14.1	208	11.3
Total Rural	3 360	100.0	6 274	100.0	1 833	100.0
Urbano Agrícola	1 002	0.5	2 187	0.6	2 187	66.6
Urbano Não Agrícola	193 979	98.5	386 377	98.6	0	0.0
Urbano Plurativo	2 040	1.0	3 258	0.8	1 099	33.4
Total Urbano	197 022	100.0	391 822	100.0	3 286	100.0
Total de Ocupados na Agricultura					5 119	

Fonte: Fundação IBGE, Censo Demográfico de 2000

Estes elementos acima analisados resultam num intenso fluxo de trabalhadores entre o rural/urbano municipal, com sentido de mão dupla, em função de suas ocupações.

Fazem parte deste fluxo representantes de diversos segmentos sociais e com diferentes ocupações. Muitos são empregados permanentes, como os caseiros, que moram na cidade. Isto ocorre ou porque o empregador prefere não tê-los como moradores, mas também porque a residência na cidade facilita a oportunidade de emprego para esposa e para os filhos maiores. Outros são os proprietários ou profissionais mais qualificados.

Este é mais um elemento que aponta para a superação da tradicional abordagem dicotômica, mesmo quando considerada circunscrita a uma unidade administrativa municipal. Particularmente num município com as características de Campinas e sua região, essa dicotomia, além de insuficiente, dificulta avanços para se pensar alternativas de desenvolvimento para o mesmo. Por outro lado não é demais insistir que a perspectiva unilateral e restrita dos estudos sobre a urbanização também não contribui para esses avanços.

Em seguida, verificou-se as variações que vêm ocorrendo nestes domicílios quanto à renda média do trabalho principal de seus membros.

Quanto à renda, os resultados dos domicílios rurais não são coerentes com a maioria dos resultados dos estudos de pluriatividade e das atividades não agrícolas (NEA/IE/Unicamp, Projeto RURBANO¹, 2006). Relatórios e trabalhos do Projeto RURBANO cobriram vários estados tanto através de pesquisas de campo como de dados das PNADs.

Nesses estudos, por exemplo, constata-se que a renda média dos domicílios pluriativos e não agrícolas supera a renda média dos domicílios agrícolas.

No caso de Campinas, a Tabela 4 mostra que nos domicílios rurais a renda média do trabalho principal dos domicílios não agrícolas foi bem maior que a dos agrícolas. Mas isto não se verificou para os pluriativos, que apresentam a menor renda média.

1 É o Projeto Temático "Caracterização do Novo Rural Brasileiro, 1981/95" que contou com financiamento parcial da FAPESP e do PRONEX e que pretendia analisar as transformações recentes no meio rural em onze unidades da federação (PI, RN, AL, BA, MG, RJ, SP, PR, SC, RS e DF). Foi executado pelo Núcleo de Estudos Agrários do Instituto de Economia da Unicamp.

Tabela 4 – Renda Média do trabalho principal em salários mínimos deflacionada para janeiro 2002 segundo o tipo de domicílio			
Município de Campinas, rural e urbano, 1980 - 1991 -2000			
Tipo Domicílio	1980	1991	2000
Rural Agrícola	2.2	2.9	2.4
Rural Não Agrícola	2.8	2.9	4.1
Rural Pluriativo	1.5	1.8	2.0
Urbano Agrícola	7.6	5.8	6.5
Urbano Não Agrícola	4.9	5.0	5.7
Urbano Pluritário	2.5	2.7	3.5

Fonte: Fundação IBGE. Censo Demográfico de 2000 de 1980, 1991 e 2000.

* renda deflacionada (Índice deflação do IPEA) para janeiro de 2002.

Nos domicílios urbanos, os resultados foram mais discrepantes dos que foram obtidos nos estudos sobre pluriatividade. No urbano campineiro, os domicílios agrícolas foram os que obtiveram a renda média máxima (6,5 S.M.) enquanto os pluriativos ficaram no patamar mínimo.

Quais seriam as possíveis explicações para Campinas?

Duas linhas de explicação foram investigadas como a possibilidade de erro amostral e a presença de uma proporção maior de pessoas com rendimentos nulo nos domicílios.

Descartadas estas explicações de fundo metodológico, buscou-se novas explicações. As discrepâncias dos resultados encontrados deve-se a outras razões. Outra hipótese é que seriam as ocupações dos residentes nos domicílios em questão que responderiam pelos inesperados resultados encontrados para a renda média dos mesmos.

Em 2000, no caso dos 613 domicílios rurais pluriativos, onde residiam 886 trabalhadores, 76,5% deles exerciam ocupações não agrícolas e apenas 23,5% exerciam atividades agrícolas.

Dentre os 208 trabalhadores com ocupação agrícola apenas 8% exerciam atividades melhor remuneradas, tais como serviços administrativos e analista de sistemas. Entre os demais (92%), as ocupações que predominaram foram as de baixa remuneração. E, dentre os 27% de produtores, supõe-se que são os casos das propriedades pouco capitalizadas ou que se destinam apenas à subsistência. Portanto é o predomínio das ocupações

não agrícolas de baixa remuneração, associada à condição das propriedades com produção não voltadas ao mercado que explicam, no caso de Campinas, a menor renda dos domicílios rurais pluriativos, e que pôde ser constatada desde 1980.

Dentre os 678 trabalhadores não agrícolas, quase 50% deles estavam empregados com os serviços, sendo que 32,5% desses exerciam serviços domésticos. Seguiam-se 21% de trabalhadores da produção de bens e serviços industriais e de reparação e manutenção e 13% de serviços administrativos. Portanto, dentre os trabalhadores, os que exerciam ocupações não agrícolas, e que constituíam a grande maioria, predominaram as ocupações de baixa remuneração.

Outro elemento que com certeza vem contribuindo para manter a renda dos domicílios rurais agrícolas num patamar superior aos rurais pluriativos é a existência do conjunto de propriedades familiares agrícolas e produtivas, praticando agricultura moderna e voltada principalmente à fruticultura e à olericultura. Estão distribuídos principalmente nas regiões sudoeste (Fogueteiro e Friburgo), e sudeste (Pedra Branca, Saltinho, Descampado e Reforma Agrária) do município, em parte da Colônia Tozan e a Fazenda Monte D'Este, que mantém sua produção de café (Região Norte de Barão Geraldo).

Dentre os 2040 domicílios urbanos pluriativos, com 1099 trabalhadores ocupados com agropecuária, apesar da renda média do trabalho principal ter aumentado de 1991 para 2000, ela se manteve bem inferior à renda média máxima (6,5 S.M.) dos 1002 domicílios urbanos agrícolas com 2187 trabalhadores ocupados com agricultura, em 2000.

Neste caso são as ocupações dessa população que explicam os resultados encontrados. Dentre os trabalhadores residentes na cidade que obtiveram sua renda principal da atividade agropecuária predominaram os que exerciam ocupações melhor remuneradas. Assim, dentre os 67% considerados como trabalhadores agrícolas 23% eram produtores, 24% atuavam em atividades que exigem maior qualificação e somente 20% estavam no grupo de menor remuneração. Seguiam-se 16% de profissionais de nível superior como agrônomos, veterinários, gerentes e diretores empregados de indústrias e técnicos de nível médio. Somente 11% eram caseiros. Além disso, este universo correspondeu ao dobro dos

membros dos domicílios urbanos pluriativos que exerceram a agropecuária.

Dentre os trabalhadores agrícolas dos domicílios urbanos pluriativos 21% ocuparam-se com os serviços, atividade de baixa remuneração. Dentre os 47% da PEA (População Economicamente Ativa) agrícola dos domicílios pluriativos urbanos classificados nos trabalhos agrícolas, somente 11% eram produtores e 15% dedicaram-se às atividades agrícolas mais simples. O grupo de 24% de melhor qualificação, além de representar um universo bem menor em relação ao seu correspondente do grupo dos domicílios agrícolas, continha ocupações de qualificação inferior.

Portanto é a qualificação ocupacional que corresponde às maiores remunerações que responde pela superioridade da renda média dos domicílios urbanos agrícolas.

As condições de produtor e também proprietário da terra, gerente ou dirigente, estão tendo uma influência importante para a superioridade da renda média dos domicílios urbanos agrícolas sobre os demais. Embora apenas uma pesquisa específica para tal finalidade possa confirmar as razões exatas dos resultados encontrados, os elementos qualitativos ilustram e corroboram as possibilidades acima arroladas. No trabalho de campo e qualitativo, via entrevistas, foi possível constatar que algumas propriedades agropecuárias são modernas e intensivas em capital. Algumas são administradas pelo proprietário ou por funcionários de elevada qualificação.

Além das diferenças encontradas entre os três tipos dos domicílios rurais, obtidos através dos dados dos Censos Demográficos do IBGE, verificou-se com entrevistas qualitativas, outros aspectos dos arranjos domiciliares.

Constatou-se que, em todos os rurais do município, encontraram-se arranjos domiciliares bem diversificados. Eles são diferentes mesmo entre as três classificações adotadas. São influenciados por vários elementos tais como o ciclo vital de seus membros, a condição em relação à propriedade da terra, à escolaridade e à capacitação profissional das pessoas, o grau de integração ou os laços familiares dos moradores de certa área e questões pessoais, entre outros.

Tanto nas regiões de Anhumas, Pedra Branca, Fogueteiro-Friburgo e Norte de Barão Geraldo há casos de famílias que permanecem na terra e adotam diferentes arranjos domiciliares sem parcelar a propriedade.

Assim, numa mesma propriedade do Pedra Branca, duas famílias em que os homens tinham a mesma condição de herdeiros da terra, apresentaram arranjos bem diferentes. Uma das famílias era pluriativa e a outra agrícola. No primeiro caso o marido trabalhava numa indústria em Campinas, além de ajudar a mulher na agricultura quando isto se fazia necessário; os filhos estudavam e a mulher era responsável por uma área cultivada com olericultura. Segundo ela, era mais vantajoso ter um trabalho onde tinha autonomia, além de gostar de viver no rural, onde ela e o marido tinham nascido. Na família agrícola o marido cuidava da criação de porcos e era ajudado por um dos filhos que não gostava de estudar; os outros filhos estudavam e a mulher cuidava da casa. Na mesma propriedade, mas em outro domicílio, residiam também os pais idosos dos dois filhos homens e já não trabalhavam mais.

No Anhumas encontrou-se situação semelhante. Numa mesma propriedade, de 10 alqueires que faz limite com os muros do Alphaville, três irmãos continuam praticando agricultura e o mais novo montou um pesque-pague, com bar, há dez anos. Dos três domicílios de agricultores um é pluriativo, pois a esposa, de 41 anos e com maior escolaridade (cursou até a 7.^a série), é aposentada da Singer do Brasil, mas trabalha na escola Vereda, que se localiza nesta região. Todos os filhos em idade escolar freqüentam escolas dos bairros mais próximos. Utilizam ônibus urbano porque os estudantes do Anhumas não são atendidos pelo transporte escolar gratuito da Prefeitura. Os jovens divertem-se nos shopping centers e casas noturnas da cidade, para onde são levados e trazidos pelos pais, de madrugada, como fazem os pais da cidade.

No Fogueteiro, num sítio de 18 ha, descendentes de suíços permanecem numa mesma propriedade vivendo exclusivamente da agropecuária. Convivem três gerações. Num domicílio residem o casal de idosos, um dos filhos com a esposa e as crianças, e mais um irmão solteiro do proprietário. E mais dois outros filhos residem com suas famílias em domicílios separados. Outros dois filhos homens do casal de idosos deixaram a

propriedade para viver na cidade de Indaiatuba. As duas filhas casaram-se: uma foi para a cidade de Indaiatuba e a outra para Helvetia, e também vive no meio rural.

Na região Norte de Barão Geraldo, na Colônia Tozan, num sítio de 18 ha, parte da família permaneceu residindo na propriedade, mas alguns filhos, que moram na cidade, continuam ajudando nos trabalhos agrícolas. Moram neste sítio, numa casa de 14 cômodos, onde o casal criou os seis filhos, o casal de idosos e um filho adulto. É um domicílio pluriativo. O filho de 39 anos, solteiro, ajudado pela mãe de 70 anos, é responsável por um pesque-pague que tem sete tanques. Foram construídos em etapas, em área de brejo, com recursos obtidos pelos filhos, que por um tempo trabalharam no Japão. Todos têm curso universitário. Anexo aos tanques, funciona o restaurante self-service. Em dias de grande movimento chegam a atender cem pessoas que procedem de São Paulo, Campinas e região. O marido, japonês de 78 anos, mantém a produção agrícola, com goiaba e limão. O filho, que tem escritório de advocacia na cidade, nos fins de semana vem para o sítio ajudar o pai.

Nos casos acima relatados verificaram-se arranjos domiciliares onde, sem parcelar a propriedade, alternativas diferentes coexistem. Apenas um deles manteve-se como propriedade exclusivamente agrícola, mas não é uma exceção.

Em todos os arranjos domésticos pluriativos também se observam diferenças. Ora é a mulher que sai da propriedade e trabalha, no próprio meio rural, em atividades não agrícola. Ora é o homem que busca a cidade para trabalhar na indústria. Às vezes a atividade não agrícola é praticada dentro da propriedade. O ponto comum é que todos são proprietários das terras, residem em moradias bem conservadas e com conforto. Todos têm carro. Os arranjos acima relatados, presentes nas alternativas de não parcelamento da propriedade, foram adotados por descendentes de várias etnias: japoneses, italianos e suíços, e em diferentes etapas de seu ciclo vital.

Grande parte dos entrevistados diz residir no rural porque gosta da vida do campo, porque aí vive desde que nasceu e outros porque se acostumaram. Mas muitos, ao se referirem à aproximação da urbanização através dos bairros residenciais, afirmam que se tiverem que deixar suas

terras irão em busca de outra, em lugar mais distante. Fica claro que se puderem escolher, permanecerão no campo.

Muitos arranjos também não se relacionam à questão da propriedade da terra e acontecem nos domicílios de empregados, alguns de propriedades voltadas para a agricultura, mas também entre as não agrícolas. Na APA, na Indústria Agrícola Tozan, dos 36 funcionários, 9 residem com suas famílias na propriedade. Todos os chefes são homens, empregados da indústria e todas as esposas trabalham apenas em suas próprias casas. A exceção é de um casal jovem, em que a mulher é há 13 anos auxiliar de escritório, mas há 6 anos reside em casa da indústria com o marido. Ele é auxiliar de produção, há 12 anos. Ela é filha de proprietários rurais do núcleo Carlos Gomes e ele veio do Paraná, com a família, para trabalhar em chácara do mesmo núcleo. Ela gosta de morar neste local, ambos tem colegial completo e uma renda mensal de oito salários mínimos e plano de saúde BRADESCO, obtido através da indústria. Os outros 27 funcionários residem ou no núcleo Carlos Gomes ou em Jaguariúna. Todos são transportados por kombis da empresa. Esta situação ilustra o fluxo intermunicipal de trabalhadores que vem de centros urbanos vizinhos para trabalhar no meio rural de Campinas.

Em Anhumas, encontrou-se um arranjo de domicílio pluriativo que mostra o fluxo inverso. Isto é, do rural de Campinas para o rural do município vizinho: Paulínia. O marido nascido na propriedade tem 40 anos de idade, colegial completo e trabalha junto com o sócio, em Paulínia. Dedicam-se à produção de verduras e leguminosas em estufa. Desloca-se diariamente. A esposa, criada na cidade de Campinas, trabalha com vendas e ajuda a cuidar do pesque-pague, que iniciaram há cinco anos. A filha, de 12 anos, estuda em escola pública do Cambuí, na 6ª série. Moram ainda nesta propriedade os pais da esposa, aposentados, que ela trouxe da cidade. Os pais do marido com mais de sessenta anos, são os proprietários do sítio. Residem em outro domicílio, junto com uma filha adulta que apresenta limitações e não tem vida independente. Neste sítio ainda produzem milho, em parceria com parente agricultor e vizinho. É um dos casos que também demonstra a presença dos laços familiares nas atividades produtivas no rural.

Ainda no Anhumas, no loteamento Mansões Dom Bosco, em propriedades de 2 ha, há casos de arranjos não agrícolas e o sítio é apenas local de residência. Dentre esses, pode-se citar o caso em que o marido e a mulher são profissionais de nível superior e trabalham na cidade. Os filhos, ainda crianças, estudam em escola particular localizada nesta região.

Num sítio localizado na APA, em Joaquim Egídio, um casal jovem, que veio do bairro Taquaral da cidade de Campinas, desde setembro de 2003 montou um restaurante. Todos os domingos servem café da manhã e aos sábados oferecem “almoço típico caipira”. Em seu folheto de divulgação explicam que o almoço é “inteiramente preparado por uma família que resolveu trocar a loucura da cidade grande por uma vida mais saudável e natural”.

Num outro arranjo não agrícola, identificado na Fazenda Monte D’Este, um casal jovem reside e trabalha no rural. Mas é a mulher que, com seu emprego nesta fazenda, garante a residência de ambos. O esposo trabalha numa padaria, na Colônia Tozan.

Verifica-se assim casos de domicílios não agrícolas diferenciados, onde alguns são proprietários e outros apenas empregados; noutros, todos residem e trabalham no rural. Outros ainda se deslocam diariamente, entre a cidade e o campo, pois a propriedade é apenas local de residência.

Há ainda os casos de domicílios pluriativos em que todos trabalham no rural. Num sítio localizado na APA, em Joaquim Egídio, reside uma família de empregados. Vivem numa casa confortável cedida pelo proprietário e onde o marido, de 52 anos, é empregado para cuidar da propriedade. A mulher, de 47 anos e analfabeta, é empregada doméstica no local conhecido como Santa Maria, onde o filho de 20 anos também trabalha em serviços gerais e é também tratorista. A mãe vai de carona, na moto do filho. A filha mais nova, com doze anos, está na 5.^a série, que cursa no centro urbano de Joaquim Egídio. A família obtém uma renda mensal de pouco mais de três salários mínimos.

Numa outra situação pluriativa o casal, com curso superior, reside em sua propriedade, na APA, e vem se dedicando a horticultura orgânica. O marido cuida da atividade agrícola e a mulher é funcionária pública.

Caso bem distinto, dentre os pluriativos, é o de um casal de aposentados, residentes no Pedra Branca. O proprietário, um dos herdeiros da

fazenda que deu origem a essa região, há quatro anos voltou para viver no sítio. Cultiva diversas variedades de banana: marmelo, prata, maçã e naniça. Tem ainda uma área menor com limão e olerícolas. Sua esposa, professora aposentada do curso colegial, resolveu iniciar uma agroindústria para produzir bananas desidratadas. Tem procurado apoio junto ao Instituto Tecnológico de Alimentos (ITAL) para orientação técnica e já iniciou, num barracão anexo à sua casa, a agroindústria. O diferenciado nível socioeconômico do casal lhes favorece tanto para contatos de assistência técnica como também para a comercialização de seu produto. Percebe-se também que apesar de estarem fazendo investimentos no empreendimento, não dependem dessa atividade para viver.

Ainda dentre os domicílios pluriativos este caracteriza-se pelo fato do marido e a esposa serem empregados e ela é que se desloca para a cidade. Residem num haras da Colônia Tozan, em domicílio cedido, onde ele é empregado como "tratador de cavalos". A esposa é empregada doméstica da proprietária do haras, na cidade de Campinas. Desloca-se diariamente, em ônibus de linha regular, que passa na estrada. O casal possui três filhos, entre 9 e 15 anos, que estudam numa escola pública do bairro Village. A filha mais velha também cuida da casa.

Neste outro domicílio pluriativo, localizado na região norte de Barão Geraldo, na Fazenda Monte D'Este, o marido, de 28 anos, é técnico agrícola e empregado da Fazenda há dez anos. Sempre viveu no rural e veio do interior do estado de São Paulo. Sua esposa, de 35 anos e com segundo grau completo, já morou antes na cidade. Veio morar no rural quando casou. Ela é analista de recursos humanos numa indústria química de Paulínia. Desloca-se diariamente, em carro próprio. O casal tem dois filhos ainda crianças. A renda domiciliar do casal é de oito salários mínimos e não pagam aluguel pela residência.

Em ambos os casos são as mulheres que deixam a propriedade. Mas a primeira faz parte do fluxo intramunicipal rural/urbano. A segunda ao fluxo intermunicipal rural/urbano. Encontrou-se também dois casos de mulheres adultas, que residiam sozinhas; e exerciam cargos importantes nas fazendas onde trabalhavam. Muitos outros casos poderiam ser enumerados, mas o essencial já foi exposto.

Nos três tipos de domicílios rurais, pôde-se verificar as mais variadas formas que estas famílias adotam para acompanhar as transformações do rural contemporâneo para garantir a sua reprodução social. Seja nos casos em que os arranjos acontecem nas propriedades que se estruturaram sem parcelá-las, seja nos casos onde esta questão não se coloca, as situações são as mais variadas. Foi possível também conhecer casos de famílias em diferentes momentos de seu ciclo vital, e com inúmeras opções, em relação à sua condição de trabalho e emprego. Revelou-se também a interdependência do rural/urbano, os diferentes fluxos de seus trabalhadores, bem como a participação das mulheres neste fluxo. Constatou-se ainda que a quase totalidade dos entrevistados está satisfeita com seu local de residência e a escolha de viver no campo.

Resta saber se a capacidade de adaptação dos residentes rurais às mudanças recentes contribuirá para uma nova estruturação da vida rural, ou estará sendo apenas uma causa perdida que será anulada por uma inexorável urbanização. Ou olhando de outra forma: “Resta saber se esta abertura dará lugar a laços construtivos e interativos ou se levará à desagregação do tecido social existente no meio rural” (Camarano e Abramovay 1999:19).

Bibliografia

- Abramovay, Ricardo; I. Sachs (1995) “Habitat: a contribuição do mundo rural”. *São em Perspectiva*, Vol. 9, No. 3, p.11-16.
- Camarano, Ana Amélia; R. Abramovay (1999) *xodo rural, envelhecimento e masculinização no Brasil: panorama dos últimos 50 anos*. Textos para Discussão, No. 621, 1999. <http://www.ipea.gov.br/pub/td/td0621.pdf> (03-03-06).
- Champion, Tony, G. Hugo (2004) *New forms of urbanization: beyond the urban-rural dichotomy*. Itália, IUSSP.
- Dowbor, Ladislau (1995) “Da Globalização ao Poder Local: a nova hierarquia dos espaços”. *São Paulo em Perspectiva*, Vol. 9, No. 3. São Paulo.

- Graziano Da Silva, José (1999) *O novo rural brasileiro*. Campinas, IE/UNICAMP.
- Graziano Da Silva, José (2000) “Reestruturação produtiva e requisitos para a formação profissional no Estado de São Paulo”. *Sensor Rural*. São Paulo, Fundação SEADE.
- Graziano Da Silva, José et al. (2000) *O fim do êxodo rural?: projeto ruralbano*. Campinas, IE/UNICAMP.
- Kageyama, Angela (2004) “Ocupação e renda nos domicílios rurais e agrícolas do Estado de São Paulo: efeitos da urbanização”. *Encontro Nacional de Estudos Populacionais*, 14. Caxambu. Anais... Campinas, ABEP. (CD-ROM).
- Kageyama, Angela (1998) “Pluriatividade e ruralidade: aspectos metodológicos”. *Economia Aplicada*, Vol. 2, No. 3, jul/set. São Paulo, p.515-551.
- Kageyama, Angela (jul./dez.2004) “Mudanças no trabalho rural no Brasil, 1992-2002”. *Agricultura em São Paulo*, Vol. 5, No. 2, jul/dez. São Paulo, p.71-84.
- Marsden, T. (1995) “Beyond Agriculture?: Regulating the New Rural Spaces”. *Journal of Rural Studies*, Vol. 11, No. 3. Great Britain, p.285-296.
- NEA/IE/Unicamp. Projeto RURBANO. <http://www.eco.unicamp.br/nea/rurubano/rurbanw.html> (17-02-06).
- Pinto, Luzia A. Conejo G. (2006) *Campinas e seus rurais*. 257f. Tese (Doutorado) – Instituto de Filosofia e Ciências Humanas. Campinas, Universidade Estadual de Campinas.

La pluriactividad rural a debate

Patricia Arias*

¿A qué volver?

Por segunda ocasión, en 2006, doña Rosa y don Ángel, una pareja de ancianos de Concepción de Buenos Aires, una pequeña localidad rural de Jalisco, estuvieron solos durante las fiestas navideñas. La mayor parte de sus hijos e hijas se encuentra en Estados Unidos. Concepción de Buenos Aires forma parte de la región histórica de la emigración (Durand 1998), de tal manera que algunos de los hijos legalizaron su situación con IRCA (Immigration Reform and Control Act) y ahora, como inmigrados en Estados Unidos, tienen trabajo y compromisos que les han impedido volver con regularidad a su tierra de origen. Los que se fueron en la década de 1990 permanecen como indocumentados a los que, en las condiciones actuales, no les conviene regresar a México. Los riesgos y gastos de la travesía ilegal se han incrementado y ellos no han logrado reunir lo suficiente para llevar a cabo alguna inversión en la comunidad.

Pero sobre todo ¿a qué volver? Su propio padre les comenta que “ya se acabó el campo”. La siembra de maíz y la ganadería de leche, las actividades tradicionales de esa micro región serrana, “no dejan”, y del pueblo sale cada día más gente por lo cual la eventualidad de instalar algún negocio se ha convertido en una apuesta demasiado riesgosa. Entre 2000 y 2005 el municipio perdió 505 habitantes al pasar de 5726 a 5221, y la situación de los poblados vecinos era muy similar. El mundo y el horizonte de

* Investigadora. Universidad de Guadalajara.

doña Rosa y don Ángel, como el de tanta gente en el campo, han sido trastocados de manera callada pero irremediable.

Los datos del Censo de Población de 2005 dieron cuenta de un acelerado reordenamiento espacial y del decrecimiento de la población. En Jalisco, 81 municipios, es decir, el 65,3% del total de la entidad, registraron crecimiento negativo, fenómeno que se manifestó con particular intensidad en los municipios rurales de todas las regiones del estado (INEGI 2000 y 2005). Los municipios que experimentaron mayores crecimientos fueron los de conurbación con Guadalajara, la capital del estado, y Puerto Vallarta, importante destino turístico del Pacífico. En Guanajuato tampoco fue muy diferente. Allí, en el mismo periodo, 2000-2005, casi la mitad (43,5%) de los municipios tuvo crecimiento negativo. De hecho, en ese lustro se incrementó de once a veinte, el número de municipios con crecimiento negativo (ibíd.).

El crecimiento negativo de las poblaciones rurales aparece asociado a dos fenómenos que se mencionan en prácticamente todos los estudios sobre el campo: el envejecimiento y la emigración de la población, en especial hacia Estados Unidos (Durand y Massey 2003; Echanove y Steffen 2005). Esto no es casual. En el transcurso de la década de 1990, comenzó a ser ampliamente reconocido que las estrategias económicas tradicionales de las familias campesinas habían dejado de ser suficientes y que la economía familiar rural ya no estaba definida ni organizada a partir de las actividades agropecuarias. Los hogares rurales habían tenido que ampliar y diversificar sus fuentes de ingresos así como modificar, no sin conflictos, sus definiciones y jerarquías acerca de los proveedores de las familias.

En ese contexto, la etnografía constató dos elementos que habían cobrado cada vez más importancia en las estrategias familiares de obtención de ingresos: por una parte, la migración, interna, sobre todo a Estados Unidos, fenómeno que en la década de 1990 se expandió y generalizó a prácticamente todas las áreas rurales del país (Durand y Massey 2003). Por otra, la participación de las mujeres en los mercados de trabajo regionales y micro regionales, en especial, en las diferentes formas de industrialización rural, las agroindustrias y la producción de hortalizas y frutas que surgieron en diversas regiones del país (Arias 2005; Lara 1998). La combinación de ambas estrategias resultaba afortunada: permitía reci-

bir remesas y contar con salarios locales. Con todo, la existencia y explotación de recursos agropecuarios estaba presente todavía en las estrategias económicas de las familias rurales, y la relación con la tierra jugaba un papel a la hora de tomar decisiones respecto al futuro de los recursos.

Pero esto ya no es tan evidente. Hoy en día, podría decirse que los recursos y opciones agropecuarios han perdido fuerza y centralidad en las estrategias de las familias rurales. El trasfondo de esa situación tiene que ver, sin duda, con los ajustes estructurales asociados a la apertura comercial que han polarizado las posibilidades de desarrollo en el campo. Por una parte, la crisis de las actividades productivas tradicionales y, por otra, la modernización de las explotaciones agropecuarias orientada a la exportación, que ha dado lugar al surgimiento de nuevos actores rurales (Echanove y Steffen 2005). Ese escenario de cambios globales, que no es necesario discutir aquí, ha sido un elemento clave para catapultar la mi-gración generalizada y definitiva de la gente del campo y el impresionante envejecimiento de la población, que hoy se constata casi en cualquier comunidad rural. En la década de 1990 se calculaba, a partir de la información de *Procede* (Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos), que los hombres que recibieron su certificado de propiedad tenían 51,3 años en promedio y las mujeres, 56,4 años (Warman 2001). En un ejido de Morelos, la edad promedio de los ejidatarios, al momento de la aplicación de *Procede*, era de sesenta años (Concheiro 2001).

A la migración generalizada y al envejecimiento de la población se ha sumado un fenómeno nuevo y de consecuencias todavía en proceso: las modificaciones al artículo 27 constitucional que, convertidas en la Ley Agraria de 1992, recolocaron el tema de la tierra en un lugar central en las sociedades rurales en México y, en verdad, en toda América Latina (Concheiro y Quintana 2001; Deere y León 2000; Gordillo de Anda, de Janvry y Sadoulet 1999; Moyo y Yeros 2005; Tejo 2003).

En México, la Ley Agraria y su instrumento –el *Procede*– rompieron con muchas décadas de inamovilidad, pero también con la ilegalidad, clandestinidad y corrupción que habían adoptado las formas de tenencia de la tierra (Tejo 2003; Warman 1980). Pero al abrirse la puerta hacia la propiedad privada y a la venta de la tierra, se inauguraron escenarios y opciones inéditos donde parece haber cobrado cada vez más relevancia un

elemento: la ubicación de la sociedad rural de que se trate o, si se quiere, la proximidad y vinculación o no con cambios en el uso de la tierra, en especial, con el uso residencial del territorio asociado a procesos de urbanización. La ubicación y articulación de las comunidades rurales respecto a las dinámicas de urbanización parece ser, hoy por hoy, un factor clave para dar pie a nuevos usos de la tierra y nuevas opciones de pluriactividad en las familias rurales.

Este artículo revisa la discusión antropológica sobre el empleo, las estrategias de supervivencia y la estructura ocupacional en el campo en México, con hincapié en los contextos sociopolíticos, económicos, sociodemográficos y culturales que enmarcaron y le dieron sentido a las opciones y prácticas de los actores locales en dos grandes momentos del siglo XX: antes y después de 1970. La fecha es arbitraria pero puede servir como una primera delimitación sujeta a discusión. Al mismo tiempo, el artículo presenta, con materiales recientes –recorridos, observación, entrevistas, reconstrucción de historias de vida recuperadas en 2005-2007– de regiones muy distintas de los estados de Guanajuato y Jalisco, dos escenarios actuales y contrastados de pluriactividad rural. La selección de espacios muy distintos ha sido deliberada con el propósito de destacar los contrastes.

Una mirada a la etnografía

En la actualidad, prácticamente ya nadie discute que la agricultura ha dejado de ser el eje de la supervivencia económica de las sociedades rurales y se acepta que la pluriactividad, es decir, la combinación de quehaceres e ingresos, se ha convertido en una de las principales características de la economía de las familias rurales en México. El camino para llegar a esta constatación no ha sido fácil. Durante décadas se insistió en que la agricultura era la actividad predominante, si no es que única, de las sociedades rurales. Con esa idea se hilvanó la relación con el campo y desde esa construcción social fluyeron los recursos y se enmarcó, durante décadas, la relación de los campesinos con el estado mexicano y el desarrollo económico (Warman 1980). Las actividades que no entraban en el esquema

agrícola y que no eran practicadas por los hombres, pasaban, como se decía sin demostrarlo, a la categoría de "complementarias".

Sin embargo, una revisión de la literatura etnográfica no sesgada hacia la reificación de la agricultura descubre que la pluriactividad ha sido uno de los rasgos más consistentes y persistentes de las familias rurales en México. En verdad, se podría decir que desde fines del siglo XIX, al menos, las familias campesinas obtenían sus productos e ingresos de una articulación constante, aunque flexible, diversa y cambiante, de cuatro actividades.

En primer lugar y sin duda lo más conocido: de los quehaceres agropecuarios, es decir, las producciones agrícola y pecuaria, sobre todo de ganado mayor; tareas de las que se hacían cargo, primordialmente, los hombres y en la que los niños eran socializados desde pequeños.

En segundo lugar, estaban las actividades artesanales que se desarrollaban con particular intensidad en las comunidades indígenas. Allí, eran sobre todo las mujeres las que habían aprendido a utilizar la variedad de recursos provenientes muchas veces de la cría de animales, la producción de huertos y la recolección en las tierras, bosques y montes comunales, para rescatar barro, carrizo, lana, madera, palmas, piedras, que servían para elaborar artículos de consumo y objetos de uso doméstico y ceremonial, —artesañías las llamaríamos hoy—, que ellas salían a intercambiar o vender en las plazas y mercados micro regionales y regionales. Las mujeres habían aprendido a adecuar sus producciones a los calendarios gastronómicos y rituales de sus regiones y micro regiones, porque eran ellas las que salían a vender, a plazas y mercados, los excedentes y los productos especiales de la producción agrícola familiar, así como tortillas y otros alimentos preparados (Dinerman 1983; Friedlander 1977; Newbold de Chiñas 1975; Veerkamp 1988).

En tercer lugar, hay que recordar que en las comunidades rurales existía una serie de actividades de recolección, a cargo de hombres, mujeres y niños (madera, frutos, flores, plantas medicinales, hortalizas silvestres), cuyos productos contribuían a ampliar la dieta familiar y al tratamiento de las dolencias y enfermedades, pero operaban además como una suerte de "seguro bancario", es decir, permitían acceder a dinero en efectivo (Arizpe 1978) y a solventar compromisos comunitarios (Bonfil 1990).

Por esa vía las familias lograban restringir el uso de productos industriales y, por lo tanto, la necesidad de dinero y, al mismo tiempo, mejoraban la dieta familiar y aliviaban, sin costos monetarios, los males del cuerpo y los pesares del alma.

Así las cosas, puede decirse que en las comunidades rurales se constataba y aceptaba –aunque no se reconocía a nivel de derechos– una constante e importante participación económica de las mujeres, menos intensa en las actividades agropecuarias, pero muy vigorosa en la producción de alimentos y artesanías, en la recolección y en el ejercicio del comercio.

Finalmente, la literatura etnográfica documentó la existencia, casi siempre, de diversas modalidades de trabajo asalariado. Primero, el que se ofrecía en las propias regiones, sobre todo en aquellas donde se desarrollaron plantaciones comerciales (ingenios cañeros, plantaciones de café o tabaco, fábricas de madera, explotaciones petroleras) que requerían y recurrían al trabajo estacional de los campesinos de los alrededores, los que, a su vez, se avenían a esa modalidad de empleo que, con pequeños ajustes, les permitía mantener sus quehaceres agropecuarios y vivir en sus comunidades o bien migrar de manera temporal (de la Peña et al. 1977). Aunque no era un fenómeno generalizado en el país, hay que señalar que las empresas agropecuarias estatales convertían a los trabajadores, incluso eventuales, en derechohabientes del Seguro Social, lo que les daba acceso a servicios médicos y a pensión; derechos que han desaparecido junto con la privatización y desaparición de empresas estatales en el campo.

Con el tiempo, a partir de la década de 1950 en especial, se dejó sentir la atracción de los mercados de trabajo urbanos. Las luces de la gran ciudad, en forma de empleos de rápida capacitación y bajo nivel de ingreso, encandilaron y canalizaron a centenares de hombres a las fábricas y talleres que cundían al calor del proceso de sustitución de importaciones. Las mujeres, por su parte, se orientaban al comercio de pequeña escala, pero también eran reclutadas para el servicio doméstico (Arizpe 1978). Las zonas rurales de los estados del centro y sur del país fueron generosas en aportes de trabajadores (hombres y mujeres, temporales y definitivos) para la ciudad de México. En regiones, como el occidente del país, donde existía una vieja tradición de trabajo hacia Estados Unidos y se habían urdido redes cada vez más densas que apoyaban y sostenían la migración,

la búsqueda de ingresos en efectivo se dirigió, con gran facilidad, hacia los mercados de trabajo sobre todo agropecuarios, en Estados Unidos (Massey et al. 1991).

Desde luego, hay que insistir en la diversidad de las situaciones, es decir, en que existía una amplia y cambiante variedad de actividades e ingresos de las familias rurales a lo largo y ancho de la geografía rural; variedad que dependía, en parte, de los recursos específicos de las comunidades y de la recurrencia de las crisis que afectaban a las actividades agropecuarias locales, pero también de la organización social del trabajo en las comunidades y los ciclos de vida de las familias. La variedad dependía además de las formas de articulación que existían entre espacios, productos, personas. En general, tenían mucha fuerza los intercambios directos que vinculaban comunidades, regiones y micro regiones. Por contraste, las fuentes de trabajo asalariado solían estar alejadas de las comunidades. De ese modo, las sociedades rurales, aunque integradas en las dinámicas políticas y económicas del país, mantenían y ejercían un alto grado de control sobre sus recursos y espacios.

Gracias a esa combinación de actividades, locales y extra locales, discontinuas pero persistentes, las comunidades y familias lograban mantener o, en todo caso, recuperar a su población en etapas activas de sus vidas. Porque de lo que se trataba, a fin de cuentas, era de "perpetuar la integridad de sus hogares manteniendo el ingreso familiar" (Dinerman 1983:30). Esto tenía que ver, sin duda, con los contextos sociopolíticos, económicos, demográficos y culturales en que se insertaban las economías y las familias campesinas hasta la década de 1970.

1920-1970: cuando la nostalgia dolía

Como es sabido, los campesinos fueron uno de los pilares de la construcción del estado mexicano post revolucionario. La Revolución Mexicana, detonada en buena medida por la demanda de tierra, inició el proceso de reformas agrarias redistributivas en América Latina. La reforma agraria, definida, aplicada y sancionada por el Estado, se convirtió en el instrumento fundamental de redistribución de la propiedad en América Latina

(Carter 2003). El principal mecanismo de aplicación de las reformas agrarias fue la expropiación a los grandes propietarios; expropiaciones que significaron una reestructuración profunda de la tenencia de la tierra y el acceso a ella de millones de campesinos en todo el continente (Flores 1970).

Aunque el reparto de tierra, como instrumento fundamental de la reforma agraria, persistió hasta 1992, los periodos más significativos se situaron en las primeras décadas del siglo XX hasta la presidencia del General Lázaro Cárdenas (1934-1940), que dio un enorme impulso al reparto y fue el que diseñó y echó a andar instituciones públicas de apoyo a la sociedad rural y a la producción campesina (González 1989). Así las cosas, puede decirse que la viabilidad de la economía campesina tuvo que ver, en parte al menos, con la creación, por parte del Estado, de una serie de instituciones y mecanismos para mantener y promover la producción agropecuaria, pero que sirvieron también para que los campesinos se convirtieran en clientela política imprescindible en el proceso de fortalecimiento del Estado mexicano post revolucionario. Con el reparto agrario, las organizaciones de ejidatarios y comuneros se convirtieron en el principal vínculo entre el Estado y las sociedades rurales (Ibíd.). La Confederación Nacional Campesina, brazo rural del PRI (Partido Revolucionario Institucional), además de otorgar representatividad a los campesinos, sirvió, aunque en un proceso decreciente, de lazo de transmisión de las demandas de la gente del campo (González 1989).

Es decir, la reforma agraria y los instrumentos de apoyo al campo correspondieron a un periodo de la historia del siglo XX en que los campesinos tuvieron poder político y sus demandas eran recibidas y atendidas por el Estado. Aunque con los años disminuyó la eficacia del apoyo al campo y creció la corrupción en la gestión del desarrollo rural, no cabe duda de que el Estado mexicano procuró que la agricultura fuera una actividad viable para los campesinos y redituable para el conjunto del país en pleno proceso de urbanización e industrialización (Ibíd.).

Hay que decir que en ese tiempo la tierra era todavía un recurso inseparable de la producción agropecuaria y jugaba un papel insustituible para garantizar el auto-abasto de alimentos de las familias en el campo. No sólo eso. La tierra era la base de la producción de un sinnfín de produc-

tos indispensables para el mercado urbano y la industria. En términos económicos la producción campesina estaba eficazmente articulada a la necesidad de alimentos básicos para la población urbana y de insumos industriales asociados a la etapa de sustitución de importaciones (Warman 1980).

Sin duda, el volumen de la producción agropecuaria tenía que ver con la cantidad de gente que vivía y trabajaba en el mundo rural. Hay que recordar que hasta la década de 1970 una parte significativa de la población nacional residía en el campo y vivía de los quehaceres agropecuarios. En 1970 más de una tercera parte (34,4%) de la PEA (Población Activa Económicamente) de Jalisco se ubicaba en las actividades agropecuarias. En el año 2000 sólo el 10,17% de la PEA se encontraba en esos quehaceres. En Guanajuato, estado agrícola por excelencia, se advierte una caída más acusada aún. Allí, en 1970 casi la mitad (49,02%) de la PEA se dedicaba a las actividades agropecuarias, proporción que se redujo a 13,23% en el año 2000, es decir, una caída de 35 puntos porcentuales en 30 años.

Hasta la década de 1990 el mecanismo que garantizaba el acceso a la tierra a las consecutivas generaciones de campesinos —aunque cada vez fuera menos tierra—, era la redistribución de la propiedad ejidal. Pero ese acceso a la tierra, que significaba el derecho adicional al usufructo de otros recursos comunitarios, a las redes de trabajo, al financiamiento público, pasaba por la pertenencia, permanencia y participación de la población, en especial de los hombres, en las estructuras creadas para administrar y redistribuir la tierra y organizar la producción agropecuaria: las organizaciones ejidal y comunal. Además, la transmisión de los derechos agrarios, que por lo regular favorecía a los hombres, suponía la presencia y el cumplimiento de deberes locales, lo que obligaba a los vecinos a mantenerse ligados y disponibles en su comunidad de origen.

En ese sentido, podría decirse que la dotación ejidal estimuló, en un primer momento al menos, un proceso de campesinización que vigorizó el arraigo de los hombres a la comunidad y de agriculturización en tanto privilegió la dedicación primordial a la parcela y el quehacer agrícola (Arias 2005). Los hombres, para hacer efectivos sus derechos, tenían que regresar y participar en los compromisos político-religiosos asociados a la dotación y redistribución de tierras ejidales y comunales.

Por esa razón quizá la búsqueda masculina de ingresos monetarios mediante la migración se orientó más bien a las ciudades del país; desplazamiento que les permitía volver al pueblo con frecuencia, asumir y atender compromisos comunitarios y, de ese modo, asegurar un mejor retorno, algo que no sucedía con las mujeres que migraban (Arizpe 1978). Hasta los años setenta los desplazamientos masculinos parecerían haber sido, en su intención original al menos, movimientos campo-ciudad de corto plazo y de retorno a las comunidades de origen (Ibíd.). La migración interna, masculina y estacional, era un mecanismo eficaz para asegurar el arraigo y los derechos comunitarios. De ahí quizá que la migración a Estados Unidos, que se suscitó con el Programa Bracero (1942-1964), se haya atenuado en las décadas siguientes, en estados como Michoacán, Puebla o Oaxaca, donde existían comunidades ejidales y comunales vigorosas. La bibliografía muestra que después de la era bracera muchas comunidades de esos estados retomaron la práctica de la migración interna (D'Aubeterre 2000; Kemper 1997; Moctezuma 2002), hasta la década de 1990 cuando se desató nuevamente la migración a Estados Unidos.

No fue el caso de estados como Guanajuato o Jalisco, donde predominaba la propiedad privada de la tierra y los derechos y compromisos comunitarios eran más débiles e imprecisos. Allí, durante y después del Programa Bracero, la migración a Estados Unidos permaneció como una opción vigorosa (Massey et al. 1991). De cualquier manera, hasta la década de 1990 la migración a Estados Unidos era un desplazamiento laboral de retorno, donde predominaban los hombres jóvenes, solteros o recientemente casados; migración que se había articulado con los calendarios agropecuarios y religiosos de las comunidades de origen. Es más, muchas comunidades resignificaron sus imágenes y acomodaron las fiestas patronales para hacerlas coincidir con ese patrón migratorio que recobraba migrantes cada año para, finalmente, recuperarlos de manera definitiva (Ibíd.). Hasta la década de 1980, casi la mitad de los migrantes rurales del occidente del país realizaba un solo viaje al norte; 22% dos viajes y sólo el 16% tres viajes (Ibíd.).

En ese patrón migratorio, las mujeres se quedaban en las comunidades de origen pendientes de hijos, padres y suegros, y al cuidado de las actividades económicas familiares. Por si fuera poco, muchas de ellas intensifica-

ron la búsqueda de ingresos en efectivo, como una manera de hacer frente a la irregularidad de las remesas (Arias 2005; Dinerman 1983).

Se podría decir entonces que la migración de retorno era una expresión de la existencia de opciones e incentivos para la inversión local de las remesas y los ingresos obtenidos fuera de la comunidad. La migración, además de mejorar el consumo familiar, permitía generar, en poco tiempo, recursos para hacer una casa, comprar tierra, instrumentos de trabajo, maquinaria, vehículos, hacer cambios y mejoras técnicas en los cultivos, instalar algún negocio que asegurara un mejor y más pronto retorno al terruño (Arizpe 1978; Dinerman 1982; Kemper 1997; Massey et al. 1991).

El regreso a las comunidades tenía que ver sin duda con una característica fundamental de la migración hasta 1986; se trataba de un fenómeno indocumentado, lo que significaba que los migrantes carecían de derechos laborales, sociales, políticos en Estados Unidos. Sus derechos estaban en México, en especial, en sus comunidades de origen. Esta situación estimulaba desplazamientos de ida y vuelta o, si se quiere, inhibía el establecimiento definitivo de los migrantes en el otro lado, al menos de la mayoría.

Finalmente, habría que mencionar que, en un contexto demográfico y cultural donde predominaban los hogares numerosos, la población joven y una jerarquía patriarcal de los derechos, deberes y compromisos, la socialización estaba centrada en lo que resultaba crucial para las familias: la tierra, el trabajo y la colaboración, es decir, la contribución, con trabajo e ingresos, durante la soltería al menos, de hombres y mujeres, al hogar de los padres. Los desplazamientos de hijos e hijas estaban pautados por esa obligación hacia los padres (Arizpe 1978). En cualquier caso, los derechos y deberes de hombres y mujeres se definían y jerarquizaban a partir de la actividad agropecuaria, de la cual se encargaban, de manera casi invariable, los hombres. Salvo excepciones, los hijos, en especial las hijas, aceptaban, casi sin chistar, los deberes que se les imponían como solteras en sus familias de origen y, una vez casadas, en las familias de sus maridos.

Así las cosas, la reforma agraria parecería haber tenido dos efectos importantes y persistentes: por una parte, reivindicar a la tierra y la actividad agropecuaria como las bases de la supervivencia familiar, lo que reforzó la noción del proveedor masculino único. Por otra parte, masculinizó

la herencia de la tierra. Hasta 1992, en términos de la vieja legislación agraria, la dotación entregaba el usufructo de la tierra, que no la propiedad, a los ejidatarios. El ejido era propiedad de la comunidad rural que, reunida en asamblea, decidía sobre la entrega de las parcelas a sus miembros. De ese modo se velaba, en teoría al menos, porque los miembros de la comunidad contaran, generación tras generación, con acceso a la tierra.

La dotación ejidal favoreció, por las razones y justificaciones que se quiera, más a los hombres que a las mujeres. La exclusión de las mujeres contaba con un argumento adicional: se suponía que ellas, al casarse, pasaban a formar parte de la familia del marido y sus hijos heredarían, por vía paterna, el derecho al usufructo de la tierra y el acceso a los bienes comunales.

En ese tiempo, recuerda un migrante, la nostalgia dolía. Tanto, que siempre, sobre todo los hombres, tenían como horizonte de sus afanes regresar al terruño, donde allí tenían deberes, pero también recursos y derechos asegurados.

1990: los contextos se transforman

Durante la década de 1990 las estrategias económicas no sólo habían dejado de estar centradas en las actividades agropecuarias sino que además las familias habían tenido que ampliar y diversificar al máximo sus fuentes de ingresos no agropecuarios. Así, lo que define a la mayor parte de las familias del campo hoy, es el empobrecimiento y la dependencia de ingresos múltiples, cambiantes, separados, distantes, discontinuos provenientes del trabajo de hombres, mujeres y niños, donde las actividades agropecuarias han pasado a ser, en todo caso, complementarias (Arias 2005; Echanove y Steffen 2005). En el campo, dice Appendini (2007), se ha dado una informalización de quehaceres e ingresos, similar a lo que sucedió hace décadas en las ciudades. Pero sin duda, el fenómeno más generalizado e imparable en la geografía nacional rural es la migración de la población (hombres y mujeres), a diferentes regiones del país, en especial a las grandes ciudades, pero sobre todo a Estados Unidos.

Pero los contextos en que hoy se insertan las actividades económicas, las posibilidades y opciones laborales de las familias, se han modificado de manera drástica con consecuencias que ya se manifiestan, aunque todavía no se asumen, para las familias del campo.

Un primer elemento de contraste es la evidente pérdida de poder político de los campesinos. A pesar de las luchas que han emprendido, sus necesidades y demandas no han sido atendidas. Las organizaciones campesinas carecen de legitimidad respecto a los campesinos y de fuerza respecto al poder político. Así las cosas, lo que se percibe es una brecha casi insalvable entre los cambios que se han dado en las sociedades rurales y lo que el Estado entiende y asume como políticas públicas para el campo. Desde hace años no hay proyectos productivos para el campesinado, para los pequeños productores, para la producción de granos y bienes básicos, para las opciones de diversificación económica que ellos han echado a andar en sus sociedades (Echanove y Steffen 2005; Arias 2005). Lo que ha habido es política social, es decir, mecanismos de combate a la pobreza mediante el subsidio a los que se quedan: mujeres y niños. Casi nada existe para los ancianos que son los que abundan en los pueblos, muchas veces a cargo de los nietos de sus hijos e hijas emigrantes.

En general, se constata la desvalorización de los recursos del campo. La tierra es un recurso que tiene cada vez menos incidencia en la generación de riqueza y empleo (Tejo 2003). En términos económicos es evidente la devaluación de la producción campesina de alimentos y la producción para el mercado interno. Lo que se privilegia y apoya es la producción de frutas y hortalizas de exportación, que son las que generan divisas y empleo (Echanove y Steffen 2005). Aquí y allá, con una enorme movilidad espacial, han surgido empresas que producen granos y productos exportables sin necesidad ni interés por poseer tierra. A diferencia de lo que se pensaba que sucedería con el Procede, no ha habido una reemergencia del latifundismo sino el fortalecimiento de una franja de empresarios e intermediarios basados en la tecnología y la renta de la tierra (Ibíd.).

Como quiera, la modernización de la agricultura, la expansión de la horticultura y lo que persiste de la manufactura rural han redefinido los mercados de trabajo rurales con una clara preferencia por la mano de obra femenina (Arias 2005; Lara 1998). Por las diversas razones que se han

destacado (discontinuidad laboral, trabajo a domicilio, bajos salarios, inexistencia de prestaciones), la división sexual del trabajo rural favorece a las mujeres. Para ellas, más que para los hombres, existen hoy más —que no necesariamente mejores— oportunidades de ingreso asalariado en el campo. Pero incluso ahí se perciben cambios. Emilia, una mujer de cuarenta años, recordaba que cuando ella era jornalera había mucho trabajo; las contrataban para sembrar, seleccionar, cosechar. Ahora, dice, es cada vez menos la gente que se necesita. Con todo, la ampliación del mercado de trabajo femenino no logra compensar la pérdida absoluta de empleo en el campo. En el año 2000 el 13,23% de la PEA guanajuatense estaba dedicada a actividades agropecuarias, por debajo de la que trabajaba en los servicios (29,37%) y en la industria manufacturera (26,77%). Del total de la PEA estatal, el 17,59% de hombres y sólo el 3,74% de las mujeres se encontraba en las actividades agropecuarias.

No sólo eso. En las zonas rurales ha reaparecido con intensidad la figura del campesino sin tierra, el jornalero que trabaja por día en las actividades agropecuarias. En el Bajío guanajuatense, las empresas agropecuarias han desplazado la búsqueda de mano de obra a comunidades alejadas y muy empobrecidas. Desde allí organizan y desplazan jornaleros que, en calidad de cuadrillas, trabajan cada día en los diferentes campos que requieren trabajo. Se trata de gente que no tiene parcela, ni la tendrá, en sus lugares de origen.

En este contexto de cambio y crisis de los contextos tradicionales del mundo rural, la confluencia de dos fenómenos, en principio independientes pero que muy pronto se entreveraron, ha acarreado consecuencias irreversibles en las actividades y el empleo de las familias en el campo: IRCA y ley Agraria de 1992.

Cuando la nostalgia ya no duele: IRCA (1986) y la Ley Agraria (1992)

Como ha sido documentado, a partir de 1990 se constató una impresionante ampliación geográfica de la migración mexicana a Estados Unidos. Aunque también se ha desatado la migración urbana, el mundo rural sigue siendo el principal proveedor de mano de obra para las actividades

agropecuarias en Estados Unidos (Durand y Massey 2003). La migración, antes acotada a los estados del occidente del país, se ha expandido a prácticamente todos los estados del país e incluye a todo tipo de sociedades rurales: indígenas, campesinas y rancheras.

El deterioro imparable e irreparable de las condiciones de vida y trabajo en el campo se conjuntó, en 1986, con la puesta en marcha de la IRCA, ley de amnistía que buscó legalizar y ordenar el flujo migratorio indocumentado en Estados Unidos. En general, IRCA legalizó la estancia de 2,3 millones de trabajadores migrantes mexicanos en el otro lado (Ibid.). IRCA incluyó un programa especial de amnistía para trabajadores agrícolas. Gracias a ese programa 750 000 trabajadores provenientes del campo mexicano pudieron legalizar su situación migratoria y convertirse en residentes legales en Estados Unidos.

A partir de 1998, señalan Massey, Durand y Riosmena (2006) los cambios económicos en México y en las políticas de inmigración en Estados Unidos han dado lugar a un nuevo patrón migratorio, de tal manera que el flujo circular de trabajadores de sexo masculino que procedían sobre todo de los estados del occidente de México y que se dirigía a tres estados de la Unión Americana, se ha transformado en “una población de familias de todas partes de México viviendo en cincuenta estados de Estados Unidos” (2006:100).

Desde luego, los estados que tuvieron más personas en posibilidad de acogerse a la amnistía fueron los de la región histórica de la migración (Durand y Massey 2003). Más de la mitad (63,30%) de las personas que fueron legalizados por IRCA provenían del occidente del país. Jalisco ocupó el primer lugar en cuanto a la proporción de trabajadores legalizados (20%); Guanajuato, con 7,4%, ocupó el tercer lugar (Ibid.). En esos estados, como en todos los de la región histórica de la migración, los impactos de IRCA fueron inmediatos y avasalladores.

En primer lugar, la legalización intensificó el establecimiento más o menos definitivo o, al menos de más largo plazo, de los migrantes en Estados Unidos. Fue una situación no buscada pero que ha tenido grandes consecuencias. Los trabajadores legalizados pudieron empezar a salir de las actividades y los espacios tradicionalmente vinculados con la migración indocumentada: los quehaceres agropecuarios en los estados de Cali-

fornia y Texas (ibíd.). Los flamantes residentes comenzaron a desplazarse por la geografía norteamericana, a explorar diversas opciones económicas y diferentes maneras de insertarse en el mundo del trabajo en Estados Unidos.

La legalización convirtió a los migrantes en sujetos de crédito, lo que les ha permitido comprar casas y establecer negocios por su cuenta (Ibíd.). Las responsabilidades y compromisos corresponden ahora a los calendarios de ese país y los migrantes, casi sin darse cuenta, comenzaron a romper con las visitas anuales que procuraban hacer coincidir con las fiestas patronales de cada lugar. En muchos pueblos, las fiestas “están tristes”, se dice, por la escasa afluencia de los que están del otro lado.

En segundo lugar, la legalización dio lugar a procesos de reunificación familiar, lo que catapultó la migración de mujeres y niños. Una necesidad de los migrantes legalizados que no sabían cuándo iban a regresar a México fue, sin duda, que sus familias se reunieran con ellos. Después de muchos y largos trámites, muchas esposas e hijos ingresaron a Estados Unidos por la vía legal; pero muchas otras lo hicieron por la vía indocumentada. De esa manera, la reunificación familiar intensificó ambos flujos migratorios (Ibíd.). No sólo eso. Muchos migrantes se reencontraron con hermanas, sobrinas, primas que llegaron a vivir a Estados Unidos, reclamadas por sus esposos y padres. La reunificación, que todavía está en marcha, ha facilitado el reencuentro no sólo de las parejas e hijos sino además la reconstitución de las familias en Estados Unidos.

En tercer lugar, la legalización dio lugar a una inesperada segmentación del mercado de trabajo mexicano en Estados Unidos, entre documentados e indocumentados. Así, están los migrantes legales que pueden acceder a mejores lugares, actividades, puestos de trabajo en la geografía estadounidense. Pero están también los trabajadores indocumentados que han llegado, que siguen llegando, a través de las mismas redes sociales, a cubrir las plazas que dejan o incluso generan los legalizados (Ibíd.), porque las familias legalizadas, donde suele trabajar la pareja, requieren de servicios domésticos, por lo cual promueven la migración indocumentada de alguna pariente del lugar de origen. Este fenómeno ha intensificado la migración femenina de mujeres que migran, en principio, para ayudar a otras pero que no tardan en buscar trabajo por su cuenta.

También hay que decir que las empresas norteamericanas, en especial en las actividades agropecuarias, siguen dependiendo de la mano de obra mexicana, documentada o indocumentada. A fines de la década de 1980, IRCA había logrado que la inmensa mayoría (90%) de los trabajadores del campo se convirtiera en trabajadores legales; sin embargo, quince años más tarde, en el año 2005, se calculaba que el 80% de la mano de obra agropecuaria seguía siendo mexicana, pero era, de nueva cuenta, indocumentada.

En cuarto lugar, hay que decir que se ha prolongado también la estancia en Estados Unidos de los trabajadores indocumentados. Un componente adicional de IRCA fue el control fronterizo, es decir, implementar operaciones que impidieran el paso de indocumentados por la frontera (Operación Bloqueo, Operación Guardián). En esas condiciones los indocumentados se ven obligados a prolongar su estancia en Estados Unidos, aunque escasee el empleo, para no tener que enfrentar a la migración y pagar por varios episodios de cruce de la frontera (Ibíd.).

Pero el migrante indocumentado de ahora es también muy diferente al de hace años, cuando tenían razones y expectativas para volver al terruño que les garantizaba, vía la pertenencia y el regreso a la comunidad o a través de la herencia, acceso a la tierra y a los recursos comunales en un contexto donde las actividades campesinas eran viables. Eso ya ha dejado de ser evidente. De ese modo, queriéndolo o no, se van debilitando las redes, vínculos y compromisos de esos migrantes con su comunidad de origen y con sus paisanos.

Esa combinación de escenarios ha suscitado una prolongación más o menos indefinida de la estancia de los trabajadores mexicanos, legales e indocumentados, en el otro lado, lo que representa un cambio muy profundo del patrón migratorio tradicional que preveía el retorno a México después de uno o dos viajes. Sin pretenderlo desde luego, las responsabilidades hacia el pueblo empiezan a desdibujarse, los compromisos familiares a atenuarse, las relaciones sociales a restringirse. Los migrantes aseguran que no quieren quedarse en Estados Unidos pero muchos de ellos ven el retorno a México como el sueño al final de sus vidas activas, al pueblo como el lugar más adecuado y entrañable para retirarse.

En verdad, los padres ancianos y enfermos constituyen la preocupación y el vínculo más fuerte para los migrantes. Muchas parejas de ancianos de

comunidades rurales de Guanajuato y Jalisco, que ahora tienen a la mayor parte de sus hijos e hijas en el otro lado, pasan buena parte del año visitando a hijos e hijas en Estados Unidos, para regresar apenas unos cuantos meses al pueblo. En muchos casos también, los residentes de comunidades de Guanajuato y Jalisco han “aplicado” para que sus padres reciban ayudas en Estados Unidos, lo que obliga a permanecer varios meses en ese país. Para los ancianos no es ni cómodo ni agradable vivir así, pero es la única manera de estar con sus hijos que ya no van a volver a México, al menos en mucho tiempo, para recibir apoyos de los que carecen en México.

Así las cosas, el profundo cambio en el patrón migratorio en México y en Estados Unidos, ha obligado a las familias a construir y transitar por un camino muy intenso de redefinición de las relaciones, obligaciones y derechos familiares, tránsito que, sin quererlo, afecta las inversiones y el empleo en las comunidades de origen.

Redefinición que aparece hoy estrechamente ligada a ese otro gran cambio que empezó a gestarse en la década de 1990: las modificaciones en la tenencia de la tierra que se suscitó a partir de la promulgación de la Ley Agraria de 1992. El objetivo primordial de esa ley, como otras similares en América Latina, fue generar mercados de tierras o, dicho de otra manera, sacar la tierra al mercado, situación que, se suponía, incrementaría la eficiencia en la producción y la productividad agropecuarias (Carter 2003; Tejo 2003). Para lograrlo, había que modificar la tenencia de la tierra para dar certeza a la propiedad mediante la titulación individual de los predios. Con esos argumentos se pasó de la larga fase de reformas agrarias redistributivas, a los programas de titulación de predios (Ibíd.). En la práctica, se dio por cancelada la redistribución de tierras en prácticamente toda América Latina. En México se consideró que el reparto de tierras “había culminado y cumplido con sus propósitos” (Warman 2002:22).

En casi todos los países de América Latina se echaron a andar programas de titulación de predios basados en el principio de la distribución de títulos a quienes mantenían situaciones precarias sobre sus dominios (Aylwin 2003; León y Deere 1999). En México, a la promulgación de la Ley Agraria, siguió la creación de un instrumento fundamental, el Procede, que en 1999 había certificado “casi tres cuartas partes de todos los ejidos” (Warman 2002).

A diferencia de lo que se esperaba que sucediera con los programas de titulación, ha habido menos venta masiva de tierra de los núcleos agrarios y menos formación o re-configuración de grandes latifundios, aunque tampoco se ha atenuado el problema del minifundio (Aylwin 2003; Concheiro y Diego Quintana 2001).

Pero sí ha habido otros impactos. Los programas de titulación sólo reconocen derechos de propiedad a los que aparecían como titulares de los predios. Pero hay que recordar que la tierra estuvo siempre sometida a intensos procesos de venta, renta y formas combinadas de explotación y trabajo; fenómenos que dieron lugar a la emergencia de diversas figuras vinculadas con las labores del campo: posesionarios, vecindados y jornaleros cuyos derechos a la tierra "son casi letra muerta" (Tarrío García 2001). Además, se ha intensificado el uso privado de tierras comunales. Así las cosas, existe un amplio y creciente sector de familias sin tierra, dedicada a las actividades agropecuarias que no pudieron acceder a ella vía la titulación. Dadas las características del programa y los criterios con que se tomaron las decisiones en los ejidos, resulta casi imposible que los campesinos jóvenes accedan a ella. La dotación de tierras está cancelada y ya se sabe que los productores pobres carecen de recursos para comprar y no tienen acceso a financiamiento para hacerlo (Vogelgesang 2003). Esa certeza empuja de manera irremediable a la emigración de muchos jóvenes del campo.

Esto tiene que ver con otro hecho que quedó claro desde el principio de la aplicación del Procede: la titulación se otorgó a una población rural envejecida que era, además, la que controlaba las instancias de decisión ejidal y comunal (Warman 2002). Un estudio reciente señalaba que seis de cada diez ejidatarios tenía más de cincuenta años y, de ellos, tres tenían más de sesenta y cinco años (Robles Berlanga y Concheiro Bórquez 2004). Se trata de una población envejecida, cansada, en muchos casos también enferma que ha perdido el acceso a la seguridad social y a la jubilación. Esto no siempre fue así. Los procesos de privatización de empresas agroindustriales (ingenios, plantaciones) dejaron sin esos beneficios a una enorme franja de campesinos a lo largo y ancho del país.

Con todo, puede decirse que la certeza en la tenencia de la tierra llegó cuando esta había dejado de ser un recurso crucial para la supervivencia en el campo. En estas condiciones, la propiedad de la tierra, ahora titula-

da y entregada de manera individual, ha adquirido nuevos y diversos sentidos para la gente del campo. Y en torno a ella ha comenzado a darse un proceso incipiente pero imparable de confrontación de intereses generacionales y de género al interior de las familias.

En la medida en que los estados de Guanajuato y Jalisco forman parte de la región histórica de la migración, podría pensarse que los escenarios que se conformaron a partir de IRCA y La Ley Agraria resultaron similares en ambos estados. No fue así. Lo que se observa es una tendencia a la polarización de situaciones que tiene que ver con un fenómeno avasallador: la proximidad y vinculación de las sociedades rurales con espacios que otorgan nuevos valores y usos a la tierra. La urbanización se ha convertido sin lugar a dudas en la fuerza más avasalladora de cambio en las sociedades rurales. Esto no es de extrañar; en Francia, desde la década de 1970 se reconocía que “ningún modo de ocupación rural del territorio, ningún sistema de producción agrícola o forestal puede, en la economía liberal, rivalizar de manera durable, con la urbanización” (Berger 2004). El valor, anteriormente ligado a la calidad de las tierras, ha sido reemplazado por la localización de las tierras.

En general, puede decirse que los programas de titulación no tomaron en cuenta un fenómeno cada vez más decisivo como marcador de la diversidad rural: los cambios territoriales asociados al reordenamiento espacial de las actividades económicas y la población. Hay que recordar que las reformas agrarias redistributivas fueron concebidas y aplicadas en sociedades, cuando había grandes distancias y diferencias entre lo rural y lo urbano, distancias y diferencias que se modificaron de manera acelerada a partir de la década de 1970.

En ese sentido, la pluriactividad actual, es decir, la combinación de actividades e ingresos posibles de las familias, depende ahora de la manera cómo se relacionan y articulan los espacios rurales con dinámicas asociadas a nuevos usos del suelo, en especial, con la urbanización. La localización de la tierra y sus nuevos usos posibles son una fuente creciente de diversidad de oportunidades y quehaceres entre las familias campesinas.

Un ejemplo de Guanajuato

La región norte de Guanajuato se ha caracterizado por su dedicación a la agricultura de temporal y la ganadería extensiva. Allí se encuentran municipios extensos del estado pero de escasa población. En 2000 allí vivía sólo el 4,82% de la población del estado (Arias y Peña 2004).

En el año 2000 la mayor parte de la población de ambas regiones (69,17%) no vivía en las cabeceras municipales sino en pequeñas localidades. Con todo, el crecimiento de la población en las cabeceras municipales era superior a la del resto del municipio: 2,77% frente a 1,25%. En verdad, las mayores tasas de crecimiento en la región correspondían a los municipios más poblados y urbanizados: San José Iturbide (2,52%) y San Luis de la Paz (2,13%) (ibíd.). En el periodo 2000-2005 la tasa de crecimiento decreció en ambos municipios: 1,42% y 0,83% respectivamente (INEGI 2005).

En todos los municipios de la región se advierte un desequilibrio entre los sexos: el índice de masculinidad era 90,80%, lo que da cuenta de la salida de hombres. La emigración ha sido un asunto clave en la región. En 1983 y 1990 la región tuvo tasas elevadas y crecientes de crecimiento migratorio: 15,65% y 31,03% respectivamente. El indicador de vinculación con la migración a Estados Unidos muestra que en una quinta parte (22,71%) de los hogares había migrantes en Estados Unidos (ibíd.). De acuerdo con el MMP (Mexican Migration Project)¹, el noreste ha sido una región tradicionalmente aportadora de migrantes internacionales, es decir, hacia Estados Unidos, como de migrantes internos.

En lo que respecta a las actividades económicas y el empleo, en 1970, más de la mitad de la PEA (67,83%) se dedicaba a las labores agropecuarias en 1970. Esa proporción bajó a 36,79% en 1990 y a 23,85% en el

La base de datos del MMP contiene información cualitativa y cuantitativa recabada desde 1982, de acuerdo con un plan de estudio que utiliza y combina métodos de investigación propios de la Antropología y la Sociología. En 2007, son 107 las comunidades encuestadas en los estados de Aguascalientes, Baja California Norte, Chihuahua, Colima, Durango, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Nuevo León, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Sinaloa, Tlaxcala, Veracruz y Zacatecas. Entre 1987 y 1992 se levantaron etno-encuestas representativas, en once localidades de Guanajuato. La base de datos del MMP es pública y puede consultarse en <http://mmp.opr.princeton.edu>.

2000. Es decir, allí la PEA agropecuaria bajó 43,98 puntos porcentuales en 30 años.

En 1970 la PEA masculina en actividades agropecuarias representaba el 73,04% y la PEA femenina el 25,11%. En 1990 esas proporciones se redujeron a 43,62% y 7,82% respectivamente. En la región norte, desde 1970 la mayor parte de la PEA femenina correspondía a los servicios (28,69%); proporción que prácticamente se duplicó en diez años (42,77%) en 1990.

En el año 2000 no hubo cambios aunque se acentuaron las tendencias. La mayor proporción de la PEA masculina siguió estando en las actividades agropecuarias (31,04%) y la mayor proporción de la PEA femenina continuaba en el sector servicios (43,26%).

Detrás de ese panorama de cifras y proporciones hay una larga historia regional y micro regional del trabajo, urdida por hombres y mujeres, que da cuenta de sus luchas y esfuerzos por sobrevivir en sus terruños. Los hombres dedicaban sus ejidos de tierras flacas a la producción de subsistencia y vendían sus excedentes de maíz, chile, fréjol. También recurrían al jornalero; los que no tenían tierra, a la mediería; los que tenían alguna habilidad como la música, algo ganaban cuando los contrataban para alguna celebración; los que sabían algo de construcción ayudaban a vecinos y parientes a hacer sus casas a cambio de dinero; no faltaba el que criaba gallos de pelea para combates en los que corrían las apuestas. Con los años, se instalaron ranchos ganaderos y pequeñas empresas que los reclutaban de manera estable o eventual. Como de cualquier modo no “alcanzaba”, ellos se iban a la ciudad de México pero sobre todo a Estados Unidos, lo que les permitía mejorar el consumo, incrementar sus bienes, echar a andar proyectos de vivienda y obtención de ingresos para el regreso definitivo a sus comunidades.

Con maridos migrantes o no, las mujeres, además de encargarse de las tareas de la casa y los animales y de “ayudar” en la milpa, solían ir a trabajar a las bodegas de selección de fréjol y chile que existían en diferentes poblaciones; más tarde, aceptaron trabajo a domicilio o incluso ingresaron a trabajar a los talleres de tejido de punto y confección de prendas que proliferaron en las décadas 1980-1990 o en cualquier tipo de pequeña empresa que les ofreciera un salario en efectivo y más o menos estable. Por

lo regular, la trayectoria de vida de las solteras incluía una etapa en León o la ciudad de México donde trabajaban en el servicio doméstico. Pero si se casaban con alguien del pueblo o sus cercanías, que era lo más común, regresaban para siempre al terruño. A pesar de que los maridos migrantes no valoraban el trabajo y muchas veces ni siquiera reconocían la aportación económica de sus esposas e hijas, la verdad es que el ingreso femenino potenciaba el uso de las remesas. Si todo salía bien, ellos podían regresar pronto y las remesas les ayudaban a reorganizar, con mejores posibilidades, sus actividades económicas en la comunidad.

Pero esto ya no es así. La historia de vida de la familia de Cynthia, de 22 años, es un buen ejemplo de los escenarios actuales de vida y trabajo en su región, una comunidad pequeña del municipio de Dr. Mora, en el noreste de Guanajuato. Hasta 2004 las rutinas de su casa correspondían bastante bien al esquema tradicional de combinación de actividades. Su padre, don Miguel, sembraba maíz, calabaza y fréjol, en una pequeña parcela ejidal que alcanzaba poco más que para una "elotada". En verdad, él estaba encargado de un rancho donde se producía leche y se fabricaba queso, oficio que practicó durante años. Pero en 2004 la empresa quebró. Don Miguel no pudo dedicarse a hacer quesos por su cuenta y no volvió a encontrar trabajo, ni en su comunidad ni en la cabecera municipal; nada. Después de varios meses de inactividad tomó una decisión inesperada, por lo menos, para un hombre de más de 40 años: migrar, por primera vez, a Estados Unidos. Allá tenía sobrinos y otros parientes a donde llegar y que le ayudarían a encontrar trabajo. Pensaba ahorrar lo más posible para regresar pronto. Pero desde 2005 no ha vuelto ni una sola vez y cada día que pasa el retorno se desdibuja un poco más. A don Miguel no le ha gustado el norte. Aunque tiene trabajo se cansa mucho y no "está a gusto" viviendo con sus sobrinos, muchachos jóvenes con otros intereses. Pero no puede hacer nada más que continuar. Las pesquisas para encontrar trabajo en la comunidad han fracasado. Desde que se fue la parcela está abandonada. En un momento le dijeron que podrían rentársela o podría pasar a formar parte de un proyecto de invernadero de jitomate, pero ya no le han dicho nada y el proyecto no se ha echado a andar.

Mientras pudieron, sus padres apoyaron a Cynthia y a su hermano para que estudiaran. Cynthia acabó una licenciatura en comunicación e

hizo el último año de la carrera como práctica profesional en una dependencia municipal donde tenía la esperanza de que la contrataran. No fue así. La universidad privada donde estudió tiene convenios con el Ayuntamiento y cada semestre los surte de estudiantes en prácticas profesionales sin ningún costo, por lo cual el Ayuntamiento no necesita contratar personal. Cynthia ha estado en otros trabajos pero los sueldos son muy bajos y, en general, no hay empleo para los jóvenes. Ella y su hermano Héctor, quien acabó la preparatoria porque le pagaban del Programa Oportunidades, comenzaron en 2007 a organizar su salida a Estados Unidos. Allá están su padre, sus primos y toda la familia de su mamá, que les han dicho que de inmediato los “acomodan”.

La madre de Cynthia, doña Dolores, tiene sentimientos encontrados. En Estados Unidos están, desde hace años, sus hermanos y hermanas a los cuales no ha vuelto a ver, su esposo y muy pronto sus dos hijos mayores. Doña Dolores trabajaba en un taller de fabricación de tostadas pero fue despedida en un recorte de personal. Aunque sabe tejer a máquina y en un tiempo fue trabajadora a domicilio, dice que es algo que “ya no deja”. Por lo pronto, se encarga de atender a su hija más pequeña que va a la secundaria y a un nieto, cuya madre soltera trabaja en León. Por esa hija y el nieto, doña Dolores recibe apoyo de Oportunidades, pero tiene que estar pendiente de todo lo que le piden. La hija, que regresa cada semana de León, le “surte despensa” y le da dinero para los gastos de la casa. Doña Dolores se encarga también de estar “al pendiente” de sus padres ancianos y solos. Si ellos necesitan dinero, por lo regular para el tratamiento de las enfermedades de la pareja, sus hermanos y hermanas de Estados Unidos lo envían. No suele haber problemas por eso, pues doña Dolores está pendiente también de las casas de sus hermanos y sobrinos y de los vehículos (carros, camionetas, motos) que han dejado en el rancho, tarea importante porque ellos cada vez vienen menos al pueblo.

Así, entre las remesas que le envía don Miguel, que son irregulares y escasas, sobre todo en los meses de invierno cuando escasea el trabajo en Estados Unidos, el dinero y el mandado que le da la hija y lo que recibe de Oportunidades, salen los gastos de la casa. El destino de doña Dolores, como el de tantas mujeres, está en el aire. Por lo pronto, y sin saberlo se ha convertido en cuidadora de personas y guardiana de bienes.

Historias y dilemas como las de la familia de Cynthia se repiten una y otra vez. Casi todas hablan de la pérdida de opciones locales y regionales de trabajo en las actividades agropecuarias pero también en actividades manufactureras de pequeña escala, de la pérdida de valor y posibilidades de uso agropecuario de la tierra, de la migración sin retorno, de la salida de jóvenes, hombres y mujeres; de los que han estudiado y los que no. La gente del noreste de Guanajuato siempre fue móvil, siempre salió en busca de trabajo, pero ahora ya no puede volver.

Un ejemplo de Jalisco

A partir de la década de 1980 la ciudad de Guadalajara, capital de Jalisco, registró un notable desaceleramiento en su tasa de crecimiento (0,15%). En el período 1990-2000 se convirtió en crecimiento negativo (-0,02%) y así continuó en el lustro siguiente. Entre 2000 y 2005 la tasa de crecimiento fue de -0,49%. Al mismo tiempo, comenzaron a crecer, de manera desorbitada, los municipios vecinos y de conurbación con Guadalajara. La escasez y el encarecimiento de la vivienda en la ciudad desataron la búsqueda de suelo urbanizable en los diferentes municipios alrededor de Guadalajara, con el fin de albergar a la población urbana necesitada de vivienda.

En la década de 1990, la ola expansiva alcanzó al municipio de Tonalá, reconocido por su tradición alfarera y hortícola. La tasa de crecimiento en el periodo "intecensal" 1980-1990 fue 12,76%, la más alta no sólo de la historia de Tonalá sino de todo el estado de Jalisco. En el período 1990-2000 la tasa de crecimiento siguió siendo elevada (7,23%). En 1970 se calculaba que el poblamiento ocupaba 192 hectáreas; en 1993, abarcaba cerca de dos mil hectáreas (Cruz et al. 2000). Entre 1990 y 2000 prácticamente se duplicó la densidad de población en el municipio: de 1409 a 2819 habitantes por km.² (Ibíd.). La búsqueda de suelo, la crisis de 1980 y una vieja historia de segregación urbana definieron al municipio de Tonalá como un espacio residencial para sectores populares (Cabrales Barajas 2000).

Así, poco a poco, el espacio de los viejos poblamientos tonaltecas, como el pueblo de San Gaspar, comenzó a ser brutalmente modificado. Tradicionalmente, los vecinos de San Gaspar tenían varios tipos de propie-

dad: parcelas de propiedad privada, donde producían una enorme variedad de hortalizas y flores que se cultivaban de acuerdo con los calendarios gastronómico y ceremonial de los consumidores de la ciudad de Guadalajara. En los patios de sus casas, por lo regular grandes, era donde guardaban las semillas e instalaban los almacigos de las plantas pequeñas, antes de llevarlas a las parcelas. En las parcelas ejidales, propias y rentadas, cultivaban maíz, fréjol, calabaza. Los quehaceres agrícola y hortícola eran muy intensos. Había muchas mujeres horticultoras y los hombres llevaban la producción hortícola, casi cada semana, a los mercados de la ciudad; pero esto ya casi no existe.

En Tonalá había tierra de propiedad privada pero existía sobre todo propiedad social, ejidos y tierras comunales que desde la década de 1970 comenzaron a venderse en grandes cantidades, a bajo precios y sin mayores reglas ni controles. La instalación de un basurero metropolitano alteró y devaluó aún más el suelo tonalteca (Bernache 2000). La puesta en vigor de la Ley Agraria encontró el terreno abonado para potenciar al extremo la consecución de suelo a bajo costo. Las comunidades rurales del municipio fueron las más afectadas por ese proceso y fueron las que experimentaron las mayores tasas de crecimiento: en 1990-2000 la tasa de crecimiento medio anual de la cabecera de Tonalá fue de 3,2%, en tanto en las localidades rurales del municipio fue de 10% a 20%. Muchos ejidatarios y pequeños propietarios vendieron parcelas por su cuenta y además se dejaron tentar por una maraña de intermediarios que se encargaron de sumar espacio barato en forma de lotes, más tarde de fraccionamientos populares. El proceso estuvo plagado, tanto de engaño y corrupción por parte de quienes fraccionaban y autoridades, en relación a los ejidatarios, como de decisiones unipersonales y autoritarias de los ejidatarios y pequeños propietarios respecto a sus familias.

Un buen ejemplo de esa transformación es el de doña Rosario, una ejidataria del pueblo de San Gaspar y maestra jubilada de 70 años. Ella, por ser hija única, heredó una parcela ejidal y tres terrenos de propiedad privada por parte de su padre. Tiene la certeza de que si hubiera tenido hermanos eso no hubiera sucedido. Pero así fue. Por esa misma razón, quiso y pudo estudiar la carrera de maestra. Doña Rosario recuerda que, cuando su padre murió y ella trabajaba como maestra en Concepción de

Buenos Aires, perdió el ejido, pues en una asamblea la borraron de la lista y le adjudicaron la parcela a un primo suyo.

Allá, en Concepción fue donde conoció a su marido, don Evaristo, un pequeño propietario. Como ella tenía tierras y a sus padres ancianos, y había mejores oportunidades educativas para los cuatro hijos que tuvieron, la decisión fue vivir en Tonalá, pero conservaron las tierras y la casa en Concepción de Buenos Aires. Don Evaristo quiso, durante años, vender el rancho pero no consiguió comprador.

Doña Rosario, al jubilarse, abrió en su casa de San Gaspar una tienda de refrescos, licores y botanas que luce muy bien surtida aunque fuertemente enrejada. Desde ahí se encarga, además, de organizar el trabajo en la parcela donde su esposo siembra maíz, calabaza y fréjol, y vende el rastrojo para ensilar. En la huerta de la casa preparan los almácigos de *cem-pacuchitl* que luego siembran para vender flores para Día de Muertos en Guadalajara. Ella misma selecciona las semillas.

Don Evaristo, como tantos otros, fue tentado por fraccionar y vendió, sin consultar con su esposa ni sus hijos, un terreno que habían comprado en las orillas de San Gaspar. El dinero, como a tantos otros, se le fue de las manos. Ahora, dice, le da coraje pasar por ahí y ver lo que deben haber ganado los que le compraron. Eso dicen todos.

A mediados de la década de 1990, con la tienda recién inaugurada, a doña Rosario le pareció buena idea vender crema y queso de Concepción de Buenos Aires, productos de reconocida calidad. Pero a don Evaristo se le ocurrió algo mejor. Salir a vender esos productos, casa por casa, en las nuevas casas y fraccionamientos que habían aparecido por todo San Gaspar y donde no había tienditas. Y tuvieron un inesperado y gran éxito; tanto, que don Evaristo aprovechó para prestarle parte del rancho, que no pudo vender en Concepción, a un pariente que le surte de productos lácteos. Don Evaristo y doña Rosario van cada lunes a su casa de Concepción a abastecerse. De regreso, don Evaristo, a caballo, sale a recorrer calles y cotos donde cada vez tiene más clientes. También los venden en la tienda, pero no es lo mismo, dice doña Rosario. La venta está en los nuevos fraccionamientos, afirma. A la gente le gusta mucho esos productos que les parecen "tradicionales", baratos y llevados hasta la puerta de la casa, lo que no es poca cosa para familias que trabajan todo el día y lle-

gan con el tiempo justo para organizar una cena. La elección del caballo no es nostálgica ni mercadotécnica; le permite a don Evaristo llegar a lugares donde las calles están apenas haciéndose al andar.

Armando, el único hijo varón, no quiso estudiar. Pensaba irse a probar suerte a Estados Unidos, cobijado por la densa red de migrantes del pueblo de su padre. Pero la experiencia de doña Rosario y don Evaristo le ayudó a crear un nicho laboral a partir de los nuevos pobladores y consumidores que se han acercado en San Gaspar. Cada semana, en la casa de sus padres en Concepción, compra y almacena otro reconocido producto local, la tostada raspada, que luego fríe en San Gaspar y sale a vender, él sí en su camioneta, a tiendas, calles y cotos. En 2006 estaba gestionando un puesto en los nuevos tianguis que han aparecido en la zona metropolitana de Guadalajara, lo que a la larga le permitiría, imagina, hacerse proveedor de tostadas. Aunque a regañadientes, todavía participa en las actividades agrícolas de sus padres, pero sólo en el transporte de los insumos a la parcela. No le gusta el campo. Una de las tres hijas de doña Rosario y don Evaristo vive con ellos y algo ayuda en la tienda. Doña Rosario piensa que “más adelante” esa hija podría abrir otra tienda de refrescos en un terreno más cerca de los fraccionamientos. A doña Rosario le llama la atención los consumos de la gente de fuera y cree que vale la pena aprovechar el momento; “eso de que les guste tomar botellas de agua y paguen por ello –dice–, es muy bueno”.

Doña Rosario aprendió de la experiencia y no ha dejado que don Evaristo intervenga respecto a los otros dos terrenos de ella, que ya no siembran porque quedan muy cerca del Anillo Periférico, una zona de explosivo crecimiento urbano. En 2006 estaba planeado urbanizarlos, quedarse con un lote y repartir los demás entre sus cuatro hijos. Ella piensa que en cuestiones de herencia no se debe “dejar de lado” a las hijas, como sucedía antes, como tantas veces todavía. Ellas también tienen “necesidad” asegura. La parcela que todavía cultivan les provee de alimentos como a ellos les gusta y es la actividad que sabe hacer don Evaristo, pero “cada día es más difícil trabajar ahí” señala doña Rosario.

La historia de doña Rosario es un excelente ejemplo de las maneras, prácticas y creativas, con que las familias rurales impactadas por la urbanización han imaginado y echado a andar iniciativas de pluriempleo que

toman en cuenta esa nueva e irremediable realidad. Doña Rosario y su esposo no han abandonado las actividades agropecuarias y han mantenido la producción de productos básicos y un producto comercial tradicional como las flores. De cualquier modo, saben que ya no va a ser posible continuar y doña Rosario ha empezado a tomar decisiones para transitar hacia los usos residenciales y de negocios de esos terrenos, para sus cuatro hijos. La tienda, estrategia tradicional de diversificación, le ha servido a doña Rosario de intenso aprendizaje acerca de las necesidades y prácticas de consumo de los nuevos pobladores que han llegado a avocindarse a San Gaspar; aprendizaje que le gustaría aprovechar en la tienda que imagina en el terreno que le queda más cercano a los fraccionamientos.

Pero lo que llama más la atención son las estrategias que han podido desplegar en relación al mundo rural. Gracias al mercado que representan los nuevos pobladores de San Gaspar, don Evaristo y Armando han podido reconstruir y resignificar redes económicas en la comunidad de origen y, de paso, ofrecer una opción, aunque sea mínima pero rentable, a ese espacio rural tan en crisis como es Concepción de Buenos Aires. No se trata de grandes proyectos ni inversiones, pero el ejemplo da cuenta de esa posibilidad de articulación entre ambos mundos; ambos impactados, aunque de diferente manera, por los procesos de cambio agrario.

En síntesis

Podría decirse que hasta la década de 1970 las sociedades rurales estuvieron articuladas, aunque de manera decreciente, a los procesos políticos y económicos que definían el rumbo del país. La dotación de ejidos y tierras comunales otorgó a las sociedades rurales un instrumento de poder a través del cual pudieron, durante mucho tiempo, mantener la producción agropecuaria, modelar e imponer formas de organización comunitaria que promovían la permanencia y el regreso de los campesinos a su tierra. En ese contexto, la pluriactividad de las familias en el campo, aunque siempre existió, tenía un marcado sesgo productivo de carácter agropecuario que se basaba en la utilización, también predominantemente productiva, de recursos locales.

Pero eso cambió mucho en las décadas siguientes. Los ejemplos de Guanajuato y Jalisco, aunque muy contrastantes, dan cuenta de un gran cambio: la pérdida de viabilidad, incluso la ausencia, de las actividades agropecuarias en las estrategias actuales de pluriactividad de las familias rurales. Es decir, aunque la gente viva “en el campo”, los recursos de la su pervivencia no se originan en sistemas de trabajo y empleo relacionados con las actividades agropecuarias, sino en un espectro muy amplio que va, desde las remesas y el subsidio, hasta un sinfín de quehaceres que tienen cuatro grandes características: se trata de actividades por cuenta propia que siempre han sido generadas por los propios involucrados y que operan al margen de los sistemas formales de trabajo y empleo. Finalmente, se advierte el distanciamiento y el desencanto, cada vez mayor de los jóvenes, hombre y mujeres, respecto a las labores agropecuarias. Una mezcla de razonamientos económicos —la falta de rentabilidad—, el exceso de trabajo y esfuerzo y la desvalorización social de las labores campesinas han construido un escenario del que los jóvenes buscan disociarse. De cualquier manera, los grandes ausentes en el espectro actual de la pluriactividad rural son el empleo formal y las políticas públicas vinculadas a las actividades productivas en el campo.

En el norte de Guanajuato, la pérdida de valor de la tierra, la clausura de opciones laborales para hombres y mujeres, para adultos y jóvenes, las intensas transiciones sociales del mundo rural, se han enfrentado con un único y antiguo recurso: la intensificación de migración a Estados Unidos. La educación, tanto tiempo valorada por las familias, ha dejado de ser un recurso, en especial para los hombres, aunque cada vez más también para las mujeres. El capital social migratorio es el único recurso que ha recuperado protagonismo como alternativa laboral en esas sociedades. La migración es el principal mecanismo de respuesta, el que emerge de todas las crisis, anteriores y actuales de las familias en el campo. Pero hay cambios. Por una parte, la falta de proyectos productivos para el campo ha transformado, a la migración a Estados Unidos, en un proceso de no retorno y, por otra parte, ha profundizado la dependencia de los campesinos de los subsidios privado y público. El binomio remesas de Estados Unidos-subsidios familiar y público, todos subsidios al fin de cuentas, supone, por ahora, el anclaje de

las mujeres; pero también el des-anclaje definitivo de cada vez más hombres y mujeres.

De cualquier modo, las actividades agropecuarias tradicionales y el pluriempleo tradicional parecen tener sus horas contadas, es decir, han dejado de ser opciones viables para los pequeños productores de Guanajuato y Jalisco, aunque por razones distintas. La inviabilidad en San Gaspar tiene que ver sobre todo con el avance imparable, ya irreversible, de los usos no agropecuarios que eliminan, más temprano que tarde, los usos productivos tradicionales de la tierra.

En San Gaspar, bajo condiciones de urbanización extrema, la pérdida y cambio de usos de la tierra ha estimulado la aparición de nuevas formas de pluriempleo en las familias de la comunidad. Las familias han aprendido a convivir y aprovechar la urbanización para crear opciones laborales para sus diferentes miembros. El ejemplo de San Gaspar sugiere incluso que la urbanización acelerada puede dar pie a una rearticulación con productores del campo, aunque a muy pequeña escala. En cualquier caso, se trata de un pluriempleo donde los referentes agropecuarios y las alternativas productivas son cada vez menos y además pesan menos en las dinámicas laborales de las familias.

Puede decirse entonces que el valor de la tierra depende cada vez menos de su asociación con las vocaciones y actividades agropecuarias tradicionales y cada vez más de su localización en relación a los procesos de urbanización. Es la urbanización la fuerza que detona la emergencia de nuevos valores y usos de la tierra, así como nuevas posibilidades de pluriactividad. Así, se constata un abismo creciente entre tierras de alto valor y tierras de poco o nulo valor comercial. Estas últimas se convierten, cada vez más, en zonas de refugio de la pobreza campesina. Se puede decir entonces que en espacios rurales impactados por la urbanización, las familias pueden haber perdido la tierra, pero el uso residencial ha dado lugar al desarrollo de nuevas opciones de pluriactividad, asociadas sobre todo al comercio y los servicios. Todas esas actividades generan empleos, quizá no en grandes cantidades, quizá precarios, pero que se integran a las estrategias de pluriactividad de las familias rurales.

Así las cosas, puede decirse que la ubicación y articulación de las comunidades rurales respecto a los procesos de urbanización, se ha conver-

tido en un factor central para redefinir las estrategias de supervivencia y rediseñar las posibilidades laborales de las familias en el campo. Este proceso, acompañado de dilemas, tensiones y conflictos, apunta a la emergencia de una nueva diferenciación no sólo espacial sino también social dentro de la sociedad rural, lo que remite, quizá, al destino mismo del campesinado en México.

Porque si la pluriactividad en el campo se ha desligado de las actividades agropecuarias ¿en qué sentido podemos seguir hablando de pluriactividad rural?

Bibliografía

- Appendini, Kirsten (2007) "Las estrategias ocupacionales de los hogares rurales ante la recesión de la agricultura: tres estudios de caso en el centro de México"; en Patricia Arias y Ofelia Woo Morales (coord.): *¿Ciudad o campo? Nuevos espacios y formas de vida*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, p.19-48.
- Arias, Patricia y E. Peña (2004) *Las mujeres de Guanajuato, ayer y hoy. 1970-2000*. Guanajuato, Universidad de Guanajuato-Instituto de la Mujer Guanajuatense.
- Arias, Patricia (2005) "La vida rural mexicana en vilo. Del desarrollo al subsidio". *L'Ordinaire latino-américain*, No. 200-201, abril-septiembre. Toulouse, Francia, IPEALT-Université de Toulouse-Le Mirail, p.91-98.
- Arizpe, Lourdes (1978) *Migración, etnicismo y cambio económico*. México, El Colegio de México.
- Aylwin, José (2003) "El acceso de los indígenas a la tierra en los ordenamientos jurídicos de América Latina"; en Pedro Tejo (comp.) *Mercados de tierras agrícolas en América Latina y el Caribe. Una realidad incompleta*. Santiago de Chile, CEPAL, p.163-207.
- Berger, Martine (2004) *Les périurbains de Paris. De la ville dense à la métropole éclectee?* París, CNRS.
- Bernache, Gerardo (2000) "La gestión del medio ambiente en Tonalá"; en Beatriz Núñez Miranda (coord.): *Tonalá. Una aproximación a su estudio*. Guadalajara, El Colegio de Jalisco, p. 43-64.

- Bonfil Batalla, Guillermo (1990) *México profundo*. México, Conaculta-Grijalvo.
- Cabrales Barajas, Luis Felipe (2000) "Proceso de metropolización y segregación social tonalteca"; en Beatriz Nuñez (coord.): *Tonalá. Una aproximación a su estudio*. Guadalajara, El Colegio de Jalisco, p. 65-89.
- Carter, Michael R. (2003) "Viejos problemas y nuevas realidades: la tierra y la investigación sobre políticas agrarias en América Latina y el Caribe"; en Pedro Tejo (comp.): *Mercados de tierras agrícolas en América Latina y el Caribe. Una realidad incompleta*. Santiago de Chile, CEPAL, p.61-83.
- Concheiro Bórquez, Luciano (2001) "Mercado de tierras en el ejido Santa Inés Oacalco, municipio de Yautepec, estado de Morelos"; en Luciano Concheiro Bórquez y Roberto Diego Quintana (coords.): *Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso*. México, UAM-X- Casa Juan Pablos, p. 189-227.
- Concheiro Bórquez, Luciano y Roberto Diego Quintana (coords.) (2001) *Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso*. México, UAM-X- Casa Juan Pablos.
- Cruz, Heriberto et al. (2000) "La acelerada transformación del paisaje urbano de Tonalá". *Geocalli*, Año 1, No. 2. Guadalajara, Universidad de Guadalupe, p.15-65.
- D'Aubeterre, María Eugenia (2000) "Mujeres y espacio social transnacional: maniobras para renegociar el vínculo conyugal"; en Dalia Barrera Bassols y C. Oehmichen Bazán (eds.): *Migración y relaciones de género en México*. México, Gimtrap-UNAM/IIA, p. 63-85.
- Deere, Carmen Diana y Magdalena León (2000) *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Bogotá, TM Editores, UN Facultad de Ciencias Humanas.
- Peña, Guillermo de la, et al. (1977) *Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México, Cuadernos de la Casa Chata.
- Dinerman, Ina (1983) "El impacto agrario de la migración en Huecorio". *Relaciones*, Vol. IV, No.15. Zamora, El Colegio de Michoacán, p.29-52.
- Durand, Jorge (1998) "Nuevas regiones migratorias"; en René M. Zenteno (coord.): *Población, desarrollo y globalización*. México, Sociedad

- Mexicana de Demografía-El Colegio de la Frontera Norte, p. 101-115.
- Durand, Jorge y Douglas S. Massey (2003) *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México, Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Angel Porrúa.
- Echanove, Flavia y C. Steffen (2005) *Globalización y reestructuración en el agro mexicano. Los pequeños productores de cultivos no tradicionales*. México, Universidad Autónoma Chapingo-Plaza y Valdés.
- Flores, Edmundo et al. (1970) *Reformas agrarias en América Latina*. Buenos Aires, Juárez Editor.
- Friedlander, Judith (1977) *Ser indio en Hueyapan*. México, FCE.
- González, Luis (1989) "Gente del campo". *Vuelta*, 151, junio. México, p.22-29.
- Gordillo de Anda, Gustavo, Alain de Janvry y Elisabeth Sadoulet (1999) *La segunda reforma agraria de México: respuestas de familias y comunidades*. México, El Colegio de México-FCE.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (México) (2000) *XII Censo de Población y Vivienda 2000*. Aguascalientes, INEGI.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (México) (2005) *Conteo de Población y Vivienda 2005*. Aguascalientes, INEGI.
- Kemper, Robert V. (1997) *Migration and Adaptation: Tzintzuntzan Peasants in Mexico City*. Beverly Hills, Sage Publications.
- Lara Flores, Sara (1998) *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México, Juan Pablos Editor-Procuraduría Agraria.
- León, Magdalena y Carmen Diana Deere (1999) *Género y derechos de las mujeres a la tierra en Chile*. Santiago, Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer.
- Massey, Douglas S. et al. (1991) *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*. México, Conaculta-Alianza Editorial.
- Massey, Douglas S.; J. Durand y F. Riosmena (2006) "Capital social, política social y migración desde comunidades tradicionales y nuevas comunidades de origen en México". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 116, octubre-diciembre, p. 97-121.

- Mintz, Sydney W. (1982) "Sistemas de mercado interno como mecanismos de articulación social". *Nueva Antropología*, año VI, No. 19, junio. México, p.11-28.
- Moctezuma Yano, Patricia (2002) *Artesanos y artesanías frente a la globalización: Zipitajó, Patamban y Tonalá*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis-El Colegio de Michoacán.
- Moyo, Sam y Paris Yeros (2005) "Introduction" en Sam Moyo y Paris Yeros (eds.): *Reclaiming the Land. The Resurgence of Rural Movements in Africa, Asia and Latin America*. London & New York, Zed Books. p.1-7.
- Newbold de Chiñas, Beverly (1975) *Mujeres de San Juan*. México, SepSetentas.
- Robles Berlanga, Héctor M. y L. Concheiro Bórquez (2004) *Entre las fábulas y la realidad, los ejidos y las comunidades con población indígena el Desarrollo de los Pueblos Indígenas*. México, UAM-I-Comisión Nacional
- Tarrío García, María (2001) "Modernización y mercado: procesos de movilidad de la tierra en el ejido de San Vicente, Valle de Santiago, estado de Guanajuato"; en Luciano Concheiro Bórquez y R. D. Quintana (coord.): *Una perspectiva campesina del mercado de tierras ejidales. Siete estudios de caso*. México, UAM-X- Casa Juan Pablos, p.261-301.
- Tejo, Pedro (2003) "Presentación"; en Pedro Tejo (comp.): *Mercados de tierras agrícolas en América Latina y el Caribe. Una realidad incompleta*. Santiago de Chile, CEPAL. p.17-26.
- Veerkamp, Verónica (1988) "El comercio y los mercados"; en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (coord.): *La Antropología en México. Panorama histórico*, Vol. 4. ("Las cuestiones medulares"). México, INAH, Colección Biblioteca del INAH, p.443-464.
- Vogelgesang, Frank (2003) "Derechos de propiedad, costos de transacción, externalidades y mercados de tierras rurales en América Latina y el Caribe"; en Pedro Tejo (comp.): *Mercados de tierras agrícolas en América Latina y el Caribe. Una realidad incompleta*. Santiago de Chile, CEPAL, p.29-57.
- Warman, Arturo (1980) *Los campesinos. Hijos predilectos del régimen*. México, Editorial Nuestro Tiempo.
- Warman, Arturo (2002) *El campo mexicano en el siglo XX*. México, FCE.

La pluriactividad en el medio rural brasileño: características y perspectivas para la investigación¹

Sergio Schneider

Introducción al tema de la pluriactividad en el Brasil

Las investigaciones sobre la pluriactividad en el Brasil son recientes. Sin embargo, durante la última década, estos estudios mostraron una rápida evolución. Así como ocurrió en otros países, los primeros estudios sobre la combinación de actividades agrícolas y no agrícolas en el Brasil tuvieron como punto de partida el abordaje sobre diversas formas complementarias de trabajo e ingresos, por medio del uso de nociones relacionadas con los campesinos –operarios (*peasant-workers*). Los estudios demostraron que en algunas regiones y en contextos sociales específicos, miembros de familias rurales optaban por tipos de trabajo y/u obtención de ingresos, la mayoría de veces, a tiempo parcial, fuera de sus propiedades rurales, configurándose, de esta manera, una doble actividad.

Fue en la década de 1980 cuando ocurrió esta primera fase de trabajos sobre la doble actividad de los agricultores, siendo los estudios de Seyferth, sobre los “colonos-operarios”, las primeras referencias (1984, 1987). En una segunda etapa, las investigaciones fueron incorporando los conceptos de *part-time farming* y *multiple-job holding*, que ya habían sido utilizadas

1 Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el VII Congreso de la ALASRU (Quito, noviembre de 2006). El autor agradece a los compañeros, Prof. Mauro Del Grossi por el procesamiento de datos de la PNAD, Prof. Antônio César Ortega por los comentarios sobre la versión anterior al presente texto, y al Prof. Mauro E. Del Grossi por la compilación de datos de la PNAD. Este trabajo cuenta con el apoyo del CNPq.

en Europa y en otros países desarrollados, con el objetivo de describir las situaciones en que un número creciente de agricultores dedica apenas una parte de su jornada de trabajo en actividades agrícolas. De este período, son destacados los trabajos de Schneider (1994, 1995, 1999, 2001), Sacco dos Anjos (1995), Carneiro (1996) y Neves (1995, 1997), entre otros.

La tercera etapa comprende el final de la década de 1990 hasta el período actual, y se caracteriza por los estudios sobre pluriactividad a partir de la definición de Fuller (1990), quien la entiende como un elemento de diversificación que puede producirse en el interior de la familia o por factores externos, puesto que ésta funciona como una estrategia que se modifica de acuerdo con la dinámica de las familias y también, en relación con su estructura agraria (Brun y Fuller 1991). Los principales estudios sobre el tema que comprende este período (Carneiro 1998; Schneider 2003a; Sacco dos Anjos 2003; Kageyama 1998), enfatizan el análisis de la combinación de las actividades agrícolas y no agrícolas en la agricultura familiar y las consecuencias sobre las economías locales. En este espacio de tiempo, las investigaciones vinieron acompañadas junto con el debate sobre la (nueva) ruralidad, que discutió temas como las relaciones de lo rural frente a lo urbano, los cambios demográficos, la discusión sobre la identidad social y las representaciones simbólicas sobre lo rural (Carneiro 2001; Veiga 2002; Moreira 2002; Wanderley 2004).

No obstante, el impulso decisivo de la pluriactividad sucedió a medida que se ampliaron las investigaciones sobre las transformaciones en el mercado de trabajo brasileño. Los estudios dirigidos por el Projeto Urbano, se convirtieron en referencia para el análisis de los cambios espaciales y ocupacionales del medio rural (Campanhola y Graziano da Silva 2004; Graziano da Silva 1999).

Las investigaciones del grupo Urbano produjeron una renovación en la comprensión de las características demográficas ocupacionales del espacio rural en el país. Una de sus principales contribuciones consistió en la idea de que el espacio rural debería ser pensado “más allá” de la producción agrícola. Como consecuencia, otros investigadores comenzaron a percibir la necesidad de repensar los aspectos analíticos y conceptuales, así como las formas de intervención del Estado y la propia acción política. Los trabajos del Urbano también demostraron que en las últimas dos dé-

cadass existió un crecimiento continuo de las actividades no agrícolas en el medio rural brasileño, y una reducción del número de población activa (PEA) ocupados en actividades agrícolas.

A pesar de los avances que representaron estas investigaciones sobre los cambios en los mercados de trabajo, en el perfil profesional de las personas y familias, y en las características de los puestos de trabajo rural, siempre se llama la atención a la necesidad de esclarecer las diferencias entre las dinámicas de las actividades no agrícolas y la pluriactividad de las familias (Schneider 2003b). Considerando que la pluriactividad esté relacionada con la posibilidad de combinación de actividades agrícolas y no agrícolas dentro de un determinado contexto social y económico, se argumenta que las múltiples ocupaciones dependen de un conjunto de variables y factores relacionados con la dinámica de las familias y de los individuos que las componen. Al no considerar este aspecto fundamental, muchos analistas terminaron abordando la pluriactividad como una característica transitoria y efímera, con tendencia al desaparecimiento en el caso de que las condiciones económicas mejorasen en el medio rural.

En otros trabajos se ha demostrado que el crecimiento de las actividades no agrícolas está relacionado con las alteraciones en el mercado de trabajo, expresando nuevos modos de ocupación de la fuerza de trabajo. Se justifica que en varias regiones y países existe un crecimiento de las ocupaciones no agrícolas de personas o familias con domicilio rural². No obstante, este fenómeno no implica, inexorablemente, un aumento proporcional de la pluriactividad. Finalmente, los individuos que forman una familia pueden optar entre combinar dos o más actividades (asumiendo la condición de pluriactivos) o escoger por el cambio de ocupación, dejando el trabajo agrícola y pasando a ocuparse exclusivamente en actividades no agrícolas, sin necesariamente dejar de residir en el medio rural.

Esta diferenciación no solamente produce discrepancias para el análisis de las transformaciones de los mercados de trabajo y de las alteracio-

2 Inicialmente era un proyecto de investigación sobre los cambios en el mercado de trabajo rural, coordinado por el Prof. José Graziano da Silva. Esta iniciativa avanzó para un grupo integrado que pasó a agregar a investigadores de distinguidas instituciones de investigación del Brasil, a partir de 1998. Para mayores informaciones sobre los proyectos, los integrantes y los textos disponibles, consultar la web: www.eco.unicamp/proyectos/turbano.

nes del perfil socio profesional y de identidad de las familias que residen en el medio rural, sino también para las políticas públicas. Los programas de estímulo a las actividades no agrícolas, como la prestación de servicios, el turismo rural, la artesanía y otros, pueden no envolver la expansión de pluriactividad de las familias, puesto que puede existir una transición directa de la ocupación en actividades agrícolas a las no agrícolas. Por esta razón, el estudio de la pluriactividad requiere de un análisis del contexto y de las condiciones sociales y económicas en que viven las familias, así como el estudio de las expectativas y de los intereses de los individuos.

Definiendo la pluriactividad

La pluriactividad que ocurre en el medio rural se refiere a un fenómeno que presupone la combinación de por lo menos dos actividades, siendo una de éstas la agricultura. Estas actividades son realizadas por los individuos que pertenecen a un grupo doméstico, relacionados por lazos de parentesco y consanguinidad entre sí, pudiendo permanecer en éste, eventualmente, otros miembros no consanguíneos (adopción), que comparten entre sí un mismo espacio de residencia y trabajo (no necesariamente en un mismo alojamiento o habitación), y que se identifican como una familia.

La referencia a las varias (pluri) actividades requieren una definición. Una actividad consiste en la práctica de un conjunto de tareas, procedimientos y operaciones de carácter productivo y laboral, como plantío, manejo, colecta, limpieza, preparación, organización, beneficio, etc. La actividad agrícola, o simplemente la agricultura, comprende un conjunto diversificado y complejo de tareas, procedimientos y operaciones que envuelven el cultivo de organismos vivos (animales y vegetales) y la administración de procesos biológicos para la producción de alimentos, fibras y materias primas. Debido a esta diversidad y complejidad, resulta difícil y relativo definir dónde comienza y termina una actividad agrícola, pues no siempre estas actividades son realizadas en el interior de un único lugar. No obstante, para definir las, es importante considerar la base física donde se realizan, que es el establecimiento agropecuario. De la misma manera, se puede hablar de actividades desempeñadas en el propio esta-

blecimiento o de terceros. Dependiendo de las situaciones y contextos, siempre habrá algún grado arbitrario en este tipo de definición.

Asimismo, existen las llamadas actividades “para-agrícolas”, que forman un conjunto de operaciones, tareas y procedimientos que implican la transformación, el beneficio y el procesamiento de la producción agrícola (in natura o de derivados), dentro o fuera de un establecimiento; pueden tener la finalidad de transformar la producción para autoconsumo de los propios miembros de la familia o destinarla para la venta.

Actividades no agrícolas son consideradas todas aquellas que no se encuadran en la definición de agrícola o para-agrícola. Generalmente, son de otras ramas o de otros sectores de la economía, siendo las más tradicionales la industria, el comercio y los servicios. La interacción entre actividades agrícolas, para-agrícolas y no agrícolas tiene como consecuencia la pluriactividad, que tiende a ser más intensa a medida que las relaciones entre los agricultores y el ambiente social y económico sean más complejas.

La pluriactividad es heterogénea y diversificada y, al mismo tiempo, está relacionada con las estrategias sociales y productivas que vinieron a ser adoptadas por la familia y por sus miembros y, su variabilidad dependerá de las características de su contexto o de su territorio³. Por otro lado, la pluriactividad puede adquirir significados diversos y servir para satisfacer proyectos colectivos o como respuesta a las decisiones individuales. Sus características varían de acuerdo con el individuo-miembro (jefe, cónyuge o hijos) que la ejerce, puesto que tal proceso social ocasiona diferentes efectos sobre el grupo doméstico y la unidad productiva, de acuerdo con las variables de género o posición en la jerarquía de la familia. Lo mismo se puede decir de las condiciones sociales y económicas locales del ambiente o del contexto en que ocurre la pluriactividad. En este caso, las variables exógenas a la unidad familiar, como el mercado de trabajo y la infraestructura disponible, entre otras, son factores determinantes de su evolución. En trabajos recientes (Schneider y Conterato 2006; Schneider

3 La revista *World Development* (2001, Vol. 29, No. 03) publicó un número especial que trata del debate sobre las actividades no agrícolas en América Latina, y el informe sobre empleo en el 2005 de la OIT (*World Employment Report*) dedica un capítulo especial a la agricultura y a las políticas de reducción de la pobreza, destacando el papel complementario entre el incremento en la producción de alimentos y la generación de ocupaciones no agrícolas.

2006), se indicaron otras variables que contribuyen a la diferenciación de la pluriactividad, tales como el grado de escolaridad de los miembros de la familia, el tamaño de tierra disponible para la producción, el número de miembros, la diferenciación etaria y el acceso a los ingresos.

La combinación de actividades agrícolas y no agrícolas puede ser un recurso para garantizar la reproducción social del grupo, así como también puede representar una estrategia individual de los miembros que constituyen la unidad doméstica. En este sentido, siguiendo la sugerencia de Ellis (2000), la pluriactividad puede ser entendida como una estrategia de reacción (*coping*), frente a una situación de riesgo o vulnerabilidad, o una estrategia de adaptación, que ocurre cuando los individuos con capacidad de escoger, consiguen optar y decidir delante de un conjunto de oportunidades y posibilidades. Así, está relacionada con el ejercicio de las capacidades y el poder de acción de los individuos.

Sin embargo, la definición operacional de la pluriactividad requiere de la referencia de una unidad de análisis a ser utilizada. En este sentido, se puede hacer referencia a la pluriactividad de una familia o de algunos miembros que la integran. En los trabajos realizados, la pluriactividad siempre se refiere a la familia, puesto que se considera una familia pluriactiva aquella en que por lo menos uno de sus miembros ejerce la combinación de actividades agrícolas, para-agrícolas y no agrícolas.

En este sentido, la definición se aleja de la discusión de combinar rentas y tiempo de trabajo, de los miembros que combinan actividades. Es decir, no significa solamente tener el acceso a diferentes tipos de ingresos, además de los agrícolas, como las jubilaciones, la remesa de dinero de parientes o miembros de la familia que residen y trabajan fuera del establecimiento. Mientras una situación que implique la combinación de diferentes actividades con la agricultura no sea establecida, no se puede hablar de pluriactividad. A no ser que la referencia deje de ser el medio rural y se pase a hablar de pluriactividad como sinónimo de doble profesión, tal como sucede en las situaciones de profesor y médico, abogado y administrador, conductor y comerciante, etc.⁴. De la misma forma, no se

4 Los trabajos de Saraceno (1994) y Kageyama (1998) son importantes referencias en la discusión de las relaciones entre la pluriactividad de las familias rurales y el papel de la economía rural.

debe llevar a consideración el tiempo de trabajo de la persona que ejerce la segunda (o más de una) actividad, pues no es el tiempo de trabajo, sea parcial o integral, el que caracteriza la pluriactividad. Es cierto que el tipo de trabajo y el tiempo de trabajo tendrán efectos diferentes sobre los ingresos, pero esto no influye ni determina la definición.

Aunque la combinación de actividades productivas sea una característica histórica en el medio rural, sobre todo entre campesinos, se puede afirmar que la pluriactividad se diferencia de estas formas de trabajo complementarias por haber dejado de ser un recurso ocasional y temporal, resultando en una estrategia planeada y permanente de inclusión de los miembros de las familias rurales en el mercado de trabajo. De este modo, la aparición de la pluriactividad tiende a estar acompañada a un proceso social de mercantilización, que se refiere a la inserción creciente de individuos y familias, en formas de interacción en las que predominan los cambios mercantiles (Ploeg 1992).

Este proceso puede ocurrir, tanto en aquellas situaciones en que los agricultores ya estuvieron dentro de mercados de productos, bienes y servicios, o en otros donde la integración productiva es muy incipiente y la venta de la fuerza de trabajo pasa a ser la principal mercancía de los agricultores en el mercado. Esta situación significa, primero, que este proceso promueve y profundiza la entrada de las familias agricultoras a los circuitos mercantiles y; segundo, que ocurre a partir de las características previamente existentes en los territorios, pudiendo darse concomitantemente en mercados de productos (en las situaciones en que se fortalece el sistema de integración agroindustrial, por ejemplo) y de trabajo (a través de la venta de la fuerza de trabajo). En estos términos, lo que diferencia la combinación de actividades que los agricultores realizaban en el pasado, de la pluriactividad actual, es que ésta aparece como una etapa final del proceso de integración de los agricultores y de sus familias a la sociedad regida por el intercambio mercantil (Polanyi 1980).

No obstante, cuestionar la supuesta novedad de la pluriactividad parece no ser un ejercicio válido. Carneiro (2006) ha insistido, y con razón, en el argumento de que la pluriactividad surgió en la literatura como una noción importada del campo técnico-político, donde era utilizada para distinguir a todos aquellos que no eran considerados "verdaderos agricul-

tores". Por este motivo, desde el punto de vista de la autora, se trata de una noción que el campo académico importó y no llega a ser un concepto, porque se refiere a la heterogeneidad de prácticas. De la misma forma, es preciso esclarecer que la pluriactividad no lleva al surgimiento de una nueva categoría social o de una clase social. Se trata, solamente, de un fenómeno que agrega características diferenciadas a las categorías sociales ya existentes, principalmente a la de los agricultores familiares.

De cualquier modo, los estudios hasta hoy realizados sobre el tema permiten concluir que se trata de un fenómeno estable y diversificado que recientemente es estudiado bajo tal denominación, aunque ya tenga un tiempo significativo de existencia. A su vez, es sabido que se trata de una estrategia de reproducción social de las familias rurales, que recurren a las actividades externas por diferentes razones (adaptación, reacción, estilo de vida), no siendo la pobreza el único factor determinante.

Para avanzar en el estudio de la pluriactividad se propone situar el tema dentro del debate sobre el desarrollo rural. Además de ser una estrategia familiar e individual de reproducción social, la pluriactividad podrá contribuir de forma decisiva a solucionar dificultades y restricciones que afectan a las poblaciones rurales, tales como la generación de empleo, el acceso a los ingresos y su estabilización, la oferta de oportunidades para jóvenes, entre otras. Otro estudio (Schneider 2008), recomienda analizar las relaciones entre pluriactividad y desarrollo rural a partir del debate sobre las formas de incrementar la autonomía de los agricultores y los modos de ampliar la sustentabilidad de los modos de vida en los territorios rurales⁵.

Propuesta de una tipología de la pluriactividad

Ya que son varias las causas que pueden afectar la aparición de la pluriactividad en el medio rural, se puede afirmar que no existe un único tipo de pluriactividad y que su variación ocurre por los propios factores que esti-

5 Para una discusión de la "pluriactivización" de las formas de trabajo en la sociedad contemporánea, revisar los excelentes trabajos de Jean Louis Laville, en el número especial de la revista *Esprit*, No. 217, 1995.

mulan su aparición. Para comprender la amplia diversidad de formas que puede asumir la pluriactividad frente a los condicionantes internos de la unidad familiar (edad, número de miembros de la familia, escolaridad) y a los contextos en que se desarrolla, se considera necesario recurrir a la elaboración de una tipología. Con el objetivo de complementar los estudios sobre el tema y ofrecer una caracterización de las diferentes formas que la pluriactividad puede asumir, se presenta una propuesta de cuatro tipos.

La elaboración de tipologías sobre las formas de pluriactividad surgió de la necesidad de los investigadores de ampliar el enfoque de este fenómeno para otras situaciones además de aquellas que configuran la forma “clásica”, que es la de interacción intersectorial de la agricultura con otros sectores, principalmente, la industria. Frente a esta limitación, algunos estudiosos pasaron a argumentar que aun en las situaciones en que no había integración entre diferentes sectores, la pluriactividad podría ocurrir por la combinación de diferentes actividades y ocupaciones en un mismo ramo de la economía. Sampedro Gallego (1996), por ejemplo, fue uno de los primeros en referirse a una pluriactividad “interna” dentro del sector agrario, a la que denominó “pluriactividad agraria”⁶. Vale mencionar que la utilización de la tipología común por diferentes investigadores y en diferentes contextos empíricos, puede traer avances prometedores al estudio del tema.

Pluriactividad tradicional o campesina

La pluriactividad tradicional o campesina trata la situación en que ésta forma parte de un modo de vida, en el sentido de que son familias que se encuentran en condiciones semejantes a aquellas descritas por los investigadores sobre las “sociedades campesinas” (Redclift, Wolf, Mendras), caracterizadas como grupos sociales relativamente autónomos, que realizan una producción principalmente para el autoconsumo, con una débil relación con los mercados. En estas unidades, tal como había enfatizado

6 Perspectiva que es corroborada por los trabajos de otros autores, tales como Kinsella et al. (2000); Ellis (2000), Ploeg et al. (2000), Marsden (2003).

Chayanov y el propio Kautsky, la pluriactividad ocurre dentro de la propiedad, por medio de la combinación de actividades de producción, transformación y artesanía. Muchas veces son actividades no agrícolas, relacionadas con la elaboración de piezas y equipos para uso propio, como herramientas y utensilios de trabajo (canastas, cestos, material de ensille). Por lo tanto, se trata de una pluriactividad que siempre existió y que caracteriza de forma genuina las unidades de producción familiares en el medio rural. Lo que diferencia este tipo de pluriactividad de las demás es el hecho de que esta no avista la mercantilización, y su existencia es determinada por un modo de vida y organización de la producción.

Pluriactividad intersectorial

Se trata de un tipo de pluriactividad que ocurre dentro del proceso de articulación de la agricultura con los demás sectores de la economía, principalmente la industria y el comercio. En términos históricos, es un tipo de pluriactividad que remonta al *putting out system*, siendo la figura del *worker-peasant* su forma social típica. En periodos más recientes, transcurre de dos macro procesos que son la descentralización industrial y la rurbanización, también llamada de *commuting* o “periurbanización” (Gama 1987; Blakely y Bradshaw 1985). La descentralización industrial ocurre de la flexibilización de los procesos productivos post-fordistas y de la importancia creciente de las economías locales. La segmentación del mercado de trabajo, la subcontratación, la informalización y la precarización de las relaciones de trabajo generalmente acompañan este proceso.

El desplazamiento de las empresas hacia los espacios rurales y periurbanos se debe a varios factores, en general relacionados con la búsqueda de fuerza de trabajo más barata. De otro lado, la rurbanización o el *commuting system*, está relacionada con la expansión creciente de las áreas de vivienda en el entorno de las grandes regiones metropolitanas y del flujo diario y cambiante de las personas que habitan en el medio rural pero trabajan en actividades no agrícolas. La rurbanización transforma las áreas rurales y les otorga una nueva dinámica, caracterizada por la valorización inmobiliaria y por el crecimiento de la prestación de servicios. En razón

de esa situación, los mercados de trabajo rural y urbano van homogenizándose y la pluriactividad de las familias viene a ser la característica más sobresaliente de este proceso (Mingione y Pugliese 1987). La pluriactividad intersectorial se manifiesta, en estos términos, como la expresión de las transformaciones post-fordistas sobre el mercado de trabajo rural, trayendo hacia este espacio un conjunto de nuevas relaciones de trabajo. Por lo general, en este caso, es el contexto territorial el que responde por la aparición de la pluriactividad y se hace una característica de las economías locales (Bagnasco 1997).

Pluriactividad de base agraria

La pluriactividad de base agraria transcurre de la demanda creciente por servicios y actividades no agrícolas generadas por el propio proceso de modernización de la agricultura (Sampedro Gallego 1996; Weller 1997). Es una pluriactividad que ocurre dentro del sector agropecuario, pero se caracteriza por la combinación de actividades agrícolas y nuevas actividades no agrícolas. Surge y se expande con la tercerización de etapas o fases de los procesos productivos en la agricultura, lo que implica subcontratación, alquiler de máquinas y equipos y la contratación de servicios de terceros para ejecución de tareas que antes eran realizadas en el interior de la explotación agropecuaria (Laurenti 2000; Conterato 2004; Niederle 2007). Los procesos de tercerización y subcontratación se ampliaron rápidamente en el Brasil en las últimas dos décadas, coincidiendo con la organización y gestión del sector en el esquema de cadenas que integran la producción, el beneficio, la distribución y la comercialización.

La pluriactividad de base agraria se manifiesta de tres formas. La primera se expresa por las familias que residen en el medio rural y realizan actividades agrícolas, pero dedican un tiempo significativo a prestar servicios. Comprende situaciones de agricultores que disponen de máquinas y equipos, y también realizan tareas para los vecinos (y personas que residen en propiedades más distantes) que no cuentan con una escala de producción suficiente que compense la adquisición propia de maquinarias. De esta forma, las actividades agrícolas, como el cultivo, la cosecha, el ma-

nejo, el transporte, son realizadas en propiedades de terceros, y son compensadas en dinero o en producto.

La pluriactividad de base agraria también se manifiesta por medio de la informalidad y la precariedad de la venta de fuerza de trabajo en el medio rural, especialmente por la estacionalidad de los procesos de producción en la agricultura. En el medio rural existe un conjunto de actividades no agrícolas esporádicas, que no tienen una jornada de trabajo preestablecida y que son realizadas en la manufactura o artesanía, en el comercio informal (vendedores ambulantes, de puerta en puerta), en los servicios estacionales relacionados con los servicios como diaristas y contratistas. Es común que los agricultores recurran a estas actividades por la estacionalidad del trabajo agrícola o como una forma de remuneración temporaria. La ejecución de estas actividades puede ser dentro o fuera del establecimiento, así como cerca o lejos de donde se reside, como es el caso de las personas que se desplazan a los centros urbanos para ofrecer servicios domésticos. A pesar de ser precarias e informales, son fuentes importantes de ingresos para muchas familias.

Aunque el operador del servicio sea un agricultor, es importante destacar que esta persona comienza a actuar también en la condición de contratado, pues no se trata de una forma de ayuda mutua. La segunda forma de pluriactividad de base agraria se refiere a la contratación de personas que viven en el medio rural para trabajar en actividades como procesamiento, cultivo, transporte, comercialización, entre otras, de la producción agrícola. Son actividades y empleos generados por la propia dinámica del sector agroindustrial que al desarrollarse va generando un conjunto de actividades no agrícolas como por ejemplo, los tractoristas, almacedores, ensacadores, personal de administración.

Pluriactividad para-agrícola

La pluriactividad para-agrícola resulta de las actividades que forman un conjunto de operaciones, tareas y procedimientos que comprenden la transformación, beneficio y/o procesamiento de la producción agrícola destinada a la comercialización (in natura o de derivados) dentro o fuera

de la zona. Se trata de una evolución de la producción para autoconsumo que era producida para la subsistencia de la familia y que ahora pasa a ser destinada a la venta. A medida que este tipo de producción crece y comienza a ocupar espacios fuera del ámbito doméstico, se vuelve una actividad independiente, inaugurando una nueva jornada de trabajo y rutinas diferenciadas, siendo posible afirmar que surge una nueva actividad u otra ocupación que, combinada con la agricultura como actividad principal, genera la pluriactividad.

Usualmente, este es un tipo de pluriactividad que resulta de actividades relacionadas con la producción de derivados de leche, carnes, frutas y otros, que pasaron a ser procesados y transformados en el interior de la propiedad mediante la agregación de valor. En el Brasil, estos emprendimientos vienen a ser llamados de agroindustrias familiares. La mayoría de veces son pequeños y están organizados en forma de cooperativas, asociaciones, o redes de comercialización. Es evidente que existe una gran diversidad de agroindustrias familiares que poseen los más diversos tipos de escala y formas de gestión (individuales, asociativas, cooperativas, etc.).

Este tipo de pluriactividad tiende a aparecer en regiones donde predomina la agricultura familiar y donde los mercados de trabajo en actividades no agrícolas intersectoriales son débiles o casi inexistentes, como la región norte del estado de Rio Grande do Sul, el oeste del estado de Santa Catarina, el sudoeste del estado de Paraná, en el sur de Brasil. La pluriactividad para-agrícola surge como una alternativa de empleo, ocupación y renta para las familias de pequeños agricultores que vislumbran una forma de inserción económica y mercantil, por medio de mecanismos diferentes a los usuales esquemas de integración agroindustrial, como las aves y porcinos, o la producción de *commodities* como la soya.

Factores que pueden estimular la pluriactividad

Aunque sea un fenómeno multideterminado, algunos de los principales factores que afectan y estimulan la pluriactividad pueden ser identificados. Estos factores fueron compilados y organizados a partir de la lectura de diversa bibliografía sobre el tema y de los resultados de investigaciones

que fueron realizadas durante los últimos años. En este texto no será posible presentar evidencias empíricas para cada uno de los factores seleccionados.

Entre las razones para explicar los cambios en las formas de ocupación dentro del medio rural y el crecimiento de la pluriactividad, se destaca, en primer lugar, la propia modernización técnico-productiva de la agricultura. Es preciso considerar que en razón del intenso proceso de modernización tecnológica, experimentado por las actividades agropecuarias, y la creciente externalización de las etapas de producción, los procesos de trabajo vinieron a ser más individualizados generando, en muchos casos, una reducción significativa de los activos rurales y de la utilización de la mano de obra disponible en las familias (Ploeg 1992; Weller 1997). Consecuentemente, la disponibilidad de tecnologías cada vez más intensivas genera tanto ociosidad de mano de obra como subocupación de la fuerza de trabajo, constituyéndose en un factor que estimula a los miembros de las familias rurales a optar por otras formas de trabajo.

En segundo lugar, son enfatizados los procesos de tercerización y crecimiento de la prestación de servicios en el medio rural. Durante los últimos años viene ampliándose el proceso de subcontratación o alquiler de máquinas y equipos, y contratación de servicios de terceros para ejecución de tareas que antes eran realizadas en el interior de la explotación agropecuaria (Laurentti 2000; Niederle 2007). Como ejemplos, se cita actividades como la preparación del suelo, cultivo, manejo y cosecha o la prestación de servicios personales (gestión de propiedades), que pasan a ser realizados por terceros. En este sentido, la tercerización agrícola puede ser entendida como una consecuencia de la propia modernización técnico-productiva que sufrió el sector agropecuario en las últimas décadas, lo que permitió el surgimiento de un conjunto de nuevas ocupaciones no agrícolas tales como choferes, administradores, entre otros.

Un tercer factor está relacionado con la caída creciente y continua de los ingresos agrícolas. En los contextos donde la agricultura debe ser altamente modernizada y conforme los estándares internacionales, los agricultores tienden a sufrir, cada vez más, los efectos de la dependencia tecnológica, que implica aumentos frecuentes y compulsivos de los costos de producción agrícola. Lo anterior está relacionado con el hecho de que los

agricultores son coaccionados a seguir, de forma incesante, los avances en los índices de productividad (de la tierra y del trabajo), fundamentalmente a partir del incremento en capital fijo (maquinarias) y el aumento de la utilización de insumos industriales (semillas, abonos, combustibles, etc.).

De acuerdo al autor Ploeg (2006, 2000), la productividad no necesariamente representa una mayor rentabilidad, a pesar de que los agricultores consigan producir volúmenes mayores; los incrementos de volumen y productividad no siempre se traducen en mayor rentabilidad. Tal situación genera un *profit squeeze*, que consiste en la contracción de las ganancias financieras, provocada por el aumento creciente de los costos de producción. Es decir, de un lado, los agricultores modernizados están sometidos a una situación de dependencia que eleva constantemente el valor del consumo intermedio y, de otro lado, están cada vez más vulnerables a las variaciones de los precios, las barreras proteccionistas y las exigencias sanitarias. El resultado de esta relación se expresa en el deterioro de las rentas agrícolas y genera un estrangulamiento de las ganancias de los agricultores. En estas circunstancias, la opción por la pluriactividad resulta un recurso interesante, aun para los agricultores que poseen acceso a las tecnologías más modernas de producción.

El cuarto factor importante se refiere a los cambios en los mercados de trabajo. La expansión de la pluriactividad en el medio rural también puede ser atribuida a la dinámica del mercado de trabajo no agrícola que ocurre en algunas regiones. Existen varios estudios sobre los procesos de descentralización de industrias dentro de los espacios rurales, que muestran el significativo impacto de éstas en la generación de empleo. En el Brasil, sólo para ilustrar dos ejemplos, puede citarse el caso de algunas regiones en los estados del sur, como Santa Catarina (Vale de Itajaí) y Rio Grande do Sul (cuesta inferior y superior de la sierra del nordeste). En estas regiones hay evidencias de procesos de industrialización relativamente descentralizados, en áreas de elevada densidad demográfica, donde las industrias buscaron ventajas comparativas relacionadas con el costo de la fuerza de trabajo, logística y otros (Schneider 2003a)⁷.

7 Revisar también los trabajos de Etzezarreta et al. (1995), Brun (1987) y, en América Latina, la excelente colección organizada por Neiman y Craviotti (2006), y el artículo de Weller (1997).

En quinto lugar, la pluriactividad aparece como una respuesta a las políticas de desarrollo rural, que estimulan actividades no agrícolas en el medio rural tales como el turismo, las pequeñas y medianas industrias, la preservación ambiental, entre otras. Estas políticas son más comunes en los países desarrollados (O'Connor et al. 2006), donde se observa una preocupación por la búsqueda de soluciones para el abandono de áreas rurales marginalizadas, y propuestas para la reducción de los impactos ambientales ocasionados por diversas formas intensivas de producción. Generalmente, son políticas que tienen como objetivo generar empleos, estimular la diversificación de los ingresos y ofrecer, a los agricultores, alternativas económicas que no se refieran exclusivamente al aumento de la producción. En la literatura internacional sobre desarrollo rural hay varios ejemplos en este sentido, como el programa LEADER en Europa (Ray 2000; Ploeg y Renting 2000). En el Brasil existen ejemplos embrionarios con experiencias de apoyo al turismo rural, ecológico, étnico-cultural (indígenas, *quilombolas*, pueblos tradicionales) y a las agroindustrias familiares rurales. Son iniciativas que además de incentivar formas de trabajo de actividades no agrícolas, generan ingresos y son capaces de ofrecer alternativas de trabajo y renta para la población en las áreas rurales.

Finalmente, puede citarse como otro factor de estímulo a la pluriactividad el hecho de que esta representa una característica intrínseca de la agricultura familiar. Diversos estudios demostraron que el ejercicio de múltiples ocupaciones por una misma familia no es una señal de debilidad, mas sí una característica del “modo de funcionamiento” de unidades que se organizan bajo el amparo del trabajo familiar (Schneider 2003a; Sacco dos Anjos 2003). De este modo, la pluriactividad comenzó a ser percibida como una de las estrategias fundamentales de reproducción de la agricultura familiar y también de adaptación a las transformaciones macro estructurales en la agricultura. En el Brasil, desde el comienzo de la década de 1990, la agricultura familiar resultó un tema en ascenso, con una creciente legitimidad política, social y económica. Así, a medida que crece el reconocimiento de la importancia de la agricultura familiar, también crece la atención sobre la pluriactividad.

La pluriactividad en Brasil: algunas evidencias recientes

Frente a la diversidad y heterogeneidad del medio rural en el Brasil, resulta desafiante trazar un cuadro sobre la pluriactividad. Sin embargo, las aproximaciones más consistentes han sido alcanzadas por medio de investigaciones domiciliarias, realizadas por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE). El Brasil realiza anualmente la Investigación Nacional por Muestra de Domicilios (PNAD), que consiste en una investigación muestral que toma como referencia el universo de los datos del último censo demográfico y utiliza los domicilios como unidades de análisis. La PNAD clasifica los domicilios en áreas urbanas y rurales a partir de su localización, que en el Brasil es definida por la legislación municipal vigente en el periodo de la realización del censo demográfico. Esto significa que cada diez años, cuando se realiza un nuevo censo, el tamaño de las áreas cambia, ya que las áreas urbanas dentro de los municipios se expanden y de otro lado, el área rural disminuye⁸. Los datos aquí utilizados consideran solamente los domicilios situados en las áreas rurales no metropolitanas que comprenden los aglomerados rurales aislados cuya tierra pertenecía a un único propietario, evitándose de este modo la interferencia de los aglomerados poblacionales que se encuentran en el entorno de los espacios rurales y de aquellos que están localizados dentro de las áreas metropolitanas, así como de los efectos de las pequeñas localidades.

Según los datos de la PNAD/IBGE, en 2005 residían 6 117 000 familias en las áreas rurales no metropolitanas del Brasil. Respecto al año 2001, cuando eran 5 847 000 millones, el número de familias domiciliadas en el espacio rural aumentó en 270 mil, conforme indica la tabla 1, lo que representa un cambio importante, puesto que en las últimas décadas hubo una caída constante de la población rural.

8 Para el caso de los países desarrollados, consultar el trabajo de Bagnasco (1997).

Tabla 1 - Brasil. Evolución de las familias de empleadores, cuenta-propia, empleados y no ocupados domiciliados en el área rural no metropolitana según el tipo de actividad – 2001 - 2005 (1000 familias)							
Brasil							
	2001	2002	2003	2004	2005	Tasa. Cresc. 2001-05	
Empleadores/patronos	303	227	265	279	293	1,4	
Agrícola	149	99	128	143	137	2,1	
Pluriactivo	113	94	105	100	112	0,3	
No agrícola	41	34	33	36	44	2,1	
Cuenta Propia/familiares	2859	2938	2982	2882	2845	-0,3	
Agrícola	1756	1780	1749	1713	1581	-2,4	**
Pluriactivo	874	938	920	908	967	1,7	*
No agrícola	230	220	312	261	297	7,1	*
Empleados/asalariados	2053	2031	2050	2167	2302	3,0	**
Agrícola	1269	1229	1264	1289	1351	1,7	†
Pluriactivo	262	275	267	297	309	4,2	***
No agrícola	522	527	518	582	642	5,3	**
No ocupados en la semana	631	578	645	637	677	2,4	
Total de familias	5847	5774	5941	5965	6117	1,2	***

Nota: están excluidas las familias sin declaración de renta y tipos de familias con menos de 5 observaciones.
a) estimativa del coeficiente de una regresión "log-lineal" contra el tiempo. En este caso, el teste t indica la existencia o no de una tendencia en los datos.
***, **, * significan respectivamente 5%, 10% y 20%.
Fuente: PNAD/IBGE - Tabulaciones Especiales del Proyecto "Rurbano".

De un total de 6 117 000 familias que residían en áreas rurales de la región no metropolitana durante el año 2005, 2 302 000 (37,6%) eran familias clasificadas como empleados/asalariados, 293 000 (4,7%) eran familias de empleadores, un 3,9% (240 mil) de estas familias contrataba hasta dos asalariados de forma permanente y un 0,86% (53 mil) más de dos asalariados permanentes. La categoría más numerosa del medio rural brasileño está conformada por las familias cuenta propia, que en 2005 alcanzaban 2 845 000 (46,5%) del total de familias. Además de los empleadores, asalariados y cuenta propia, en ese mismo año había todavía un 11,6% (677 mil) de familias que estaban desempleadas o sin ocupación, durante la semana en que fueron recolectados los datos. Conforme la clasificación utilizada por la PNAD/IBGE, llama la atención la pequeña

cantidad de empleadores, lo que demuestra que en el medio rural predominan las formas de propiedad controladas de forma autónoma como ocupaciones por cuenta propia.

Respecto al tipo de actividades que ejercían las familias domiciliadas en áreas rurales de la región no metropolitana del Brasil, los datos revelaron que en el año 2005 las familias activas, ocupadas exclusivamente en la agricultura, representaban un número de 3 069 000 (50,1%). Sin embargo, en ese mismo año, los datos de la PNAD también indicaron que 983 000 familias (16%) realizaban exclusivamente actividades no agrícolas. Las familias en que por lo menos uno de los miembros combinaba actividades agrícolas y no agrícolas fueron consideradas como pluriactivas, y llegaron a un número de 1 388 000 en el año 2005, representando un 22,7% del total de las familias rurales.

Al analizar la evolución del período 2001-2005, se verifica que el número de domicilios, donde los miembros de las familias realizaban actividades agrícolas, aumentó solamente en la categoría empleados/asalariados (1,7%). En la categoría cuenta propia/familiares ocurrió una reducción del 2,4% anual, y son las familias ocupadas en la agricultura las que más presentaron una reducción. Las familias pluriactivas aumentaron tanto en la categoría cuenta propia/familiares (1,7%) como la de empleados (4,2%). De otro lado, las familias domiciliadas en el medio rural en que todos los miembros están ocupados en actividades no agrícolas aumentaron de un modo más expresivo, registrando un crecimiento anual de 7,1% en la categoría cuenta propia y de 5,3% en la categoría empleados. Estos resultados coinciden con las tendencias registradas en estudios anteriores, en que fueron analizados los datos de las décadas 1980 y 1990, cuando el mayor crecimiento registrado correspondió a los ocupados en actividades no agrícolas y la caída constante de los ocupados en las actividades agrícolas. Este comportamiento permite afirmar que al analizar datos en el agregado nacional o aun en el regional, se verifica que la pluriactividad también funciona como una estrategia de los individuos y familias para pasar de ocupaciones agrícolas a no agrícolas. Aquello explica las razones por las cuales las actividades no agrícolas son las que más expresan crecimiento en el medio rural y por qué presentan variaciones constantes. Al mismo tiempo, es por esta causa que anteriormente se lla-

mó la atención a la necesidad de diferenciar la dinámica del mercado de trabajo rural de la pluriactividad.

Los datos agregados no permiten ir más allá de esta conclusión, puesto que los factores que intervienen en la pluriactividad son multideterminados y varían desde el contexto local y regional hasta la coyuntura económica más general, conforme se indicó anteriormente. En el Brasil, las investigaciones del Proyecto Rurbano han ilustrado que estos factores tienden a ampliarse a medida que los análisis utilizan recortes más específicos, como los estados, por ejemplo. En este sentido, los datos secundarios obtenidos de las investigaciones domiciliarias deben ser tomados como una brújula y servir de inspiración para la realización de estudios de caso más profundizados. Una hipótesis interesante a ser investigada, por ejemplo, consiste en verificar en qué medida la pluriactividad puede ser un camino que está siendo adoptado por individuos y familias pobres para abandonar la agricultura y escoger otra actividad en el medio rural, en general no agrícola (Berdegué et al. 2001). En este caso, la pluriactividad podría estar representando una salida u opción para enfrentar la situación de pobreza.

Otro aspecto a ser analizado con respecto a la pluriactividad se refiere al tema de los ingresos, puesto que ocurriendo pluriactividad también existen “pluri” ingresos. Sin embargo, los análisis sobre las rentas rurales exigen ciertos cuidados, aún más cuidado cuando la fuente de datos corresponde a las investigaciones domiciliarias por muestra, tal como es el caso de la PNAD, que realiza la recolección de datos en un determinado mes del año (en general septiembre). Además, en el Brasil existen diferencias climáticas y regionales importantes que hacen que el año agrícola tenga sus especificidades y puedan existir distorsiones en la obtención de los ingresos. Otro aspecto se refiere a la dificultad de reunir datos provenientes de los diferentes tipos de ingresos de los agricultores, además del hecho de que en el momento de la entrevista, la mayoría informó el ingreso líquido, sin deducir los costos de producción y la depreciación. lo que puede sobre o subestimar los valores informados. En el caso de los productores familiares, siempre existe la presencia de la producción destinada al consumo, que no es despreciable, pero que raramente es informada como parte de los ingresos.

Una vez realizadas estas observaciones, puede afirmarse que los datos de la PNAD ofrecen una estimativa referente a la composición de los ingresos rurales. La tabla 2, a continuación, presenta los cuatro principales tipos de rentas que el estudio permitió extraer, la renta agrícola, la no agrícola, las rentas oriundas de las jubilaciones y pensiones y las otras fuentes, tales como intereses y remesas de parientes. La tabla presenta el valor promedio de la renta conforme el tipo de actividad en el año de 2005, que era de las últimas informaciones disponibles en el momento de la investigación.

Al mismo tiempo, la tabla 2 ilustra ciertas características importantes sobre la composición de las rentas entre las diversas categorías de familias que residen en el medio rural brasileño. La primera observación es que la renta agrícola continúa representando cerca de un 50% en las tres categorías: empleadores (52,7%), cuenta propia (50,3%) y asalariados (46,1%). A continuación, con excepción de la categoría cuenta propia, las rentas no agrícolas están en segundo lugar. En tercer lugar, las rentas provenientes de jubilaciones y pensiones son relevantes, sobre todo en las familias llamadas de cuenta propia. Finalmente, cabe destacar que en el área rural no metropolitana, las rentas agrícolas representan un 45,8%, las rentas no agrícolas un 25,4%, las rentas de jubilaciones y pensiones un 22,5% y las rentas de otras fuentes un 6,3%.

Tabla 2 - Brasil. Composición (%) de los ingresos de familias con domicilio en el área rural no metropolitana conforme el tipo de actividad y renta promedio – año 2005 (en reales, septiembre de 2005)

Local Domicilio/ Tipo de familia	Renta agrícola (%)	Renta no agrícola (%)	Rentas de jubilaciones (%)	Rentas de otras fuentes (%)	Renta promedio en 2005 (en R\$)
Rural no metropolitano	45,8	25,4	22,5	6,3	754,36
Empleadores/patrones	52,7	28,8	13,0	5,5	2475,58
Agrícola	75,9	0,0	16,2	7,9	2030,73
Pluriactivo	56,1	26,1	13,2	4,6	2718,45
No agrícola	0,0	91,0	6,2	2,8	3268,86
Cuenta Propia/familiares	50,3	20,7	22,7	6,3	736,88
Agrícola	63,4	0,0	29,6	7,0	652,05
Pluriactivo	49,3	29,1	15,9	5,7	846,56
No agrícola	0,0	78,1	16,2	5,6	833,71
Empleados/asalariados	46,1	35,7	12,8	5,5	646,49
Agrícola	81,4	0,0	12,1	6,5	494,62
Pluriactivo	55,6	32,2	6,7	5,5	800,06
No agrícola	0,0	78,4	17,3	4,3	841,52
No ocupado en la semana	0,0	0,0	88,1	11,9	462,71
Fuente: Tabulaciones Especiales del Proyecto "Rurbano", NEA-IE/Unicamp, Marzo 2007.					

El análisis de las rentas permite destacar otras cuestiones. Primero, respecto a las familias que realizan exclusivamente actividades agrícolas, se observa una dependencia muy fuerte de las rentas agrícolas, especialmente en la categoría de los asalariados, en la que esta fuente de ingresos representa un 81,4%. Entre los empleadores/patrones, la renta agrícola representa un 75,9% y en la categoría cuenta propia, de quienes trabajan exclusivamente en la agricultura, la renta agrícola representa sólo un 63,4%. Lo anterior descrito lleva a pensar el importante papel de las rentas de jubilaciones y pensiones para las familias que dependen de la agricultura, sobre todo los de cuenta propia, que obtienen casi un 30% de sus ingresos de esta fuente. Vale mencionar que la proporción de rentas de otras fuentes más elevadas (7,9%) va entre los empleadores. La tercera cuestión que llama la atención en la tabla 2 se refiere al portafolio diversificado de las fuentes de rentas provenientes de las familias pluriactivas, valiendo la

pena percibir que la renta de actividades agrícolas representa cerca de un 50% o más, seguida de las rentas no agrícolas (30%, un poco menos entre los empleadores), de las rentas de jubilaciones y pensiones (cerca de un 13%, pero bien menos entre los asalariados que representan solamente un 6,7%) y de las rentas de otras fuentes (5%).

Una cuarta cuestión a ser destacada se refiere al hecho de que las familias exclusivamente no agrícolas son las que poseen la mayor dependencia con relación a la única fuente de renta (la no agrícola). Es necesario llamar la atención sobre un último aspecto, que se refiere a que las rentas de las familias pluriactivas, además de ser las más diversificadas, son también más elevadas, tal como muestra la columna referente al valor de la renta promedio para el año de 2005, con excepción de los pluriactivos asalariados.

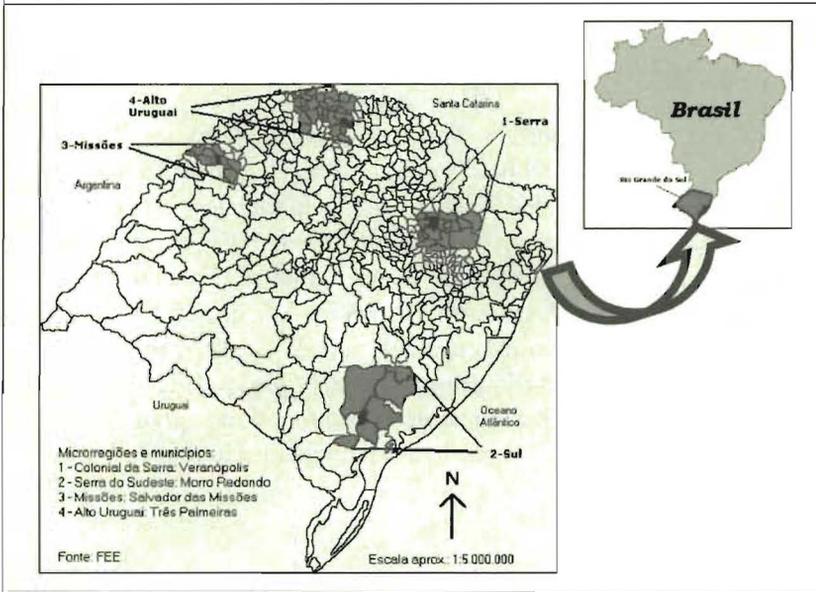
Por esta razón, es posible concordar con otros estudios (Ellis 1998, 2000; Kinsella et al. 2000; Berdegú et al. 2001), en cuanto a que la estrategia de diversificación de las actividades ocupacionales, así como de las rentas, puede representar una protección a las familias en situaciones de riesgo, choques o vulnerabilidades tan frecuentes en el medio rural, sobre todo en las regiones más empobrecidas. A medida que las familias consiguen tener un portafolio más diversificado de opciones de trabajo, sus rentas tienden a elevarse, adquirir mayor estabilidad y las fuentes se diversifican (Schneider 2007). Algunas de estas dimensiones serán discutidas a continuación a partir de los resultados de investigaciones empíricas en el sur del Brasil.

Pluriactividad y agricultura familiar

Para comprender mejor la presencia de la pluriactividad en la agricultura familiar y su ocurrencia en diversas situaciones empíricas, se realizó una investigación en cuatro micro regiones del estado brasileño de Rio Grande do Sul, como se indica en el mapa a continuación. La metodología de la investigación consistió en la selección de un municipio representativo de la realidad de cada región de estudio, a partir de investigaciones exploratorias y visitas de campo, buscándose respetar la diversidad de dinámi-

cas de la agricultura familiar existente en el Estado. El próximo paso consistió en la aplicación de un cuestionario semi-estructurado, en una muestra de cerca de 11% de las unidades familiares en cada uno de los municipios, utilizando la técnica del muestreo aleatorio y sistemática por comunidad rural. El período de levantamiento de datos ocurrió durante el año agrícola 2002/2003, siendo aplicados un total de 238 cuestionarios en un universo de cerca de 2693 establecimientos.

Figura 1:
Localización das regiões del estado de Rio Grande do Sul/Brasil.



Del universo, se verificó que un 44,1% de las familias de agricultores en las cuatro regiones estudiadas eran pluriactivas y un 56% eran familias monoactivas, es decir, aquellas en que todos los miembros se ocupaban exclusivamente a la agricultura. Los datos primarios recogidos indican que la presencia de la pluriactividad en el estado de Rio Grande do Sul representa el doble del 22,7% de pluriactivos encontrados en los datos de la PNAD. Examinando los datos de forma desagregada para cada una de

las cuatro regiones, se verifica que la pluriactividad asume características diferentes y varía significativamente en cada una de ellas. Merece destacarse que en la región de la Sierra Gaucha, localizada geográficamente en el noreste del estado, cerca de un 60% de las familias eran pluriactivas, mientras que en el Alto Uruguay, localizado en el extremo norte del estado gaucha, la pluriactividad estaba presente en un 28,8% de las familias. La explicación de estas diferencias se debe, en gran medida, a las características de las economías locales y a la interacción de los miembros de las familias rurales con los mercados de trabajo no agrícolas.

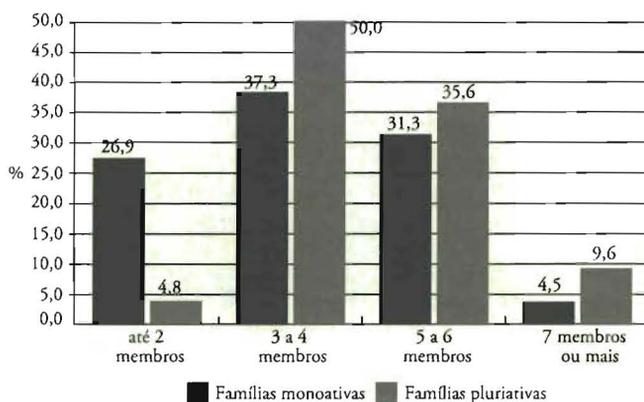
Tabla 3. Clasificación de las familias conforme la condición de actividad en municipios seleccionados en Rio Grande do Sul (%)

Tipos de familias de agricultores familiares	Total	Serra Veranópolis	Sul do RS Morro Redondo	Missões Salvador das Missões	Alto Uruguai Três Palmeiras
Monoactivas	55,9	40,6	58,1	53,4	71,2
Pluriactivas	44,1	59,4	41,9	46,6	28,8
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Pesquisa AFDLP- CNPq/UFPeI/UFGRS, 2003.

Otra información importante extraída de la investigación se refiere al número de miembros de las familias. La investigación demostró que el número promedio de miembros en las familias monoactivas es de 3,8 personas y de 4,7 personas en las pluriactivas. Aproximadamente un 27% de las familias monoactivas tendrían hasta dos miembros, mientras que las familias pluriactivas que tienen hasta dos miembros resultan ser inferiores a un 5%. En los demás estratos, que representan las familias con mayor número de miembros, las familias pluriactivas poseen un número de personas superior a las monoactivas.

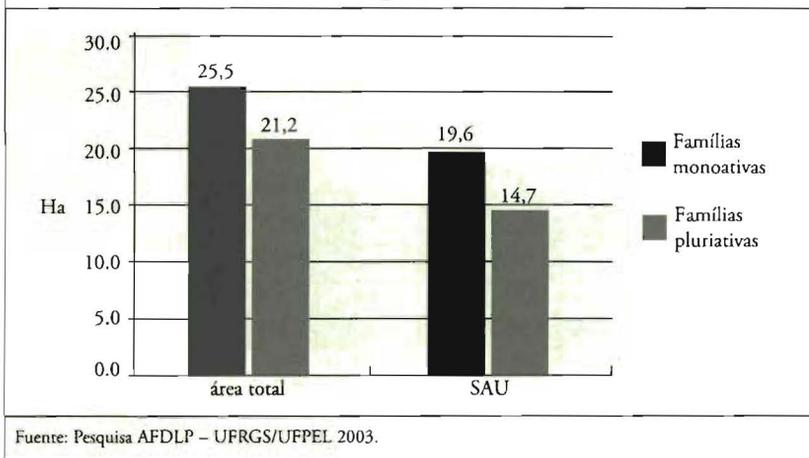
Gráfico 1 - Número de miembros de las familias investigadas por condición de actividad en municipios seleccionados en Rio Grande do Sul



Fuente: Pesquisa AFDLP- CNPq/UFPel/UFRGS, 2003.

Los datos de la investigación indican también que las familias pluriactivas poseen áreas de tierra menores y cultivan una superficie agrícola, con un promedio menor al de aquellas de las familias exclusivamente agrícolas o monoactivas. Cuando fueron verificados los datos sobre el área total y el área relativa a la superficie agrícola útil de los establecimientos familiares, se verifica que, en promedio, las familias pluriactivas poseen y exploran de 4 a 5 hectáreas menos que las familias monoactivas. El mayor número de miembros y menor área de tierra disponible para la producción, la búsqueda de actividades complementarias para ocupar la fuerza de trabajo excedente y la necesidad de mejorar la renta familiar pueden ser considerados elementos explicativos de la pluriactividad.

Gráfico 2 – Promedio del área total y de la superficie agrícola útil (SAU) por condición de actividad de las familias investigadas en Río Grande do Sul (en hectáreas)



Estas características también son reflejadas en la composición de los ingresos de las familias estudiadas. La tabla 4 muestra que, de las cuatro regiones del estado de Río Grande do Sul, las rentas agrícolas continúan siendo decisivas para la mayoría de los agricultores familiares, representando un 59% de la renta total (lo que coincide con los datos secundarios de la PNAD); seguidas de las rentas provenientes de las transferencias sociales, especialmente jubilaciones, que alcanzan un 19,6%. Los ingresos originados de actividades no agrícolas se encuentran en tercer lugar y responden a un 17,5% del total de la renta de las familias de agricultores, lo que revela su importancia significativa como fuente de ingreso.

No obstante, en cada uno de los cuatro territorios estudiados, el comportamiento de las fuentes de rentabilidad y su significado es diferente. Mientras en la Sierra Gaucha la renta de actividades no agrícolas representa un 21% sobre la renta total y la renta agrícola un 54,5%, en la micro región del Alto Uruguay esta proporción es del 6,6% y 72,9%, respectivamente, revelando que en esa última región existe una dependencia casi absoluta de los agricultores familiares a las rentas agrícolas. Al mismo tiempo, se debe destacar la importancia que asumen las transferencias

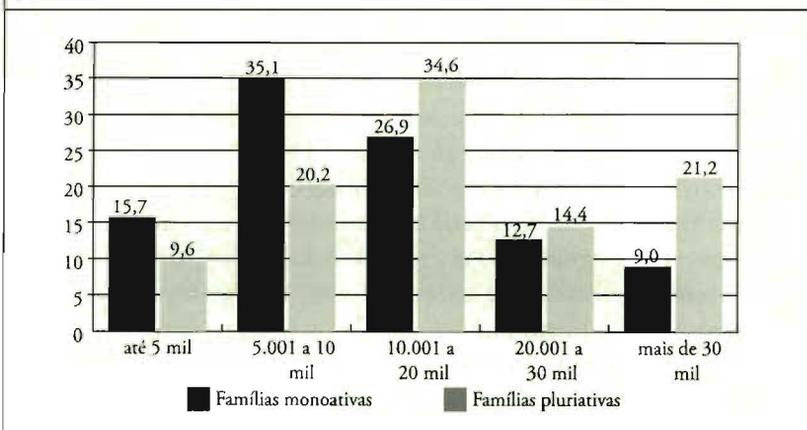
sociales (jubilaciones y pensiones) en la renta de las familias. En el municipio de Monte Redondo, estas representan prácticamente un 27% de la renta total de las familias, sobre el promedio del estado donde esta proporción llega a un 19,6%.

Tabla 4 - Composición de la renta total de las familias investigadas en municipios seleccionados en Rio Grande do Sul (%)

Total y municipios representativos	Renta Agrícola	Renta No agrícola Fuentes	Renta Otras	Transferencias Sociales	Otras Rentas Trabajo	Renta Total
Veranópolis	54,5	21,1	2,8	20,2	1,4	100
Morro Redondo	49,5	18,7	1,6	26,8	3,4	100
Salvador das Missões	62,5	17,7	1,0	16,2	2,6	100
Três Palmeiras	72,9	6,6	0,8	15,3	4,3	100
Total	58,6	17,5	1,8	19,6	2,6	100

Fuente: Pesquisa AFDLP- CNPq/UFPeL/UFRGS, 2003.

Gráfico 3 - Estratos de renta total, de acuerdo a la condición de actividad en municipios seleccionados en Rio Grande do Sul (%)



En enero de 2003 cada U\$1 dólar americano equivalía a R\$ 3,36 reales (moneda brasileña)
Fuente: Pesquisa AFDLP – UFRGS/UFPEL 2003.

Otro aspecto a ser considerado se refiere a la desigualdad de los ingresos obtenidos y al papel de la pluriactividad en la elevación de la renta total. De acuerdo con el gráfico 3, un 50,8% de las familias monoactivas obtuvieron una renta total de hasta 10 mil reales anuales, mientras que un 70,2% de las familias pluriactivas alcanzaron una renta total por encima de 10 mil reales anuales.

La investigación demostró que las familias pluriactivas consiguieron una renta total anual promedio de R\$ 20 352,46 (referente al año agrícola de 2002, cuando los datos fueron levantados), mientras las familias monoactivas tenían, en promedio, una renta total anual de R\$ 14 378,11. El gráfico 3 muestra que en los estratos de renta superiores a R\$ 10 mil, las familias monoactivas representan siempre una proporción menor, indicando que cuanto mayor es la renta total de las familias, mayor es la presencia de la pluriactividad.

Estos datos refuerzan el argumento de que la pluriactividad no contribuye sólo a diversificar y ampliar el portafolio de fuentes de ingreso, sino que, sobre todo, genera un aumento considerable en renta total familiar resultante de la combinación de varios tipos de renta. Vale destacar que las familias pluriactivas raramente abandonan la agricultura y que, la mayoría de veces, esta representa su principal fuente de ingresos. Además, la pluriactividad tiene un papel importante en la estabilización de la renta a lo largo del año agrícola, permitiendo que los agricultores y sus familias no permanezcan tan vulnerables a los riesgos e inestabilidades intrínsecas de la actividad agrícola.

Consideraciones finales

En este trabajo se buscó presentar informaciones y características sobre el estudio de la pluriactividad en el Brasil. Las primeras secciones fueron dedicadas a un breve rescate histórico sobre la evolución de las investigaciones en las décadas recientes y al análisis de la bibliografía que discute aspectos analíticos, conceptuales y normativos acerca del tema. Al mismo tiempo, se presentó una propuesta de tipología sobre la pluriactividad con el objetivo de crear condiciones para que las investigaciones sobre el tema

permitan comparaciones entre diferentes situaciones empíricas y conclusiones más generales.

De las secciones iniciales, vale destacar la insistencia de que la pluriactividad es un fenómeno que transcurre de los procesos más generales de transformación de la sociedad contemporánea, especialmente en lo que se refiere a los modos de producción y formas de ocupación del trabajo. No obstante, la pluriactividad también está relacionada con el repertorio cada vez más complejo de respuestas de los agricultores a los contextos en que viven y a las situaciones adversas que enfrentan, principalmente frente a los problemas advenidos de su creciente vulnerabilidad y pérdida de autonomía.

En la tentativa de demostrar, al mismo tiempo, la relevancia y las diferencias de la pluriactividad en Brasil, fueron presentadas informaciones que indican que un 22,7% (lo que corresponde a 1 388 000 domicilios rurales), del total de 6 117 000 familias que poseen domicilio en las áreas rurales no metropolitanas, combinan actividades agrícolas y no agrícolas. Aunque la agricultura representa una importancia decisiva en el medio rural brasileño (un 50,1% del total de las familias con domicilio en el medio rural están ocupadas en la agricultura), resulta expresivo el número de familias que no posee un vínculo profesional y laboral con la actividad agrícola, puesto que ya son 983 000 familias (16%) que habitan en el medio rural y trabajan exclusivamente en actividades no agrícolas.

Al analizar la composición de las rentas de familias con domicilio rural, se constató, igualmente, que la renta agrícola mantiene una importancia incuestionable, pues un 50% o más de las rentas provienen de esta fuente de ingresos. No obstante, se destacó también la importancia decisiva de las transferencias de recursos gubernamentales en la composición de las rentas, especialmente la jubilación rural, para la categoría cuenta propia, que son la amplia mayoría de los domicilios rurales en el Brasil. Sin embargo, el rol de las rentas de actividades no agrícolas no resulta menos importante para las diferentes categorías ocupacionales, sean patrones, asalariados u ocupados por cuenta propia. Finalmente, se destacó la importancia de la diversificación de las fuentes de renta, mostrándose que, en general, los domicilios pluriactivos poseen un portafolio más heterogéneo de fuentes de ingreso y, por tanto, poseen una renta promedio más elevada.

Con el objetivo de presentar algunas evidencias empíricas acerca de las características y de los efectos diversos de la pluriactividad, se presentó algunas informaciones sobre la presencia de la pluriactividad en las regiones de agricultura familiar en el estado de Rio Grande do Sul, situado en el extremo sur de Brasil. Los datos muestran que la pluriactividad varía en las regiones analizadas; sin embargo, su papel en la elevación de la renta y en el aprovechamiento de oportunidades de trabajo para las familias con mayor número de miembros y áreas de tierra menores, es constante.

Lo anterior permite concluir que la pluriactividad podrá representar un elemento importante al proceso de desarrollo de las áreas rurales, pues permite generar formas de trabajo y renta con base en las capacidades de los individuos como en las condiciones existentes dentro de los contextos locales. Además, la pluriactividad parece desafiar tanto a los investigadores como a los agentes de intervención y planificadores de políticas. Se trata de un fenómeno que exige volver a pensar en el carácter de las relaciones sociales de trabajo en el medio rural. Así como ésta puede ser una alternativa frente a la vulnerabilidad, conforme lo indicado, también podrá representar formas de precarización o aún intensificación de las jornadas de trabajo. A los agentes de desarrollo, por su parte, cabe una indagación sobre cómo el Estado y las políticas públicas podrían impulsar la pluriactividad en contextos y situaciones en que es débil o inexistente. De cualquier modo, la sociología y las demás ciencias sociales que trabajan con temas rurales tienen ahí una prometedora y estimulante agenda de (pluri) actividades por delante.

Referencias bibliográficas

- Bagnasco, A. (1997) "La función de las ciudades en el desarrollo rural: la experiencia italiana". *Políticas Agrícolas*, Número Especial. Taxco, México.
- Berdegú, J. L. et al. (2001) *Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina*. Washington, BID.
- Blakely, E. J. y T. D Bradshaw (1985) "América Rural: un nuevo contexto". *Agricultura y Sociedad*, Np. 36/37. Madrid.
- Brun, A. (1987) "Pluriatividad Agraria en Francia: medidas y concepciones"; en Arkleton Research: *Cambio Rural en Europa*. Colóquio de Montpellier. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Brun, A.; A. Fuller (1991) *Farm Family Pluriactivity in Western Europe*. United Kingdom, The Arkleton Research.
- Campanhola, C. y J. Graziano Da Silva (orgs.) (2004) *O Novo rural brasileiro: novas ruralidades e urbanização*. Brasília/DF, Embrapa/ UNICAMP.
- Carneiro, M. J (1996) "Pluriatividade no campo: o caso francês". *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 11 (32). São Paulo, p. 89-105.
- Carneiro, M. J. (1998) *Camponeses, agricultores e pluriatividade*. Rio de Janeiro, Contracapa.
- Carneiro, M. J (2001) "Do rural e do urbano: uma nova terminologia para uma velha dicotomia ou a reemergência da ruralidade?". *II Seminário sobre o Novo Rural Brasileiro*. Campinas: IE/Unicamp, outubro de 2001.
- Carneiro, M. J. (2006) "Pluriatividade da agricultura no Brasil: uma reflexão crítica"; en Sergio Schneider: *A diversidade da agricultura familiar*. Porto Alegre, RS: UFRGS.
- Conterato, M. A. (2004) *A mercantilização da agricultura familiar do Alto Uruguai/RS: um estudo de caso no município de Três Palmeiras* (Dissertação). Porto Alegre, UFRGS/PGDR.
- Del Grossi, M. J.; Graziano da Silva (2006). "Movimento Recente da Agricultura Familiar". *XLIV Congresso da SOBER*. Anais, Fortaleza...

- Ellis, F. (1998) "Household Strategies and Rural Livelihood Diversification". *The Journal of Development Studies*, 35 (1), p. 01-38.
- Ellis, F. (2000) *Rural Livelihoods and Diversity in Developing Countries*. Oxford, Oxford University Press, p. 273.
- Etchezarreta, M. et al. (1995) *La agricultura familiar ante las nuevas políticas agrarias comunitarias*. Madrid, MAPA.
- Fuller, A. M. (1990) "From Part Time Farming to Pluriactivity: a decade of change in rural Europe". *Journal of Rural Studies*, Vol. 6, No. 4. London, p.361-373.
- Gama, A. (1987) "Indústria e produção de um espaço peri-urbano". *Revista Crítica de Ciências Sociais*. Portugal.
- Graziano Da Silva, J. (1999) *O novo rural brasileiro*. Campinas, Coleção Pesquisas, 1). UNICAMP, Instituto de Economia,.
- Kageyama, A. (1998) "Pluriatividade e ruralidade: aspectos metodológicos". *Economia Aplicada*, Vol. 2, No. 3, jul./set. São Paulo, p. 515-551.
- Kinsella, J. et al. (2000) "Pluriactivity as a Livelihood Strategy in Irihi Farm Households and its Role in Rural Development. *Sociologia Ruralis*, Vol. 40, No. 4. Netherlands, p. 481-496.
- Laurenti, A. C. (2000) *Terceirização na Produção Agrícola: a dissociação entre a propriedade e o uso dos instrumentos de trabalho na moderna produção agrícola*. Londrina, IAPAR.
- Laville, J. L. y B. Perret (1995) "Le tournant de la pluriactivité". *Esprit Revue International*, No. 217, décembre, p. 5-55.
- Marsden, T. (2003) *The Condition of Rural Sustainability*. Assen, The Netherlands, Van Gorcun.
- Mingione, E. y E. Pugliese (1987) "A difícil delimitação do urbano e do rural". *Revista Crítica de Ciências Sociais*, No. 22, p. 83- 99.
- Moreira, R. (2002) *Ruralidades e globalizações: ensaiando uma interpretação*, No. 1. CPDA-Ruralidades.
- Neiman, G.; C. Craviotti (orgs.) (2006) *Entre el campo y la ciudad*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- Neves, D. P. (1995) "Agricultura familiar: questões metodológicas". *Revista Reforma Agrária*, 25, maio/dez. Campinas/SP, p. 21-37.

- Neves, D. P. (1997) "Agricultura familiar e mercado de trabalho". *Revista Estudos Sociedade e Agricultura*, No. 8, abr, Rio de Janeiro, p. 7-25.
- Niederle, P.A. (2007) *Mercantilização, estilos de agricultura e estratégias reprodutivas dos agricultores familiares de Salvador das Missões*, (Dissertação). RS. Porto Alegre, UFRGS/PGDR.
- O'Connor, D. et al. (2006) *Driving Rural Development: Policy and Practice in Seven EU Countries*. Assen, The Netherlands, Van Gorcun.
- Ploeg, J. D. van der (1992) "El proceso de trabajo agrícola y la mercantilización"; en E. S. Guzman (ed.): *Ecología, campesinado e historia*. España, Las Ediciones de la Piqueta.
- Ploeg, J. D. van der (2006) "Agricultural Production in Crises"; en Paul Cloke, T. Marsden, P. Mooney (eds.): *Handbook of Rural Studies*. London, Sage, p. 258-77.
- Ploeg, J. D. van der et al. (2000) "Rural Development: From Practices and Policies Towards Theory". *Sociologia Ruralis*, 40 (4). Netherlands, p. 391-407.
- Ploeg, J. D. van der; H. Renting (2000) "Impact and Potential: a Comparative Review of European Rural Development Practices". *Sociologia Ruralis*, Vol. 40, No. 4. The Netherlands.
- Polanyi, K. (1980) *A grande transformação: as origens da nossa época*. RJ. Ed. Campus.
- Ray, C. (2000) "The EU LEADER Programme: Rural Development Laboratory". *Sociologia Ruralis*, Vol. 40, No. 4. The Netherlands.
- Sacco Dos Anjos, F. (1995) *Agricultura familiar em transformação: os colonos-operários de Massaranduba (SC)*. Pelotas, UFPEL.
- Sacco Dos Anjos, F. (2003) *Agricultura familiar, pluriatividade e desenvolvimento rural no Sul do Brasil*. Pelotas, EGUPEL.
- Sampedro Gallego, R. (1996) *Gênero y ruralidad. Las mujeres ante el reto de la desagravización*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Assuntos Sociales/Instituto de la Mujer.
- Sarraceno, E. (1994) "Recent Trends in Rural Development and Their Conceptualization". *Journal of Rural Studies*, Vol. 10, No. 4. London, p.321-330.

- Schneider, S. (1994) "O desenvolvimento agrícola e as transformações da estrutura agrária nos países do capitalismo avançado: a pluriatividade". *Revista Reforma Agrária*, 24 (3), set./dez. Campinas/SP, p. 106-132.
- Schneider, S. (1995) As transformações recentes da agricultura familiar no Rio Grande do Sul: o caso da agricultura em tempo-parcial. *Ensaio FEE*, Porto Alegre, v.16, n.1, p.105-119.
- Schneider, S.(1999) *Agricultura familiar e Industrialização*. 2a. Edição. Porto Alegre, Ed.UFRGS.
- Schneider, S. (2001) "A pluriatividade como estratégia de reprodução social da agricultura familiar no Sul do Brasil". *Estudos Sociedade e Agricultura*, Vol. 16. Rio de Janeiro, p. 164-184.
- Schneider, S. (2003a) *A pluriatividade na agricultura familiar*. Porto Alegre, Editora da UFRGS.
- Schneider, S. (2003b) "Rurbanização e pluriatividade: o mercado de trabalho não-agrícola e a pluriatividade das famílias em áreas rurais"; en F. Carvalho, M. M. Gomes, V.S. Lirio (orgs.): *Desigualdades sociais: pobreza, desemprego e questão agrária*. Viçosa.
- Schneider, S. y M. A. Conterato, (2006) "Transformações agrárias, tipos de pluriatividade e desenvolvimento rural"; en G. Neiman y C. Craviotti (orgs.): *Entre el campo y la ciudad*. Buenos Aires, Ediciones CICCUS.
- Schneider, S. (org.) (2006) *A diversidade da agricultura familiar*. Porto Alegre, Ed. UFRGS.
- Schneider, S. (2008) "La contribución de la pluriactividad para las políticas públicas de desarrollo rural: una mirada desde el Brasil"; en: A. Arce; G. Blanco.; M. Hurtado (eds.): *Políticas Públicas como Objeto Social*. Guatemala, Ed. FLACSO, 2008.
- Seyferth, G. (1987) "Aspectos da proletarianização do campesinato no Vale do Itajaí (SC): os colonos-operários"; en J. S. L. Lopes (org.): *Cultura e identidade operária: aspectos da cultura da classe trabalhadora*. São Paulo, Marco Zero.
- Seyferth, G. (1984) "Camponeses ou operários? O significado da categoria colono numa situação de mudança". *Revista do Museu Pau-lista*, Vol. 29. São Paulo, Nova Série.

- Veiga, J. E. (2002) *Cidades Imaginárias: o Brasil é menos urbano do que se calcula*. Campinas, Autores Associados.
- Wanderley, M. N. B. (2004) “Olhares sobre o “rural” brasileiro”. *Revista Raízes*, Vol. 23, No. 1 e 2, jan-dez. Campina Grande.
- Weller, J. (1997) “El empleo rural no agropecuario en el istmo centroamericano”. *Revista de la Cepal*, No. 62, ago p.75-90.

Pluriactividad e ingresos familiares en el área rural de Bolivia

Wilson Jiménez
Susana Lizárraga

Introducción

El presente trabajo tiene el propósito de medir el grado de pluriactividad de los hogares bolivianos, y describir las características de la generación de ingresos rurales que provienen de la producción agropecuaria, de actividades no agropecuarias e ingresos no laborales. Los datos del estudio proceden en su integridad de la encuesta continua de hogares de 2006, que realizó la indagación de la producción familiar y la condición de actividad de los miembros del hogar en aproximadamente 1300 hogares rurales en todo el país.

La investigación sobre los ingresos de los hogares rurales fue ampliándose a partir de estudios recientes¹ que demostraron una elevada diversificación de las fuentes de ingreso y no sólo de la agricultura. Casi una década atrás, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la FAO (Food and Agriculture Organization) y otros organismos internacionales, destacaron la importancia creciente del ingreso rural no agrícola (IRNA) y del empleo rural no agrícola (ERNA) en países de América Latina. La diversificación de ingresos tiene relación con las transformaciones en la producción agropecuaria y las fallas que caracterizan el funcionamiento de los mercados agrícolas.

1 Véase los documentos Jiménez y Gutiérrez (2003); Jiménez y Lizárraga (2003); Eyzaguirre (2006); Pallens (2006).

En Bolivia, el área rural se define como aquellas localidades con menos de 2000 habitantes². Hace 31 años, la población rural significaba el 58% de la población total; desde entonces la población se mantuvo prácticamente estacionaria en alrededor de tres y medio millones de habitantes.

Bolivia atravesó un acelerado proceso de urbanización y emigración hacia los centros urbanos, las proyecciones de población muestran que 36% de la población boliviana aún vive en áreas rurales, por encima de las tasas observadas en países vecinos, y se estima un crecimiento demográfico, entre 2005 y 2010, de 0,8% anual³.

La población rural está conformada principalmente por comunidades campesinas y pueblos indígenas. En tierras altas (altiplano), la población rural tiene distintas formas de organización social, principalmente ayllus, capitanías y sindicatos agrarios, mientras que en tierras bajas predominan los pueblos indígenas, propietarios de haciendas, colonizadores, población itinerante, empresarios forestales y ganaderos (Urioste y Pacheco 2001).

El área rural boliviana muestra marcadas diferencias regionales; en tierras bajas o región de los llanos se produjo una creciente modernización de la actividad económica, a partir de la presencia de empresas agropecuarias que ampliaron la frontera agrícola, introdujeron innovación tecnológica, demandaron la utilización extensiva de tierras y modificaron la forma de asignación de los derechos sobre la tierra, los medios de subsistencia y la identidad colectiva de las comunidades. En las zonas rurales del altiplano y valles se advierte la presencia masiva de pequeños predios y explotaciones tradicionales, que configuran una hegemonía de la economía campesina. La diferenciación de las condiciones de vida en el área rural persiste, aun cuando todos los municipios del país ya disponen de recursos para la inversión pública desde la promulgación de la Ley de Participación Popular que se inició a mediados de los años noventa, así como de los recursos del fondo del alivio de la deuda externa del HIPC⁴ desde el 2001.

2 De acuerdo a la definición oficial del Instituto Nacional de Estadística.

3 Existe una tendencia decreciente del crecimiento demográfico en el área rural, hasta presentar una situación casi estacionaria en las próximas décadas.

4 En el 2001 Bolivia se benefició de la ampliación del alivio de la deuda en el marco del programa Heavily Indebted Poor Countries (HIPC) por un monto total de \$US 1.500 hasta programados hasta el año 2015.

El área rural boliviana aún concentra la mayor parte de la extrema pobreza: más de 62% de la población rural vive con ingresos inferiores a las líneas de indigencia nacionales; sin embargo, las políticas para el desarrollo rural propuestas durante la presente década tuvieron poco éxito y enfrentaron severas dificultades institucionales.

La Estrategia Boliviana de Reducción de la Pobreza (EBRP) reconoció la pluriactividad de los hogares rurales y la migración temporal, como una forma de obtener ingresos. Las propuestas para el desarrollo rural consideraron aspectos generales, entre ellos, saneamiento de tierras, infraestructura y acceso a financiamiento, pero no propusieron acciones concretas (Kay 2004). Debido a la insuficiencia de la EBRP para proporcionar un marco apropiado a las políticas rurales, en el año 2003 se propuso la Estrategia Nacional de Desarrollo Agropecuario y Rural (ENDAR), que planteó fortalecer e impulsar programas para el desarrollo económico local (DEL), y la articulación de cadenas productivas para reducir los costos de transacción y ampliar las escalas de producción. La implementación de la ENDAR no tuvo claridad en las propuestas y adoleció de una alta fragmentación en los sectores sociales, que impidieron promover avances en el régimen agrario.

A mediados de 2006, el gobierno difundió el Plan Nacional de Desarrollo (2006-2010) que, para el desarrollo rural, contiene lineamientos hacia la promoción de inversiones agropecuarias, la creación de infraestructura e impulso a servicios de apoyo a la producción. Sin embargo, el PND no contempla la diversidad de actividades económicas del área rural, y se concentra en formas tradicionales de apoyo a pequeñas unidades de producción campesina. Recientemente se están impulsando cambios en la Ley del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), que modifican el concepto de función económica y social de la tierra a objeto de dinamizar la economía campesina y transformar la producción en el agro.

El presente documento recoge las principales conclusiones en investigaciones previas sobre el tema de pluriactividad en Bolivia, por ello aborda aspectos puntuales que caracterizan la estructura de los ingresos familiares en el área rural y proporciona elementos para mejorar el diseño de políticas de desarrollo rural, entre las más importantes: a) ¿Cuál es la estructura del valor de producción agropecuaria de los hogares rurales? (b)

¿Cuál es el grado de especialización productiva? ¿Cuánto aporta la producción campesina al ingreso de los hogares? ¿Cuál es el grado de diversificación o concentración de las fuentes de ingreso en el área rural?

El documento tiene la siguiente estructura: en la segunda parte se presenta una revisión de la literatura destacada sobre el tema, la parte c) aborda aspectos metodológicos de la medición del ingreso familiar, la parte d) propone una medición del grado de concentración o (lo opuesto) la pluriactividad, la parte e) muestra los resultados de la estructura de ingresos, la parte f) muestra los resultados del grado de especialización y, finalmente, se presentan las conclusiones.

Revisión de la literatura reciente

Los trabajos empíricos que indagaron la estructura de ingresos y la diversificación de actividades de los hogares rurales en Bolivia, compartieron una base conceptual similar, considerando el marco de la medición del ingreso en el sistema de cuentas nacionales, así como la derivación del valor de producción y los ingresos netos de los hogares.

Jiménez y Gutierrez (2003) indagaron la estructura de los ingresos rurales y afirman que la diversificación de ingresos obedece a distintos factores que determinan el acceso a fuentes de ingreso no agropecuarias. A partir de datos de la encuesta de hogares de 2002, llegan a las siguientes conclusiones: a) se evidencia un alto grado de diversificación de los ingresos rurales; b) la diversificación de los ingresos es una “verdad a medias” pues se observa una alta heterogeneidad entre hogares especializados en la agricultura, ya que existe una proporción importante en el acceso a fuentes de ingreso no agropecuario; c) el acceso a fuentes no agropecuarias está determinado por la acumulación de capital humano y se realiza a partir de migraciones temporales; d) el desarrollo rural dejó de ser un asunto relacionado únicamente a la agricultura.

Jiménez y Lizárraga (2003) analizaron la desigualdad de ingresos familiares en áreas rurales y estimaron la contribución marginal de las fuentes de ingreso a la desigualdad en la distribución del ingreso rural, para tal efecto utilizaron las encuestas de hogares de 1999, 2000 y 2001. Los au-

tores hallaron una elevada desigualdad en la distribución del ingreso familiar, principalmente por la contribución del valor de la producción agropecuaria destinada hacia la venta. Al contrario, el autoconsumo es una fuente de ingresos mejor distribuida entre los hogares, dando cuenta de las decisiones de producción asociadas con la seguridad alimentaria.

Eyzaguirre (2006) incorporó una extensa investigación en 204 comunidades rurales de varias regiones, a través de la recolección de información primaria de ingresos de hogares. Indagó la generación de ingresos familiares durante un año, entre 2002 y 2003, con encuestas representativas. Dicho estudio encontró algunos hallazgos relevantes, entre ellos: a) se confirma una alta desigualdad de ingresos entre comunidades; b) la tenencia de la tierra es un factor determinante en la generación de ingresos de familias campesinas; c) la mayor parte del ingreso familiar proviene del sistema productivo del pequeño productor campesino; d) la agricultura es el componente más importante en la generación del valor de producción; e) se advierte una vinculación e integración de los productores con el mercado; e) se desarrolla una diversidad de estrategias de los pequeños productores en la generación de ingresos; f) hay una baja contribución del ingreso por la venta de fuerza de trabajo, hay diferenciación de ingresos familiares según regiones; g) las transferencias cobraron importancia creciente.

Urioste, Barragán y Colque (2007) explican que, en los últimos cincuenta años, la presión demográfica y la extensión de la frontera agrícola determinaron escasez de nuevas tierras; ello implicó, a su vez, bajos rendimientos de la tierra y el estancamiento de las condiciones de vida en el campo. En tierras altas, a pesar de la migración hacia las ciudades, se estructuraron grupos de campesinos no residentes en zonas rurales, pero que mantienen vínculos de derecho consuetudinario con la tierra y las comunidades. La rigidez en la normativa de la propiedad sobre la tierra determina la presencia de mecanismos alternativos para su uso tales como: el arrendamiento, al partir, y tierras comunales. Los bajos ingresos generados por la pequeña producción campesina no dan lugar a la especialización, sino más bien a una diversificación de actividades.

Otra literatura complementaria en el ámbito de América Latina revela que la diversificación de ingresos y la pluriactividad fue impulsada co-

mo una opción para solucionar la pobreza rural, introducir la modernización al sector agrícola y mejorar la calidad de vida de la población rural (Berdegué et al. 2001). Los autores explicaban que la diversificación se atribuye tanto a factores endógenos a la economía rural, como a factores exógenos. Entre los primeros destacan las características de la demanda de fuerza de trabajo a partir de la conformación de empresas agrícolas, y la oferta de productos que limitan la expansión productiva, debido a los riesgos inherentes al desarrollo de la actividad agropecuaria.

Desde el punto de vista teórico, uno de los aspectos que caracteriza la estructura productiva en países menos desarrollados es la inexistencia de varios mercados y la imperfección de otros (tierra, trabajo, crédito y otros), aspecto que se manifiesta en la falta de separación de la propiedad de los factores, de manera que los hogares son, al mismo tiempo, productores y consumidores, y las decisiones de producción son también decisiones del consumidor⁵. Las decisiones de producción de los agricultores dependen también de los niveles de consumo, especialmente de la seguridad alimentaria del hogar, por ello la pluriactividad puede ser entendida como una respuesta a los riesgos que enfrentan hogares que viven en contextos de baja productividad y a fallas de mercado.

Medición de la producción e ingresos del hogar

Presentamos aquí la medición de la producción e ingresos de los hogares rurales en las encuestas de hogares, en el marco de los conceptos tradicionales derivados de la contabilidad de los ingresos familiares; además, se proponen medidas para evaluar el grado de pluriactividad.

La pluriactividad se define como el grado de diversificación de actividades que realizan los hogares para obtener ingresos o medios de vida; esta puede estimarse a partir de diversos métodos. Los enfoques tradicionales miden la pluriactividad por la diversidad de ocupaciones (principal y secundaria) que realizan las personas durante un período de referencia (la semana anterior a la encuesta). Si bien esta definición tiene precisión

5 Véase Bardhan y Urduy (1999).

sobre la distribución de actividades en un período de referencia, no captura las decisiones laborales de los miembros del hogar para obtener los ingresos en períodos más largos.

En el presente documento, el grado de pluriactividad se mide por la contribución de cada una de las fuentes de ingresos al ingreso familiar total. Este procedimiento tiene como ventaja describir, de manera más estable, las decisiones de oferta laboral en períodos más largos. En la práctica, este segundo método se estima del ingreso familiar total, a partir de distintos periodos de referencia. La producción del hogar está referida a un ciclo anual, mientras que la obtención de ingresos no agropecuarios corresponde al último mes. A pesar de esta limitación, la agregación de los flujos de ingreso permite el análisis de la estructura del ingreso total de los hogares.

La estimación del ingreso familiar se realiza en dos etapas: cálculo del ingreso neto de la producción agropecuaria del hogar, y cálculo del ingreso disponible obtenido en actividades no agropecuarias, por trabajo asalariado y otros ingresos no laborales. Para la primera etapa corresponde calcular el valor bruto de la producción agropecuaria; una vez deducidos los gastos de operación, se obtiene el ingreso neto o excedente del productor agropecuario, denominado también ingresos del sistema productivo del hogar⁶.

Valor bruto de la producción agropecuaria

La definición estándar del valor de producción mide el valor, a precios de mercado, de la cantidad total producida en el hogar, como productor agropecuario. Según el destino, el ingreso está compuesto por las ventas de productos en el mercado, el autoconsumo de la producción propia, y otros usos, entre ellos semillas, forraje e insumos adicionales (incluida la pérdida o merma en la producción).

Los hogares rurales pueden realizar actividades en el cultivo y cosecha de productos agrícolas, cría de animales para la venta, autoconsumo; ela-

6 Eyzaguirre (2006) denomina sistema productivo familiar campesino a las actividades de las familias en la producción agrícola, pecuaria, artesanía, transformación, caza y pesca, forestal maderable y recolección que realiza de manera directa.

boración de derivados y la provisión de insumos agropecuarios propios. Los hogares obtienen el Valor Bruto de Producción Agropecuaria (VBPA), compuesto por la suma de la producción de todos los artículos agropecuarios, por la venta o autoconsumo de la producción y de otros usos. El valor de producción agropecuaria puede dividirse entre aquellos que corresponden a la producción de bienes agrícolas (VB agrícola), pecuarios (VB pecuaria) y productos derivados (VB derivados y otros).

$$VBPA = \sum (VB \text{ agrícola}) + \sum (VP \text{ pecuaria}) + \sum (VP \text{ derivados y otros}) \quad (1)$$

La encuesta de hogares estimó el flujo de producción bruta y producción neta del hogar a través de preguntas directas sobre la cantidad y valor de la producción del hogar durante un período anual. La encuesta indagó cada uno de los cultivos producidos y la superficie cultivada; adicionalmente reconstruyó la cuenta de activos y formación bruta de capital en la ganadería doméstica, así como el valor de producción aproximado por el consumo y venta de ganado en pie. Finalmente, detalló los productos derivados. Las encuestas de hogares permiten estimar el valor de producción para cada artículo de producción del hogar, de manera que esto fue agrupado en tipos de productos. Para el presente trabajo, la actividad agrícola se clasifica en los siguientes rubros: a) cereales, b) legumbres y hortalizas, c) tubérculos, d) frutas y e) otros. De la misma manera, la producción pecuaria está dividida en: a) producción de ganado mayor, b) ganado menor y c) otros (aves de corral); mientras que la producción de derivados se clasifica en: a) derivados agrícolas, b) derivados pecuarios y c) otros derivados.

Esta definición, si bien es arbitraria, también reconoce una concentración o pluriactividad en el ámbito productivo. Los ingresos y las condiciones de producción son distintos según el grado de especialización productiva de los productores rurales.

Ingreso neto de la producción agropecuaria (INA)

El ingreso neto de los productores de la economía familiar campesina es igual al VBPA menos los gastos de producción. Los gastos incluyen el consumo intermedio, como semillas, fertilizantes, transporte, asistencia técnica, alquiler de maquinarias, compra de alimento para animales, servicios veterinarios y otros, y también incluye las remuneraciones pagadas a jornaleros u otros trabajadores asalariados del campo.

$$\text{INA} = \text{VBP} - \text{gastos de producción} \quad (2)$$

Otros ingresos (OI)

Los hogares no solamente obtienen ingresos de la actividad agropecuaria, sino que también se combinan con otras actividades, entre ellas las de comercio, transporte, industria y servicios, en función a las oportunidades que encuentran fuera de las actividades agropecuarias, por tanto el ingreso no agropecuario (IRNA) consiste en ingresos por trabajo asalariado y trabajo independiente no agropecuario.

$$\text{IRNA} = \text{remuneraciones del trabajo asalariado} + \text{ingresos del trabajo independiente} \quad (3)$$

Finalmente los hogares obtienen transferencias del Estado a través de rentas, pensiones por jubilación u otros y transferencias de otros hogares.

$$\text{OI} = \text{IRNA} + \text{transferencias} + \text{ingresos de capital} \quad (4)$$

Ingreso familiar mensual

Durante un período, si los hogares distribuyen de manera uniforme el ingreso agropecuario, el ingreso familiar mensual (IFM) está conformado por el ingreso neto proveniente de actividades agropecuarias, el ingreso no agropecuario por trabajo asalariado, por actividades independientes y el ingreso no laboral:

$$\text{IFM} = (\text{INA}/12) + \text{OI} \quad (5)$$

Estimación del grado de concentración de la actividad

El concepto de pluriactividad claramente denota matices o grados, ello se puede observar de una manera sencilla a través de índices de concentración o dispersión. Los índices propuestos por Herfindal y Hirschmann, que son ampliamente difundidos en temas de concentración industrial y la medición del grado de concentración de otras magnitudes. En términos formales, si un valor V se compone de distintos valores parciales x_j , entonces:

$$V = \sum x_j \quad \text{donde } x_j \geq 0 \quad (6)$$

Por consiguiente, se puede definir un índice de concentración para cada unidad observada igual a:

$$H = \sum (x_j/V)^2 \quad (7)$$

donde:

x_j es el valor del j -ésimo producto

El rango de este índice h está entre $1/n$ y 1 : $1/n \leq H \leq 1$. Se propone un índice estandarizado igual a:

$$HH = \frac{\sum (\sqrt{x_j/V}) - (\sqrt{1/n})}{1 - \sqrt{1/n}} \quad (8)$$

De manera que la expresión anterior cumple que: $0 \leq HH \leq 1$

Aplicando este último índice, el presente documento distingue dos medidas: a) índice de concentración productiva, que mide cuán especializado es el hogar en la producción de bienes agropecuarios, y b) índice de concentración de la actividad (entonces el opuesto de dicho indicador mide el grado de pluriactividad).

Índice de especialización productiva (HHep)

Los valores parciales (x_j) se definen por la clasificación de los cinco grupos del VBPA del hogar, por tanto el indicador de especialización productiva mide la concentración entre la producción de: (i) cereales, (ii) hortalizas, (iii) tubérculos, (iv) frutas, (v) otros, (vi) ganado mayor, (vii) ganado menor, (viii) derivados agrícolas y (ix) derivados pecuarios.

El índice HHep tiende a 1, cuando existe un solo rubro que concentra la generación de la producción. Cuanto más alto es el índice, la actividad productiva del hogar está más concentrada; al contrario, HHep tiende a 0, cuando existe una mayor cantidad de rubros y el aporte de cada uno de ellos es bajo, por tanto denota mayor pluriactividad. Este índice se mide con relación a los hogares que tienen producción agropecuaria por cuenta propia, por tanto quedan excluidos los hogares que se especializan en manufactura, comercio, servicios, o trabajan en la agricultura como asalariados, así como aquellos que viven de rentas y transferencias.

Índice de concentración de actividad (hha)

El índice de concentración de la actividad se mide a partir de la participación de las distintas actividades que proporcionan ingresos al hogar, en este caso: (i) la agrícola, (ii) pecuaria, (iii) derivados, (iv) salarios, (v) ingresos del trabajo independiente e (vi) ingreso no laboral (rentista). Este índice incorpora a todos los hogares, puesto que todos tienen al menos una fuente de ingresos.

Estructura de la producción de los hogares

Esta parte del documento describe elementos relevantes de la estructura de los ingresos rurales, principalmente la producción del hogar e ingresos complementarios.

Producción agropecuaria e ingresos promedio

La información sobre el sistema productivo de los hogares rurales campesinos se describe en el cuadro 1. En 2006, el valor de la producción del hogar se conforma por la producción agrícola, que contribuye con 87,5%, la producción pecuaria, con 1,6%, y la producción de derivados, que aporta con 10,8%.

Los productos con mayor contribución al valor de producción son los cereales (38,9% del VBPA), tubérculos (22,7%) y otros agrícolas (12,4%). La contribución de la producción pecuaria al VBPA proviene principalmente del ganado mayor, en tanto que los derivados son principalmente de productos pecuarios.

Una vez descontado el consumo intermedio y las remuneraciones pagadas por el productor agropecuario, el ingreso neto del propietario equivale a Bs. 4054,1 millones, que significan alrededor de 41% del PIB agropecuario. En consecuencia, el resto de la producción final en el sector agropecuario está apropiado por los excedentes de empresas del sector. Dicho valor proporciona una idea más precisa de la contribución de la

economía campesina a la formación de valor que genera el sector agropecuario. El valor bruto de producción del conjunto de productores no presenta una subvaloración significativa, dado que se trata de hogares que declaran tener producción propia en el hogar.

Cuadro 1 Valor bruto de la producción agropecuaria anual, 2006 (Millones de Bs.)					
Destino Origen/	Estructura (%)	100,0%	69,4%	14,6%	16,0%
		VBP	Venta	Auto consumo	Otros
Producción agrícola	87,5	4652,2	3336,4	542,4	773,5
Cereales	38,9	2071,4	1519,1	200,4	352,0
Legumbres y hortalizas	7,5	398,5	319,3	46,2	33,0
Tubérculos	22,7	1201,1	642,3	234,2	324,5
Frutas	6,0	318,3	240,8	38,3	39,2
Otros	12,4	662,9	614,8	23,3	24,9
Producción pecuaria	1,6	85,8	75,4	3,0	7,5
Ganado mayor	1,1	59,2	53,9	0,2	5,0
Ganado menor	0,5	24,8	20,1	2,5	2,3
Otros	0,0	1,8	1,4	0,2	0,2
Producción derivados	10,8	573,0	271,6	230,1	71,3
Derivados agrícolas	2,5	132,3	14,0	71,9	46,4
Derivados pecuarios	8,3	437,1	254,8	157,5	24,8
Otros	0,1	3,5	2,8	0,7	0,1
Valor Bruto de Producción	100,0	5311,0	3683,3	775,4	852,3
Consumo intermedio		976,1			
Remuneraciones pagadas		257,1			
Ingreso neto del productor (Mill. Bs. año)		4077,8			

Fuente: Encuesta continua de hogares, 2006
Nota: en promedio, el 2006 el tipo de cambio era de 8,06 por cada dólar.

De la estimación del ingreso neto de la producción campesina, llama la atención una proporción elevada del ingreso neto respecto al valor de producción, sin embargo debe considerarse que existen los siguientes elementos:

- Los pequeños productores utilizan mano de obra familiar, por tanto la producción es intensiva en el uso de mano de obra principalmente la no remunerada.
- Parte del excedente es utilizado como consumo del hogar, de manera que parte del ingreso neto corresponde a los gastos de consumo del hogar que se destina a cubrir las necesidades alimentarias.
- Podría existir una subestimación del consumo intermedio, dado que las compras y pagos anuales se realizan durante varios períodos de referencia.
- La producción de pecuarios, principalmente la venta directa de ganado vivo o faeneado, no contribuye significativamente al valor bruto de la producción agropecuaria, en cambio la diversificación de productos derivados tiende a representar una mayor fracción del valor de producción. El ganado es un activo productivo de los hogares rurales, y se utiliza para varios fines, no solo consumo directo sino principalmente como complemento para facilitar las labores agrícolas, como ahorro familiar y otros.

Producción e ingresos en las regiones

A pesar de las diferencias en la estructura productiva y las condiciones que enfrentan las regiones, también se advierte ciertas similitudes en la composición del valor de producción entre las áreas rurales de los pisos ecológicos. Ello se observa en una alta contribución de las actividades agrícolas al valor de producción agropecuaria de los hogares campesinos en los tres pisos ecológicos.

La producción campesina en el altiplano (departamentos de La Paz, Oruro y Potosí) enfrenta condiciones más difíciles, principalmente escasez de tierras fértiles, débil infraestructura, condiciones climáticas adversas como sequías y heladas. Los hogares rurales del altiplano concentran la mayor extensión de pobreza extrema del país.

El valor de producción agropecuaria en el altiplano tiene un menor peso en el valor total de producción respecto al promedio, debido principalmente a una menor ponderación del valor de los cereales, aun cuando está compensado por la producción de derivados que se eleva significativamente.

La obtención del valor de producción de los pequeños productores del altiplano parece más diversificada que el promedio, de acuerdo a la estructura del tipo de producción. El contexto ambiental se deterioró como consecuencia del crecimiento demográfico, a tal punto que prácticamente la explotación agrícola habría llegado al límite, ello se manifiesta en la presencia de la rápida degradación de tierras, interrupción de los ciclos de rotación y descanso de la tierra, y una sobreexplotación de las tierras viejas (Urioste et al. 2007).

Cuadro 2
Valor bruto de la producción agropecuaria anual del Altiplano, 2006 (Millones de Bs.)

Destino Origen/	Estructura (%)	100%	62,6%	17,2%	20,2%
		VBP	Venta	Auto consumo	Otros
Producción agrícola	81,3	1377,4	872,5	208,8	296,1
Cereales	19,8	336,5	193,4	58,5	84,6
Legumbres y hortalizas	15,1	256,6	206,5	30,1	20,0
Tubérculos	26,5	448,9	173,3	110,0	165,6
Frutas	11,8	199,3	176,0	7,6	15,7
Otros	8,0	136,2	123,4	2,5	10,3
Producción pecuaria	2,5	42,8	37,5	1,9	3,4
Ganado mayor	1,7	29,1	27,2	0,0	1,9
Ganado menor	0,8	13,2	9,9	1,9	1,5
Otros	0,0	0,4	0,4	0,1	0,0
Producción derivados	16,2	275,0	151,8	80,8	42,5
Derivados agrícolas	4,9	83,5	11,0	37,3	35,2
Derivados pecuarios	11,3	191,0	140,3	43,4	7,2
Otros	0,0	0,5	0,4	0,1	0,0
Valor Bruto de Producción	100,0	1695,1	1061,7	291,5	342,0
Consumo intermedio		292,4			
Remuneraciones pagadas		15,0			
Ingreso neto del productor (Mill. Bs. año)		1387,7			

Fuente: Encuesta continua de hogares, 2006.

En los valles⁷, la producción agrícola enfrenta mejores condiciones para el cultivo de cereales y tubérculos, el autoconsumo de ganado es muy escaso y la elaboración de derivados tiene una reducida participación en el ingreso. Especialmente en regiones rurales de Chuquisaca, se advierte un enorme déficit de infraestructura, escasez de agua y otros recursos naturales, y extremas condiciones de riesgo en la producción; por ello aumenta la proporción de autoconsumo hasta 22,6% del valor bruto de producción, principalmente compuesto por consumo de tubérculos. En los valles, hay una tendencia hacia la agricultura intensiva, la presencia de minifundio en explotaciones escasas con cultivos bajo presión. Se realizan

Destino Origen/	Estructura (%)	100%	59,3%	22,6%	18,1%
		VBP	Venta	Auto consumo	Otros
Producción agrícola	85,0	1290,1	800,1	233,4	256,6
Cereales	24,1	366,2	139,6	87,1	139,6
Legumbres y hortalizas	9,0	136,7	111,2	13,3	12,2
Tubérculos	34,6	525,2	328,3	103,8	93,1
Frutas	4,3	64,8	53,0	9,7	2,0
Otros	13,0	197,1	168,0	19,5	9,7
Producción pecuaria	1,5	23,4	22,3	0,8	0,3
Ganado mayor	0,9	13,2	13,0	0,1	0,0
Ganado menor	0,6	9,5	8,6	0,6	0,3
Otros	0,0	0,7	0,7	0,1	0,0
Producción derivados	13,4	203,9	77,0	108,6	18,3
Derivados agrícolas	3,1	46,4	2,8	32,6	11,0
Derivados pecuarios	10,2	154,5	71,8	75,4	7,3
Otros	0,2	3,0	2,4	0,6	0,1
Valor Bruto de Producción	100,0	1517,4	899,4	342,8	275,2
Consumo intermedio		173,6			
Remuneraciones pagadas		44,8			
Ingreso neto del productor (Mill Bs. año)		1298,9			

Fuente: Encuesta continua de hogares, 2006.

7 Los valles están conformados por los departamentos de Chuquisaca, Cochabamba y Tarija.

cosechas con participación comunitaria, en algunos casos se introdujo el uso de fertilizantes, sin embargo la escasa infraestructura para riego limita la producción y diversificación.

En los llanos⁸, los hogares tienen mayor especialidad en la producción de cereales (arroz, soya u otros) por tanto éstos concentran significativamente la producción y dejan de lado otros como tubérculos, hortalizas y legumbres.

Durante los años setenta y ochenta, las tierras en los llanos se especializaron en la producción de soya y productos agroindustriales que incrementaron la superficie cultivada, hasta la utilización de casi medio millón de hectáreas a fines de los años noventa. En varios municipios de los llanos se advierte monocultivo de medianos y grandes productores. Especialmente en el departamento de Santa Cruz se observa una elevada asimetría en el acceso a la tierra, en la que grandes productores tienden a comprar tierras de pequeños productores. Las actividades agropecuarias introdujeron mayor tecnología, fertilizantes, mejoras en la producción de ganado y la expansión de demanda de mano de obra asalariada. Sin embargo también persisten conflictos judiciales entre Tierras Comunitarias de Origen (tierras pertenecientes a pueblos indígenas) y empresarios agroindustriales y ganaderos (Urioste, 2007).

La especialización en los cultivos está acompañada de una mayor productividad y menor dependencia de cultivos. La producción campesina en el oriente es distinta, por cuanto se trata de colonizadores en áreas que cuentan con mayores recursos naturales y colindan con otras unidades de producción de mayor escala.

La estructura del sistema productivo de la producción campesina en los llanos está, por una parte más orientada al mercado, dada la alta proporción de producción para la venta y, por otra parte, tiene una mayor proporción de gastos en remuneraciones, de tal manera que se halla en una transición hacia una organización productiva con mayor modernidad.

8 Los llanos integran los departamentos de Santa Cruz, Beni y Pando.

Cuadro 4 - Valor bruto anual de la producción agropecuaria en los llanos, 2006 (Millones de Bs.)					
Destino Origen/	Estructura (%)	100%	82,1%	6,7%	11,2%
		VBP	Venta	Auto consumo	Otros
Producción agrícola	94,6	1984,8	1663,8	100,2	220,8
Cereales	65,2	1368,7	1186,1	54,8	127,8
Legumbres y hortalizas	0,2	5,1	1,6	2,7	0,8
Tubérculos	10,8	227,0	140,8	20,5	65,8
Frutas	2,6	54,3	11,8	20,9	21,5
Otros	15,7	329,6	323,4	1,3	4,9
Producción pecuaria	0,9	19,6	15,6	0,2	3,8
Ganado mayor	0,8	16,9	13,7	0,1	3,1
Ganado menor	0,1	2,1	1,5	0,0	0,5
Otros	0,0	0,6	0,4	0,1	0,2
Producción derivados	4,5	94,1	42,9	40,7	10,5
Derivados agrícolas	0,1	2,4	0,2	2,1	0,2
Derivados pecuarios	4,4	91,7	42,7	38,7	10,3
Otros	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Valor Bruto de Producción	100,0	2098,5	1722,2	141,1	235,2
Consumo intermedio		510,1			
Remuneraciones pagadas		197,2			
Ingreso neto del productor (Mill. Bs. año)		1391,2			

Fuente: Encuesta continua de hogares, 2006.

Destino del valor bruto de la producción

Según el destino, el VBPA de los hogares rurales, en promedio, se distribuye en 69,7% para la venta, 14,7% para el autoconsumo y 15,7% para otros destinos.

Los hogares rurales mantienen parte de la producción para consumirla en el hogar porque se trata de alimentos básicos, su obtención solo depende del esfuerzo productivo, sin embargo, guardar en el hogar puede evitar varios costos de transacción, que implicaría la venta o el trueque.

Las diferencias regionales en el destino de la producción también son importantes; se advierte un fuerte contraste en los llanos, puesto que los

hogares prácticamente destinan 80% del valor de la producción a la venta, quedando menos de 10% para el autoconsumo y 10% a otros usos. Al contrario, la producción de los hogares que viven en regiones del altiplano y valles presentan una mayor diversificación, puesto que alrededor de 60% está orientado a la venta y 40% al autoconsumo y otros usos.

Una menor especialización en la producción está acompañada de una proporción creciente en el autoconsumo de los hogares. La especialización en productos de alto valor es resultado de políticas y acciones que promueven la expansión de actividades agropecuarias.

Estructura de ingresos familiares

En cuanto a los datos sobre ingresos del sistema productivo, específicamente el ingreso neto que corresponde al excedente del productor agropecuario, se presenta como una fuente de ingresos del hogar, para agregarse al resto de fuentes de ingreso. A este ingreso se añaden los ingresos por salarios, el trabajo independiente no agropecuario e ingresos no laborales. Dichos ingresos se presentan en valores mensuales promedio, por hogar.

En el ámbito nacional, el ingreso mensual por hogar rural en 2006 se estimó en Bs. 1740 (aproximadamente 215 dólares). El sistema productivo del hogar contribuye con alrededor de 35%, al ingreso del hogar rural, y es similar en altiplano y llanos; en cambio, en los valles, esta proporción se eleva a 42%.

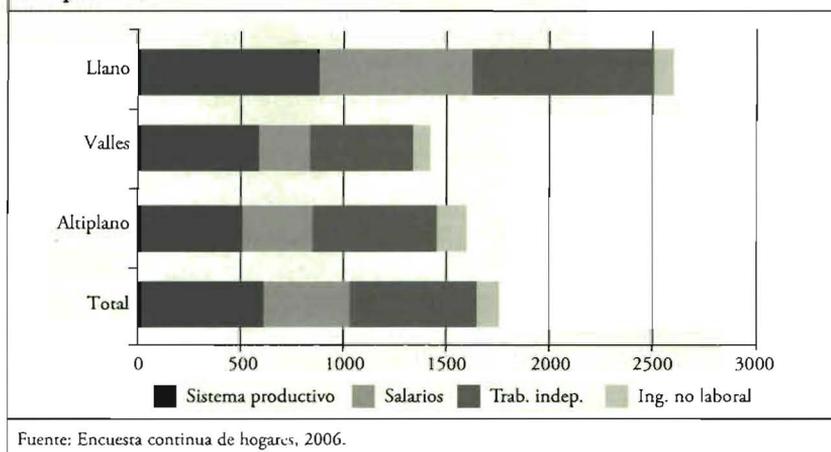
Cuadro 5 Ingresos del hogar rural por región según fuente, 2006 (Bs. por mes)				
	Total	Altiplano	Valles	Llano
Ingreso promedio	1740	1588	1398	2594
Ingreso Agrícola	443	291	367	883
Ingreso Pecuario	99	125	128	0
Ingreso por derivados	69	82	95	0
Salarios	409	353	255	769
Ingreso por trabajo independiente	622	627	467	852
Ingreso no laboral	98	110	86	90

Fuente: Encuesta continua de hogares, 2006.

En el altiplano rural, los hogares obtienen el ingreso familiar principalmente del trabajo independiente no agropecuario, luego del sistema productivo y finalmente de salarios y otros no laborales. En los valles rurales el sistema productivo proporciona la mayor parte del ingreso familiar, aunque también se advierte un aporte de los ingresos del trabajo independiente no agropecuario y el trabajo asalariado.

En los llanos rurales los ingresos promedio son cerca de 50% más altos que el promedio nacional, y están distribuidos entre aquellos que provienen del sistema productivo, y los del trabajo independiente.

Gráfico 1: distribución del ingresos del hogar rural por región según fuente, 2006 (Bs. por mes)



La estructura y nivel de ingresos rurales en los tres pisos ecológicos en Bolivia dan lugar a algunas conclusiones preliminares:

- La productividad agropecuaria es baja, por tanto no permite una especialización del hogar en actividades agropecuarias.
- Las diferencias en productividad agropecuaria son apreciables entre los llanos y las otras regiones.

- El ingreso independiente no agropecuario tiende a sustituir el ingreso agropecuario en todas las regiones, en cambio el ingreso por trabajo asalariado solamente cobró importancia en la región de los llanos.
- Ciertamente, la diversificación de ingresos en el área rural boliviana ya no es una novedad, sin embargo sigue siendo una “verdad a medias”, por cuanto si se considera únicamente a los hogares que obtienen ingresos principalmente del sistema productivo, entonces se observa una especialización. Para confirmar dichas conclusiones, se muestra una vez más los datos de la estructura de ingresos de los hogares rurales según tipos de hogar, sean estos especializados en la producción agropecuaria, no agropecuarios o pluriactivos.

Las tendencias muestran que la actividad agropecuaria cada vez más es una fuente menos importante en los ingresos de los hogares rurales. Los hogares que se especializan sin modernizarse, obtienen bajos ingresos, al contrario, los hogares que incursionan en actividades no agropecuarias tienen ingresos más altos que el promedio.

Cuadro 6

Ingresos del hogar rural por tipo de hogar según fuente, 2006 (Bs mes)

	Total	Hogar Pluriactivo	Hogar solo agropecuario	Hogar no agropecuario
Ingreso promedio	1740	1723	399	1810
Ingreso Agrícola	443	585	327	0
Ingreso Pecuario	99	131	39	0
Ingreso por derivados	69	91	33	0
Salarios	409	291	0	784
Ingreso por Trabajo independiente.	622	531	0	912
Ingreso no laboral	98	93	0	113

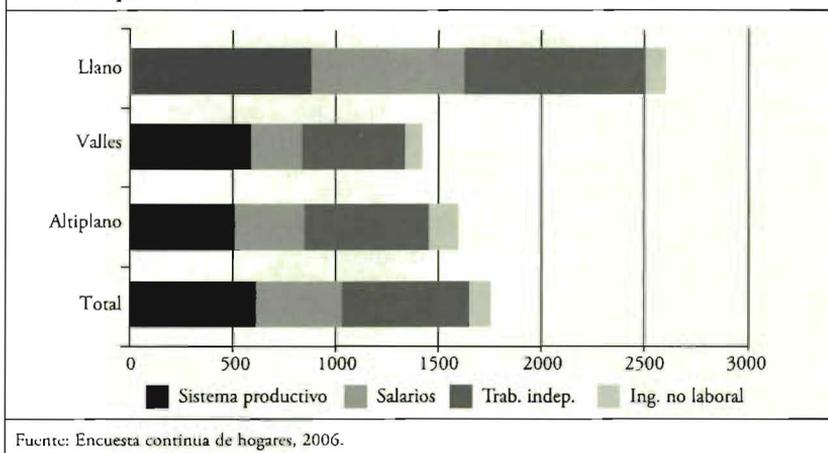
Fuente: Encuesta continua de hogares, 2006.

9 Jiménez y Gutierrez (2003).

De acuerdo a los datos del cuadro 6, la especialización agropecuaria determina bajos ingresos, por tanto actualmente se trata de una situación extrema que impide alcanzar niveles mínimos de bienestar.

Por otra parte, los hogares rurales no agropecuarios tienen éxito en obtener ingresos más elevados que el promedio, que obtienen principalmente a través de la conformación de unidades económicas independientes no agropecuarias. En menor medida, los ingresos se obtienen del trabajo asalariado.

Gráfico 2 - distribución del ingresos del hogar rural por región según fuente, 2006 (Bs. por mes)



En el área rural, los riesgos por pérdida de cosechas, enfermedades y otros eventos adversos son elevados; los hogares rurales no son neutrales al riesgo, de manera que se comportan anticipando futuras fluctuaciones de consumo y manejan el ahorro para fines de riesgo.

Grado de especialización de los hogares

El grado de especialización de los hogares se observa desde dos perspectivas: los hogares que realizan actividades agropecuarias (especialización

productiva), y grado de pluriactividad aproximada de los hogares, por las fuentes que contribuyen al ingreso total. Para tal efecto se utilizan los índices Herfindal y Hirschmann.

Especialización productiva

Considerando únicamente los hogares con producción agropecuaria, se mide el grado de concentración o especialización productiva de los hogares. Se recuerda que dicho índice es igual a 1, cuando el hogar obtiene ingresos únicamente de la producción de un tipo de producto, mientras que tiende a 0, si produce varios de los productos y la contribución de cada uno de ellos es similar.

El índice de especialización productiva en promedio es 0,507; los hogares del altiplano son los de menor concentración productiva, mientras que en los llanos la especialización productiva es más elevada, como resultado de una mayor producción de cereales o especialización en ganado¹⁰.

La mayor especialización productiva está correlacionada con el valor de la producción agropecuaria. Aun cuando no se puede atribuir una relación causal de la especialización productiva y el valor de producción, se advierte que el ingreso está concentrado en pocas fuentes cuando los hogares presentan mayores niveles de producción.

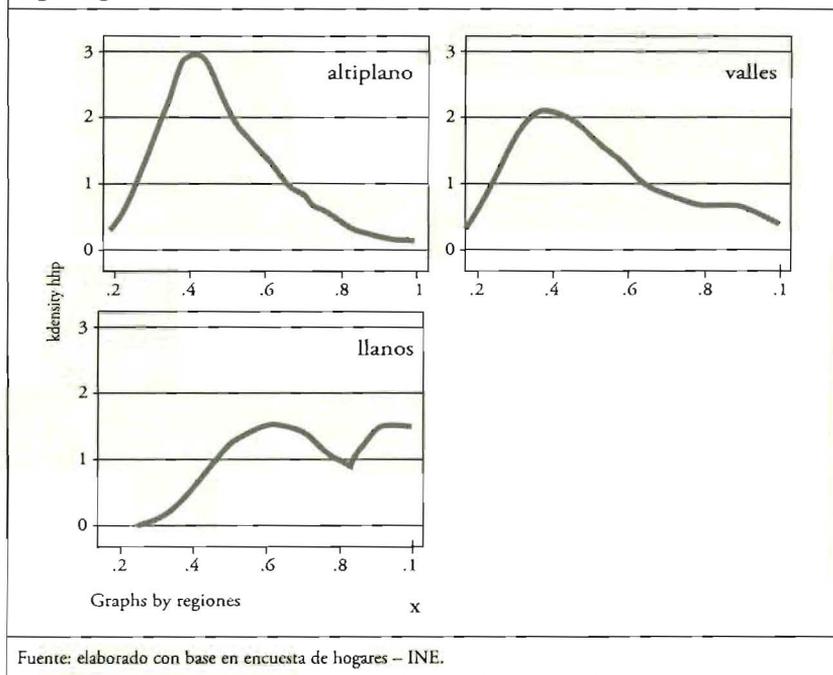
10 No existe otro estudio de comparación para afirmar que el índice promedio sea elevado o reducido; el índice es altamente dependiente de la definición de los componentes del ingreso.

Cuadro 7: Índice de especialización productiva por características seleccionadas de los hogares, según región, 2006				
	Total	Regiones		
		Altiplano	Valles	Llanos
Total	0,507	0,449	0,525	0,752
<i>Tramos de valor de producción</i>				
Cuartil 1. ^{er} (bajo)	0,481	0,453	0,456	0,715
Cuartil 2. ^o	0,450	0,390	0,491	0,690
Cuartil 3. ^{er}	0,523	0,449	0,572	0,766
Cuartil 4. ^o (alto)	0,573	0,510	0,568	0,808
<i>Tipo de unidad familiar</i>				
Multiproductivo	0,474	0,449	0,514	—
Mono productivo - agrícola	0,734	—	0,669	0,752

Fuente: elaborado con base en encuesta de hogares - INE.

La distribución completa del índice de concentración productiva se observa en el gráfico 3; se advierten diferencias significativas entre regiones. La concentración productiva es menor en el altiplano y valles, en tanto que la especialización presenta una distribución bimodal en los llanos. Ello indica la presencia de hogares monoprodutores junto a otros que diversifican la producción.

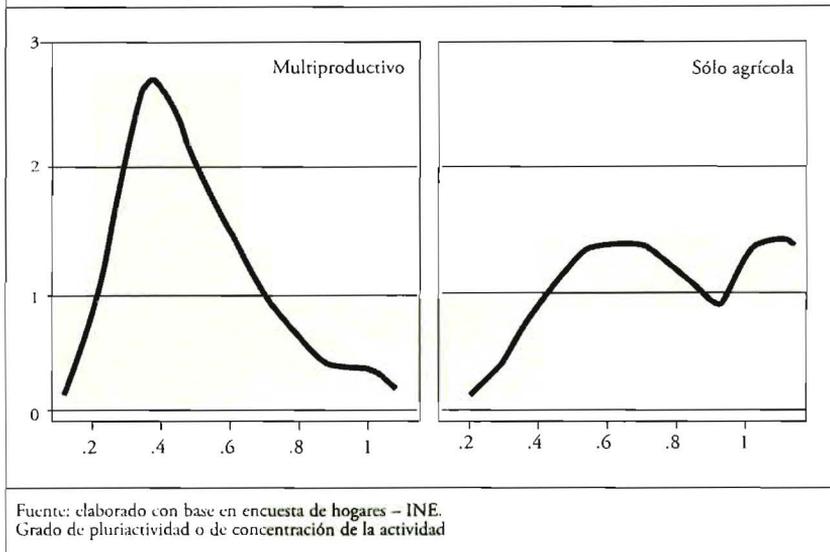
Gráfico 3: Distribución del índice de especialización productiva, según regiones, 2006



Fuente: elaborado con base en encuesta de hogares – INE.

De la misma manera, se observa diferencias entre hogares multiproductivos, y solo agrícolas. Entre los primeros hay una significativa dispersión, lo que da cuenta de que los hogares tienen producción de varios grupos de productos. Cuando los hogares sólo son agrícolas, la distribución es bimodal, dando cuenta de una especialización productiva.

Gráfico 4 - Distribución del índice de especialización productiva, según tipo de hogar, 2006



El grado de pluriactividad está medido por la estructura de ingresos familiares de todos los hogares rurales que declararon al menos una fuente de ingreso; cuanto más disperso sea el ingreso, el hogar es más pluriactivo (índice cercano a 0), al contrario si la actividad está concentrada en una sola fuente, el índice se acerca a 1.

El promedio nacional de concentración es 0,625, a diferencia del índice de especialización productiva, las diferencias del índice de concentración de actividades entre regiones no son tan pronunciadas.

La concentración de actividad es mayor cuando el hogar tiene ingresos familiares más elevados, ello se constata al comparar hogares del cuarto y primer cuartil de ingresos.

Pluriactividad e ingresos familiares en el área rural de Bolivia

Cuadro 8 - Índice de concentración de actividades por características seleccionadas de los hogares, según región, 2006				
	Total	Regiones		
		altiplano	Valles	Llanos
Total	0,625	0,537	0,538	0,686
Tramos de valor de producción				
Cuartil 1. ^{er} (bajo)	0,625	0,549	0,614	0,795
Cuartil 2. ^o	0,582	0,536	0,531	0,774
Cuartil 3. ^{er}	0,601	0,540	0,570	0,769
Cuartil 4. ^o (alto)	0,692	0,650	0,635	0,843
Tipo de unidad familiar				
Hogares Pluriactivos	0,551	0,536	0,537	0,686
Solo agropecuarios	0,695	0,755	0,666	—
No agropecuarios	0,855	0,874	0,838	0,855
Fuente: elaborado con base en encuesta de hogares - INE.				

La distribución de los índices de concentración de actividades muestra que estas son más uniformes en el altiplano y valles; ambas presentan hogares en distintos grados de especialización. Sin embargo, en los llanos existe una tendencia a especializarse. En los primeros, la diversificación de ingresos entre actividades agropecuarias y no agropecuarias se consolida no necesariamente como consecuencia de la modernización, sino como formas de suavizar el consumo y el ingreso.

El análisis anterior permite plantear que el área rural boliviana se halla en una profunda transformación; en los departamentos del altiplano y valles se advierte una diversificación productiva atribuida a la escasa modernización agraria, y por otra parte, un alto grado de pluriactividad de los hogares. Las condiciones del agro no permiten generar ganancias de productividad; hace tres décadas atrás, en áreas rurales de los llanos emergieron sectores dinámicos que incursionaron en mercados externos, especialmente para la soya, algodón y otros productos agroindustriales que demandaron mayor utilización de maquinaria y mano de obra asalariada. En el altiplano y valles la agricultura tradicional se estancó y la productividad laboral y los ingresos se deprimieron.

En todas las regiones, aunque principalmente en los llanos, se propició una fuerte tendencia hacia la diferenciación económica y social, determinada por la calidad de las tierras, la infraestructura y el acceso a servicios sociales, financieros e interacción con el mercado externo.

Una proporción importante de los hogares en el área rural combinan actividades con arreglo a los derechos de propiedad individuales y comunales sobre la tierra. La acumulación de riqueza en el campo depende de las exterioridades generadas desde afuera de la economía rural. Por tanto, la diversificación de actividades es una respuesta eficiente a la vida en el campo.

Conclusiones

El presente documento se propuso observar la estructura de ingresos de los hogares rurales, tanto los que provienen del sistema productivo como de otras fuentes no agropecuarias o no laborales; medir el grado de pluriactividad, diferenciando la especialización productiva como la concentración/diversificación de las actividades.

Con base en la encuesta de hogares se realizó la medición de las fuentes de ingreso y la estimación de los índices de concentración de Herfindal y Hirschmann.

De acuerdo a la evaluación de los ingresos de la producción agropecuaria, se observan diferencias regionales significativas, tanto en el valor de la producción como en la estructura.

La producción de subsistencia (autoconsumo) tiene mayor contribución al ingreso de la producción campesina en altiplano y valles, mientras que en los llanos tiene mayor orientación hacia el mercado.

La diversificación del valor de producción agropecuaria en el altiplano y valles fortalece la idea de que habría llegado a un límite por la presión demográfica y la escasez de tierras productivas. En los llanos, la introducción de mayor tecnificación dio lugar a un proceso de especialización productiva en artículos de mayor valor, muchos de ellos se exportan y demandan mayor extensión de tierras. Dicha expansión enfrenta hoy conflictos judiciales por la propiedad de la tierra, entre empresarios y pueblos indígenas.

Los ingresos agropecuarios cada vez son menos importantes en el ingreso familiar, sin embargo proporcionan la base de la seguridad alimentaria del hogar. En el 2006, se observa que los ingresos de actividades no agropecuarias son cada vez más importantes, a pesar de ello también se observan hogares especializados en la explotación de agricultura moderna.

Los elementos expuestos confirman la idea de una profunda transformación del agro y del contexto rural boliviano. Las políticas deben considerar la significativa interacción entre las actividades agropecuarias y no agropecuarias (comercio, transporte, turismo y otros), que son parte de las fuentes de ingreso de los hogares rurales.

Bibliografía

- Bardhan, P, y C. Udry (1999) *Development Microeconomics*. New York, Oxford University Press.
- Basu, Kaushik (1997) *Analytical Development Economics. The Less developed economy revisited*. Cambridge Mass MIT.
- Berdegú J. et al. (2001) *Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina y el Caribe*. Washington DC, Banco Interamericano de Desarrollo. Serie de informes técnicos del Departamento de desarrollo sostenible.
- De Jainvry, A, y E. Saudulet (s/f) "Progress in the Modeling of Rural Households' Behavior Under Market Failures"; en Erick Thorbecke: *Poverty, Inequality and Development. Essay in honor*. Chapter 8.
- Eyzaguirre (2006) "Composición de los ingresos familiares de campesinos indígenas. Un estudio en seis regiones de Bolivia". *Cuadernos de Investigación*, No. 63. La Paz, Centro de Investigación y promoción del campesinado (CIPCA).
- Kay, Cristobal (2004) *Pobreza y desarrollo rural en Bolivia. Evaluación de las estrategias de reducción de pobreza en América Latina*. La Haya, Institute of Social Studies (ISS)-Agencia Sueca de Cooperación Internacional.

- Jimenez, Lizárraga (2003) "Desigualdad e ingresos en el área rural de Bolivia". *Revista de Análisis Económico*, No. 19. Unidad de Análisis de Políticas Sociales y Económicas.
- Jiménez, E.; Ch. Gutierrez (2003) "Reconsiderando la cuestión agraria en Bolivia: un análisis de la composición y determinantes de los ingresos rurales". *Revista de Estudios Económicos y Sociales. Estadísticas y Análisis*, No. 3. Segunda Edición. La Paz, Instituto Nacional de Estadística (INE)
- Ministerio de Planificación para el Desarrollo (Bolivia) (2006) *Plan Nacional de Desarrollo. Bolivia digna, productiva, democrática para vivir bien*. La Paz.
- Ormachea, E. (2007) *Medio siglo de políticas agrarias y de tierras en Bolivia: La construcción del capitalismo en el agro*. La Paz, Centro de Estudios para el Desarrollo Agrario y Laboral.
- Pallens (2006) *Composición del ingreso familiar y la diversificación agrícola. Una aproximación a seis zonas campesinas de Cochabamba y Norte de Potosí*. Cochabamba, Centro de Investigación y promoción del campesinado (CIPCA).
- Pacheco, D. y W. Valda (2003) *La tierra en los valles de Bolivia. Apuntes para la toma de decisiones*. La Paz, Consorcio Interinstitucional. Tierra - Aclo - CIPCA - CEDLA - Qhana.
- Urioste, M.; R. Barragán y G. Colque (2007) *Los nietos de la reforma agraria. Tierra y comunidad en el altiplano de Bolivia*. La Paz, Fundación Tierra - Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA).
- Urioste, M. y D. Pacheco (2001) *Las tierras bajas en Bolivia a fines del Siglo XX*. La Paz, Fundación PIEB.

La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos

Hubert C. de Grammont¹

A lo largo del siglo XX se consideró que en el campo mexicano vivían campesinos, pequeños agricultores familiares, latifundistas y jornaleros agrícolas². A aquellos que no tenían tierra se les consideraba “campesinos sin tierra” o “campesinos con derecho a salvo” por ser posibles beneficiarios del reparto agrario. La importancia de la ideología revolucionaria agrarista nutrida por la enorme capacidad de los campesinos por obtener la tierra, a pesar de la oposición férrea de los latifundistas o caciques locales, daba la impresión de que el reparto era inagotable³. Los campesinos empobrecidos o “sin tierra” que no podían vivir más en el campo, migraban a la ciudad en donde lograban encontrar trabajo, alimentando los barrios marginales de las periferias de las metrópolis. Las personas que vivían en el campo y que no eran productores agropecuarios trabajaban localmente o en las pequeñas urbes cercanas en el sector manufacturero y de servicios.

1 Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, México DF, correo electrónico: hubert@servidor.unam.mx

2 En este trabajo utilizamos como sinónimos “campo” y “rural”. Para delimitar este espacio geográfico y social nos atenemos a la definición de la población rural del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (localidades con menos de 2500 habitantes), porque esto nos permite utilizar las fuentes censales con las cuales cuantificamos los procesos estudiados, hacer comparaciones históricas así como entre países ya que es el criterio comúnmente utilizado a nivel internacional.

3 Se distribuyeron 107 millones de hectáreas a más de 3 millones de campesinos, durante el reparto agrario que se inició en 1916 y concluyó en 1992..

No se tenían datos suficientes para cuantificar la situación de manera precisa, pero podemos suponer que esta visión era cercana a la realidad. El primer dato disponible a nivel de hogar nos indica que, en 1963, 72% de las familias rurales eran familias campesinas, sin embargo se incluía en esta categoría a todas las familias que trabajaban en el sector agropecuario, o sea tanto a los campesinos como a los asalariados agrícolas sin tierra (Banco de México 1966).

Sin embargo, en las dos últimas décadas del siglo pasado se transitó de una sociedad agraria en la cual predominaba el sector agropecuario, a una sociedad rural en donde este sector no sólo coexiste con otras actividades económicas sino que es la actividad menos importante tanto en términos de la población económicamente activa involucrada, de la participación de los hogares y del ingreso obtenido. Hubo un acelerado proceso de "desagrarización" del campo, no por la desaparición de la actividad agropecuaria, como se argumenta a menudo, sino por el impresionante crecimiento de los ingresos no agrícolas en los hogares rurales, al punto de que representan hoy 93% de sus ingresos monetarios totales.

Para entender cabalmente esta transformación, debemos distinguir dos procesos complementarios. Por un lado, tenemos la transformación de las familias campesinas que intentan contrarrestar los efectos de los bajos precios de sus productos agropecuarios con estrategias de diversificación de las actividades de sus miembros, esencialmente asalariadas. Si bien las actividades anexas al trabajo agropecuario siempre existieron en la economía campesina, en particular con el trabajo asalariado fuera de la unidad productiva, se reconocía que era la agricultura la que ordenaba y daba sentido a la vida del hogar campesino, de la comunidad y del campo mismo. Hoy, esta centralidad de la actividad agropecuaria en las unidades campesinas ha sido sustituida por el trabajo asalariado: sin perder del todo su función de productor agropecuario, la familia campesina vive esencialmente del salario de sus miembros y por lo tanto las estrategias de supervivencia se toman a partir de las condiciones del mercado de trabajo, más que de las condiciones del mercado de productos agropecuarios. Esta compleja combinación entre actividad agropecuaria y asalariada, ocasionalmente con pequeños negocios y oficios propios, se conoce como pluriactividad campesina.

Por otro lado, tenemos a las familias no campesinas que, debido al impresionante crecimiento demográfico y el fin del reparto agrario, representan ahora la mayoría de los hogares en el campo. Estas familias rurales no campesinas viven esencialmente del trabajo asalariado que pueden encontrar localmente, o vía las migraciones de retorno a nivel regional, nacional o hacia Estados Unidos, pero también pueden vivir de negocios y oficios propios. Son por definición pluriactivas ya que sus miembros se desempeñan en diferentes actividades⁴.

Los cambios provocados por estas nuevas dinámicas son tan fuertes, que la sociedad rural conocida por la nueva generación y anclada en pueblos marginados pero volcada hacia el mundo exterior por la migración, no se parece a la sociedad agraria de la generación anterior que veía en la tierra, y en la lucha agraria, el principal medio para mejorar sus condiciones de vida. Los arquetipos de la vida rural que eran la parcela y la milpa se ven sustituidos por la migración y el trabajo asalariado precario. Parece entonces justificado hablar del tránsito de un mundo campesino agrario, dominado por la producción agropecuaria y la familia campesina, a un mundo rural en donde predomina el trabajo asalariado y la familia no campesina.

En este trabajo estudiamos este proceso con una retrospectiva histórica concisa y haciendo un esfuerzo de cuantificación de los cambios ocurridos a partir de los censos de población y de las encuestas nacionales de Ingresos y Gastos de los Hogares (ver los cuadros en anexo). En un primer momento hacemos una breve reflexión sobre las transformaciones de la economía campesina y el fortalecimiento de los hogares no agrícolas en el campo, para establecer algunos parámetros de análisis. Vemos cómo la Unidad Económica Campesina que prevaleció desde la posrevolución hasta la década de los ochenta se transforma con la globalización en una Unidad Económica Campesina Pluriactiva (UECP) pero, además, coexiste con la Unidad Familiar Rural (UFR). Luego, estudiamos la transforma-

4 Si bien durante la reforma agraria se conocía a esta población como campesinos sin tierra, ahora en la medida en que las últimas luchas agrarias importantes a nivel nacional se dieron en 1975 y que el reparto agrario fue cancelado en 1992, me parece necesario buscar conceptos más apropiados. En Brasil se les sigue reconociendo como campesinos sin tierra precisamente porque existe un fuerte movimiento agrarista y porque el proceso de reparto agrario sigue abierto.

ción de la población agraria estrechamente vinculada con el sector primario, a una población rural en la cual cerca de la mitad de la población económicamente activa ya no tiene nada que ver con el campo, si no es porque vive en pequeñas localidades rurales. En un tercer inciso analizamos la importancia relativa de los hogares campesinos UECP y de los no campesinos UFR, así como las diferentes fuentes de sus ingresos. Concluimos con unas reflexiones sobre la actual situación de la estructura ocupacional en el campo y la necesidad de repensar nuestra conceptualización tanto de lo que es el campo hoy en día, como de lo que son los propios campesinos.

Algunas reflexiones sobre la unidad económica campesina pluriactiva y la unidad familiar rural

La transformación permanente de las unidades de producción campesina, para adaptarse a las situaciones cambiantes de la sociedad en la cual viven y su definición como unidad de producción, es un tema de suma complejidad. Los trabajos de muchos autores han marcado la pauta sobre los estudios de la economía campesina en el capitalismo; recordemos sólo a algunos de los más importantes como fueron primero Marx (1972), Kautsky (1974), Lenin (1975) o Chayanov (1974), y más recientemente Daniel Thorner (1971), Boguslaw Galeski (1977), Teodor Shanin (1983), Eric Wolf (1971) o Robert Redfield (1963). A pesar de las diferentes posiciones teóricas existentes, se estableció entre los científicos sociales cierto consenso sobre la definición de la unidad de producción campesina⁵.

Bajo el capitalismo se ha definido a la economía campesina con una lógica propia, diferente a la lógica capitalista, a partir de las siguientes características: 1) es una unidad de producción (parcialmente) mercantil que intercambia productos en el mercado; 2) en la cual no hay separación entre los medios de producción y el trabajo, por lo cual hay unidad entre

5 Según la corriente de pensamiento o el énfasis que se quiere destacar, se utiliza una variada gama de conceptos, como son: la pequeña agricultura mercantil, la economía mercantil simple, economía campesina, familiar o doméstica, etc. A menudo estos términos se usan como sinónimos.

la producción y el consumo; 3) es una forma de producción dominada por el capitalismo que determina su funcionamiento, por lo cual su relación con la producción capitalista es desigual; 4) se reproduce (esencialmente) a partir de la fuerza de trabajo familiar; 5) en la medida en que la fuerza de trabajo familiar es un recurso fijo, puede desempeñar otras actividades fuera de la unidad, en particular en actividades asalariadas, pero se considera a estas actividades como "complementarias" porque no definen el conjunto de la organización familiar, como sí lo hace la actividad agropecuaria⁶.

En América Latina esta nomenclatura se utilizó ampliamente durante tres décadas, de los sesenta a los ochenta. Sin embargo, en los últimos veinte años surgieron dos fenómenos que obligaron a los estudiosos a introducir nuevos matices en el estudio de la economía campesina. El primero es, en el contexto de la crisis de la producción campesina, la extensión del trabajo asalariado familiar, al punto de que, para una porción importante de los campesinos pobres la actividad agropecuaria, ha dejado de ser la determinante en la organización del conjunto de las actividades familiares. Este fenómeno es particularmente importante para los campesinos de subsistencia que autoconsumen su producción pero, como lo veremos, tiene también mucha importancia entre los campesinos mercantiles que obtienen importantes ingresos del trabajo asalariado de sus miembros. Es esta combinación de actividades, y por lo tanto de ingresos en la familia campesina, la que se conoce ahora como pluriactividad.

El segundo fenómeno se refiere a la presencia en el campo de una elevada proporción de hogares que no tienen nada que ver con la actividad agropecuaria forestal, ni siquiera con pequeñas manufacturas locales vinculadas al sector primario (artesanías, pequeñas industrias de transformación, minería), como se hacía en las antiguas economías campesinas.

En rigor, esta situación no es nueva. A finales de los setenta estuvo presente en México, en la polémica teórica sobre la articulación de los modos de producción, así como de los procesos de proletarización del campesi-

6 Una buena reseña sobre las diferentes posiciones analíticas existentes en las décadas sesenta y setenta así como sobre la definición del campesino se encuentra en los capítulos 1 y 2 del libro *Economía campesina y agricultura empresarial* (CEPAL 1982).

no, cuando se discutieron los conceptos de descampesinización, proletarios y semiproletarios (Paré 1979). Para sintetizar estos planteamientos recordemos que el campesino era un productor familiar mercantil (aunque sea parcialmente), que podía complementar sus ingresos agropecuarios con actividades artesanales o asalariadas, el semiproletario dependía más de sus ingresos como asalariado que de su producción agrícola de autoconsumo, el proletario era un "ex campesino" o hijo de campesino que ya no tenía acceso a la tierra y vivía sólo (o casi exclusivamente, ya que siempre existía la posibilidad de las actividades de traspatio) de su trabajo asalariado.

Si bien había fuertes desacuerdos sobre el devenir de los campesinos mercantiles, para los campesinistas era una clase que formaba parte de la estructura misma del capitalismo, por ser funcional a la acumulación de capital vía el intercambio desigual, mientras que para los descampesinistas era una clase en transición por los efectos de la competencia en el mercado de productos, y había cierto consenso en suponer que el proletario se mantenía en el campo, en tanto conservaba vínculos con la economía campesina y la comunidad rural a través del parentesco, pero que su destino era la migración definitiva hacia la ciudad por la falta de trabajo en su pueblo (en todo caso el desacuerdo era determinar la fuerza de estos vínculos). Por su lado, el semiproletario era un campesino pobre en proceso de transición hacia su total desvinculación de la tierra como productor directo. Estas propuestas eran variantes de la conocida postura de Lenin (1975) acerca de los campesinos ricos, medios y pobres.

Lo novedoso es que treinta años después podemos constatar no sólo la permanencia, sino el incremento tanto de los hogares de los campesinos pobres como de los hogares no campesinos. Siguiendo el planteamiento de todos los autores clásicos que estudiaron el campesinado, no se debe buscar la explicación de esta situación en el campesinado mismo sino en su relación con la sociedad capitalista dominante. Hoy, la relación entre ambas formas de producción ha cambiado profundamente porque el capitalismo se ha transformado y, por lo tanto, su relación con el campesinado impone nuevas reglas de funcionamiento en los hogares rurales. La persistencia de los hogares campesinos y no campesinos no responde solamente a la fuerza de los vínculos comunitarios, tal como se planteaba hace

algunas décadas, sino principalmente a la actual situación del mercado de trabajo, escaso y precario, incapaz de absorber la mano de obra sobrante del campo.

Sin embargo, ambos tipos de hogares tienen distintas problemáticas, por lo cual debemos diferenciar claramente cada situación. Esta situación ha provocado profundos cambios en las relaciones comunitarias. La gran limitación de los estudios realizados hasta la fecha sobre la pluriactividad es que, salvo algunos casos, han estudiado los ingresos no agropecuarios a nivel de las localidades rurales, sin desagregar sus análisis a nivel de los hogares. Debido a ese nivel de generalidad parece que la pluriactividad es propia de la producción campesina y se ignora la presencia del hogar no campesino. Por eso, nos parece indispensable distinguir ambas situaciones, porque tienen distintas dinámicas y a menudo intereses encontrados. Proponemos hablar de Unidad Económica Campesina Pluriactiva (UECP) cuando se trata de unidades campesinas mercantiles (parcial o totalmente) y de Unidad Familiar Rural (UFR) cuando se trata de hogares sin actividad agropecuaria propia o cuando estas sean exclusivamente de autoconsumo.

En el primer caso, las actividades del hogar se vinculan al ámbito del trabajo propio, mientras en el segundo pertenecen al ámbito del trabajo asalariado (raras veces de negocios propios). Proponemos abandonar el concepto de campesino de subsistencia por dos razones. Primero, porque hoy en día la importancia del autoconsumo frente a los demás ingresos no agropecuarios de la familia se reduce cada vez más y su permanencia depende del tiempo de trabajo familiar sobrante; segundo, porque bajo los actuales procesos de globalización (predominio del mercado y fin del reparto agrario), la perspectiva de estos campesinos de subsistencia es su transformación en unidades familiares rurales. Veremos estos dos procesos en el inciso tres.

La división entre ambas formas de organización familiar es endeble, pero existen parámetros para diferenciarlas. Proponemos los siguientes criterios. La UECP se define como una unidad de producción que 1) se organiza en torno al trabajo familiar propio para producir mercancías; 2) se vende, aunque sea parte, la producción en el mercado; 3) existe una lógica patriarcal y patrimonialista de la organización del trabajo que se

centra en la producción agropecuaria, aunque deja espacio para actividades complementarias como son las artesanías, el trabajo asalariado a domicilio o el trabajo asalariado fuera del predio; 4) tiene una racionalidad propia, aunque se vincula al sistema capitalista dominante, esencialmente a través del mercado de producto. Por su lado, la UFR se define por 1) organizarse esencialmente en torno al trabajo asalariado; 2) puede existir una lógica patriarcal y patrimonialista de la organización del trabajo asalariado en diferentes actividades, pero el poder del jefe de familia se ve mermado por la ausencia de la tierra, y cada miembro de la familia tiene mayor autonomía para decidir sobre sus propias actividades; 3) el trabajo en la producción agropecuaria de autoconsumo subsiste como posibilidad pero se reduce normalmente a actividades de traspatio.

Del mundo agrario al mundo rural

La población rural

En 1921 la población rural era de cerca de 10 millones y representaba 68% de la población total; actualmente se acerca a 25 millones y representa 25% de la población del país (cuadro 1). A lo largo del siglo XX la población urbana se incrementa a pasos agigantados: su tasa anual de crecimiento es de 2,2% en la década de los veinte pero es de 6,1% en los sesenta. A partir de esta fecha vuelve a bajar tan rápido como subió, ya que para la década de los noventa estaba en 2,5%, el mismo nivel que se tenía a principios de siglo. El punto de quiebre que marca el dominio de la urbanización se da al inicio de la década de los sesenta, cuando la población se divide a mitades entre lo rural y lo urbano.

Gran parte del crecimiento urbano es exógeno porque se debe a los enormes flujos de migración definitiva del campo a la ciudad⁷, pero debemos distinguir dos etapas en este proceso: la primera que corresponde al

7 Durante la década de los treinta, 2,8% de la población rural migra a la ciudad; durante la década de los cuarenta esta proporción sube a 6%, mientras durante los cincuenta baja a 4,3% (Centro de Estudios Estadísticos y Demográficos 1970).

proceso de industrialización hacia adentro y desarrollo estabilizador, la segunda que corresponde a la globalización y apertura comercial. Las causas de la migración así como los tipos de migración y los flujos migratorios son distintos en ambos momentos.

En el primer período la población urbana creció mucho más rápido que la población rural, en buena medida por el efecto de las migraciones definitivas del campo hacia la ciudad que tuvieron su auge durante las décadas de 1950 a 1970, muy particularmente hacia las grandes ciudades de México, Guadalajara y Monterrey⁸.

Durante este período la migración masiva campo-ciudad se debe a varios factores que se combinan, de los cuales destacan tres: 1) La separación de la industria doméstica –tradicionalmente conocida como artesanía– de la agricultura, debido al proceso de industrialización y sustitución de productos domésticos por productos industriales. Este proceso, también conocido como especialización del sector agropecuario, se dio a partir de la década de los cuarenta y canceló numerosos empleos en el campo. 2) El importante crecimiento demográfico debido a la elevada tasa de natalidad en el campo, con la disminución de la mortalidad por el mejoramiento del sistema de salud pública. 3) La crisis de rentabilidad de la economía campesina iniciada en 1957 con el control del precio del maíz, se agrava a lo largo de los años con la caída de los precios de otros productos claves de la economía campesina (como henequén y café), mientras que los precios de los insumos se incrementaban notablemente⁹, viejo fenómeno conocido como intercambio desigual campo-ciudad.

- 8 Según Alba (1977), entre 1940 y 1950 la población urbana creció en 2,8 millones de habitantes, de los cuales 1,7 millones se debe a las migraciones que provienen esencialmente de localidades rurales (crecimiento social); en la siguiente década (1950-1960) el crecimiento urbano fue de 4,9 millones de habitantes, de los cuales 1,8 millones provenían esencialmente de las migraciones desde las localidades rurales; finalmente entre 1960 y 1970 la población urbana crece en 8,4 millones, de los cuales 2,7 millones son por migración. Sin embargo, Alba hace notar que en estos cálculos los nacimientos de los emigrantes establecidos se contabilizan como crecimiento natural, cuando son de hecho un efecto indirecto del crecimiento social (migración). Precisa que si se contabiliza los nacimientos de los emigrantes establecidos como crecimiento social (efectos directos e indirectos), 69% del crecimiento de la población se debe a la migración durante la década de los sesenta.
- 9 El precio del maíz quedó bloqueado entre 1957 y 1973, durante este período disminuyó en términos reales en 33% (Gómez Oliver 1978:727).

Hasta la década de los setenta los emigrantes del campo fueron esencialmente jóvenes, más mujeres que hombres, aunque con el tiempo la migración familiar se fue incrementando¹⁰. Son entonces hijas e hijos de las familias rurales pobres, familias campesinas o no, los que conforman el grueso de la migración campo-ciudad durante varias décadas¹¹. Son, en buena medida, resultado del desgaste de la capacidad productiva de las unidades campesinas. Sin embargo es importante recordar que durante estos mismos años, y a pesar de las condiciones adversas para la pequeña economía familiar, se incrementó el número de unidades de producción gracias al reparto agrario¹², proceso caracterizado como de recampesinización (Paré 1977).

A partir de la década de los setenta y más claramente de los ochenta, el crecimiento de la población urbana frente a la población rural se reduce, se desgasta. Con el tiempo, el crecimiento poblacional de la ciudad pierde su dinamismo frente al crecimiento de los poblados rurales. La brecha que se fue abriendo con mucho empuje durante décadas tiende ahora a estabilizarse. Entre 1930 y 1980 la población rural pasó de representar 66,5% a 33,7% de la población nacional, perdiendo en promedio 6,5 puntos porcentuales por cada década, pero con una variación anual que decrece a partir de la década de los setenta (cuadro 1). Pasará de representar 25,4% en el año 2000, a 21,1% en el 2030, o sea que perderá en pro-

- 10 Todos los autores destacan la temprana edad de los emigrantes, así como la predominancia de la migración de las mujeres sobre los hombres. Corona Cuapio, Chávez y Martínez (1999) plantean que entre 1965 y 1995 la edad promedio de los emigrantes fue de 21,9 años; también precisan que con el tiempo se incrementa la migración familiar. El Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México (CEED 1970) afirma que entre 1940 y 1970 la migración rural se concentra en las edades de 10 a 29 años y que en la década de los treinta había 53 hombres por 100 mujeres emigrantes; en la década de los cuarenta eran 75 hombres por 100 mujeres, mientras que en la década de los cincuenta eran 83 hombres por 100 mujeres. También plantea que mientras más crece la migración menos se concentran los emigrantes por edad. De Oliveira (1976) a su vez, calcula que en el caso de la migración a la ciudad de México, entre 1930 y 1969, la edad promedio de los trabajadores emigrantes es de 20,7 años.
- 11 Para la década de los sesenta más de una tercera parte de los emigrantes hacia el área metropolitana de la ciudad de México provenían de regiones de agricultura de subsistencia. Se estima que esta tendencia se fue incrementando en las siguientes décadas (Stern 1977).
- 12 A lo largo de ochenta años de reparto agrario se entregaron efectivamente 101 millones de hectáreas (52% de la superficie nacional) a 4,2 millones de productores (www.sra.gob.mx). Durante estas décadas el saldo entre las unidades campesinas que desaparecían y las que se creaban por el reparto agrario, era ampliamente positivo.

medio sólo 1,4 puntos porcentuales por cada década, y la variación anual seguirá disminuyendo regularmente hasta llegar a 0,1% en 2030. En esta fecha la población rural será de 26,7 millones, mientras la población urbana de 100,5 millones. Si esta proyección es correcta, no podemos esperar una constante disminución relativa de la población rural, más bien estamos frente a una nueva tendencia en la cual la relación entre la población urbana y la rural podría estabilizarse alrededor de una proporción de 80%-20%¹³.

Durante este segundo período hay un desplazamiento de las migraciones campo-ciudad hacia las migraciones ciudad-ciudad, esencialmente entre ciudades intermedias. Entre 1995 y 2000 casi la mitad (47,5%) de los traslados se dieron de una ciudad a otra, mientras la migración campo-ciudad representó sólo 18,3% de los flujos (CONAPO 2004). Además, otros son los factores que explican la migración campo-ciudad. La industria doméstica desapareció totalmente del ámbito de la producción agropecuaria; aunque, en algunas regiones indígenas las artesanías se transformaron en objetos "cultos" de decoración (ropa, sarapes, alfombras, jarcería, muebles, joyas, pinturas, etc.) para el turismo y el mercado internacional. Por su lado, la tasa de fecundidad rural (3,6) sigue más alta que la urbana (2,4) y por lo tanto el crecimiento de la población es todavía un factor explicativo de la migración¹⁴. Sin embargo, hay que destacar dos nuevos fenómenos fundamentales: 1) el fin del reparto agrario, y 2) las nuevas condiciones del mercado de trabajo debido a las profundas transformaciones del modelo de industrialización.

No es sino a partir del fin del reparto agrario –legalmente a partir del 6 de enero de 1992, pero en los hechos desde el sexenio de López Portillo (1976-1982), y la aplicación de las políticas neoliberales, iniciadas duran-

13 Vale la pena recordar que aun en los países desarrollados esta relación nunca es definitiva. El caso francés es interesante al respecto ya que la actual tendencia es un lento repoblamiento de los municipios rurales, que incluían 24,9% de la población total en 1975, pero 26% en 1990. Después del histórico éxodo rural (migración campo-ciudad) se inició un flujo urbano hacia el campo, ya que la tasa migratoria en las dos terceras partes de los municipios rurales es ahora positiva (Fougerouse 1996).

14 Cifras calculadas por el Dr. Carlos Welte a partir de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003, INEGI, México.

te el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1986), que se profundizará ineludiblemente el proceso de descampesinización, con la desaparición, en términos absolutos, de un importante número de unidades de producción. Sin embargo, por las actuales condiciones del trabajo precario, los emigrantes tienen mayores dificultades para instalarse definitivamente en las regiones de atracción. Así, la combinación de la inestabilidad del trabajo junto con la mayor competencia entre los trabajadores mismos tiende a crear flujos migratorios temporales en vez de definitivos. Es por esta precariedad laboral que los trabajadores tienden a conservar su lugar de residencia original para migrar temporalmente (a menudo lejos y por temporadas que pueden durar hasta varios años) en busca de trabajo. La migración definitiva no desaparece pero se combina ahora con estas "migraciones temporales múltiples", a menudo "de larga duración", que adquieren un carácter estructural en el contexto de la generalización de la pobreza (Grammont et al. 2004).

Finalmente, es importante notar que la población rural no se reparte de manera idéntica a lo largo y ancho del país y que las disparidades regionales se han incrementado en las últimas décadas con una clara concentración en el sur, tradicional región campesina e indígena¹⁵. En 1970, 26,1% de la población rural se encontraba en el norte, 40,9% en el centro y 33,0% en el sur; en 2000 la proporción era de 21,6%, 38,8% y 39,6% respectivamente (cuadro 2). Sin embargo, parece que durante las siguientes décadas la situación será más o menos estable.

15 Para definir el norte, centro y sur adoptamos la propuesta de regionalización de Bassols Baralla (1967), haciendo las agregaciones siguientes: en el norte reagrupamos las regiones del noroeste, norte y noreste propuestas por Bassols (Baja California, Baja California sur, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Chihuahua, Coahuila, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Nuevo León, Tamaulipas); en el centro reagrupamos el centro occidente y el centro este (Jalisco, Aguascalientes, Guanajuato, Colima, Michoacán, Querétaro, Estado de México, Distrito Federal, Hidalgo, Morelos Tlaxcala, Puebla); en el sur reagrupamos el sur, oriente y Península de Yucatán (Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán, Quintana Roo).

El poblamiento rural

Un fenómeno llamativo es el patrón de poblamiento sumamente disperso y con un pequeño número de habitantes por localidad. En términos geográficos, lo que acostumbramos llamar el campo incluye a más de 196 mil localidades, en las cuales viven cerca de 25 millones de habitantes, con un promedio de 126 habitantes por localidad (cuadro 3). El crecimiento de la población rural en términos absolutos, junto con el aumento de la pobreza que afecta a la mitad de su población, provocan un modelo tripolar de asentamiento humano: por un lado existe una enorme dispersión de la población rural en "microlocalidades" aisladas y sin los servicios propios de una urbe (luz, agua, educación, salud) (CONAPO 1998); en el otro extremo encontramos las megalópolis con un muy deficiente desarrollo urbano, debido a la mala calidad de sus servicios; en el medio encontramos las ciudades intermedias que son los nuevos centros regionales de concentración urbana, puntos de atracción de las migraciones locales, pero también con un desarrollo urbano deficiente.

En cuanto al aislamiento de las localidades rurales CONAPO (2004) indica que 14,6% con una población de 4 millones de habitantes son suburbanas, se sitúan en las inmediaciones de las ciudades (más de 15 mil habitantes); 8,5% con una población de 2,4 millones de habitantes se localizan cerca de localidades intermedias (entre 2500 y 15 mil habitantes); 44,3% con una población de 13,1 millones de habitantes están alejadas de las ciudades y localidades intermedias; 32,5 % con una población de 4,9 millones de habitantes están en situación de alejamiento, es decir, lejos de las ciudades y localidades intermedias así como de las vías de comunicación transitables todo el año. En suma, más de 150 mil localidades rurales con 18 millones de habitantes están alejadas o aisladas de las vías de comunicación y de las ciudades.

Es notorio constatar que esta dispersión en micro localidades tiene mayor importancia en el norte que en el centro e incluso en el sur¹⁶. Esta situación corresponde al medio natural prevaleciente en cada caso.

16 En el norte el tamaño de las localidades rurales es de 73 habitantes, en el centro es de 181 habitantes y en el sur de 140 habitantes.

Además de la pobreza, el desierto obliga a la población a diseminarse para encontrar sus medios de vida. Pero es un fenómeno que encontramos también en las sierras de Chiapas, de Chihuahua, de Guerrero, de Oaxaca, de Veracruz y Puebla, así como en las selvas, en particular en la Lacandona. Conforme las localidades se encuentran más aisladas, mayor es la marginación, menores son las oportunidades de empleo, y el número de dependientes por personas en edad de trabajar se incrementa (CONAPO 2004)¹⁷.

Este modelo de poblamiento contrasta con el que encontramos en los países desarrollados, en donde los pueblos rurales a menudo funcionan como localidades periféricas de las ciudades, con servicios públicos y niveles de bienestar similares a los urbanos (Linck 2001).

El trabajo en las localidades rurales

También hay que destacar que la población rural es cada vez menos una población agropecuaria. Todavía en 1970 se podía considerar que la población rural trabajaba en el campo, ya que 76,9% de su población económicamente activa trabajaba en el sector primario y sólo 9,1% en el secundario, y 8,9% en el terciario (cuadro 4). Podemos decir, como parecería obvio, que en el campo vivían campesinos. Hoy, la situación cambió totalmente, pues cerca de la mitad de la población económicamente activa en el campo trabaja en el sector secundario y terciario¹⁸.

Otra vez las desigualdades regionales son considerables: actualmente, en el sur 57,3% de la población económicamente activa en el campo trabaja en el sector primario, mientras que en el norte esta proporción baja a 43% y en el centro es sólo de 36,8% (cuadro 5). Hay que destacar que

17 CONAPO (2004) estima que en las localidades pequeñas existen 83 dependientes por 100 personas en edad de trabajar, mientras que en las localidades urbanas esta relación es de 56 dependientes por cada 100 personas activas.

18 En este mismo sentido, el Registro Agrario Nacional nos aporta otro dato sobre esta población que vive en el campo pero no trabaja en el sector agropecuario: 30% de los hogares de los ejidos y comunidades no tienen tierra. De estos hogares de vecindados, 27% no tiene ningún parentesco con los ejidatarios o comuneros (los propietarios de la tierra). Se trata de una población más joven que la población campesina ya que sus jefes de familia tienen un promedio de 42 años, mientras los ejidatarios y comuneros tienen un promedio de 54 años (Procuraduría Agraria 2003).

aun en el sur la proporción de la población que no trabaja en el campo es muy elevada, pero llama todavía más la atención la poca importancia del sector agropecuario en las localidades rurales del Centro del país.

En términos de los hogares, como lo precisaremos en el siguiente inciso, 1,8 millones tienen actividades agropecuarias mercantiles pero la combinan con otras actividades asalariadas, 621 mil tienen sólo autoconsumo con actividades asalariadas y 3,4 millones son hogares de asalariados sin ninguna actividad agropecuaria.

La unidad económica campesina pluriactiva (UECP) y la unidad familiar rural (UFR)

Evolución de los hogares campesinos y de los hogares no campesinos

Siguiendo los planteamientos hechos al inicio de este trabajo, distinguimos dos categorías de hogares en el campo, los hogares campesinos y los hogares no campesinos, cada uno a su vez se subdivide en dos tipos. Los hogares campesinos tienen actividades agropecuarias mercantiles (además del autoconsumo) y, como lo veremos, la mayoría tiene actividades fuera del predio familiar; son unidades económicas campesinas pluriactivas (UECP). Sin embargo, una pequeña proporción no tiene actividades fuera del predio, son exclusivamente agropecuarias, y por lo tanto son unidades económicas campesinas (UEC). Por su lado, los hogares no campesinos no tienen actividades agropecuarias mercantiles y los caracterizamos como unidades familiares rurales (UFR).¹⁹ Algunos producen para su consumo (UFR con autoconsumo), pero la mayoría no tienen ninguna actividad de autoconsumo (UFR sin autoconsumo)²⁰.

19 Es importante notar que el autoconsumo incluye tanto la producción propia en el traspatio o la parcela como la recolecta para el consumo familiar.

20 Entre 1992 y 2004 las UFR con autoconsumo pasan de 425 574 a 621 613. En 1992 representan 28% del total de las UFR y 10% de los hogares rurales. El monto de sus ingresos por concepto de autoconsumo representa 12%, el salario (monetario y en especie) 45%, las actividades empresariales 23% y las remesas 8% del monto total de sus ingresos. En 2004 representan sólo 15% del total de las UFR y 10% de los hogares rurales. El monto de sus ingresos por concepto de autoconsumo representa 8%, el salario (monetario y en especie) 39%, las actividades empresariales 56% y las remesas 27% del monto total de sus ingresos. Es notorio que, si bien este tipo

En 1992, 65% de los hogares rurales eran campesinos, el resto (35%) no lo eran (cuadro 6). De los hogares campesinos (89%) tenían otras actividades UECP, en particular asalariadas, mientras sólo 11% no tenían actividades fuera del predio familiar UEC. De los hogares no campesinos UFR 28% tenían autoconsumo (UFR con autoconsumo) mientras 72% no tenían autoconsumo (UFR sin autoconsumo).

Poco más de una década después, en 2004, constatamos que la situación cambió drásticamente, ya que sólo 31% de los hogares son campesinos, el resto (69%) no lo son (cuadro 7). Esto se debe a un doble proceso: la fuerte disminución de los hogares campesinos (en 1 002 798) por la crisis de la agricultura y la consecuente concentración de la producción²¹, junto con el impresionante incremento en más de 1,5 millones del número de hogares no campesinos (ENIGH 1992 y 2004) por el crecimiento demográfico y el desgaste de las migraciones definitivas. También, vemos que ahora todos los hogares campesinos tienen actividades fuera del predio (sólo 1,7% no tienen), todos son pluriactivos. Por el lado de los hogares no campesinos el autoconsumo pierde importancia ya que se encuentra solamente en 15% de los casos.

Ingresos

Analizemos primero los ingresos de los hogares campesinos, luego los ingresos de los hogares no campesinos.

Hoy en día 42% de las Unidades Económicas Campesinas Pluriactivas (758 722 unidades) venden toda su producción en el mercado (no practican el autoconsumo), cuando hace 12 años sólo 15% se encontraban en esta situación (cuadro 8 para 1992 y 9 para 2004). Probablemente son granjas especializadas en algún producto específico (hortalizas, frutas,

de hogar se incrementó en números absolutos, bajó a casi la mitad en términos relativos. Así mismo, la importancia del autoconsumo en el ingreso total familiar bajó notablemente.

21 En la medida en que la superficie cultivada no ha variado en estos años la hipótesis de una fuerte concentración de la producción en unidades fuertemente capitalizadas se impone. Por desgracia el censo agropecuario de 2001 no se ha levantado por lo cual no tenemos una idea precisa de la actual estructura agraria.

café, tabaco, leche, carne) e integradas en cadenas productivas. Podemos suponer que son los hogares campesinos más desahogados. También, vemos que sólo la mitad de las UECP tienen trabajo asalariado monetario (53% en 1992) pero 67% reciben salarios en especie (50% en 1992), entre ambas formas de pago 82% de los hogares reciben salarios (74% en 1992); mientras que 28% desempeñan alguna actividad empresarial (21% en 1992), sólo 26% de los hogares reciben remesas (19% en 1992), y 73% reciben subsidios gubernamentales (2% en 1992). Si bien las actividades empresariales y el impacto de las remesas en los hogares crecieron en doce años, llama la atención el aumento de los subsidios que eran prácticamente ausentes en 1992, pero que actualmente tienen presencia en las tres cuartas partes de los hogares rurales.

En cuanto al monto de sus ingresos, encontramos que 27% provienen de las ventas de sus productos agropecuarios, 5% del autoconsumo, 24% del salario monetario, 7% del salario en especie, 10% de diferentes actividades empresariales (comercio, artesanía, oficios varios, etc.), 13% de los subsidios gubernamentales, 7% de las remesas (cuadro 9). Varios datos llaman especialmente la atención: la actividad agropecuaria, monetaria y de autoconsumo, representa sólo una tercera parte del ingreso total; el salario, monetario y en especie, es casi tan importante como la actividad agropecuaria; los subsidios gubernamentales han adquirido una notable importancia (esencialmente Procampo por el lado de la finca y Oportunidades por el lado del hogar)²².

En comparación con 1992 constatamos que el ingreso monetario agropecuario y el autoconsumo pierden importancia (41% y 10% en 1992); el salario monetario sube un poco (21% en 1992) mientras el salario en especie se mantiene fijo (7% en 1992), las actividades empresariales crecen casi al doble (6% en 1992), los subsidios gubernamentales adquieren una gran importancia (0,2% en 1992) y las remesas también se duplican (3% en 1992).

22 Existen otros dos programas de la Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOC) dirigidos a los hogares pobres, pero con un alcance menor: el programa de Empleo temporal (en 2003 se generó 115 839 empleos con un salario de 43 pesos diarios y un ingreso total de 3708 pesos por persona) y el programa de Atención a adultos mayores en zonas rurales (en 2003 se apoyó a 200 mil adultos con una aportación total de 2500 pesos por adulto).

En el caso de las Unidades Familiares Rurales la actividad salarial es más importante: 76% de los hogares cuentan con salario monetario pero si se le agrega el salario en especie, la casi totalidad de los hogares reciben un salario (95%) (cuadro 9). El autoconsumo existe solamente en 15% de los hogares, cerca de una tercera parte (31%) tienen actividades empresariales, 28% reciben remesas y 40% subsidios gubernamentales. Por el lado de sus ingresos, 57% provienen del salario monetario y 8% del salario en especie, 15% de actividades empresariales, 9% de las remesas, 4% del subsidio otorgado esencialmente por el programa de Oportunidades, el autoconsumo es irrelevante (1%). En comparación con 1992 constatamos una mayor monetarización de los salarios (52% de salario monetario y 13% en especie en 1992; cuadro 8), un ligero incremento de las actividades empresariales (13% en 1992) y de las remesas (8% en 1992), un notable incremento de los subsidios (0,2% en 1992), una clara disminución del autoconsumo (4% en 1992).

En el siguiente apartado realizamos un análisis más fino para conocer las disparidades según el nivel de los ingresos de los hogares.

Ingresos de la Unidad Económica Campesina Pluriactiva y de la Unidad Familiar Rurales por nivel de ingreso (línea de pobreza y de indigencia)

A partir de los datos de la ENIGH calculamos que en 1992, 67% de los hogares rurales estaban por debajo de la línea de pobreza, actualmente son 58% (cuadro 10)²³. Sin embargo, los datos por tipo de unidad de producción evidencian importantes procesos de diferenciación según el nivel de ingreso de cada tipo de hogar. Para 1992 la proporción de hogares campesinos indigentes y pobres era la misma, estos hogares eran desde entonces más pobres que los no campesinos, sin embargo, por el lado de los hogares no campesinos había una mayor proporción de pobres que ahora. Actualmente, las UECP se ubican en mayor proporción por debajo de la

23 Para tomar en cuenta la composición demográfica de los hogares, determinamos la línea de pobreza a partir del ingreso per cápita. Adoptamos los niveles de pobreza per cápita definidos por la CEPAL (2006:319) para definir la línea de pobreza monetaria en 2004, y para 1992 deflactamos los datos sobre la base de 1994.

línea de pobreza (67% de los hogares campesinos) que las UFR (55% de los hogares no campesinos), pero la diferencia es aún más marcada si consideramos la línea de indigencia ya que los hogares campesinos indigentes representan 45% de todos los hogares campesinos, mientras los hogares no campesinos indigentes representan sólo 24% de todos los hogares no campesinos (cuadro 11). Estos datos son llamativos porque indican no solo que las familias campesinas tienden a ser más pobres que las familias no campesinas, sino que estas últimas han mejorado su situación a partir de la década de los noventa.

El análisis por decil de esta población, refuerza esta conclusión. El autoconsumo y la agricultura de subsistencia prevalecen hasta el cuarto decil, o sea que propician la pobreza. También vemos que los hogares de los campesinos de subsistencia son más pobres que los hogares no campesinos que viven del salario o de actividades propias. Por su lado, los salarios, las remesas y las actividades empresariales (pequeño comercio, talleres, artesanías, oficios) se relacionan positivamente con los deciles más altos de la población, lo cual demuestra que son actividades que permiten mejorar los ingresos de los hogares.

Se suele plantear que la pluriactividad es una estrategia de diversificación de las actividades del hogar para mejorar sus ingresos y, con ello, se supone que entre mayor diversificación mayor probabilidad de salir de la pobreza (Berdegué et al. 2001). En ese sentido, se espera que un hogar campesino, que produce para su alimentación, vende algo de su producción en el mercado y además consigue empleo asalariado temporal o tiene un pequeño negocio, estaría en mejor posición que un hogar no campesino que depende esencialmente de su salario. Acabamos de ver que no es así ya que los hogares con mayor pluriactividad suelen ubicarse en los deciles inferiores de la población, mientras que existe mayor especialización de las actividades en los deciles superiores.

Algunas reflexiones finales

La primera conclusión que queremos apuntalar es de orden metodológico: los análisis sectoriales son insuficientes para dar una visión precisa de

las dinámicas económicas y sociales del campo, porque la mayor parte de la población que vive ahí no trabaja en el sector agropecuario. Para tener una visión de estas dinámicas debemos trabajar a nivel de los hogares, tanto con las fuentes estadísticas como en nuestros trabajos de campo.

A continuación exponemos algunas reflexiones retomando los principales temas abordados en este trabajo.

Del mundo agrario al mundo rural

En términos absolutos la población rural sigue creciendo, a pesar de la enorme sangría que representa la migración definitiva. Es por los cambios en el mercado de trabajo que la migración definitiva campo-ciudad, que fue el patrón migratorio dominante durante el período de crecimiento hacia adentro hasta 1982, ya no tiene la capacidad de dar salida a la población rural pobre y se ve complementada con un nuevo esquema migratorio que se basa en las migraciones temporales y de larga duración. Con ello se modifica fundamentalmente la relación campo-ciudad porque muchos pobladores rurales, aun sin poseer tierra, se ven obligados a mantener su residencia en sus comunidades en donde el costo de vida es mucho más bajo que en la ciudad y buscan trabajo asalariado vía estas migraciones temporales.

Este fenómeno de retención de la población en pequeñas localidades aisladas y marginadas se debe entonces al efecto combinado de la pobreza con las actuales condiciones del mercado de trabajo precario, por lo cual podemos esperar que este proceso se amplíe mientras no cambien las condiciones económicas que lo propician.

Debemos, entonces, esperar la profundización de las añosas disparidades regionales. La población rural se seguirá concentrando en las tradicionales regiones campesinas e indígenas, su dispersión y marginación se intensificará a menos de que se establezcan políticas públicas capaces de revertir las condiciones del mercado de trabajo con la creación de empleos en las regiones pobres. No es de extrañarse que los programas de lucha en contra de la pobreza, en particular el programa Microrregiones de la Secretaría de Desarrollo Social, que intenta mejorar las condiciones de

infraestructura (comunicaciones, electricidad, agua, etc.) pero no fomenta la creación del empleo, no alcanzan su objetivo de promover el desarrollo de los municipios marginados.

Esta situación nos permite plantear que en México, pero seguramente en los países subdesarrollados en general, no habrá procesos de “desertificación poblacional” como los que conocieron los países desarrollados a partir de la década de 1960, con su consecuente abandono de regiones agropecuarias y sus posibles efectos benéficos sobre la recuperación de los ecosistemas²⁴. Estamos frente a un proceso de creciente presión del hombre sobre la naturaleza porque numerosas familias pobres se ven empujadas a colonizar cada rincón del país. Mientras no haya empleos suficientes, este doble proceso, aparentemente contradictorio pero en realidad complementario y de colonización hormiga junto con las migraciones, será imparable y sus implicaciones sobre la marginación social, los procesos migratorios y la ecología son enormes.

Así, la separación entre el lugar de residencia y el lugar de trabajo para los pobladores rurales es una característica de la globalización y precarización de los mercados de trabajo. La vieja migración definitiva ya no es un recurso adecuado para los pobladores del campo porque las ciudades no ofrecen más la posibilidad de insertarse en el mercado de trabajo, ni siquiera en el trabajo informal. Por eso las migraciones temporales múltiples y de larga duración parecen sustituir a la migración definitiva (Grammont et al. 2004). Los pobladores rurales mantienen su residencia en su pueblo de origen por ser el lugar más seguro y barato en donde puede vivir la familia porque permite mantener ciertos vínculos de solidaridad con la comunidad y ejercer actividades de traspatio o de recolección. Es, por demás, el lugar en donde pueden recibir los apoyos de los programas gubernamentales, en particular el programa Oportunidades de lucha en contra de la pobreza.

Es por la falta de salida hacia la ciudad que, en muchos casos, el incremento de las actividades asalariadas de la familia campesina no provocó la desaparición de la unidad de producción a causa de la migración definitiva como hace algunas décadas, sino el desplazamiento de la actividad agro-

24 Proceso por demás eminentemente contradictorio en la medida en que implica una mayor explotación de las tierras que siguen en producción.

pecuaria y la transformación de su lógica organizativa: sin dejar su vínculo con la tierra la familia campesina valoriza de igual forma las demás actividades. Con ello, la unidad campesina pasó de ser una organización sistémica dominada por la producción agropecuaria complementada con actividades anexas, a una organización sistémica pluriactiva en donde es la actividad más lucrativa la que marca la dinámica del trabajo familiar.

Estamos frente a un cambio fundamental de la economía campesina que se explica por la incapacidad de la ciudad de absorber la mano de obra sobrante del campo y por la consecuente necesidad del hogar campesino de reproducirse en el contexto de un capitalismo a la vez subdesarrollado y posmoderno, con un mercado de trabajo informal y precario, incapaz de crear los empleos necesarios para cubrir las necesidades de la población creciente²⁵. Por eso, la disminución de los hogares campesinos no significa forzosamente la desaparición del hogar sino su transformación en hogares no campesinos, porque, si bien abandonan la producción agropecuaria, pueden mantener su lugar de residencia en su pueblo desde donde migran temporalmente para trabajar.

Es por estas mismas razones que, en vez de migrar definitivamente a la ciudad, una parte importante de los hogares rurales que perdieron su tierra o nunca tuvieron acceso a ella, se quedaron a vivir en localidades rurales y desde ahí tratan de ubicarse en el mercado de trabajo.

De la Unidad Económica Campesina Pluriactiva a la Unidad Familiar Rural

Sin duda, existen fuertes semejanzas entre la Unidad Económica Campesina Plurifuncional y la Unidad Familiar Rural. En ambos casos existen actividades diversificadas que combinan la producción agropecua-

25 En este contexto, los productores que producen sólo para el autoconsumo, no están forzosamente en un proceso de transición hacia su proletarianización (o proletarianización no asalariada como se argumentaba a finales de los setenta), sino que se reproducen como unidad pluriactiva en donde el trabajo asalariado, vía la migración temporal que llega a menudo a ser de larga duración, es fundamental. Esta situación recuerda a la de los "obreros-campesinos" (*ouvriers-paysans*) u "obreros-rurales" (*ouvriers-ruraux*) analizada en Francia en la década de los sesenta (Rochard 1966).

ria de autoconsumo con el trabajo artesanal, fabril a domicilio y asalariado en la ciudad o en el campo. En ambos casos el trabajo familiar no sólo se relaciona con diferentes esferas de la economía, sino que sus actividades se sitúan tanto a nivel local, nacional como internacional, por tres posibles vías que a menudo se combinan: "a domicilio" cuando el trabajador no sale de su hogar; "multilocalizado" cuando el trabajador migra temporalmente en diferentes regiones; "deslocalizado" cuando parte de la familia se establece permanentemente fuera del núcleo familiar original pero participa de su reproducción económica con aporraciones regulares de dinero.

Sin embargo, hay una línea divisoria que permite diferenciar cada situación. En la Unidad Económica Campesina Pluriactiva se combina una finca con un hogar y la producción agropecuaria es el eje ordenador de la organización laboral de la familia. En la Unidad Familiar Rural hay solamente un hogar, aun si este puede tener actividades de autoconsumo (de recolecta, en el traspatio o incluso en una parcela) para mitigar la pobreza que lo agobia, y es el trabajo asalariado el que define la organización laboral de la familia.

La diferenciación que se debe hacer entre las UECP y las UFR permite ubicar mejor el posible campo de acción de las instituciones gubernamentales o privadas (ONG) y de las organizaciones campesinas. Los trabajos de investigación así como las acciones concretas emprendidas a favor de los actores del campo que no tomen en cuenta esta diferencia fundamental entre ambos tipos de hogares, no tendrán la capacidad de explicar la actual realidad del mundo rural y menos lograrán fomentar el mejoramiento material de los interesados.

Se puede decir que el campo mexicano del siglo XX fue agrario pero que en el siglo XXI será fundamentalmente asalariado. Pero será asalariado no tanto porque el sector agropecuario se habrá capitalizado sino porque la mayoría de los hogares no serán campesinos y, además, los propios hogares campesinos serán esencialmente asalariados. Serán hogares que tendrán las mismas fuentes de empleo, o por lo menos muy similares, a los hogares urbanos. Es también en ese sentido que se puede afirmar que el campo se parece cada vez más a la ciudad.

*Ingresos de la Unidad Económica Campesina Pluriactiva
y de la Unidad Familiar Rural*

Hace dos décadas todavía la mayoría de los hogares eran campesinos, aun si parte de la familia campesina trabajaba fuera de la agricultura. Hoy solo una tercera parte de los hogares rurales son hogares campesinos, el resto son de asalariados u ocasionalmente con pequeños comercios, actividades artesanales o de oficios (albañiles, mecánicos, etc.). La notable disminución de los hogares campesinos en las dos últimas décadas tiene que ver con la crisis de la agricultura y la consecuente concentración de la producción que no podemos medir con mucha certeza por la ausencia del censo agropecuario de 2001, que no se levantó.

Si bien muchos de los miembros de los hogares no campesinos trabajan como asalariados en la agricultura misma, vemos que hoy la principal fuente de trabajo de la población rural, tanto de hogares campesinos como no campesinos, se encuentra en el sector secundario y terciario. Esta tendencia se ve confirmada por los datos del censo de población que muestran que cerca de la mitad de los trabajadores rurales laboran en el sector secundario y terciario (Censo de población 2000). Vimos, sin embargo, que las disparidades regionales son fuertes: el sur es la región en donde el trabajo en el sector agropecuario prevalece debido a la importancia de la presencia campesina con su connotación indígena fundamental, le sigue el norte en su versión campesina esencialmente mestiza y ranche-ril, pero también con una importante presencia de jornaleros agrícolas que labora en las grandes empresas hortofrutícolas; luego viene el centro, en una situación similar pero con la presencia de las grandes metrópolis que imponen una dinámica particular a las relaciones campo-ciudad.

Otra conclusión sobresaliente es que las familias campesinas con malas condiciones de producción tienden a ser más pobres que las familias no campesinas y que, además, estas últimas han mejorado su situación a partir de la década de los noventa. La crisis de producción de la pequeña producción familiar a raíz de la globalización es tan fuerte, que la tierra, otra esperanza de fuente de riqueza, se ha vuelto causa de pobreza. Cabe preguntarse por qué, en estas condiciones, estos campesinos pobres se aferran a su terruño. Una posible respuesta puede ser porque no tienen con-

ciencia de esta situación, pero en todo caso existe una causa estructural que les impide advertirla, y es la precariedad e inestabilidad de las condiciones del mercado de trabajo al cual se enfrentan: la escasez y complejidad de la demanda de trabajo los pone en una situación de indefensión frente al mercado laboral, y fragilización social extrema.

También, los datos que analizamos permiten vislumbrar las dinámicas diferenciadas de ambos tipos de hogares rurales: el salario tiene una mayor importancia en los ingresos de la UFR que de la UECP, aunque en ambos casos el salario en especie tiene más o menos la misma importancia; el ingreso empresarial también es más alto en el caso de la UFR; el autoconsumo es más alto en las UECP que en las UFR; las remesas son más altas en las UFR; los subsidios son más elevados en las UECP porque pueden recibir tanto el Procampo como el Oportunidades, mientras las UFR sólo tienen acceso al programa de Oportunidades.

Pluriactividad campesina vs. concentración de las actividades familiares

En 1992, 11% de los hogares campesinos no tenían actividades fuera del predio, hoy esta proporción se ha reducido a 1,7%. Podemos decir que todos los hogares campesinos son pluriactivos, y este proceso se ha analizado como una estrategia campesina de supervivencia para enfrentar la pobreza o contrarrestar los efectos de la crisis en el campo. Los datos de nuestro análisis permiten precisar esta situación. En contra de la idea de que la diversificación es una estrategia para salir de la pobreza, es más bien la capacidad de especializarse en una sola actividad, o por lo menos en una actividad principal, la que permite a los hogares mejorar sus ingresos. Así, la diversificación de las actividades es sólo una estrategia defensiva de los hogares pobres, en particular campesinos, por falta de posibilidad para concentrarse en una actividad pero parece ser una estrategia de supervivencia poco favorable para salir de la pobreza. En realidad, son otra vez las condiciones del mercado de productos agrícolas y del mercado de trabajo las que obligan a la población trabajadora a tal dispersión laboral.

En síntesis, los cambios vividos en las localidades rurales son de tal profundidad que estamos frente a la necesidad de repensar los conceptos

que utilizamos. Se impone revisar por lo menos dos de ellos: el de campesino y el de descampesinización. La mutación de la unidad de producción campesina, por su permanente adaptación a los nuevos contextos en el cual se inserta, plantea nuevas problemáticas no previstas por el clásico concepto de campesino. Esto nos obliga a repensar también la empresa capitalista, porque a través del fortalecimiento de las cadenas productivas, parte de las Unidades Económicas de Producción Campesina se han transnacionalizado, mientras otra parte se ha visto excluida del mercado. Por su lado, el concepto de descampesinización, y ni siquiera el concepto de descampesinización no proletaria acuñado en los años setenta, corresponden a la situación actual.

Cuadro 1 Evolución de la población rural, 1921 – 2030					
Año	Población Nacional (1)	Población Rural (2)	Rural% Nacional (2%1)	Variación promedio por década	Variación anual
1921	14 334 780	9 795 890	68,3%		—
1930	16 552 722	11 012 091	66,5%	6,5%	0,18%
1940	19 653 552	12 757 441	64,9%		0,16%
1950	25 791 017	14 807 534	57,4%		0,75%
1960	34 923 129	17 218 011	49,3%		0,81%
1970	48 225 238	19 916 682	41,3%		0,80%
1980	66 846 833	22 547 104	33,7%		0,76%
1990	81 249 645	23 289 924	28,7%		0,51%
2000	97 483 412	24 723 590	25,4%	1,4%	0,33%
2010	111 613 906	26 361 910	23,6%		0,18%
2020	120 639 160	26 792 028	22,2%		0,14%
2030	127 205 586	26 788 676	21,1%		0,11%

Fuente: INEGI. Censo general de Población y Vivienda. 1921 - 2000. Resumen General: CONAPO, proyecciones 2010-2030.

La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos

Cuadro 2

Evolución de la población rural por región 1970 – 2000

Región	Población 1970				Población 2000			
	Nacional	Norte	Centro	Sur	Nacional	Norte	Centro	Sur
Total	48 225 238	12 959 413	24 402 178	10 863 647	97 483 412	25 625 377	49 394 063	22 463 972
	100%	26,90%	50,60%	22,50%	100%	26,30%	50,70%	23%
Rural (menos de 2500 hab)	19 916 682	5 189 568	8 153 508	6 573 606	24 723 641	5 348 445	9 594 804	9 780 392
	100%	26,10%	40,90%	33%	100%	21,60%	38,80%	39,60%
Transición (de 2500 a 9999 hab)	7 894 080	1 364 042	4 884 010	1 646 028	10 434 320	1 880 321	5 217 436	3 336 563
	100%	17,30%	61,90%	20,90%	100%	18%	50%	32%

Fuente: INEGI. Censo general de Población y Vivienda. 1970 y 2000.

Cuadro 3

Localidades rurales según su tamaño 2000

Tamaño de Localidad	Número de Localidades		Número de Habitantes		Promedio de Habitantes Por Localidad
Nacional	199 369	100	97 483 412	100	489
Rurales	196 328	98,5	24 723 590	25,4	126
1 a 99	148 557	74,5	2 587 988	2,7	17
100 a 499	33 778	16,9	8 034 630	8,2	238
500 a 999	8698	4,4	6 109 048	6,3	702
1000 a 1999	4481	2,2	6 180 197	6,3	1379
2000 a 2499	814	0,4	1 811 727	1,9	226
Urbanas	3041	1,5	72 759 822	74,6	23 926

Fuente: INEGI. Censo general de Población y Vivienda 2000. Resumen General.

Cuadro 4					
Evolución de la PEA rural por sector de actividad (1970 – 2000)					
Tamaño de la Localidad	Sector de Actividad	1970	2000		
		Población	%	Población	%
Nacional	Primario	5 103 519	39,4	5 207 634	15,5
	Secundario	2 973 540	23,0	9 357 735	27,9
	Terciario	4 130 473	31,9	17 971 417	53,6
	No especificado	747 525	5,8	1 009 938	3,0
	Total	12 955 057	100,0	33 546 724	100,0
Rural (1 a 2499)	Primario	3 889 318	76,9	3 673 913	55,7
	Secundario	458 095	9,1	1 319 012	20,0
	Terciario	451 786	8,9	1 466 909	22,2
	No especificado	259 765	5,1	139 268	2,1
	Total	5 058 964	100,0	6 599 102	100,0
Transición (2500 a 9999)	Primario	753 698	36,8	850 045	26,0
	Secundario	541 852	26,4	943 155	28,8
	Terciario	622 703	30,4	1 399 121	42,7
	No especificado	131 040	6,4	81,082	2,5
	Total	2 049 293	100,0	3 273 403	100,0
Urbana 10 000 y más	Primario	460 503	7,9	683 676	2,9
	Secundario	1 973 593	33,8	7 095 568	30,0
	Terciario	3 055 984	52,3	15 105 387	63,8
	No especificado	356 720	6,1	789 588	3,3
	Total	5 846 800	100,0	23 674 219	100,0

Fuente: Censo de población y vivienda 1970 y 2000.

La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos

Cuadro 5
Evolución de la PEA rural (en localidades de hasta 9999 hab.)

por sector de actividad y región 1970 - 2000

Año	Sector de Actividad	Región							
		Nacional		Norte		Centro		Sur	
		Población	%	Población	%	Población	%	Población	%
1970	Primario	4 643 016	65,3	1 146 793	68,6	1 878 521	56,1	1 617 702	77,4
	Secundario	999 947	14,1	202 288	12,1	629 739	18,8	167 920	8,0
	Terciario	1 074 489	15,1	238 066	14,2	641 966	19,2	194 457	9,3
	No especificado	390 805	5,5	85 774	5,1	195 528	5,8	109 503	5,2
	Total	7 108 257	100,0	1 672 921	100,0	3 345 754	100,0	2 089 582	100,0
2000	Primario	4 523 958	45,8	857 209	43,0	1 517 043	36,8	2 149 706	57,3
	Secundario	2 262 167	22,9	476 132	23,9	1 195 396	29,0	590 639	15,7
	Terciario	2 866 030	29,0	608 288	30,5	1 309 396	31,8	948 346	25,3
	No especificado	220 350	2,2	53 376	2,7	100 917	2,4	66 057	1,8
	Total	9 872 505	100,0	1 995 005	100,0	4 122 752	100,0	3 754 748	100,0

Fuente: Censo de población y vivienda 1970 y 2000.

Nota: Por problemas de datos con el censo, para 1970 se utiliza la PEA, pero para 2000 es la Población Activa.

Cuadro 6
Hogares rurales campesinos (UECP) y no campesinos (UFR), 1992

Tipo de hogar	Hogares	% (total hogares)	% (tipo de hogar)	
Hogar campesino (UECP)	2 821 311	65%	100%	
agropecuario + autoconsumo + otro	2 090 339	48%	74%	89%
Agropecuario + otro	423 763	10%	15%	
Agropecuario + autoconsumo (UEC)	294 948	7%	10%	11%
Sólo agropecuario (UEC)	12 262	0%	0%	
Hogar no campesino (UFR)	1 533 950	35%	100%	
Sin autoconsumo	1 108 376	25%	72%	
Con autoconsumo	425 575	10%	28%	
Total	4 355 262	100%		

Fuente: ENIGH 1992, INEGI.

Cuadro 7 Hogares rurales campesinos (UECP) y no campesinos (UFR), 2004				
Tipo de hogar	Hogares	%	%	
			(total hogares)	(tipo de hogar)
Hogar campesino (UECP)	1 818 513,00	31%	100%	
Agropecuario + autoconsumo + otros	1 043 505,00	18%	57%	98%
Agropecuario + otros	742 911,00	13%	41%	
Agropecuario + autoconsumo (UEC)	16 286,00	0%	1%	2%
Sólo agropecuario (UEC)	15 811,00	0%	1%	
Hogar no campesino (UFR)	4 105 554,00	69%	100%	
Sin autoconsumo	3 483 941,00	59%	85%	
Con autoconsumo	621 613,00	10%	15%	
Total	5 924 067,00	100%		

Fuente: ENIGH 2004, INEGI.
 Nota: Según la encuesta, en "Otros" se incluyen ingresos por concepto de salario en dinero, salario en especie, empresarial, subsidios, remesas y otros ingresos no definidos.

Cuadro 8 - Ingresos de los hogares campesinos (UECP) y de los hogar no campesinos (UFR), 1992				
Tipo de Ingreso	Hogar campesino (UECP)			
	Hogares	%	Ingreso	%
Salario en dinero	1 495 478	53%	2 119 262 506 985	21%
Salario en especie	1 425 519	51%	723 763 928 745	7%
Agropecuario monetario	2 821 311	100%	4 132 038 453 509	41%
Autoconsumo	2 385 287	85%	1 047 434 705 347	10%
Empresarial	593 367	21%	587 751 465 848	6%
Subsidios	68 628	2%	20 497 589 035	0%
Remesas	537 357	19%	317 657 787 032	3%
Otros Ingresos	756 213	27%	1 086 806 261 113	11%
Total	2 821 312	100%	10 035 212 697 614	100%

Fuente: SUNAT. Tomado de la web http://www.minag.gob.pe/comercio_exterior/com_exp_evolucion.shtml (noviembre 2007)

La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos

Cuadro 9 - Ingresos de los hogares campesinos (UECP) y de los hogares no campesinos (UFR), 2004

Tipo de Ingreso	Hogar campesino (UECP)			
	Hogares	%	Ingreso	%
Salario en dinero	908 490,0	50%	5 581 514 522,5	24%
Salario en especie	1 213 382,0	67%	1 610 120 351,6	7%
Agropecuario monetario	1 818 513,0	100%	6 211 506 630,5	27%
Autoconsumo	1 059 791,0	58%	1 230 504 448,4	5%
Empresarial	506 801,0	28%	2 370 751 407,0	10%
Subsidios	1 334 379,0	73%	2 867 546 824,0	13%
Remesas	473 666,0	26%	1 548 216 802,5	7%
Otros Ingresos	291 595,0	16%	1 413 528 368,0	6%
Total	1 818 513,0	100%	22 833 689 354,5	100%

Tipo de Ingreso	Hogares no campesinos (UFR)			
	Hogares	%	Ingreso	%
Salario en dinero	3 103 072,0	76%	35 774 668 182,5	57%
Salario en especie	2 867 983,0	70%	5 091 976 201,4	8%
Agropecuario monetario	0,0	0%	0,0	0%
Autoconsumo	621 613,0	15%	964 413 227,5	2%
Empresarial	1 263 980,0	31%	9 619 880 263,5	15%
Subsidios	1 643 605,0	40%	2 377 933 571,0	4%
Remesas	1 152 789,0	28%	5 701 864 095,0	9%
Otros Ingresos	833 149,0	20%	2 712 371 767,5	4%
Total	4 105 554,0	100%	62 243 107 308,5	100%

Tipo de Ingreso	Total de hogares (UECP + UFR)			
	Hogares	%	Ingreso	%
Salario en dinero	4 011 562,0	68%	41 356 182 705,0	49%
Salario en especie	4 081 365,0	69%	6 702 096 553,0	8%
Agropecuario monetario	1 818 513,0	31%	6 211 506 630,5	7%
Autoconsumo	1 681 404,0	28%	2 194 917 675,9	3%
Empresarial	1 770 781,0	30%	11 990 631 670,5	14%
Subsidios	2 977 984,0	50%	5 245 480 395,0	6%
Remesas	1 626 455,0	27%	7 250 080 897,5	9%
Otros Ingresos	1 124 744,0	19%	4 125 900 135,5	5%
Total	5 924 067,0	100%	85 076 796 663,0	100%

Fuente: ENIGH 2004, INEGI.

Cuadro 10 - Hogares sobre y debajo de la línea de pobreza por tipo de hogar (UECP y UFR), 2004

Línea de pobreza	Tipo de Hogar				Total	
	Hogar campesino (UECP)		Hogar no campesino (UFR)			
Debajo	1 203 039	66%	2 237 213	54%	3 440 252	58%
Sobre	615 474	34%	1 868 341	46%	2 483 815	42%
Total	1 818 513	100%	4 105 554	100%	5 924 067	100%

Fuente: ENIGH 2004, INEGI.

Cuadro 11 - Hogares campesinos (UECP) y no campesinos (UFR) bajo la línea de indigencia (LI), bajo la línea de pobreza (LP) y sobre la línea de pobreza (LP), 2004

Nivel de pobreza	Hogar campesino (UECP)		Hogar no campesino (UFR)	
	Hogares	%	Ingreso	%
Bajo LI	809 995	45%	969 470	24%
Bajo LP	393 044	22%	1 267 743	31%
Sobre LP	615 474	34%	1 868 341	46%
Total	1 818 513	100%	4 105 554	100%

Fuente: ENIGH 2004, INEGI.

Bibliografía

- Alba, Francisco (1977) *La población de México, evolución y dilemas*. México, El Colegio de México.
- Banco de México (1966) *Encuesta sobre ingresos y gastos familiares en México-196*. México.
- Bassols Batalla, Ángel (1967) *Recursos naturales de México*. México, Ed. Nuestro Tiempo.
- Berdegúé, J. L. et al. (2001) *Opciones para el desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina*. Washington, BID.
- CEED (Centro de Estudios Económicos y Demográficos) (México) (1970) *Dinámica de la población de México*, El Colegio de México, México.
- CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) (1999) *Boletín Demográfico*, No. 69. Santiago de Chile.
- CEPAL (Comisión Económicas para América Latina y el Caribe) (1982). *Economía campesina y agricultura empresarial*. México, Siglo XXI.
- CEPAL (Comisión Económicas para América Latina y el Caribe) (2006) *Panorama Social de América Latina 2005*. Washington DC.
- Chayanov, Alexander V. (1974) *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (México) (1998) *La situación demográfica de México*. México.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (México) (2004) *Informe de ejecución del Programa de acción de la Conferencia Internacional sobre la población y el desarrollo, 1994-2003*. México.
- CONAPO (Consejo Nacional de Población) (México) (s/f). *Proyecciones de la población de México*. [www/conapo.gob.mx](http://www.conapo.gob.mx), (10-07-2007).
- Corona Cuapio, Reina; A. M. Chávez Galindo; R. Gutiérrez Martínez (1999) *Dinámica migratoria de la ciudad de México*. México, Gobierno del Distrito Federal.
- Fougerouse, Christian (1996) *Le renouveau rural*. París, L'Harmattan.
- Galeski, Boguslaw (1977) *Sociología del campesinado*. Barcelona, Editorial Península.

- Gómez Oliver, L. (1978) "Crisis agrícola, crisis de los campesinos". *Comercio Exterior*, 18, 6. México, p.714-727.
- Grammont, Hubert C. de; S. Lara Flores y M. Sánchez Gómez (2004) "Migración rural temporal y configuraciones familiares (los casos de Sinaloa, México; Mapa y Sonoma, EE.UU.)"; en Marina Ariza y O. de Oliveira (coord.): *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, p.357-386.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (México) (1921-2000) *Censo General de Población y Vivienda*. México.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística y Geografía) (México) (1992-2004). *Encuesta Nacional de Ingresos y gastos de los Hogares*. México.
- Kautsky, Karl (1974) *La cuestión agraria: estudios de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. Barcelona.
- Lenin, V. (1975) *La alianza de la clase obrera y el campesinado*. Moscú, Ed. Progreso.
- Linck, Thierry (2001) "El campo en la ciudad: reflexiones en torno a las ruralidades emergentes". *La nueva ruralidad en América Latina*. Memorias del seminario internacional. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- Marx, Carlos (1972) *El Capital*. Tomo III. México, Fondo de Cultura Económica.
- Oliveira, Orlandina de (1976) *Migración y absorción de mano de obra en la ciudad de México: 1930-1970*. México, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.
- Paré, Luisa (1977) *El proletariado agrícola en México*. México, Siglo XXI.
- Paré, Luisa (coord.) (1979) *Polémica sobre las clases sociales en el campo mexicano*. México, Macehual.
- Procuraduría Agraria (México) (2003) *Estadísticas agrarias*. México.
- Redfield, Robert (1963) *El mundo primitivo y su transformación*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Rochard, Joseph (1966) *Les ouvriers-ruraux*. París, CMR édition-librairie/Les éditions ouvrières.
- Secretaría de la Reforma Agraria (México) (s/f) www.sra.gob.mx, (22-10-2007)

- Shanin, Teodor (1983) *La clase incómoda: sociología política del campesinado en sociedad en desarrollo*. Madrid, Editorial Alianza.
- Stern, Claudio (1977) "Cambios en los volúmenes de migrantes provenientes de distintas zonas geoeconómicas"; en Humberto Muñoz, Orlandina de Oliveira, Claudio Stern (comp): *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*. México, IISUNAM-El Colegio de México
- Thorner, Daniel (1971) "Peasant Economy As a Category in Economic History"; en Theodor Shanin (ed.): *Peasants and Peasant Societies*. Middlessex et al.
- Wolf, Eric (1971) *Los campesinos*. Barcelona, Editorial Labor SA.

Este libro se terminó de
imprimir en enero de 2009
en la imprenta RisperGraf C.A.
Quito, Ecuador